

Una trepidante historia de pasiones e intriga en el corazón de África

# CLARA SÁNCHEZ

*El amante silencioso*



Isabel, una mujer que trabaja en la Asociación de Víctimas Dependientes, recibe una propuesta peculiar que va más allá de sus competencias: debe ir a una región de Kenia, Mombasa, para localizar y rescatar a un joven llamado Ezequiel que ha sido abducido por la Orden Humanitaria, una secta que esconde algo turbio.

Isabel acepta la misión dispuesta a redimir la culpa que le atosiga desde que su hermano, víctima de otra secta, se suicidó sin que ella pudiera ayudarlo.

Una vez en Mombasa, a pesar de sentirse embargada por el exotismo que la rodea, Isabel consigue infiltrarse en la orden como un miembro más, pero el líder de la secta, un hombre llamado Maína, de aparente carácter afable y cordial, sospecha de ella. Parece que consigue leer su pensamiento e Isabel cada vez se siente más angustiada. El día que Ezequiel desaparece, Isabel decide pedir ayuda desesperada. Consigue encontrar el móvil que Maína le había requisado y contactar con Said, un misterioso hombre que siempre aparece en el momento más adecuado, con su moto destartalada y una chancla de cada color. Said le había hecho la promesa de cuidarla y termina convirtiéndose en un gran aliado para Isabel, ya que juntos consiguen descubrir qué se esconde detrás de las intenciones de Maína y de la secta que dirige.

Clara Sánchez

---

## **El amante silencioso**



Título original: *El amante silencioso*  
Clara Sánchez, 2019

---

Revisión: 1.0  
30/04/2019

*A todos los que me ayudáis día a día a vivir con ilusión*

*A quien no se salva por sí solo nadie puede salvarlo*

*CESARE PAVESE*

*Realmente pensaba que el amor nos salvaría a todos*

*JOHN LENNON*

**1**

**VELOCES COMO EL VIENTO**

## ISABEL

*Nairobi, marzo*

Lo único que sabía de África antes de subir al avión rumbo a Nairobi es lo que había visto en los múltiples reportajes del canal Grandes Documentales sobre cebras corriendo por la sabana, mujeres con turbantes y niños desnutridos devorados por las moscas. Iba con la idea de que me encontraría con un panorama entre penoso y exótico, aunque mi intención no era disfrutar de la experiencia ni hacer turismo. Mi objetivo se llamaba Ezequiel y era mucho más importante que cualquier cosa que pudiera impresionarme de ese continente desconocido.

Me bebí la botellita de Rioja de la cena más tres copas que las azafatas no tuvieron inconveniente en servirme antes de recoger las bandejas, gracias a las cuales pude dormitar hecha un cuatro en mi asiento. De modo que cuando aterrizamos de madrugada me sentía somnolienta y dolorida, hasta que pasé el control de pasajeros y me encontré ante las narices cientos de cartelitos sostenidos por cientos de manos. De pronto desapareció el cansancio y apareció la alarma. ¿Habrían escrito bien mi nombre? ¿Se habrían acordado de venir a recogerme? No había reservado los hoteles personalmente, así que alguien podría haberse despistado. Estuve recorriendo impaciente los carteles con la vista durante diez minutos que se me hicieron eternos. Y por fin lo vi: Isabel García. Respiré; después de esto, todo sería coser y cantar. Durante el camino hacia el hotel desfilaron por las ventanillas torrentes de gente que andaba a buen ritmo como si acudiesen todos juntos a alguna llamada misteriosa mientras a su lado pasaban a toda velocidad relucientes coches



diplomáticos.

Estábamos en primavera y el calor, al menos con los primeros rayos de luz, no era agobiante. Y además, cuando llegué al hotel Norfolk acababan de regar el jardín y olía a tierra y plantas mojadas. Un camarero vestido de blanco me dio la bienvenida con un zumo sobre una bandeja, el primer contacto real con esta tierra. Tanto él como el edificio desprendían un nostálgico aire colonial con profusión de madera, palmeras y floreadas tazas de té sobre los veladores. La verdad es que me esperaba algún albergue juvenil o un hostel, no todo esto. Me eché de bruces en la cama y me dormí durante dos horas arrullada por el sonido de los aspersores.

Tuve que hacer un esfuerzo sobrehumano para despertarme y al principio no sabía dónde estaba. ¿En la habitación de alguno de los chicos con los que salía esporádicamente? Demasiado elegante, demasiado limpia. En un escritorio destacaba un sobre blanco. Me levanté tambaleándome. ¿Estaría borracha? Y vi la mochila en el suelo. Poco a poco todo iba encajando. Sentía la boca pastosa, con un regusto extraño, mezcla de vino agriado y frutas tropicales.

Abrí el sobre con el escudo de España en relieve. Era una invitación de la embajada para asistir a un cóctel en honor de un reputado escritor. Enviarían un coche a recogerme salvo indicación en contra. Desde la ventana se veían flores rojas alrededor de una fuente. Pero yo no estaba allí para recrearme en el ambiente y me puse en acción. Acudiría a la embajada. Al fin y al cabo, no tenía nada que hacer hasta que al día siguiente saliera para Mombasa.

Me teñí el pelo con un tono rubio dorado que compré en el *duty free* del aeropuerto, me duché y me puse un vestido que había traído para ocasiones como esta. El resto de la ropa consistía en un pantalón corto, camisetas y dos faldas ligeras negras con abertura al lado. Si necesitaba algo más, lo compraría por el camino. Las personas que me habían contratado para hacer este viaje se encargaron de avisar a la embajada de mi llegada y mi itinerario.

Les dijeron que era fotógrafa *freelance*, porque de haberme presentado como una cooperante habrían querido ponerse en contacto con la ONG para la que trabajaba, lo que habría complicado mucho la situación. Y de haber figurado como una simple turista no se habrían interesado por mí lo suficiente, y todo el mundo quería que regresara sana y salva.

El cóctel fue rápido. El embajador no pudo asistir por otros compromisos y fue el agregado cultural quien nos ofreció una cena en su residencia privada. Allí nos encontramos el escritor homenajeado, medio adormilado por el *jet lag*, el secretario de la embajada —un hombre poco hablador que solo observaba y del que únicamente destacaban sus pantalones rojos—, un sacerdote al que llamaban padre Andrés y la esposa del agregado —una chica española llena de energía que escribía relatos sobre África, guiada por el ejemplo de Doris Lessing e Isak Dinesen, por lo que era fácil suponer que el objetivo de esta cena era favorecer su encuentro con el escritor.

El escritor tuvo que interesarse de mala gana por sus cuentos cuando quien llamaba su atención era el padre Andrés y su labor humanitaria. Seguramente estaba tan intrigado como yo por su aspecto, no porque llevase camisa y pantalones, ya ningún cura usa alzacuellos y menos entre jirafas y leones, sino por esa mirada cenagosa, como si se hubiese pegado a ella lo más penoso, desgraciado e inhumano del mundo. La casa del agregado, una especie de chalé de color ocre, estaba muy cuidada. Se notaba la mano de la esposa y sus deseos de crear una burbuja alejada de la pobreza y la inseguridad. La cena se celebró en un patio con plantas tropicales y carnosas, muy bonito si se desviaba la mirada de las grandes rejas de hierro y de su enorme cerrojo que lo aislaba de la calle.

El padre Andrés le informó al escritor que su radio de acción se encontraba al norte del lago Turkana y que, si quería, podía hospedarlo allí unos días, lo que entusiasmó al escritor, que deseaba conocer la auténtica África de los negros, no la de los blancos. El agregado me animó con efusividad a unirme al viaje. Se trataba de una magnífica oportunidad para hacer un gran reportaje fotográfico. El sacerdote dijo, sin la misma alegría, que por supuesto también me acogería a mí. De hecho, traía consigo un álbum con fotos de la zona que quizá querriamos ver. El escritor sacó pulcramente del bolsillo de la americana unas gafas de cerca y ambos nos inclinamos sobre las piernas del padre Andrés, en las que reposaba el álbum. Contemplamos fotos del lago, de caminos polvorientos, de víboras y, sobre todo, de chicos negros con correajes sobre el torso desnudo y un Kaláshnikov en las manos. El escritor preguntó si estos jóvenes eran peligrosos y el padre cabeceó dubitativo. «Procuraremos que en los recorridos fuera de la misión os

acompañe alguien, aunque siempre nos faltan manos», dijo. De todos modos, seríamos muy bienvenidos, solo teníamos que ir hasta un punto que nos marcaría en un mapa y allí nos recogería una avioneta que nos dejaría en el lago. «¿Los horarios de la avioneta?», preguntamos medio emocionados, medio atemorizados. No tenía un día fijo. Había que esperarla veinticuatro o cuarenta y ocho horas más o menos, no era complicado, todo el mundo lo hacía. El escritor, algo sobrecogido por la concreción de la expedición, contestó que no quería ser una molestia, y yo contesté que quizá más adelante, lo que podría ser verdad. A continuación el padre guardó el álbum y todos nos levantamos dando las gracias por la velada. Tuve que darle mi *email* a la esposa del agregado para que también a mí me enviara sus relatos. La verdad es que me intrigaban.

El secretario, que no había abierto la boca en toda la noche, nos devolvió en su coche a nuestros hoteles, menos al padre Andrés, al que esperaba junto a las rejas un chico keniano de su misión. Primero dejamos al escritor en su hotel, y para llegar al mío el secretario aminoró la marcha. Apenas distinguía su perfil, aparecía y desaparecía entre las ráfagas de luz de los otros coches. Lo único consistente era su voz: grave y firme.

—Este es un país muy complejo, tribal, la cosa va por tribus, ¿comprendes?, aquí no valen los parámetros occidentales. Ten esto muy en cuenta. Y si necesitas algo, llámame. —Y automáticamente sacó con gran pericia del bolsillo interior de la chaqueta una de sus tarjetas de visita.

—¿Algo como qué? —pregunté deseando que fuese un amigo, pero nadie me había hablado de que aquí me esperase un amigo, así que me anduve con cuidado.

—Como cualquier cosa, ya sabes a lo que me refiero.

—¿Como ponerme enferma? —seguí preguntando.

—También eso —dijo echando el freno de mano junto a la puerta del Norfolk—. Y buen viaje mañana a Mombasa.

Antes de acostarme, mientras pensaba en las palabras del secretario de la embajada, me tomé uno de los deliciosos zumos que el camarero paseaba por el vestíbulo en una bandeja.

## *Madrid, un mes antes*

Era un día frío y cogí la bicicleta para ir hasta la Asociación de Víctimas Dependientes, donde uno se encontraba desde exyihadistas arrepentidos hasta adictos a las drogas, al alcohol, al juego, al sexo y al riesgo en general. Me gustaba sentir la cara helada, la sensación de tener que concentrarme en el frío y en el tráfico. Era lo único que me hacía pensar que todo era real, no una pesadilla con tintes de realidad. Desde el suicidio de mi hermano hacía tres años, mis padres y yo habíamos necesitado terapia, y todavía seguíamos en contacto con la plataforma de afectados y el cuerpo de psicólogos. Y no teníamos inconveniente en hablar con quienes lo necesitasen para que no se sintiesen solos, aunque de sobra sabíamos que en cuanto nos despedíamos todos volvíamos a nuestras desgraciadas vidas.

En esta ocasión fue algo más. Una familia había pedido reunirse conmigo en particular por consejo de uno de los psicólogos expertos en socioadicciones. Es curioso cómo cuando a alguien le sucede algo fuera de lo común, se da cuenta de lo poco que sabía de una parte del mundo. Yo no sabía lo fácil que es que te coman la cabeza hasta el punto de dejarte explotar y llegar a límites infrahumanos. Ni que todo lo que nos pasa, por malo que sea, también les pasa a otras personas, y entonces buscamos a esas personas donde sea y como sea porque no soportamos estar solos y no hablar constantemente de lo que nos ocurre. Y por eso existía esta asociación, con dos salas destartaladas y muebles que habíamos ido aportando unos y otros para que las cuotas fueran accesibles a todo el mundo.

Me esperaban en lo que allí llamábamos «la sala de reuniones», una mesa con seis sillas. Aparte de mí había tres personas que por su aspecto podrían permitirse un asesoramiento más lujoso que el nuestro, entre ellas una mujer abatida, con el pelo sedoso castaño, no muy peinado, pegado a la cabeza, sin maquillar, y con vestimenta clásica y cara: un abrigo Burberry, arrojado sobre la silla de al lado, un bolso Chanel y un jersey de cachemira color *camel* ajustado a su delgado busto. Seguro que antes de la crisis familiar dispondría de un entrenador personal y tratamientos de caviar y polvo de perlas para

mantener la piel fina y blanca, y lograr aparentar menos de los cincuenta años que representaba ahora. Sus ojos castaño claro tenían mirada de perro triste. Al sicólogo lo conocía de la asociación. Siempre llevaba una cazadora de cuero muy gastado y vaqueros también desgastados, como si no se pusiera otra cosa desde hacía diez años. Era el más joven de los tres. Y me daba la impresión de pasarse la vida yendo de una asociación a otra intentando ganarse la vida o el cielo. «Gracias por venir», dijo con la voz comprensiva y alentadora que todos tratábamos de usar en estos casos. Le habría preguntado si no le daba miedo meterse en las almas de desconocidos. Porque si alguien pudiera descifrar los sentimientos que tuvo mi hermano unos minutos antes de quitarse la vida, yo preferiría no saber, no abrir esa puerta. Me aterraba más que el propio suicidio.

¿Quién podría exigirme que entrara en una selva oscura llena de fantasmas?

El otro hombre también me dio las gracias. Más entero que la mujer, procuraba no decaer. Ya había visto parejas así en otras ocasiones, incluida la de mis padres, uno se hunde y el otro ha de tirar de él o de ella. Aquí tiraba él. «De verdad, se lo agradecemos mucho», repitió mirando a su mujer para que ratificara sus palabras. Pelo corto casi blanco, gafas de pasta, reflexión, serenidad o resignación. Una ligera barriga por las comidas de negocios y manicura de empresario próspero. Era fácil imaginárselo en un buen restaurante observando atentamente, con las gafas en la punta de la nariz, la etiqueta del vino antes de que el drama llamara a su puerta.

El sicólogo los presentó: Amanda y Eduardo, padres de Ezequiel.

—Ezequiel tiene veinticuatro años y es estudiante de Derecho. Lleva dos años atrapado voluntariamente en una secta llamada Orden Humanitaria, radicada en África. Lo achacamos a la ruptura con su novia. Ellos te darán más detalles.

Esta familia tenía una vida normal hasta que una grúa invisible los levantó por el aire y los dejó caer en la zona en sombras donde estaba mi hogar desde hacía tres años.

—Nuestro hijo, Ezequiel, ha roto con su vida anterior y con nosotros, con los amigos, los estudios y el club de tenis donde se pasaba las horas muertas. Ha caído en manos de... —dijo la mujer atragantándose con las palabras.

Asentí mirándola intensamente a los ojos castaños y agotados, empequeñecidos por el insomnio, para que comprendiera que yo sabía de lo que hablaba, no estaba sola.

—El caso es que se siente mejor con ellos que con nosotros —añadió él mirándola también a los ojos, como si todos quisiéramos hipnotizarla un poco para que reviviera—. No podemos obligarlo a que nos quiera.

Cuántas veces había oído palabras más o menos parecidas sobre mi hermano.

—Algo habremos hecho mal —dijo Amanda.

Cuántas veces mis padres y yo nos habíamos sentido tan culpables como ella.

—No me vengas con esas otra vez. ¿Y él? ¿No está haciendo él algo mal?

Había dolor y rencor en sus palabras. Podría haber dicho: «¿Para qué tanto esfuerzo? ¿Tanta tensión? ¿Tanto dinero? ¿Para qué haber tirado mi juventud por la borda entre las cuatro paredes de un despacho discutiendo todo el día sobre cosas tan aburridas que me obligan a tomarme más estimulantes de los aconsejables? ¿Por qué no me fui yo también a vivir en una comuna en la playa? ¿Por qué no dejé que otros cargaran con la culpa de mis fracasos?». No dijo nada. Para desahogos inútiles, ya estaba su mujer.

Amanda unió las manos y comenzó a retorcérselas como si intentara romperlas.

—Perdona —dijo dirigiéndose a mí. Su voz sonaba quejumbrosa, parecía suplicar al universo cada vez que hablaba—. Estamos nerviosos.

—Si mi experiencia les sirve de algo, mi familia y yo hemos pasado por este trance mil veces.

—¿Y qué ocurrió? —preguntó ella anhelante.

—Nadie tiene la culpa. Puedo asegurárselo —dije tratando de eludir el triste y terrible final de mi hermano, su suicidio—. Mi hermano pasó por la misma experiencia que Ezequiel. Fue captado por una secta.

Esta parte de la conversación con los afectados que buscaban en mi familia consuelo era lo más desesperante porque nadie quería ver reflejado a su ser querido en mi hermano. Yo tampoco quería verlo reflejado en su propio espejo oscuro y torturado. Por fortuna, el sicólogo interrumpió la temida pregunta de qué había ocurrido con mi hermano.

—Creo que ahora el turno es mío —dijo el sicólogo mientras me miraba—. Amanda y Eduardo te pagarían bien un servicio muy especial. Te ruegan que los ayudes a encontrar a su hijo y rescatarlo de la Orden Humanitaria, tendrás que viajar a África.

Salí de la asociación sin saber qué pensar ni qué decir. Ni en un millón de años me habría esperado una proposición semejante. Por la noche, en la cama, contemplando el zodiaco que desde que era niña adornaba el techo de mi habitación —a la que regresé tras la tragedia de mi hermano para consolar a mis padres—, pensé que era una tarea imposible arrancar a alguien de un sueño, cualquiera que fuese ese sueño, grande o pequeño, bueno o malo.

Mi hermano se llamaba Max, diminutivo de Máximo, un nombre que no le gustaba nada hasta que de mayor se dio cuenta de que se avenía con sus ganas de ser la mejor persona del mundo. Yo era cinco años mayor que él y debía recogerle a la salida del colegio, pero a veces se me olvidaba y no me daba cuenta hasta que llegaba a casa. Entonces regresaba corriendo y me lo encontraba esperándome sentado en el bordillo de la acera. Se levantaba cansinamente y me cogía de la mano. Nunca me descubrió ante nuestra madre. Un día, cuando él tenía seis años, estábamos de vacaciones en la Costa Brava y, mientras jugábamos en la orilla, llegó una ola furiosa y lo engulló. Nuestros padres y sus amigos estaban distraídos jugando a las cartas sobre las toallas y yo rebusqué desesperada entre la montaña de espuma. No se le veía, las olas iban y venían y lo revolcaban una y otra vez. Estaba ahogándose, hasta que toqué el bañador y lo saqué, lo arrastré a la arena. «¡Qué susto!», dijo después de toser. Lo abracé, me parecía muy pequeño, muy blanco, con piernas de palillo. Nos acercamos al grupo de adultos para coger unas cocacolas y no contamos nada porque no había nada que contar. En la infancia, desde que uno se levanta por la mañana, está salvándose de morir. La vida jamás vuelve a ser tan peligrosa como entonces, por muchas locuras que se hagan.

Y por eso no lo entiendo, Max, no entiendo por qué tuviste que dejarte llevar por esa terrible ola sin que yo estuviera cerca. O puede que estuviera y no me diese cuenta. Aquellos días me había marchado de casa a compartir apartamento con una compañera de clase muy divertida llamada Coral, y casi no me acordaba de él. La libertad, los conciertos, beber y comer porquerías sin medida, las melopeas de fin de semana y también entre semana. Dejé que te

ahogaras. A veces, cuando nos atrevemos a repensar lo que ocurrió, le echamos la culpa a un profesor de Filosofía que le recomendaba demasiados libros sobre el alma y la felicidad.

Y al hermano mayor de un amigo, cuyo sueño era marcharse a Guatemala para ponerse de ayahuasca hasta arriba y adquirir una nueva conciencia. Pasaba mucho tiempo con él fumando hierba y despreciando la vida que le había tocado vivir. Se sentía fuera de lugar y, para exhibir su diferencia, se hizo unas largas rastas. En la cara se dejó sin afeitarse la poca barba que le crecía y decidió usar sandalias sin calcetines todo el año. Se encontraba bien en el modelo de santón blancucho y rubito. Comía poco y, al final, casi no hablaba con nosotros.

Perdía el culo por asistir a sesiones de meditación y una noche ya no volvió. Yo estaba tan entregada a mi nueva vida y a cogermelos pedos que convencí a mis padres de que ya aparecería. Luego nos enteramos de que vivía en una comuna que se autoabastecía con sus cultivos y animales y se regulaba por sus propias leyes. Pensamos que era lo que había buscado toda su vida y no íbamos a estropeárselo. Hasta que un día la Policía me llamó por teléfono (mi número era el único que conservaba. Era el único vínculo que lo unía, aunque remotamente, a su mundo).

Lo encontraron ahorcado en las ruinas de un cortijo abandonado en Almería. Aún quedaban por allí algún trozo de pan, cascotes de vidrio y trapos sucios. Pero todo indicaba que se había quitado la vida voluntariamente. ¿Voluntariamente? Voluntariamente en aquel lejano día de nuestra infancia se metió en el mar y una ola casi acaba con él de no ser por una mano que lo agarró del bañador. No hay nada de voluntario en colgar una soga de una viga herrumbrosa, solo desesperación.

Y ahora ese chico, Ezequiel, estaba ahogándose sin saberlo y yo tenía un par de manos que algo podrían hacer.

La segunda vez ya no me citaron en la asociación, sino en casa de Amanda y Eduardo. Un piso cerca del parque del Retiro, con una entrada palaciega de techos enormemente altos de los que pendían arañas de cristal. Amanda me hizo pasar a un salón abierto a otro, y este a otro más. Puse los pies sobre una



alfombra tejida con hilos de seda que representaban un prado. Me habría descalzado con gusto. Había muchos detalles de distintas partes del mundo. Los años, los viajes y un gusto barroco debían de ser los culpables del abigarramiento de las estanterías, vitrinas, repisas de mármol sobre las chimeneas y de las grandes plantas de interior medio ocultando máscaras africanas antiguas bastante usadas, que entre las hojas parecían terroríficos guerreros vigilándonos. La calefacción estaba a tope y en las puertas de cristal de los balcones se aplastaba la tarde como una cara gris. Amanda me preguntó si quería beber algo. De buena gana me habría tomado una copa de vino, la necesitaba más que nunca, pero me conformé con un vaso de agua y el sicólogo no quiso nada. Eduardo no estaba y no pregunté por él, no hizo falta.

—Mi marido está trabajando. Desde que Ezequiel desapareció, trabaja como un loco, necesita distraerse, no pensar. Mientras que yo...

Se detuvo como si no tuviera clara su posición en el mundo. Llevaba medias muy claras, casi blancas, sobre unas piernas delgadas y musculadas, zapatos bajos forrados en la misma tela de la falda. Gran parte de su vida consistiría en ir de compras y dar cenas en casa. El último salón lo ocupaba una mesa alargada de mármol blanco con sillas de cuero negro. Las cortinas de charol blanco cubrían las paredes desde el techo al suelo, lo que solo se le ocurriría a un decorador de millonarios.

—Ezequiel es nuestro único hijo, no sé si te lo he dicho. Nada más nacer se convirtió en mi principal ocupación, porque su padre, ya ves, siempre está liado con los negocios. Los aranceles, impuestos, las odiosas caídas de la bolsa. Las exportaciones se han puesto imposibles. La obra de mano barata está acabando con todo lo bueno. La calidad está pasando de moda.

También en este punto Amanda se quejaba en nombre de su marido.

El sicólogo se quitó la chupa y la tiró en un rincón del sofá, luego echó un brazo por encima del respaldo y se acomodó. Los ricos no le impresionaban. Sus ojos debían de ver a través de los tapices, las paredes y los juegos de plata igual que a través de la miseria y los cartones apilados para dormir en los cajeros automáticos.

—Bien, Isabel —dijo por fin—. La familia necesita saber si continúa vivo, si está bien. Sabemos con certeza que hasta hace un año continuaba en la Orden, después se volvió invisible. No se han recibido más noticias suyas. Va

a parecerle una majadería y vas a decirnos que no, pero sus padres quieren intentarlo.

«¿Por qué no? —pensé—. ¿Por qué no van a intentar salvar a su hijo, al contrario que nosotros, que abandonamos a mi hermano a su suerte para no interferir en su libertad, su felicidad y en no sé cuántas gilipolleces más?». Y pedí, si era posible, una copa de vino, intuía que no sería peleón.

—A esta hora me baja la tensión y no quiero marearme —me disculpé.

El sicólogo sonrió comprensivo. Me importaba una mierda lo que pensara.

Amanda atravesó las profundidades de los salones y regresó con una copa como un palmo de alta de vino tinto. Evidentemente, no permitía que el servicio llegara hasta aquí, quizá le parecía una frivolidad no hacer ella misma las faenas de la casa mientras su hijo estaba atrapado y solo al otro lado del mundo. Lo saboreé. Me reconfortó lo bueno que era. En la calle el viento doblaba las ramas de los árboles.

—Ezequiel dejó de dar noticias en Kenia. La Orden reside en Mombasa, pero se traslada con frecuencia a Malindi y Lamu, zonas turísticas donde el mercado de los mundos mejores es muy amplio.

Dijo lo de «mundos mejores» pensativo, como si hubiera ido y regresado de todos ellos.

—Queremos que vayas allí, lo busques y lo traigas.

Me bebí de un trago lo que quedaba en la copa. Amanda dudó si levantarse a rellenármela; en cambio, sacó un álbum de fotos de un cajón de nogal con incrustaciones de nácar, una costosa antigüedad seguramente. Lo abrió y pasó despacio la mano por una foto acariciándola.

—Este es Ezequiel.

Me miraba con el ceño fruncido por el sol un chico que no parecía que tuviese veinticuatro años. Pelo castaño corto y piel tersa y aniñada por haber ingerido grandes cantidades de leche materna en la infancia. Ojos marrones con excesivas pestañas para ser un chico. Ni alto ni bajo. Con gafas, canas y más peso podría ser su padre, algo que también lo animaría a huir de esta casa. En la foto llevaba puesta una camiseta con la imagen de un oso panda.

—Tienes que convencerlo de que regrese a su vida verdadera —dijo la madre cobijando la foto entre las manos.

—Pero ¿por qué yo? No tengo experiencia en esta clase de cosas y Kenia

está muy lejos. Jamás he estado en África ni he hablado con ningún africano. No sabría cómo arreglármelas allí.

—Hemos visto a muchas candidatas —dijo el sicólogo sin hacer caso a mis protestas—, y tú has sido la elegida. Has pasado por algo parecido. Sabes perfectamente lo que sienten los padres de Ezequiel y eres inteligente y observadora —añadió tras haber seguido con atención cada movimiento de mis ojos.

—Y sobre todo —añadió ella temerosa de dar un paso en falso y disuadirme del todo—, le gustarás. Eres su tipo. Te pareces a Marta, su exnovia. Por aquí tengo una foto —dijo abriendo otro cajón—. Lo dejó plantado, traumatizado. Creemos que tiene la culpa de todo. Si aceptas ayudarnos, necesitaríamos que aún te parezcas más a ella, que se la recuerdes.

El sicólogo le apretó el brazo animándola a continuar hablando.

—Marta es rubia. Tendrías que teñirte de un rubio grado nueve o diez —añadió examinándome el pelo con ojos tristes y expertos—. Y le gusta mucho vestir de negro.

—¿Y por qué no la convencen a ella? Sería más fácil y efectivo.

Contestó Amanda sujetándose a los brazos del sillón para no caerse o salir volando:

—Porque no lo quiere. No lo quiere, ¿comprendes? Y sin embargo, él todavía la ama.

—Marta estaría demasiado implicada emocionalmente con él —dijo el sicólogo cortando las apasionadas palabras de la madre—. Es mejor que este trabajo lo haga alguien con la mente clara.

Ella se levantó y me tendió las fotos de Ezequiel y de Marta. Le temblaba la mano y daba la impresión de que la melena de la chica se mecía en el aire. Llevaba una camisa blanca con las solapas abiertas mostrando dos poderosas clavículas de bailarina y una fina cadena con un brillante que descansaba en la escotadura. Realmente, si de mí emanase algo de pureza, pulcritud y elegancia, podría parecerme bastante a ella. Tendría que renunciar a mis rizos y también a pintarme los ojos con *eyeliner* negro y los labios rojos. Debería dejar desnuda mi cara simplemente redondeada, mis ojos simplemente marrones, la nariz recta y los labios con los que vine al mundo.

—Volarías a Nairobi, vía Ámsterdam —dijo él con precaución, midiendo

las palabras—. Y de allí al día siguiente seguirías a Mombasa, donde creemos que podría estar el grupo. Te alojarías en buenos hoteles y tendrías todos los gastos pagados: coches, guías si los necesitas, cualquier gasto adicional. Aparte, se te remuneraría con doscientos mil euros si traes a Ezequiel contigo.

—¿Y si no?

—Habrás disfrutado de unas vacaciones pagadas.

—Lo pensaré —dije.

—No tardes mucho —añadió el sicólogo alargándome un papel con un número de teléfono.

Me pasé lo que quedaba del día y la noche dándole vueltas al viaje, en cómo sería África y cómo sería Ezequiel. La verdad es que les habría dicho al sicólogo y Amanda que sí enseguida, era la única propuesta, la única perspectiva de hacer algo emocionante, algo de verdad, pero preferí aguantar hasta el día siguiente. Y desde luego, de tener éxito, no pensaba lucrarme con la salvación de un chico que podría ser mi hermano.

No les comenté nada a mis padres porque me habrían recordado amargamente que ya habían perdido un hijo. Les diría que me habían dado una pequeña beca o una ayuda para hacer un estudio de campo en África. Una de esas labores vagas que no comprometen a nada. Seguro que lo verían con buenos ojos. Estaban deseando que enriqueciera mi currículum y que con veintiocho años dejara de ser una contratada temporal para hacer estudios de mercado. Desde que salí de la universidad no había conseguido un trabajo ni un sueldo fijos, la segunda cosa que, después de la muerte de mi hermano, más les partía el corazón. Soñaban despiertos. Nunca tendría un trabajo decente porque no había conseguido buenas notas en los estudios de Sociología, finalizados con gran desgana, ni me atraía hacer nada en concreto.

Como el sicólogo tardó en coger el teléfono, me temí que hubiesen llamado a otra candidata. Menos mal que cuando iba a colgar oí su voz alentadora.

—Imaginaba que estarías a punto de llamar. ¿Decidida?

Aunque me molestó resultar tan previsible, le dije que me gustaría conocer más detalles y cuál sería el riesgo que correría, mis padres ya habían perdido un hijo en las circunstancias en que se encontraba Ezequiel y sería cruel por

mi parte causarles más sufrimiento. Nos citamos en la asociación, un lugar que le daba un punto de seriedad al acuerdo. Estábamos pasando un febrero desapacible, frío, y mientras, África estaría tostada por el sol y verde, con animales recorriendo la sabana veloces como el viento. Sin embargo, no quería pensar con placer en un viaje que en el fondo era un viaje hacia el dolor de mi hermano.

El sicólogo llevaba exactamente la misma ropa de las veces anteriores, lo que me hizo pensar que solo se preocupaba de los demás y nada de sí mismo. Tal vez se la cambiaría para ir a cenar con alguna chica. Junto a él también esperaba Amanda. Me examinaron tan concienzudamente al entrar que me paralicé.

—Pensábamos que ya te habrías teñido de rubia. El largo del pelo está bien —sentenció Amanda—. No lo toques.

Si no hubiese sido por su voz quejumbrosa, sus palabras me habrían sonado autoritarias. Y podría jurar que también al sicólogo. Y por eso la interrumpió.

—Siéntate, por favor, y toma nota de lo siguiente: a partir de ahora eres una fotógrafa *freelance*. Vas a Kenia con la intención de hacer un safari fotográfico por los Parques Nacionales: Tsavo, Masái Mara, etcétera, pero antes deseas buscar algo más auténtico y te pasas por Mombasa, atraída por la parte antigua de la ciudad, con sus viejos edificios de estilo árabe, y también por los templos hindúes, absolutamente maravillosos.

Las dos últimas palabras no encajaban con el sicólogo, pero seguramente sí con Marta.

Amanda tenía los ojos rojos de haber llorado, de no dormir, de pensar intensamente; eran angustiosos, daban ganas de zarandearla para que cobrasen vida.

—Marta tiene muy buen gusto —dijo Amanda— y usa mucho las palabras «absolutamente» y «encantador». No se trata de que la imites, pero procura llevar las prendas como si hubieses nacido con ellas. No se maquilla, va muy natural y con el pelo brillante. Le gusta sujetarlo detrás de las orejas. Me he permitido traerte esto, que sé que a Ezequiel le hará pensar en ella.

Abrió uno de esos bolsos grandes y marrones con aspecto de hule de Louis Vuitton y sacó dos faldas y dos camisetas negras de algodón.

—Talla 38, ¿verdad? He comprado dos de cada porque se enrollan fácilmente y te serán muy útiles. Por favor, evita pintarte los ojos y los labios, solo un poco de brillo.

En ese momento vi, en el gran espejo de sus ojos tristes, unos pendientes grandes y un pañuelo enrollado recogíendome el pelo, que me hacía parecer una chica alegre y sin problemas. Puso un neceser sobre la mesa.

—Aquí está todo lo que necesitas. Y también esto. Me pareció que también usas un 38 de pie.

Del bolso surgieron unas sandalias verdaderamente bonitas. Planas y adornadas con cristales que imitaban los diamantes más grandes del mundo.

—Perdona el atrevimiento, pero así ganamos tiempo. Si al final no quieres ir, puedes usarlas igualmente.

Me sentí muy vulgar al lado de la imagen de la tal Marta. Siempre me habían llamado la atención las personas con un estilo tan definido, con unos gustos tan concretos, cuando el mundo está lleno de mil tentaciones, colores, extravagancias, ambigüedades, contradicciones. ¿Cómo no dudar nunca? ¿Cómo no cambiar nunca de corte de pelo ni de perfume? Era asombrosa la fidelidad de Marta a su imagen. Solo se me ocurrió preguntar si fumaba.

—A veces, para quitarse el hambre y el estrés. La ayudaba a mantenerse delgada.

—¿Y la ropa interior?

—Usa bikinis minúsculos, prácticamente va desnuda. Y la ropa interior es igual, desgraciadamente no he podido evitar verla en el dormitorio de Ezequiel. No sale de tonos blancos y negros, y de las fibras naturales.

Se notaba que Amanda había acabado hasta las narices del depurado estilo de Marta.

—Es muy recta, muy suya. No puede llevarsele la contraria —añadió con un gesto de desdén—. Que seas fotógrafa es algo que puede gustarle mucho a Ezequiel. Te dará ese punto artístico que Marta se creía que tenía. Pintaba un rato los domingos, unos cuadros horribles.

Amanda hizo una pausa para pensar o coger fuerzas, y siguió:

—No se lo pongas en bandeja. A los hombres les gusta ir detrás, date cuenta hasta dónde tuvo que marcharse para olvidar a Marta. Déjate ver, déjate desear. Ni siquiera lo mires. Que sea él quien vaya a ti. Le costará

descubrirte porque estará atontado por las ideas de la Orden, pero el instinto te dirá cómo actuar y cómo conquistarlo.

El sicólogo empujó hacia mí un sobre blanco y echó una mirada a Amanda, que reunió fuerzas para levantarse.

—No te dejes vencer ni desanimar. Ezequiel te necesita, todos te necesitamos —dijo mientras se alejaba.

El sicólogo esperó a que se cerrara la puerta para seguir:

—Aquí tienes todos los billetes de avión. Los de vuelta están abiertos. La dirección y teléfono de la embajada en Nairobi. He avisado de tu llegada, de que seguirás viaje a Mombasa y de los hoteles en que te alojarás. Los tienes todos reservados. Te he anotado una compañía de guías y coches de alquiler, por si los necesitas. Allí se habla el inglés y el suajili. ¿Algún problema con el inglés? —Negué con la cabeza—. Tendrás que vacunarte. ¿Preguntas, dudas?

Ya era tarde para recriminarle que se hubiese anticipado tanto a mi respuesta como para formalizar los preparativos y que desde el primer momento dieran por hecho que aceptaría.

Acercó más la silla a mí y se sentó a horcajadas. Apoyó los brazos en el respaldo. Una manera de hacer un punto y aparte en la conversación y de que le prestara una atención sin fisuras.

—El líder de la Orden Humanitaria se llama Maina. Una vez que logres entrar en la organización, debes tener cuidado con él. Conoce nuestras costumbres, estuvo en Mallorca un año trabajando para un concesionario de Seat. Parece que allí se enamoró de una mujer llamada Carmen. Al regresar a África, sufrió una crisis de identidad, espiritual o como quieras llamarlo, y comenzó a rodearse de adeptos. Ha desarrollado una gran habilidad para seducirlos y retenerlos. Tendrás que estar muy alerta porque es difícil engañarlo, se las sabe todas. Vamos a ver. ¿Por qué has elegido Kenia?

No llegué a conocer a los manipuladores de mi hermano. Al poco de su muerte me tentó la idea de ir a encararme con ellos, a exigir cuentas, aunque lo que me pedía el corazón era matarlos. Creo que habría podido hacerlo. Y sobre los huesos malditos de esos miserables, mi hermano renacería. Reviviría su carne y su sonrisa, volvería a mirarme, escucharía su voz. Cada día olvidaba algún detalle, algún gesto, y esto me torturaba. Más que un recuerdo, iba convirtiéndose en un pensamiento. El pensamiento de mi

hermano, para luego convertirse en el sentimiento de mi hermano, un acto de ilusionismo de la vida. Ahora está, y ahora ya no está. Si no hubiésemos vivido en aquel barrio, si no hubiese ido a aquel colegio, si nuestra madre no le hubiese gritado cuando se olvidaba el abrigo en el parque, si hubiese jugado bien al fútbol. Una conjura del universo contra él, y nadie se dio cuenta.

No pude localizar su comunidad. Se evaporó del cortijo en ruinas de Almería y de la faz de la Tierra como si su destino consistiese en destruir a mi hermano y nada más, cosa que con el paso de los meses agradecí porque así sus integrantes no estarían en el mismo pensamiento que él, ni mancharían mis sentimientos por él.

—Soy fotógrafa. Voy a hacer un reportaje —contesté con un retraso de varios segundos, como si me comunicara con él desde la Luna.

—¿Para qué revistas trabajas?

—Para las que me lo piden —dije sabiendo que no era la respuesta correcta.

—Ya. Dame nombres. De la agencia, del jefe de redacción.

—Pues no sé. National Geographic, Magnum.

—Piensa en alguna femenina que incluya reportajes de viajes. ¿Cuál es tu caché, tu tarifa?

Me quedé tan en blanco que sentí náuseas, un mal presagio quizá.

—Infórmate. Maina es muy astuto. ¿Por qué has elegido Kenia, y en particular Mombasa, para tu reportaje?

—Por su..., por su... belleza.

—Sé más concreta. Quieres poner a la mujer africana en el mapa del mundo a través de tus fotografías.

—Pero eso ya está muy hecho —dije sinceramente.

—¿A quién le importa? Si tratas de ser original, la has fastidiado. El que se embarca en un viaje así tiene claro su objetivo. En cuanto titubees, Maina sabrá que lo engañas. Lleva contigo en el bolso o la mochila un mapa con el recorrido que piensas hacer. Debe parecer muy trabajado, muy pensado, por si acaso él lo ve.

—Pero ¿y si Ezequiel no está en ese grupo?

—Podrás hacer un reportaje de verdad y venderlo. Hasta ahora, lo que hemos podido averiguar es que gestionan un taller en una cooperativa de



artesanos en esta dirección de Mombasa —me tendió otro papel más—. Y los martes les gusta acercarse al malecón del puerto a tomar el aire en grupo, a eso de la una de la tarde más o menos. El martes próximo, por cierto, ya estás en Mombasa. Si tienes suerte de coincidir con ellos, podría ser un buen momento para verlos juntos y que Ezequiel te descubra.

Le habría dicho que no estaba segura de recordar todos los detalles ni de cumplir bien el encargo. No había en mi vida ninguna proeza a la que agarrarme con fuerza. Siempre me pregunté por qué no podía tener el tesón de Coral, mi compañera de apartamento durante la universidad, que trabajaba de día y estudiaba de noche, y encima iba al cine, de fiesta y sacaba mejores notas que yo. Se concentraba en cada cosa que hacía de una forma sobrehumana hasta para hacer unos huevos fritos. Cuando alguna vez traté de ser ella, me di cuenta de que su fuerza mental era tan fastuosa como una de esas coronas medievales con incrustaciones de esmeraldas, zafiros y diamantes. Y yo ahora necesitaba esa corona desesperadamente.

Junto con los billetes y bonos de hotel, me entregó otro sobre.

—Es moneda local para pequeños gastos. Buena suerte.

Ya no volví a verlo ni a hablar con él.

Recogí el neceser, la ropa y las sandalias que me había entregado Amanda, y al pasar por un centro comercial compré una mochila con muchos bolsillos y un mapa de Kenia.

Aunque tras la muerte de mi hermano decidí vivir con mis padres para no dejarlos solos con su pena, no solía darles muchas explicaciones de adónde iba y de dónde venía. Procuraba que la convivencia no les hiciera pensar que había vuelto a la adolescencia. Y tuve que recordarles varias veces que ya tenía veintiocho años. Así que cuando me vieron hacer el macuto rumbo a África, les conté que me habían concedido una pequeña subvención para poner a la mujer africana en el mapa del mundo y se quedaron muy satisfechos.

Para no tener problemas con la foto del pasaporte, esperé a teñirme de rubio en el hotel de Nairobi. Me puse los guantes de plástico que venían en la caja y utilicé una taza del set de té y café para hacer la mezcla, me lo extendí con las manos y lo dejé reposar el doble de lo que aconsejaban las instrucciones. El

resultado no estuvo mal, no me quedó tan dorado como el de Marta y por algunas partes aparecía mi verdadero color castaño, pero confiaba en que el potente sol africano lo igualara. Saqué la foto de Marta de un bolsillo del macuto y sorprendentemente nos dábamos un aire, sobre todo si sustituía mis extravagantes pendientes por unas pequeñas imitaciones de perlas en las orejas. Me cohibía la vertiginosa simplicidad de Marta.

A la mañana siguiente de mi llegada a Nairobi volé, tal como estaba previsto, a Mombasa, donde aterricé como una rubia dorada envuelta en sencillez y naturalidad.

### *Mombasa, marzo*

En cuanto salí del aeropuerto, me sentí febril. El calor ardiente y la brisa fresca del mar tiraban de mí cada uno por un lado. Por los ojos entrecerrados entraban cielo, intensamente azul, y palmeras. Muchos andaban descalzos, lo que le daba un toque playero a toda la ciudad. Según pasaba con el taxi camino del hotel, entre dos enormes colmillos erigidos en honor de la reina Isabel II, me pareció que iba a enfermar y que tendría que regresar a España con la palabra «fracaso» escrita en la frente. Ya me advirtieron que las vacunas que me había puesto contra la malaria y un montón de cosas más podrían tener estos efectos. Seguramente el padre Andrés no se vacunaba de nada y andaba tan fresco, y por eso nos despreciaba al escritor famoso, a mí y a todos los que veníamos a hacer turismo humanitario sin estar siquiera preparados para esperar una avioneta incierta en un lugar incierto de la sabana africana. Mi madre me aconsejó que no se me ocurriera lavarme los dientes con el agua del grifo y que cuando estuviera bajo la ducha apretara los labios para que no penetrara ni una milésima de gota. Qué fácil era tenerle miedo a todo. Lo más lógico es que el malestar se debiera a la presión del viaje y al nerviosismo de no meter la pata.

Nada más registrarme en el hotel Serena Beach y soltar la mochila en la cama, me puse una de las faldas largas negras de algodón con abertura lateral, una camiseta de tirantes del mismo color, las sandalias de cristales, la gorra con visera y las gafas de sol, y pedí un taxi. Era martes, el día en que, según el

sicólogo de la Asociación de Víctimas Dependientes, se reunía el grupo de Ezequiel en el puerto. Le pedí al conductor que me llevara allí, le conté que quería sentarme un rato a tomar la brisa marina. «Es más que una brisa. Son los vientos monzones que vienen de India y Arabia, nos limpian de todo mal», dijo orgulloso de que apreciara este bien inmaterial de su mundo. Acababa de comprender que la gente acudía al puerto más por el viento que por el mar, pero no estaba aquí para saborear estas sutilezas destinadas a los turistas. Lo avisé de que tardaría una media hora, quizá más. Por supuesto, le pagaría el tiempo extra, ahora eran las doce y media. No había ningún problema. «Disfruta». Me volví para comprobar que de verdad estaba dispuesto a desperdiciar tanto tiempo de su vida esperando a una desconocida y agitó la mano indicándome que avanzara hacia el mar.

Me senté en un largo poyete de piedra frente al oleaje, entre dos chicos que me sonrieron. Lamentablemente, el sol era mi enemigo, se aplastaba contra mí con toda su mala leche. Y no parecía buen síntoma que, a pesar de la humedad, no sudara. Me notaba las mejillas secas y ardientes. Me bebí la botella de agua a sorbos esperando que ocurriera algo. Y pasada una hora de aire y sol, y de la más que probable fiebre, iba a marcharme al hotel y a meterme en la cama cuando reconocí a Ezequiel. Iba en grupo, como me anticipó el sicólogo de la asociación, entre chicos y chicas a los que unía un lazo invisible que los seguiría uniando aunque estuvieran a varios kilómetros unos de otros. El corazón me dio un vuelco. Ezequiel existía realmente, parecía el padre *hippy* del chico de la foto que me enseñó su madre. Más arrugas por el sol, el pelo largo con incipientes entradas, recogido con una goma; la mirada menos viva, más aplacada por la vida. Los dos años transcurridos le habían ensanchado las mandíbulas y la cintura. Y sin embargo, su sonrisa seguía envolviéndolo en un aire de inocencia conservado mágicamente desde los cinco años.

Componían un ramo de flores silvestres coloridas y medio deshojadas: una chica de pelo corto castaño, Ezequiel, otro chico pálido y rojo a partes iguales, y otra chica esquelética, requemada por algún extraño sol, que parecía existir para sostener una voluminosa cabellera de rizos cobrizos. Y el mayor de todos, un keniano de andares distinguidos, vestido con pantalones y túnica blancos, que debía de ser Maina, el líder. Se me olvidó un poco la fiebre y me

encendí un cigarrillo para atraer lo más posible la atención de Ezequiel. Se sentaron en las rocas, con panorámica ladeada al mar, y enseguida noté cómo sus ojos viajaron hasta la pierna que asomaba por la abertura de la falda, hasta el pelo, el cigarrillo, las sandalias, mi cara. Revoloteaban buscando un parecido con alguien, una sensación antigua. Yo lo veía sin mirar. Me quité la gorra y sacudí la cabeza para que el pelo volara en el aire febril y ardiente de aquel suplicio. El cigarrillo me sabía a rayos y antes de terminarlo lo apagué en el trozo de muro entre mis piernas. Cuando consideré que ya me había colado en su mente lo suficiente como para que pudiera reconocirme en otro lugar, me marché. Aproveché que Maina distrajo a Ezequiel para desaparecer de su vista.

El taxista sabía algo de español y era muy parlanchín. Su alegría me hacía sentir más enferma aún.

—¿Mal de amores? —preguntó con jovialidad y comprensión.

Le habría preguntado dónde había aprendido esa frase, pero empezaba a verlo todo borroso.

En la habitación saqué temblorosa un antibiótico que llevaba en la mochila por si llegaba una ocasión como esta. Mi médico no era partidario de los antibióticos, pero no era momento de sutilezas y me lo tomé. Me metí en la cama con una botella de agua al lado. Y puse el despertador para la siguiente pastilla. ¿Sería a esto a lo que se refería el secretario de la embajada de Nairobi, a encontrarme desvalida y sola? Me desasosegaba mucho la visión de Ezequiel y sus amigos. Me obligaba a dar vueltas en la cama sin parar. Quizá fue el hecho de encontrarlos con tanta facilidad como si me estuvieran esperando cuando lo normal sería que precisamente hoy algo les impidiese ir al puerto. Las cosas nunca salen a la primera, a no ser que sea cosa del destino.

A las nueve de la noche, oí unos pasos ligeros, medio soñados medio reales, y una mano me tocó la frente.

—Te he traído una infusión. Es lo que tomamos nosotros cuando nos sentimos mal —dijo en inglés, por lo que no supe si me tuteaba, pero yo quise pensar que sí, que era mi amiga.

Era una chica alta, delgada, lo que se dice bella, con manos largas y delicadas que me pasó por el pelo no tanto para acariciarme como para

sanarme. Lo hizo dos veces y traté de incorporarme con esfuerzo, la cabeza se me iba. Ya era de noche y la camarera abrió la ventana. Entró una bocanada de aire. Realmente les fascinaba el aire, lo aprovechaban todo lo que podían. La infusión me sentó de maravilla y volví a arrebujarme en la cama. ¿Por qué sabrían los empleados del hotel que me encontraba mal? ¿Todos los huéspedes se encuentran mal al principio de llegar a Mombasa? ¿O era una increíble capacidad de empatía que los había llevado a fijarse en mí? Mi aspecto actual, fundido con el de Marta, no llamaba mucho la atención. Claro que aquí era una blanca, una turista blanca, y me encontraba bajo la responsabilidad del hotel. Los blancos debíamos de ser muy debiluchos y les daría miedo que nos muriésemos dentro de las habitaciones. Sin embargo, no sentía que despreciaran mi comfortable vida de blanca tanto como el padre Andrés, que había elegido mirar a la miseria cara a cara. La camarera me ahuecó el almohadón y me contempló sonriente. «Mañana estarás mejor», dijo.

A las diez de la noche, al abrir los ojos, vi una manzana sobre la mesilla. Y a través de las mosquiteras blancas, las paredes pintadas con pigmentos rojizos y un arco árabe que daba entrada al baño. Bajé de la cama agarrándome a una columna del dosel de madera y me encaminé hacia el arco. Me tomé la pastilla y le di un mordisco a la manzana sin ganas. Cerré la ventana. Todavía podía regresar a Madrid, aún estaba todo por hacer. No había pasado nada. Podría excusarme diciendo que había visto a Ezequiel y que estaba bien, en perfectas condiciones, y que quizá deberían dejarle vivir su vida como él quisiera. Puede que mi hermano también la viviese a su modo y que juzgásemos mal su huida. ¿Qué nos hacía pensar que, por no ser feliz con nosotros, estaba equivocado? Vivió como quiso y murió cuando quiso, y por mucho que lo buscamos él no quiso que lo encontráramos. Pensar en mi hermano me hacía odiarme, sentirme responsable de algo que pude decirle y no le dije, de una luz que no le encendí. Ojalá que Ezequiel fuese más fuerte que él.

Cerré los ojos. No sabía si por la mañana estaría en condiciones de escribir a la familia de Ezequiel informando de que lo había visto. Traté de dormirme otra vez diciéndole a Max lo siento una y otra vez.

## EZEQUIEL

*Mombasa, marzo*

La chica tendría cuatro o cinco años más que yo y llevaba una camiseta y falda larga negras por la que asomaban unas sandalias con tiras de cristales. Era delgada y el pelo medio rubio y lacio le sobresalía de una gorra, por lo que el viento solo le levantaba las puntas hasta que se la quitó y lo dejó libre. Fumaba y, por mucho que moviese el cigarrillo a uno y otro lado, el humo se revolvía contra ella y se le metía en los ojos. Estaba sentada sobre el malecón y balanceaba las sandalias esparciendo ráfagas de resplandor sobre la arena. El día era azul y una fuerte brisa refrescaba el ambiente, lo más apropiado para coger una buena insolación. Y esta podría haber sido la excusa perfecta para acercarme a ella y advertírselo. Pero estaba tan ensimismada en sus pensamientos que sobresaltarla no sería lo que se dice un buen comienzo. Como mucho, me miraría de reojo y no me contestaría. Hasta ahora podía observarla con cierta libertad porque ni siquiera se había dado cuenta de que yo existía. Dirigía la mirada a los barcos de vela, al cielo, al horizonte, a cualquier cosa que estuviera lo más lejos posible, y sin llegar a consumir el cigarrillo lo aplastó contra el muro. Sería una de esas personas que no necesitan mucho a los demás porque tienen bastante con sus pensamientos. Me pregunté qué estaría haciendo en Mombasa, en qué organismo internacional o en qué ONG trabajaría hasta que Maina se sentó junto a mí y me cogió por los hombros.

«Cuando hemos satisfecho lo básico, empezamos a preocuparnos por lo absurdo», dijo contemplando el oleaje. Su voz era un camino que me llevaba

hacia la verdad de las cosas. Era más que un padre o un maestro. Cuando estaba con él sentía que había existido en un mundo paralelo, uno que no era el mío, y que, por fin, estaba en el lugar y el momento que me correspondían. Hasta que lo conocí yo era un vagabundo de la vida, un tirado, que estudiaba por estudiar y que creía que para amar había que sufrir. Si Marta no me hubiese abandonado, jamás habría descubierto la profunda realidad, las personas que hay dentro de las personas y los auténticos sentimientos que hay en los sentimientos. Hasta ese momento había sobrevivido como en uno de esos sueños que se recuerdan a medias al despertar.

Gracias a él y sus consejos, cada día desaparecían detalles de aquel momento en que Marta se echó su dorada melena a un lado del cuello y se la pasó por detrás de las orejas y se hizo un moño con los dedos dejando que algunas hebras se soltaran y se le enredaran en las bolitas de los pendientes. Cuando jugaba así con el pelo es que intentaba decir algo. Enviaba señales igual que los marineros con sus banderines.

No me miró a los ojos. Ojos que trataban de interpretar sus señales con una angustia que crecía según iba haciéndose una trenza.

—No sé cómo decírtelo —dijo.

Le rogué con gesto suplicante, que ella no llegó a ver porque prefería mirar cualquier cosa antes que a mí, que no me dijera nada. Quería que todo permaneciera así para siempre: sus dedos en el pelo, la cerveza por la mitad, la botella de agua terminada, el ladrido de un perro en la calle, el ruido de la cafetera. Marta haría estallar el planeta en millones de pedazos en cuanto se deshiciera la trenza.

—Esto es muy difícil para mí —añadió.

Llevábamos saliendo tres años. Nos conocimos en la universidad, yo estaba en primero y ella en tercero de Derecho. Iba más adelantada que yo en todo: en edad, en estudios y en inteligencia. Mil noventa y cinco días, un millón quinientos setenta y seis mil ochocientos minutos de miedo a perderla, que me parecían felicidad.

—Voy a casarme. Lo siento —dijo deshaciendo finalmente su obra.

Casarse. ¿Había oído bien? El mundo estalló en mis oídos. El resplandor del pelo se disparó en todas direcciones. La rodeaba un fulgor celestial. El sol le daba de frente y le arrancaba algunas lágrimas, también doradas. Estaba

más guapa que nunca. Yo le era más indiferente que nunca. ¿Y por qué no iba a serlo? Era un tío mierda. Me sudaban las manos y hasta la raíz del pelo. Me caían gotas por la frente, por el labio, no sabía qué decir, no era digno de estar en su presencia. Sin darme cuenta, me descalcé por liberar algo de mi cuerpo. Los mocasines rodaron bajo la mesa entre nuestros pies, pies que alguna vez estuvieron juntos unos sobre otros, acariciándose bajo las sábanas. Me daba vergüenza haberla besado, me sentía un profanador. Era inconcebible que alguna vez me hubiese dejado pasarle la mano por el sexo y tocarle el pecho, llevarla a la cama de mi cuarto, penetrarla. Me sobrecogía pensar esta palabra, hacía que me sintiese un animal. Meter mi rudeza, mi bestialidad y toda mi torpeza en su tierno cuerpo, en su delicadeza, me sobrecogía recordarlo. Siempre presentí que no tenía ningún derecho a hacer aquello, que era como cuando en Navidad te regalan algo por error, y nada más abrirlo comprendes que no era para ti, pero aun así te lo quedas.

—Lo que ha ocurrido no tiene nada que ver contigo —dijo poniendo una mano sobre la mía.

Me miró con tanta lástima que preferí cien mil veces la indiferencia.

Su blanca mano, que siempre me daba miedo apretar demasiado, con un anillo de brillantes de prometida. No moví ni un nervio de la mía, estaba paralizada sobre la mesa.

—No tienes que pensar en lo que perdemos sino en lo que hemos tenido. Ha sido un regalo para los dos.

Como no abrí la boca, añadió: «Al menos para mí».

Estaba en blanco. Lo que más temía había sucedido, así que ya no tenía que seguir pensando, ni sintiendo ni hablando. El desastre me aplastaba.

El brillante del dedo planeó sobre los vasos. No quería que me abandonara, pero quería que se marchara. No soportaba mi propio sudor, los granos que tuve en la adolescencia, lo torpe que fui en el colegio, lo mediocre que estaba siendo en la universidad, tampoco soportaba tener la vida resuelta antes de nacer. ¿Qué había hecho para merecer a Marta? Si era sincero, muchas veces tuve la impresión de ser para ella la simple transición de una vida insulsa a otra mejor.

—¿No me dices nada? ¿No me preguntas quién es? ¿Te sientes bien?

Levanté la vista de su anillo a los ojos también luminosos, preciosos.



—¿Te ha comido la lengua el gato?

Le encantaba esta frase, le parecía graciosa e infantil cuando en realidad es terrorífica la visión de un gato comiéndose la lengua de su dueño. Ya no podría tocarla, como mucho verla. Pero no quería verla con otro, probablemente con barriga de embarazada de otro. No podría soportarlo, así que agradecí lo que dijo a continuación:

—Y no nos veremos en algún tiempo, nos vamos a vivir fuera de España. Lo siento. Hemos alquilado un apartamento en Londres. Él..., mi..., trabaja en la *city* en un banco de inversión.

Se sentía tan orgullosa que incluso estaba deseando contármelo. Podría haberle dicho «me alegro por ti» o montarle una escena. Pero no me salió ninguna de las dos cosas. Me lo impedían la fatiga y el abatimiento. Esperé a que se levantase para hacerlo yo. Iba a remolque de la situación. Anduve a su lado cansinamente por la calle, me daba miedo separarme de ella y quedarme solo, hasta que llegó al coche y abrió la puerta.

—¿Te llevo a alguna parte? —preguntó por puro compromiso, agradecida por no ponérselo difícil.

Me metí dentro sin saber adónde iba. Cuánto me fascinaba contemplar de reojo su rodilla derecha, los tendones de alrededor subiendo y bajando mientras pisaba el acelerador.

Y de pronto echó una mirada catastrófica a mis pies. Se le notaba arrepentida de haberme invitado a subir al coche y el tono de su voz cambió bruscamente.

—¿Por qué vas descalzo? Dios, no quería que llegásemos a esto. ¿Te llevo de vuelta a la cafetería? ¿Te has dejado allí los zapatos? En media hora debo estar en otro sitio.

Para reforzar la frase miró su pequeño reloj de pulsera, pertenecía a una serie limitada con diseño de los años cuarenta. Todo en ella era discreto, elegante y pulcro: el reloj, una cadenita fina terminada en un diamante, unas perlas pegadas a las orejas y ahora la guinda, el anillo. Todo el mundo a su lado parecía vulgar. También su familia y su casa, situada en la periferia de Madrid en un bloque del *boom* de la construcción de los años sesenta. Sus padres parecían casi sus abuelos, de lo machacados que estaban por el trabajo excesivo para darle unos buenos estudios a Marta y mantener su nivel de vida.

Y cuando llegó el momento en que ella consiguió un buen puesto en un bufete de abogados y pudieron moverse a otro sitio, no quisieron. Les dio miedo esa vida mejor que tanto ansiaba su hija, y un día viendo la televisión se quedaron dormidos y no despertaron por una desgraciada fuga de gas. Fue debido a las deterioradas instalaciones de un edificio mal *conservado*, lo que Marta aprovechó para vengar la muerte de sus padres y ganarle un juicio al Ayuntamiento. Era normal que me dejara. Mientras yo aún no había terminado la carrera, ella había ganado un juicio.

—No quiero bajarme en ningún sitio. —Las palabras me salían entrecortadas. No podía respirar.

—¿Cómo que no? ¿Es que no tienes nada que hacer?

Este era un reproche constante en su mirada y en su voz. Me faltaban agallas para ser como ella. Me limité a negar con la cabeza.

—No vayas a llorar —dijo.

En otro momento me habría tomado mal este comentario. Ahora me daba igual. Ya no tenía que mantener el tipo, ya estaba todo perdido. Sentía que me desintegraba ante ella. Se me aflojaron los brazos. Me desvanecía.

Paró junto a un bordillo y me abrió la puerta inclinándose sobre mí y pasando el brazo junto a mi pecho.

—Estamos dando vueltas sin sentido y tengo prisa.

—No puedo —dije medio paralizado.

Un coche nos pitó.

—Por favor, Ezequiel, sé maduro por una vez en tu puta vida.

Mientras estaba con ella, aún estaba con ella. Salir era el fin absoluto.

—Si salgo, me desmayaré, lo noto.

Me desabrochó el cinturón y me empujó.

—No vas a desmayarte.

No sé cómo saqué las piernas y me caí redondo en la acera. Marta no se dio cuenta, arrancó inmediatamente y se alejó para siempre. Debió de sentir un gran alivio. Yo también lo habría sentido de ser capaz de deshacerme de mí mismo.

Tras la ruptura, mi espíritu, que era el de un sonámbulo sin rumbo, se multiplicó de manera alarmante para quienes me rodeaban. A mí me daba igual. No me enteraba ni quería enterarme de nada. Me pasaba el día fumando

hierba. Suspendí casi todas las asignaturas. En mi casa enseguida odiaron a Marta. Sobre todo, mi madre. Mi padre era más reservado. Ella era la lógica culpable de mi desesperación. Tras nuestra ruptura, bebía con cualquier excusa, no me interesaba nada. Hasta que alguien les habló de la Orden Humanitaria en Kenia, como una forma de salir de mí mismo, y me animaron a ir para ayudar a mis semejantes y hacerme un hombre. No tanto mi madre, que presentía que no era un viaje de ida y vuelta; aun así, se ocupó de hacerme el equipaje. Para mi padre, en cambio, suponía la oportunidad de que me espabilara. Según él, vería suficiente pobreza en África para madurar y olvidar a la rubita, como él llamaba a Marta.

Llegué a la Orden una calurosa tarde de hacía dos años. Del vuelo no me enteré mucho. Me lo pasé durmiendo. A mí me daba igual estar en un sitio que en otro, en un continente que en otro. Si ella se alejaba de mí, yo también me alejaría de mí. El taxi me dejó en una calle llamada Muyaka Road, ante un portón que le habría dado un susto a Marta. Mi madre llenó una maleta de piel de ternera y una bolsa de viaje a juego con ropa, libros y cedés porque decía que el primer golpe de vista sobre alguien es lo que vale. Y por eso me compró, para presentarme ante mis nuevos amigos, un traje de lino gris. Ahora me sonroja pensarlo.

Nada más entrar en la casa alguien me indicó la cocina, y lo primero que vi fue una chica escuálida, cuya cara apenas se adivinaba entre una cabellera alborotada, cobriza y brillante. Tenía cicatrices en las venas de los brazos, pero en aquel momento solo vi, no pensé, no supuse. Se movía dentro de un vestido largo y arrugado de forma fantasmal.

—¿Eres Ezequiel? —dijo con una voz de anciana que salía a trompicones de un cuerpo más o menos joven.

Asentí y me observó de arriba abajo petrificando la chaqueta, la camisa y los pantalones. No me atreví a moverme.

—Soy Lilian. ¿Todo esto es tuyo?

La lustrosa piel del equipaje destacaba entre los platos sucios y las mondas de las patatas en la mesa. Siempre envidié a los compañeros que compartían piso y cocinaban juntos y lo dejaban todo tirado, mientras que yo disfrutaba de una bañera de hidromasaje en mi propio cuarto y alguien que limpiaba y ordenaba a diario.

—Está bien —dijo antes de que yo reaccionara—. Lo venderemos en el mercadillo de los jueves.

Se acercó, cogió un pico de la chaqueta y lo restregó entre los dedos. Le pareció bueno.

—Lo que llevas puesto también.

Salió haciendo ondear el amplio vestido y regresó con unos pantalones bombachos y una camiseta también arrugados, y puede que usados por más gente. El ambiente olía a humedad rancia, como si la ropa no llegara a secarse del todo.

—Ponte esto. Te enseñaré tu cuarto. No somos una comuna, no dormimos en el suelo ni somos unos holgazanes.

—Entendido —dije medio cohibido, medio frustrado por encontrarme tan fuera de lugar, aunque fue la primera vez que me olvidé completamente de Marta.

Cuando ese mismo día conocí a Louis y a Sheila, ya iba vestido como ellos, pero sin su toque especial de despreocupación y guarrería. Compartía la habitación de Louis, de unos dieciséis o diecisiete años, con ojeras crónicas y cara de asesino en potencia, suavizada por el acento francés descontrolado con que hablaba mi idioma. Luego me enteré de que había venido huyendo de una clásica familia rica en que cada uno iba a lo suyo, de los internados para cachorros de la *jet set* y de una soledad de lujo. Se notaba que despreciaba toda su vida anterior y los refinados modales que a veces se le escapaban al comer o al cruzar las piernas. Seguramente por esto la habitación olía a pocilga. Sin embargo, Sheila no llevaba ningún distintivo, ninguna marca del pasado. Era una chica de las que se ven a montones por la calle viniendo del gimnasio con una mochila a la espalda. Pelo corto castaño, aspecto sano, todo lo contrario que Lilian y que el enfermizo Louis. Pero con algo negro en el fondo de los ojos.

¿Verían también ellos algo negro en mí? Me observaban intentando descubrirlo. Salvo Maina, que irrumpió en el cuarto de Louis y mío mientras colocaba en los estantes las pocas cosas que no venderían en el mercadillo del jueves. Tendría unos cincuenta años y llevaba una larga túnica blanca algo rígida, como almidonada y con los pliegues perfectamente planchados, que transpiraba espiritualidad y contrastaba con el color marrón oscuro de su piel.

Me impresionó que, al acercarse a mí, me rozara con la túnica, y mucho más que me pusiera una mano sobre el hombro mirándome como si intentara hipnotizarme. El calor de la mano se me hundió en los huesos, y en lo que hay dentro de los huesos, y también creo que en las venas. Luego se extendió por todo el cuerpo y lo calmó como no había estado en meses.

—Estás completamente bloqueado, hijo mío —dijo en español, que parecía ser el idioma oficial del grupo, por lo que al menos aquí dentro no tendría que hacer un esfuerzo extra, y a veces me preguntaba si no habría dejado escapar a Marta por no hacer un esfuerzo extra—. Va a llevarnos mucho trabajo sacarte de ese pozo. Vienes recomendado por unos buenos amigos míos y haré lo que pueda para reiniciarte.

Me llamó la atención que usara una palabra tan mundana como «reiniciar», lo que podría significar que era capaz de comprender a alguien de mi edad que venía de un mundo asquerosamente egoísta.

Aquel día no podía imaginarme que me quedaría tanto tiempo en la Orden y que acabaría considerando mis hermanos a aquellos seres extraños de mirada alterada que se volcaban en tareas indescifrables para mí. Uno cortaba un gran ramo de rosas con todo cuidado y, en lugar de meterlo en un jarrón con agua, lo dejaba desparramado sobre la mesa de la cocina. Al rato, otro lo recogía y lo tiraba a la basura. Nadie se quejaba, nadie decía nada, como si después de hacer algo se les olvidara de inmediato. Lavaban la ropa, la colgaban y allí se quedaba eternamente, ondeando en las cuerdas hasta que alguna prenda volaba y acababa medio enterrada en el jardín, y el peso de las grandes lluvias acababa por sepultarla. Algunas veces desenterraban una camiseta o unos vaqueros como si hubiesen encontrado oro. O hacían la comida, y esto sí que me llamó la atención al principio, ponían la mesa y a continuación, en lugar de comer, nos marchábamos a la playa o se acostaban a dormir. Eran libres. Me costó trabajo darme cuenta de que vivían y hacían lo que les daba la gana y no pasaba nada. Nadie se rasgaba las vestiduras mientras no se dejase tentar por los grandes pecados. Y, sobre todo, no estropeará el jardín.

Solo podían cortarse las rosas cuando estaban a punto de caerse, tampoco podía meter mano en la huerta por las buenas. Había dos empleados hindúes que se encargaban de estas tareas, y eran los únicos autorizados para abrir y

cerrar el portón de entrada. También atendían la limpieza del ala reservada a Maina y se comunicaban exclusivamente con él. Era evidente que no se encontraban a la misma altura que nosotros, sin aclarar si estaban más arriba o más abajo. A nosotros se nos cedía un trozo de tierra, en la parte trasera junto a la tapia, para que laváramos la ropa y la tendiéramos. A veces, un mono al que llamaban amistosamente Bun-Bun se colgaba de las cuerdas y luego la ropa olía a su pelaje. Y cuando alguna prenda rodaba por la tierra también olía a la mierda que dejaba caer desde el árbol.

El ala reservada a Maina era de una limpieza de quirófano. Nos descalzábamos para entrar en la casa, lo que no era suficiente para él, que cuando llegábamos a su piso nos examinaba las plantas de los pies porque no todos éramos igual de limpios. Lilian, por ejemplo, solo se ocupaba del pelo. Se lo lavaba en un barreño en nuestro rectángulo de tierra. Primero con un jabón neutro que hacía ella misma con la grasa sobrante de los fritos. Luego cortaba una gruesa hoja de aloe vera que crecía en un rincón, mutilada por sus tijeras, y se untaba la melena con ella. Por fin hacía un enjuague con agua y vinagre hasta que los cabellos eran los mismísimos rayos de sol en la tierra. Y era en esa parte del cuerpo donde gastaba su ración de agua para el baño semanal, que completábamos con los baños en la playa, más incómodos por la sal, pero sin restricciones.

Maina era partidario de aprovechar lo que la naturaleza nos ofrece tan generosamente, sin pedirnos nada a cambio, salvo respeto. Por eso era necesario no codiciar bienes materiales, no tener el deseo de poseer para no robar a la naturaleza. La naturaleza no era un supermercado. No nos cobraba por respirar ni por mirar al cielo, ni por andar por el campo, ni por disfrutar del mar ni por asar un pescado que tuviéramos la suerte de pescar. Sin embargo, él ya había superado esta fase, había accedido a un plano superior, y era natural que se bañase a diario y que uno de los empleados hindúes le cocinara los mejores tomates, pimientos y habas de la huerta para él solo, también que tuviese máscaras guerreras en su habitación y su salita, parecidas a las que había en un salón de mis padres en Madrid, por lo que debían de valer una fortuna. A ellos les gustaban las cosas más por caras que por bonitas. A Maina le gustaban por su carga espiritual.

Un día a la semana nos tocaba taller. Me encantaba porque estaba situado en un pasillo intrincado de la Cooperativa Artesana, bajo un enramado de sol y sombra muy fresco. Hacíamos colgantes de asta con la cara de un león o un leopardo pintados y con amuletos. Yo era el encargado de pintarlos. Maina me decía que el trabajo minucioso y lento iría apaciguándome y sincronizándome con las energías telúricas. La ira era una forma de autoexpulsión del orden natural de las cosas. Y tenía razón, desde que entré en el grupo estaba recuperando el equilibrio. Ya no era aquel loco que le daba la espalda a la creación de la que yo mismo era parte y que se trastornaba por nada. Cuando fuese un auténtico creyente, en el cielo se desgarraría un velo muy fino que nos dejaría a todos al descubierto, sin excusas. Me quedé con el pincel en alto mirando a una chica que paseaba entre los puestos y que me recordaba a alguien. Se parecía a la chica rubia que fumaba en el puerto la tarde anterior. Luego pensé que no era y luego que sí. Sí era ella. El mismo pelo, vestida de negro, las pequeñas perlas en las orejas, cara redondeada, mirada distraída de extranjera en busca de chollos. Se podría decir que era una coincidencia, pero no lo era. Estaba en la ruta de todos los guías, como el zoo y el restaurante Carnivore.

Incluso los miembros del grupo más inútiles se habían convertido en artesanos porque, según el Maestro, las manos y el famoso pulgar es lo que nos distingue de los otros animales para bien o para mal. Toda la gente de la cooperativa respetaba mucho a Maina. Aunque fueran ajenos a nuestra hermandad, lo escuchaban con veneración y nos ayudaron a perfeccionar las jirafas de madera cuando decidimos ampliar nuestra oferta. Se compraba poco y barato, pero aun así Maina se las arreglaba para que pudiésemos comer, beber, vestirnos y tener un techo sobre nuestras cabezas. Y cuando dormíamos al aire libre en la playa lo hacíamos por puro placer. Nos apretábamos desnudos unos contra otros y hacíamos un círculo alrededor en la arena para que nada malo pudiera entrar en nuestro mundo, para que ningún extraño pudiera alterar nuestra armonía.

La chica del puerto no reparaba en mí. Curioseaba entusiasmada en otros puestos. ¿Por qué me resultaba familiar?, como si estuviera escrito que nos conoceríamos y que intimaríamos, o ya hubiésemos estado juntos en otra vida, algo en lo que creía a pies juntillas. Desde que estaba aquí había adquirido la

certeza de que en la tierra hay muchas tierras, en el cielo muchos cielos y en cada vida muchas otras vidas pasadas. Maina me había ayudado a escuchar y comprender, a orientarme en la oscuridad con que llegué a la Orden. Me ayudó a tener un objetivo: encontrar mi propia luz.

No quería dedicarle tanta atención a la chica, pero no pude evitar oír que encargaba unos pendientes en el puesto de enfrente y que regresaría al día siguiente para recogerlos.



## ISABEL

*Mombasa, marzo*

El hotel Serena Beach estaba alejado del centro de Mombasa y encajonado entre frondosos árboles, en la zona de Shanzu Beach. Un paraíso para los extranjeros que deseen ser atendidos como auténticos reyes. Hasta después de dormir un buen puñado de horas y de bajarme la fiebre no fui consciente de lo agradable que era. Cuando llegué al restaurante, no sabía si para desayunar o comer, la camarera que me había llevado la infusión a la cama me preguntó cómo me encontraba. Le pediría al cocinero que me preparase algún reconstituyente.

Frente al mar se extendían confortables hamacas con toallas enrolladas encima, y dos guardias de seguridad, una mujer y un hombre con pantalones cortos caqui, vigilaban que nadie se colase en este sagrado recinto desde el que se contemplaba la arena blanca y el agua azul claro; también un ejército de jóvenes kenianos o *beach boys*, que además de vender *souvenirs* acompañaban a señoras blancas, y que, según la camarera, si me decidía a salir a la playa, no me dejarían en paz. Los huéspedes eran tratados como niños pequeños y enfermos. Los empleados les colocaban las toallas enrolladas bajo las cabezas o bajo las piernas y les daban conversación si estaban aburridos, o bien un masaje en la nuca, mientras unos cuantos monos saltaban de árbol en árbol sin molestar y pájaros de precioso plumaje contemplaban el espectáculo. Lamentablemente, todo eso no era para mí y me parecía un desperdicio que los padres de Ezequiel gastasen tanto dinero en placeres que no podría disfrutar puesto que mi objetivo no era relajarme

lujosamente, sino obtener resultados con su hijo. Después de tomarme un café bien cargado y un enorme vaso de jugo de frutas con un bollo, pedí un taxi. En recepción me preguntaron que, si no era indiscreción, adónde iba, preferían saberlo por motivos de seguridad. No me importó decirles que quería visitar la cooperativa de artesanos. En ese caso, debía comentar que estaba alojada en el hotel, me harían un descuento.

La cooperativa se encontraba en un recinto sombreado con hojas de palmera y cada artesano trabajaba descalzo con los pies hundidos en la arena y el serrín, lo que debía de resultar muy agradable. Aquí Maina y los suyos tenían su propio taller. Y aunque procuré seguir las indicaciones que me dio el sicólogo en Madrid, me costó encontrarlo. Hasta que por fin divisé la túnica blanca de Maina, como una vela en el horizonte, pero ni rastro de Ezequiel, por lo que decidí hacer tiempo adentrándome por otros pasadizos en los que se amontonaban animales de madera de todos los tamaños. Vagabundeeé media hora haciendo que los admiraba, como el resto de los turistas, y regresé al puesto de Ezequiel por si tenía suerte. Y la tuve. Lo vi limando una pieza muy concentrado.

Sentí con una absurda alegría que por una vez, desde lo de mi hermano, la suerte estaba de mi lado, que me salía al paso fácilmente, como el viento y el sol.

Sin mirarlo, sabía todo lo que hacía. Me dediqué a probarme pendientes y pulseras en el puesto de enfrente. El artesano dejó lo que estaba haciendo y se volcó en atenderme, lo que seguramente llamó la atención de Ezequiel. Sentí su mirada en mi espalda. Me situé de lado para contemplarme en un espejito colgado en el lateral y entonces sentí su mirada en la mejilla. Giré el espejito un poco hacia él, me observaba atentamente, y Maina a él. Me volví de espaldas y le dije al dependiente que quería los pendientes, pero en azul, en cualquier clase de piedra azul: lapislázuli, aguamarina, turquesa..., y que regresaría a recogerlos al día siguiente sobre esa misma hora. Esperaba que Ezequiel me hubiese oído. Yo no podía hablar más alto de lo normal ni exagerar en nada, debía ser una turista comprando recuerdos. Al abandonar su pasillo me tropecé con otros dos miembros de la Orden: el chico pálido y la chica del pelo corto. Iban acompañados de otras dos personas y me ladeé para que pasaran. ¿Dónde los habrían captado? Puede que ni se molestaran en

captarlos. Mi hermano estaba deseando ser carne de cañón. Todo lo normal le aburría, siempre pensaba que había algo más, que necesitaba encontrar la puerta de entrada a su verdadero mundo, donde le esperaba su verdadera familia, sus verdaderos amigos y su verdadero yo. Nunca luchamos en serio por desengañarle, creíamos que era algo pasajero y que no había que agobiarle. Fue él solito al matadero. Él se encargó de buscar su auténtica familia y su yo, y cada vez que lo pienso, cada vez que lo veo alejarse, también veo que se acercaba a la muerte, y en ese momento nada tiene sentido.

Tenía dieciocho años y había empezado a estudiar Filosofía en la universidad porque necesitaba encontrarle sentido a la existencia. Seguramente allí se topó con esa alma gemela que se lo llevó, gente como cualquiera de los acompañantes de Maina o él mismo. Era ingenuo y estaba desesperado y tenía los ojos profundamente negros y melancólicos y yo lo quería mucho y aún lo quiero.

Pasé lo que me quedaba del día paseando por Mombasa, a veces seguida por unos cuantos chiquillos. De todos modos, no me atosigaban demasiado porque el pensamiento de mi hermano me había enfadado y llevaba el entrecejo fruncido y cara de mala leche. Había calles estrechas, casas con arcos, algunos balcones de madera y adornos árabes hasta los que llegaban el aire del mar y su olor a salitre. Dos mujeres musulmanas pasaron junto a mí rozándome con sus voluminosos ropajes negros. Unas callejuelas me llevaban a otras y a otras, hasta perder la noción de dónde me encontraba. No había mucha gente por allí y los que andaban no hacían ruido.

Tuve la impresión de que alguien me seguía. Pero el enfado me daba valentía y fuerza, lograba que ante la muerte de mi hermano todo resultara ridículo, incluso la mía propia. Todas las calles se parecían y estaban bastante desiertas, no sabía qué hacer. Si me escondiese en un portal o en un pasadizo podría ser peor, ahí sí que nadie podría ayudarme. La presencia de una sombra continuaba detrás de mí, la notaba. Cuando yo paraba, la sombra paraba, los pasos paraban. Desde luego, quienquiera que fuese no iba descalzo, por lo que podría ser tanto keniano como forastero. Si anduviese descalzo, lo más probable es que solo quisiera robarme; si iba calzado, me ponía más nerviosa. Apreté el paso, cada vez me sentía menos enfadada y más inquieta. Por fin llegué a una plazoleta donde había un kiosco de bebidas. Compré una botella

de agua, rodeada de chavales que me preguntaban de dónde era, y por una vez me relajé. Les contesté hasta la extenuación. Su curiosidad era infinita, y yo les pregunté dónde podría coger un taxi. De pronto, de una de las callejuelas salió uno que se ofreció a llevarme en su motocicleta si los invitaba a todos a un refresco. Me pareció que desde la esquina de enfrente nos observaba alguien y que luego se escondía. Le dije al muchacho que, además de los refrescos, le daría cinco euros por el viaje. Hizo el cálculo mentalmente y le pareció bien. Era más alto que yo, con el pelo muy corto, pantalones remangados hasta la pantorrilla y una chancla de cada color, una verde y otra roja. En realidad, no tenía ninguna importancia que hubiese algún mirón por allí. Todos eran mirones, curiosos, avispados, parlanchines, sonrientes y amigables, preguntones. Todos, incluido el personal del hotel, habrían puesto el grito en el cielo si me viesan subirme a la motocicleta de cuarta o quinta mano de un desconocido que llevaba una chancla de cada color. ¿Por qué no podría tentarle la idea de robarle a esta turista paternalista que los invitaba a refrescos, y luego matarla y tirarla por cualquier acantilado? Era fuerte y más mayor de lo que aparentaba a primera vista. Con la espalda recta y lisa bajo una camisa de color caqui sin rastro de sudor, al contrario que yo, que iba empapada. Me entraron ganas de apoyarme en ella y cerrar los ojos. Ni siquiera había llegado a hablar con Ezequiel y, tras la euforia sentida en el taller, empezaba a pesarme el encargo que debía cumplir y la soledad.

El muchacho sorteaba el tráfico peligrosamente, la verdad es que todos lo hacían, desde los autobuses atestados de viajeros hasta las bicicletas. Con la misma desenvoltura con que conducía, me tendió la botella de refresco que le había comprado y que aún no había abierto. Adivinó que estaba sedienta y medio mareada, lo que me pareció un bonito dé talle. No tenía ni idea de por dónde íbamos. Estaba en sus manos. Pasábamos por hoteles, tiendas y restaurantes con turistas en la puerta ataviados con gorras y pamelas, pantalones cortos y botellas de agua en la mano. El refresco me devolvió a la realidad. Y de pronto me encontré en el Serena Beach.

El guarda de seguridad le dio el alto al chico. Y luego me miró a mí. «Soy cliente del hotel», dije pensando en esa piscina que aún no había probado, y en esas hamacas grandes como camas, y en esos deliciosos zumos helados que servían manos enguantadas. Los conserjes me miraron recriminatoriamente. Le

di diez euros al chico y la botella del refresco por la mitad, y luego pensé que no sé por qué daba por supuesto que a él no le daría asco beber de la misma botella que yo.

## EZEQUIEL

*Mombasa, marzo*

A pesar de que Bun-Bun estaba tranquilo en su rama, de que el cielo estaba azul y de que Louis había decidido por fin recoger los calzoncillos sucios esparcidos por la habitación y lavarlos, el día no comenzó con buen pie. Tuve que acercarme por la escuela hindú a llevar un paquete de Maina para el director y llegué tarde a la cooperativa. Normalmente me gustaba ir por la escuela y ver sus dioses de colores y los alegres cuadros y a los niños dando la vuelta a la fuente. No sé por qué los niños hindúes parecen más reflexivos que los demás, como si realmente viniesen de otras vidas en que fueron sabios. El incienso lo envolvía todo en una paz infinita. Sin embargo, el director se hacía esperar y decidí pedirle a la profesora que le entregara el paquete cuando lo viese, no quería llegar tarde a la cooperativa para coincidir con la chica rubia del puerto.

Todo fue en vano porque el puesto de los pendientes estaba cerrado. El joyero había muerto durante la noche, por lo que seguramente la chica ya se habría ido. Maina, consternado por el repentino fallecimiento de nuestro vecino de taller, me preguntó si había entregado el paquete. Cabeceé afirmativamente mientras vi, arrastrando las sandalias por la arena del pasillo, con un sobresalto de alegría que no sentía desde que era feliz, a la chica. También ella se sorprendió al encontrar el puesto cerrado y se volvió hacia mí. Le conté que el pobre hombre, un gran orfebre, había muerto de repente.

—Lo siento mucho —dijo—, ayer le encargué unos pendientes.

La invité a mirar nuestras piezas, aunque lamentablemente no nos había

dado por hacer pendientes. Se llamaba Isabel y también era española.

—¿Tú haces estas cosas? —dijo cogiendo un colgante con un leopardo pintado.

Le mostré otros modelos.

—¿Y siempre te has dedicado al arte?

—Nadie nos condena a tener solo una vida, solo nosotros mismos —dije acogiéndome a la retórica de Maina.

—Eso querrá decir que no —dijo, y afortunadamente no volvió a preguntar más.

La gente que les pregunta a los demás es que no sabe interrogarse a sí misma. La curiosidad solo es fuente de maledicencia. Por eso yo no le pregunté qué hacía en Mombasa. Y además, no hizo falta.

—Te comprendo muy bien. Yo soy fotógrafa. He venido a Kenia para hacer un reportaje que ponga a la mujer africana en el mapa del mundo. Dime algún sitio al que no lleguen los turistas. Tengo la sensación de que estoy perdiéndomelo todo.

—Mañana vamos a Bunbury Beach a las ocho de la mañana. Si estás por allí, podemos hablar. Te haré una lista de sitios.

—¿Vamos? —preguntó—. ¿Quiénes más irán aparte de ti?

—Unos amigos. Te gustarán.

¿Por qué tenía ganas de volver a verla? Cada día veía cientos de turistas husmeando por los puestos y no me llamaban la atención. No dijo ni que sí ni que no. La típica persona que no se compromete a nada y que confunde la libertad con el desequilibrio. Tenía la cara bonita y un poco inexpresiva, diría que a propósito, para protegerse. Como todos los que han sufrido alguna tragedia en su vida. Quizá Maina podría ayudarla.

## ISABEL

*Mombasa, marzo*

Me levanté con la intención de volver por la Cooperativa Artesana para ver a Ezequiel con el pretexto de buscar los pendientes que encargué en el puesto frente al suyo. Y cuando iba a pedir un taxi, vi parado en la acera de enfrente al muchacho de las chanclas de distintos colores sentado en su vieja motocicleta.

Seguramente estaba esperándome; al ir hacia él, un conserje me detuvo: «Espere un momento, por favor». Le dije hola con la mano al chico y esperé. Al momento vino un hombre de mediana edad y de aspecto muy activo, vestido con pantalones grises y camisa blanca.

—Perdone que no me haya presentado antes. Soy el director. Espero que todo sea de su agrado.

Le dije la verdad, que me sentía mejor que en mi casa, donde nadie interpretaba mis deseos como aquí, ni me colocaba una toalla enrollada bajo la cabeza ni me servían una infusión sin pedirla.

—El hotel también vela por su seguridad —dijo con el nerviosismo propio de alguien que ha hecho un alto en múltiples tareas para hablar conmigo—. Y nos sentiríamos más tranquilos si se moviese por la ciudad con alguno de nuestros guías.

Le contesté que no se preocupara, que no iba a ocurrirme nada fuera de lo normal. Y él me miró con una gran incredulidad e hizo un gesto de impotencia con los brazos.

—Todo lo que le suceda en esta ciudad será fuera de lo normal.



Le estreché la mano, le felicité por el funcionamiento del hotel y me encaminé hacia la motocicleta polvorienta. El chico se puso en posición de firmes al verme.

—¿Estás esperándome?

Llevaba frente al hotel desde las siete de la mañana.

—¿Te das cuenta de que lo más normal es que hubiese salido en un coche desde el mismo garaje del hotel?

—Pero no ha sido así —dijo alegremente—. Me pagarás veinte euros al día más el agua.

—Me parece bien —dije.

—Yo te protegeré —dijo.

—¿De qué?

—De todo, menos de los mosquitos.

Se llamaba Said y parecía que iba a comerse el mundo que conocía, el de los turistas extraviados y sedientos, y que no dejaría escapar nada que se le pusiera a tiro, por ejemplo yo. Le dije que íbamos a la cooperativa de los artesanos, que me esperase fuera en algún lugar discreto y que le daría, aparte de los veinte euros convenidos, otros cinco para que se comprase unas chanclas nuevas. A lo que me respondió que si quería darle cinco euros más que se los diese, pero que no iba a comprarse otras chanclas porque eso era tirar el dinero, con esas andaba de maravilla y además le gustaban. ¿Qué tenían de malo?

Me sentí tan avergonzada que me limité a subir en la chapa corroída por el salitre y el tiempo. Eran las diez y el sol iba volviéndolo todo brillante, hasta la cosa más insignificante y escondida. Primero brillante, luego polvoriento, y finalmente cegador y lagrimoso. Esta vez me costó menos dar con el pasillo que conducía al taller de los pendientes y, en consecuencia, al del grupo de Ezequiel y Maina. Fui acercándome despacio, observando las posiciones de cada cual, y me llamó la atención que el taller de bisutería estuviese cerrado. Pero enseguida localicé a Ezequiel en el puesto de enfrente, sentado en una de esas sillas africanas de dos piezas y sin patas. Llevaba atado a la cintura un pareo de rayas que luego supe que se llamaba *kikoy* y encima una camisa blanca de algodón. Tenía las manos más fuertes que su padre, seguramente por el trabajo en el taller. Se encontraba en su elemento, y me pregunté si mi

hermano no se encontraría también en su elemento en su secta y si en el fondo no había tenido salvación posible. Busqué encima de la persianilla del puesto alguna nota con el horario mientras intuía de una manera casi sobrenatural cómo me observaba Ezequiel, se levantaba y venía hacia mí.

—El dueño ha muerto —dijo ante mi contrariedad—. El negocio lo llevaba él solo.

Como era de esperar, se dirigió a mí en inglés. Y yo le contesté «gracias» en español.

Manifestó su sorpresa por encontrarse con una compatriota. Me tendió la mano, me dio su nombre y yo a él el mío. Le dije que daba mis pendientes por perdidos. Y tras una conversación intrascendente en la que le revelé que viajaba sola en busca de inspiración para mis fotografías, y en la que traté de ser tan neutra como Marta y no sonreír demasiado ni gesticular con las manos, dejándoles todo el protagonismo a mis dorados cabellos, quedamos en vernos en Bunbury Beach a la mañana siguiente a las ocho. Compré en un puesto cercano un elefante de ébano con incrustaciones de nácar y salí en busca de Said.

Estaba esperándome de manera ostentosa en medio de la acera, y nada más verme hizo aspavientos con los brazos. Le regalé el elefante para que lo revendiera, lo que no le ofendió en absoluto. En compensación, le pedí que me llevase a algún sitio donde no llegasen los turistas, quería ver algo auténtico, y sin contestarme puso el cacharro en marcha.

Pasamos por muchas plantaciones de yuca, por un enorme campo de golf vallado, donde los blancos ricos seguirían haciendo la misma vida, solo que a miles de kilómetros de distancia, y por fin nos adentramos entre árboles y palmeras. Circulábamos prácticamente solos por la carretera, y era tan placentero y esta excursión estaba tan fuera de mi cometido que sentí que el drama de Ezequiel y sus padres estaba pagando mis caprichos. En un momento determinado nos detuvimos y pensé que habríamos perdido una tuerca por el camino. Pero no era eso, Said arrancó una hoja de una palmera, la partió con gran habilidad, hizo una trenza y me la colocó en la muñeca como una pulsera. Sería en correspondencia por el elefante.

A unos cuatro kilómetros paramos en un lugar lleno de mangos, más palmeras, arena y olor a corteza quemada que, según me explicó, servía para

ahuyentar a los mosquitos, y de debajo del asiento del cacharro sacó una bolsa de caramelos. Toda la gente que había por allí me miraba con gran curiosidad cuando hablaba. «Los sonidos de tu idioma y del suajili son muy parecidos. Es como si hablaras en nuestro idioma pero no te entendiesen», dijo Said. No sabía si aquel poblado era real o un decorado para los turistas. No era fácil comprender todo aquello. La escuela funcionaba al aire libre bajo un tejadillo de hojas de palmera, los pupitres se clavaban en la tierra arenosa y la pizarra donde escribía la maestra parecía arrancada directamente de una cantera, mientras que los niños iban uniformados. Said me entregó la bolsa de caramelos para que se los repartiese y a nadie le pareció mal que intentara acabar con sus dientes. Una mujer de edad indefinida molía grano en un mortero gigante y no me miraba con buenos ojos, más bien reflejaba rencor y asco, ¿por ella misma? ¿Por mí? ¿Porque era una blanca que había ido a observarlos, a disfrutar del mundo primitivo? ¿Porque yo gozaba de una buena vida con la que ella jamás podría soñar? ¿Porque estaba harta de hacer que molía grano para los exclusivos turistas que llegaban hasta allí? Les di dinero a las maestras y Said me propuso ir a comprar material escolar: cuadernos, tizas, lápices, gomas de borrar... Ahora entendía por qué la gente volvía tan reconfortada de África. Por ciento cincuenta euros uno pensaba que había hecho algo, y yo no iba a ser menos, pero no se la pegaba a la mujer que molía grano, subiéndolo y bajándolo con cierta rabia y bastante fuerza. A su manera me estaba gritando: «Ni se te ocurra hacerme una foto». Y no se la hice. Quizá era la madre de Said o su hermana, o incluso su mujer. Este pensamiento me hizo sentir muy incómoda.

Said era un chico joven, fuerte, guapo, que te hacía una pulsera con una hoja de palmera y te la ofrecía con la misma delicadeza que si fuera una ristra de brillantes. Me invadió una profunda compasión por ella. Me dieron ganas de decirle que no se preocupara por mí, que yo para Said solo representaba unos euros.

—¿Vives aquí? —le pregunté a Said.

—Algunos días.

—Ya —dije sin intentar meterme más en su vida.

Emprendimos el viaje de vuelta a la ciudad para comprar el material de los niños.

## EZEQUIEL

*Mombasa, marzo*

Comenzamos en la playa los ejercicios antes de lo previsto, a las seis, al amanecer, y me preocupó que Isabel, la chica de los pendientes, fuese a darse el paseo en balde. Por la noche le había preparado una pequeña lista con algunos sitios de interés... Cuando acabamos y enrollamos las esterillas me propuse hacer un poco de tiempo para esperarla, hasta que vi la cara de contrariedad de Maina. No era un hombre que sonriera mucho. Más bien tenía siempre una expresión pacífica, me reconfortaba estar a su lado y que me hablara, era como si pensara por mí con grandes pensamientos, como si deseara por mí con grandes deseos y siempre tuviera una solución. Así que cuando detecté su gesto de decepción, de pena posiblemente, me preocupé.

—¿Podemos hablar un momento? —dijo mientras Louis le enrollaba su esterilla para guardarla.

No necesitó respuesta por mi parte. Era impensable que yo desdeñara hablar con él, siempre estaba deseando que se dirigiera a mí.

Anduvimos un rato por la orilla. La arena parecía polvo de tiza y aún me daban aprensión los cangrejos casi transparentes que saltaban y se escondían una y otra vez.

—Si tienes miedo, acabará picándote alguno —dijo Maina sin mirarme ni a mí ni a los cangrejos.

El agua estaba muy caliente, parecía salida de una descomunal olla.

—¿Entregaste el paquete en el templo hindú?

—Sí, claro —contesté.

—¿Y a quién se lo entregaste?

—A la maestra de los niños.

—Y eso ¿por qué?

Maina hablaba un español bastante bueno porque durante un año en su juventud estuvo trabajando en Mallorca para la Seat. Y aunque Occidente suponía un fracaso moral descomunal, nunca le oí hablar con desprecio o indiferencia de su paso por el concesionario. Y a veces mencionaba a una mujer llamada Carmen.

—Porque no vi a nadie más para recogerlo.

—El paquete era para el director, no para la profesora —dijo de la misma manera en que hablaba de la decadencia moral del mundo.

—Pero ella se lo entregará —dije consternado, dándome cuenta de que había metido la pata.

—Y eso ¿cómo puedes saberlo?

—No se me pasó por la cabeza que se quedase con algo que no es suyo la servidora de un templo.

Maina se adentró un poco en el agua y se lavó las manos y la cara. Se le mojaron las sandalias y un palmo de los pantalones.

—¿Acaso la conoces?

Negué con la cabeza.

—¿Y si no se ha acordado de entregárselo al director?

No nada, no podía decir nada.

—¿Y si se lo entrega a la persona equivocada?

—Lo siento —dije—. No sabía que fuese tan importante.

—No podías saberlo a no ser que abrieses el paquete.

Empezó a dolerme el estómago. No sabía hasta dónde quería llegar Maina. Emprendimos el regreso por la playa hasta la furgoneta.

—Nunca se me ocurriría abrirlo. ¿Por qué iba a abrirlo?

—Desconozco la respuesta —dijo con su calma habitual.

Me paré y me planté ante él con la respiración agitada.

—¿Cómo puedes pensar algo así de mí?

—Lo importante es lo que piensas tú de ti —dijo sacudiéndose la arena de las sandalias.

De pronto me sentía tan desgano como en los peores tiempos. Me daba

pena algo que no sabía qué era. Habría agradecido que me tragara una ola gigante o un cangrejo transparente gigante. Pero solo vi a Isabel levantarse de la arena y marcharse. Debía de haber llegado mientras paseaba con Maina, mientras me ayudaba a ser consciente de mis actos y del tío mierda que era y que probablemente nunca dejaría de ser.

Casi no me atrevía preguntar qué había ocurrido con el paquete.

—¿Es que ha sucedido algo?

Mientras esperaba la respuesta de Maina, la perdí definitivamente de vista. Quizá en otro momento le habría hecho una señal con la mano o habría corrido tras ella. Pero ahora la vergüenza por haber actuado tan a la ligera con el asunto del paquete me paralizaba.

—Ya no importa —dijo dándome una palmada en la espalda—. Tú solo eras responsable de entregarlo, no de lo que suceda después.

## ISABEL

*Mombasa, marzo*

Estaba convencida de que Ezequiel me vio en la playa mientras paseaba con Maina por la orilla y me extrañó que no hiciera ningún intento por hablar conmigo, que se metiera en la furgoneta con los demás sin tratar de quedarse rezagado. Al llegar a Bunbury Beach, no lo vi y esperé un rato sentada en la arena, fumándome un cigarrillo, hasta que lo divisé a lo lejos con su maestro. Y del mismo modo que yo lo vi, él pudo verme a mí. Así que, sin saber muy bien qué hacer, me levanté y al momento me arrepentí de no esperar un poco más, pero no me pareció prudente sentarme de nuevo. Comencé a andar muy despacio, sin volver la vista atrás, con la esperanza de que Ezequiel me alcanzara, hasta donde me esperaba Said sentado en el sillín, balanceando una de sus amadas chanclas. Una mañana perdida para mí, pero juraría que no para Said, que no esperaba grandes cosas de las mañanas ni de las tardes, y que por lo tanto nunca estaría amargado ni frustrado.

Said agitó alegremente la mano al verme regresar al lugar convenido. Me ofreció una botella de agua. Me pregunté si sería así de atento con la mujer que dejaba en el poblado. Y no sé cómo se las había arreglado para que la botella se mantuviera fría. Ví cómo a unos doscientos metros se ponía en marcha la furgoneta del grupo de Ezequiel. Y le pedí a Said que la siguiera a mucha distancia. «La gente de la furgoneta no debe verme ni reconocermé. ¿Comprendes? Simplemente quiero saber adónde van». Sin hacerme el más mínimo caso, Said tiró por una calle lateral y los perdimos. Le grité, le di una palmada en la espalda. «¡Oye! ¿Adónde vamos?». Contrajo la espalda para

que no le pegase más y continuó callejeando como un loco. ¿Y si el director del hotel tenía razón y estaba corriendo un gran riesgo dejándome llevar y traer por un completo desconocido?

¿Era tan tonta como para dejarme engatusar por Said por haberme llevado a un poblado de pega, donde una mujer no disimuló que me odiaba, y por hacer una manualidad con una hoja de palma? A la velocidad que íbamos no podría saltar de la moto. Debía resignarme. En el hotel seguramente temían que me tomaran por la cooperante de una ONG y me secuestraran. Y de pronto, las ruedas provocaron un remolino de polvo al frenar. Se me metió tierra en los ojos y se me saltaron las lágrimas. El sudor me corría por todo el cuerpo.

Estábamos ante una fachada de aspecto colonial con mucho encanto, pero que ya no soportaba más el paso del tiempo. El azul claro de la balconada terminaría de llevárselo la última ráfaga de viento, y el amarillo un último golpe de sol. No me dio tiempo de preguntarle a Said qué hacíamos allí, porque de pronto apareció el morro de la furgoneta de Ezequiel y los suyos, me apeé y retrocedí hasta la esquina de otro edificio para ocultarme. Said me seguía y tuve que tirarle del brazo para que comprendiera que ahora yo necesitaba ver, pero no ser vista. Él debía de hacer todo abiertamente e iluminado por el sol. Me miró pensativo y le hice el gesto de que no hablara. La verdad es que estaba pidiéndole que entendiera una situación que no entendía ni yo misma. Con mi inglés, que no era ninguna maravilla, y mis idas y venidas medio clandestinas, ¿qué podía suponer él? ¿Qué podía imaginar? Nos quedamos en silencio observando cómo se abrían los portones de madera desvencijada y aparecía un patio de suelos relucientes y plantas verdes. Todos se descalzaron en el umbral y Ezequiel, envuelto en el *kikoy* de cintura para abajo, cerró el portón con la mirada tan ensombrecida que aunque me hubiese tenido ante sus narices no me habría visto. Se oyó el chillido o saludo de un mono.

Me fijé en el nombre de la calle, Muyaka Road. Y no sabía si proponerle a Said que nos tomásemos una cocacola sentados en algún kiosco de bebidas. Quería que me contara qué conocía de este grupo de gente, puesto que sabía dónde estaba su sede, su casa o lo que fuera. Pero no me parecía conveniente para él. Con el trasiego que había de *beach boys* dedicados a complacer a



mujeres extranjeras en la playa, mi compañía podría comprometerle. Así que no dije nada y emprendimos el camino de vuelta. Antes de arrancar me preguntó si volvíamos al hotel. Dudé.

Me habría gustado que tomara él las riendas de mi destino.

Y se podría decir que tenía un sexto sentido. A mitad de camino paró. Se acercó a un kiosco de bebidas y regresó con dos latas goteantes de coca-cola. Nos sentamos bajo una sombra. Le pregunté si conocía al grupo de Maina. Dijo que Maina era un hombre religioso que ayudaba a la gente, y muchos en Mombasa sentían gratitud hacia él. Él mismo estuvo ante esa puerta un día con la intención de ofrecerse para trabajar. Tuvo el picaporte en la mano, y cuando iba a llamar le entró un gran dolor de cabeza y desistió. Aunque le hubiesen abierto, no habría podido decir nada. Los oídos le zumbaban. El picaporte era una cabeza de león de hierro, y le quemó la palma de la mano.

—¿Y nunca más volviste a intentarlo? Podría haber ayudado a tu poblado con pizarras grandes y normales, con miles de botellas de agua, con medicinas y un médico que se pasara por allí a menudo, con algún aparato que muele el grano o, mejor aún, con grano ya molido.

Estuve a punto de preguntarle si la mujer del mazo era su esposa, pero no quería incomodarle, hoy por hoy era el único amigo que tenía por allí.

Se encogió de hombros con ese gesto universal que significa no lo sé, me da igual, me es indiferente.

—Ayudan a la gente, pero no a toda la gente. No pueden ayudar a todo el mundo.

—Si no lo pides, nunca lo sabrás —dije.

Y esta podría ser una de las pocas cosas que le perturbaba porque entornó los ojos hacia un horizonte de árboles de copa plana, aplastada por todo el peso del cielo, así que cambié el rumbo de la conversación:

—La casa parece más grande y lujosa de lo que aparenta a primera vista.

—Es un regalo. Maina pasó de vivir en la playa bajo una lona sujeta por los dos palos a vivir aquí.

—¿Sabes quién se la regaló?

La pregunta se la llevó el viento, que se levantó en ese mismo instante. Said se sacudió el pantalón. Estrujó la lata con la mano y la llevó hasta el kiosco. Yo no sabía qué hacer con la mía. No veía papeleras y no me atrevía a

lanzarla a un pequeño basurero que había a veinte metros. No quería que pensara que yo era alguien que ensuciaba el suelo de su país. En el poblado no vi ni un solo desperdicio, por lo que él debía de haberse criado en la cultura de la limpieza auténticamente ecológica. Llevé la lata en la mano todo el trayecto hasta el Serena. La sentía pegajosa, me impedía sujetarme a su espalda como debía y estuve tentada de dejarla caer por el camino, cosa de la que él podría no darse cuenta, en cambio yo sí, y quería jugar limpio hasta donde pudiese.

Le pagué más de lo convenido por el gasto de las bebidas y porque, aunque él no le diese importancia, su tiempo valía más de lo que me costaba. Le pedí que me recogiera a las ocho de la mañana siguiente.

Al pasar por recepción, el director del hotel salió de su oficina con el dinamismo interior que lo caracterizaba.

—¿Lo ha pasado bien?

Afirmé con la cabeza mientras dejaba la lata manoseada sobre una bandeja e intentaba servirme de una jarra un delicioso té helado.

—Permítame —dijo él quitándome la jarra de la mano—. ¿Ha visto muchas cosas?

Le conté que había visitado un poblado, cuyo nombre fingí no recordar por fidelidad a Said.

—Me alegro de que se haya divertido. Aquí en el hotel tenemos mucho que ofrecerle. Una maravillosa excursión en globo y ver los cocodrilos albinos y tortugas gigantes en el zoo local. Tenemos nuestros propios guías, todos de confianza.

El vestíbulo estaba en penumbra y las baldosas brillaban tanto por la luz de las pantallas anaranjadas que colgaban del techo que tuve la sensación de ir pisando soles.

—Lo tendré en cuenta.

Me sirvió otro té, que pensaba tomarme contemplando el mar.

—No se deje engañar —dijo tendiéndome el vaso—. Es posible que no comprenda este país tan bien como cree.

Se me pasó por la cabeza que el director estuviera considerando a Said un *beach boy* descontrolado, surgido en los márgenes de la playa de su hotel. Y me avergonzó que él me equiparara a las turistas entradas en años y en carnes

que se paseaban con ellos por la orilla cogidos de la mano. Pero ¿qué podría decirle?, ¿que yo no era como esas mujeres, que yo era mejor, que su sospecha me ofendía? Ya él ¿qué le importaba? Con *boy* o sin *boy*, yo no dejaba de ser otra turista más.

—Lo tendré en cuenta —dije como despedida.

Corría una ligera brisa por encima de las tumbonas, del césped, y rizaba el agua de la piscina, donde unos rusos y sus putas bebían y bromeaban con fuertes carcajadas. No me apetecía bañarme en un agua con un bar dentro en la que cualquiera podría derramar cerveza, vodka, *whisky*, tequila, y más a juzgar por lo borrachos que estaban. Prefería sentarme y pensar en todo lo que estaba ocurriendo contemplando el mar azul claro, casi blanco, como si el sol le hubiese ido comiendo capa tras capa de pintura en el trascurso del día. Los peces se desplazaban en formaciones veloces.

Me tumbé y tuve la agradable sensación de que se me cerraban los ojos. Al despertarme, alguien había desplazado la tumbona hasta una sombra. Miré el móvil, había dormido hora y media, el sol empezaba a declinar y me pregunté qué estaría haciendo Ezequiel.

Me di una ducha sin apretar los labios como me recomendó mi madre, dejando que el agua los mojara. Me envolví en el albornoz y pensé que había llegado el momento de llamar a la familia de Ezequiel.

Contestó la madre con voz entrecortada, que se entrecortó más al reconocerme. Suspiró infinitamente cuando le dije que lo había visto, que sabía dónde vivía y con quién y que se encontraba perfectamente.

—Es un alivio. Un gran alivio —dijo Amanda—. ¿Lo ves contento, desgraciado?

—Parece muy integrado en la comunidad.

—Eso es lo malo, ¿verdad? ¿Está muy delgado?

—No hay signos de que lo esté pasando mal en ningún sentido.

—Ni siquiera tiene dudas —dijo a punto de llorar.

Entonces oí otra voz, una discusión baja, como si alguien tratara de arrancarle el teléfono de la mano.

—Soy Eduardo. Nos tranquiliza saber que está bien y es feliz. Gracias por

tus esfuerzos. No merece la pena que te pongas en peligro..., quizás no deberíamos forzar más las cosas. Puedes regresar ya.

Yo no les había dicho que Ezequiel fuera feliz, pero ellos necesitaban creerlo, se inventaban su felicidad. Y sin embargo, a su hijo el sufrimiento de sus padres no le importaba nada. Tampoco a mi hermano le importó el sufrimiento de todos nosotros. Y esa indiferencia por nuestros sentimientos en el fondo me dolía más que su muerte. Cuando desapareció, nosotros ya no existíamos para él, y decidió que tampoco existiera nada más.

—Creo que debo hacer algo más que saber que está bien—dije.

—No es necesario, de verdad—insistió el padre—. Ya es un adulto y ha elegido su forma de vida.

—Pero él no sabe lo que quiere—dije absolutamente descorazonada.

—Esas son suposiciones que hemos alimentado demasiado tiempo. El solo hecho de saber que está vivo nos reconforta.

—Me quedaré un poco más. Me siento responsable.

No entendí la agitada respiración del padre de Ezequiel, como si le costara trabajo atravesar el mar, los cielos y las montañas que nos separaban.

—No creas que Ezequiel te importa más a ti que a nosotros—dijo.

Tenía razón. Ezequiel para mí era un extraño, pero no tenía otra cosa mejor que hacer y me gustaba hacerlo. Y además, todo estaba pagado. Me quedaría hasta el final.

## EZEQUIEL

*Mombasa, marzo*

Me escapé un rato del taller para acercarme por la escuela hindú con la intención de preguntarle a la maestra qué había sucedido con el paquete de Maina. A pesar de que él me dijo que no me preocupara, no me quitaba de la cabeza la idea de haberle fallado. Por mucho que nos instruyera, siempre metíamos la pata. Por algún resquicio se nos escapaba la torpeza y la pereza mental que traíamos auestas cada uno de su vida pasada, a cual más desastrosa. Una carga que suele compararse con una maleta, una mochila, un saco, y según Maina, con un camión de basura. No nos dábamos cuenta de que elevarnos por encima de lo que éramos requería una gran concentración y conciencia de dónde estábamos, con quién y de lo que hacíamos en este lugar. Creo que la irrupción de Isabel en mi mundo por alguna razón misteriosa me hizo relajarme y volver a la estupidez. Así que tendría que encontrar la forma de redimir mi falta con el asunto del paquete.

Desde que llegué allí, estaba luchando por ser tan disciplinado como mis hermanos de la Orden. Puede que, entre mis grandes pecados, este fuese el que se llevaba la palma.

No se trataba de la disciplina material de tener la ropa en orden y llegar puntual, sino de disciplina moral, de controlar los sentimientos y las emociones. Al fin y al cabo, yo era lo que se dice, con razón o sin ella, un «niño de papá». Mis padres eran casi ricos, y yo su único hijo. Mi madre me amaba sobre todas las cosas y mi padre ganaba grandes cantidades de dinero para nosotros. Vivíamos en un piso con cuatro salones con vista al parque del

Retiro y poseían un chalé en la sierra, otro en Canarias, donde nunca hace frío, y unos veinte apartamentos alquilados. No sé si esta posición contribuyó a que Marta se fijase en mí, lo que sería natural, por ser el único mundo en que se sentía ella misma y segura, como yo ahora sin poseer nada mío. En cuanto llegué a la Orden, me vacié los bolsillos y, por decirlo como lo siento, el corazón. Regalé toda aquella ropa que no me merecía más que cualquiera que anduviese por la calle.

La maestra no estaba en el templo y pregunté por el director. Había salido un momento, pero podía esperarlo en su despacho, donde me senté junto a una mesa muy bonita de madera de mango con incrustaciones de piedras semipreciosas y un altarcillo al dios Shiva, cuya piel azulada, la serpiente alrededor del cuello y el pelo alborotado tendrían un profundo significado. Al lado vi una caja grande de cartón que acumulaba los sobres, la publicidad y lo que no le interesaba al director, y donde descubrí el paquete que le dejé a la maestra. Evidentemente, ella cumplió con el encargo. En torno a la bella mesa flotaba el olor a la fruta que el director habría estado comiendo un rato antes. El paquete seguía cerrado y dudé si volver a dejarlo en la mesa, por si lo hubiese tirado por un descuido. Sería horrible que Maina no recibiera contestación y me culpara a mí. Así que lo más sensato sería esperar al director y decirle que, sin querer, había visto el paquete en la papelera. Sin embargo, y arriesgándome a que me pillara con las manos en la masa, me dejé llevar por el impulso de cogerlo y abrirlo con el abrecartas de jade, que el director habría empuñado un rato antes. Debía de darle un gran placer el tacto de la piedra, blando y mate como el jabón, y deslizar su lengua verde y pastosa por el papel. Rasgué el envoltorio de lo que parecía una pequeña caja de cartón y luego la caja. Devolví con cuidado el abrecartas a su sitio, untado del sudor de mi mano. Saqué un revoltijo de papeles arrugados y... nada más. Rebusqué entre los papeles, los sacudí en el suelo y no cayó nada. O era muy pequeño lo que contenía o no había nada. Guardé los papeles en la cajita y la arrojé a la papelera. Coloqué encima otros sobres. No sabía qué pensar, ni si lo que acababa de hacer empeoraría las cosas.

Salí. Dije que no podía esperar más y que en realidad lo que buscaba era un folleto con los horarios de las clases. Confiaba en que nadie se acordara de mi visita. ¿Sería posible que el paquete no contuviese nada y que el director lo

supiera? ¿Qué pretendía Maina? Algo bueno para mí, sin duda. No paraba de idear nuevas formas de reconducirnos a la espiritualidad. O tal vez quiso comprobar mi sentido de la responsabilidad. En cualquier caso, nunca le confesaría que lo había descubierto.

**2**

**LOS OJOS AZULES DE LA LUNA**



## ISABEL

*Mombasa, marzo*

Tras el intento fallido de verme con Ezequiel la mañana anterior en la playa, decidí volver a intentarlo. Debía pegarme al grupo fuese como fuese. Así que le había dicho a Said que me recogiera temprano. Nos acercaríamos a Bunbury Beach de nuevo.

Después de ducharme, llamé a mis padres por si tenían alguna novedad que contarme. Estaban a punto de desayunar. Me daba pena pensar en ellos. Ya no tenían más remedio que estar juntos porque habían perdido todo interés en enamorarse de otras personas. Pasaban el día intentando entretenerse, y cuando llegaba la hora de cenar, cenaban y al rato se iban a dormir. Leían un poco y después se quitaban las gafas, cerraban los libros, apagaban las lamparitas y cada uno se volvía para su lado en una cama de uno ochenta donde casi era imposible rozarse. ¿Qué había ocurrido desde que un lejano día fueron jóvenes y tuvieron ganas de novedades, curiosidad, deseo de aventura? ¿Fue por mi hermano?, ¿fue por mí? ¿Se cansaron?

Me vestí, como los días anteriores, con lo que llamaba «el uniforme de Marta». Falda y camiseta negras y las sandalias de cristales. No podía arriesgarme a no ser reconocida. La otra camiseta la lavé y la tendí en el toallero. Me cepillé el pelo varias veces hasta que cayó recto sobre los hombros. Me puse brillo en los labios y nada más, tal y como me recomendó la madre de Ezequiel.

Ni por un momento dudé que Said estaría esperándome frente al hotel, como si él y su cacharro con ruedas brotaran de la mismísima acera cuando lo

necesitaba. Al llegar a la playa, le rogué que se camuflara en el paisaje y que, si veía que me marchaba con alguien, no hiciera ningún movimiento. Le pagaría el día por adelantado y volveríamos a vernos a la mañana siguiente en el hotel.

—Mírame a los ojos —le dije—. Si no voy hacia ti, no se te ocurra dirigirte a mí. ¿Comprendido?

—No es tan difícil.

—Ya, pero haces siempre lo que quieres y no lo que te digo que hagas.

—Está bien —dijo—. Esperaré.

No sabía qué pensar de Said. A veces se hacía el ingenuo. Se esforzaba por aparentar que era como los *beach boys*, que fingían estar enamorados de sus turistas.

Eran las ocho y media, no quería que esta vez se me adelantaran. Me senté en la arena en la posición del loto a contemplar las barcas del fondo, quizá pescadores o quizá piratas somalíes. Día sí y día no, secuestraban a alguien. Hacía poco, en la isla de Lamu habían tiroteado sin compasión a *un par* de turistas británicos mientras dormían en sus chozas de lujo. Los piratas somalíes no tenían nada que perder y me daban bastante miedo.

Me entretuve imaginando que llegaban hasta esta orilla y que me secuestraban, en parte por la gracia de haberme teñido de rubia y destacar estrepitosamente a esas horas de la mañana. Podría ser una cooperante de cualquier clase por la que pagarían un buen rescate, y si no lo pagaban porque de pronto el Gobierno se pusiera duro, me matarían. Me entretuve imaginando mi terrorífica muerte a manos de gente escuálida y desesperada que no sentía nada por mí, y cómo mis padres recibían la noticia, e iba a imaginar cómo vivirían después de perder tontamente a la única hija que les quedaba cuando noté una mano en el hombro.

—Hola —dijo Ezequiel—. Ayer no pude darte la lista de sitios para visitar.

Me entregó un papel escrito con bolígrafo. Nuestras miradas impactaron la una en la otra. Al fin y al cabo, veníamos de la misma ciudad y hablábamos el mismo idioma. Lo que no podría imaginar ni en mil años es que yo conocía a sus padres, la casa en que vivió, y que estuve sentada en el sofá de raso amarillo de uno de los salones.

—¿Te gustaría unirme a nosotros? Vamos a meditar.

Vi a Maina extendiendo una esterilla en la arena. Llevaba una túnica ligera de algodón blanco y notaba su cuerpo tenso bajo ella. La chica del pelo corto, la del pelo frondoso, el pálido y unos cuantos más hicieron lo mismo.

—No tengo esterilla y no sé meditar —dije.

—No importa. Ya aprenderás.

Me incorporé despacio, como quien no está seguro de que le apetezca lo que va a hacer.

Al principio no hubo presentaciones. Me limité a sentarme en la arena en la posición del loto nuevamente y traté de hacer lo que ellos hacían. Me concentré y al rato sentí que los pulmones se me abrían y que la humedad del mar me corría por todo el cuerpo. Lo que me tranquilizó para afrontar con más entereza el cara a cara con Maina.

—Esta es Isabel —dijo Ezequiel orgulloso de haberme descubierto en la mancha blanquecina y anodina de los turistas del primer mundo. Eso significaba que veía algo en mí rutilante, familiar y distinto a los demás. Quizá algún día pudiera confesarle que la Isabel que estaba viendo era obra de su madre—. Es fotógrafa.

Maina saludó con un gesto de cabeza, con gran presencia y gran magnetismo.

—¿Qué te trae por Mombasa? —dijo Maina en un español muy agradable. Su voz suavizaba nuestras ásperas erres.

—Soy fotógrafa —contesté subrayando las palabras de Ezequiel.

Me alegró y a la vez me alarmó que este dato le interesara.

—¿Qué clase de fotografías haces? ¿Cuáles son tus referentes artísticos?

Nunca pensé que Maina fuese a pillarme tan pronto. El sicólogo se había quedado más que corto en mi adiestramiento.

—No tengo —dije sinceramente—. No soy una fotógrafa artística, soy intuitiva, impulsiva. Me dejo llevar por estímulos inconscientes.

—Te gusta la libertad.

—En todos los sentidos.

—¿Qué opinas de Richard Avedon?

Menos mal que había visto fotos tuyas. Las rebusqué en mi mente durante unos largos segundos.

—No sé qué decir. Demasiado impactante.

—Estoy completamente de acuerdo —dijo Maina, y Ezequiel sonrió aliviado de que al parecer estuviera pasando el examen.

Se sentía responsable de mí ante Maina, y yo de él ante sus padres. Continuaba enamorado de Marta aunque no se diese cuenta.

Maina escudriñó descaradamente mi cuerpo, o alrededor de él, como buscando el aura o algo así, y me sobresalté al darme cuenta de un fallo garrafal, del gran fallo. No tenía la cámara de fotos conmigo. ¿Qué fotógrafo va a la playa a contemplar el mar, las olas, los barcos, sin su cámara? Me flaquearon un poco las piernas. No había superado ni los primeros cinco minutos con Maina.

—Sintiéndolo mucho, tengo que dejaros. He de recoger mi cámara de fotos, se me ha desajustado una pieza. Y sin ella estoy como desnuda.

Otra mentira absurda que me descubriría ante Maina en cuanto me preguntase por la tienda donde había llevado la cámara. Por fortuna, fue comprensivo. Consideraría que era una impostora más deseando vivir una fantasía. ¿Por qué iba a impedirme ser otra persona?

—Vuelve cuando quieras —dijo Maina.

—Hoy mismo empezaré a visitar los lugares que me has señalado —le dije a Ezequiel—. Lo primero será montar en globo.

También me lo habían recomendado en el hotel. A Said le entusiasmó la idea. Él haría la reserva, no tenía por qué hablar con el hotel. Sospeché que se llevaría una buena comisión y le dije que se encargara de todo y que además lo invitaba a subir, no quería disfrutar de ese placer yo sola. Le pregunté dónde reparaban cámaras de fotos y me dijo que él mismo me la arreglaría, que ya lo había hecho con otros turistas, lo que francamente no me sorprendió. Solo había que fijarse en los móviles, los coches, las bicicletas, la ropa, los bolsos, todo había sido reciclado una y otra vez. No se tiraba nada; para muestra, las chanclas de Said.

—Escucha esto. Si alguna vez alguien te pregunta si me has arreglado la cámara, le dices que sí, aunque no sea verdad, ¿me entiendes?

Se encogió de hombros.

—¿Qué pieza se desajusta con más frecuencia? —pregunté.

—¿Qué cámara es?

—Una Canon.

—Pues entonces, el obturador.

Nos citamos a las tres en el hotel, tenía tiempo de ducharme, comer y descansar un poco, el forcejeo de preguntas y respuestas con Maina me había agotado.

Sin querer, sin que ese fuese el sentido del viaje, estaba acostumbrándome a la buena vida, y tendría la sensación de haberme aprovechado del dinero y la buena fe de los padres de Ezequiel si no lograra llevármelo de vuelta a casa a pesar de la insistencia de su padre para que abandonara el asunto. En el techo del comedor las aspas de los ventiladores creaban sombras y suaves corrientes de aire. Las faldas de los manteles blancos de lino ondeaban ligeramente y entraba por las cristaleras abiertas el verde frescor del césped recién regado. Era improbable que Maina me creyera y que me abriera las puertas del grupo. Primero tendría que investigar quién era yo. Necesitaba urgentemente algún consejo del sicólogo de la Asociación de Víctimas e intenté hablar con él, pero su teléfono estaba apagado o fuera de cobertura y tendría que apañármelas.

Había turistas a los que siempre veía en el hotel fuese la hora que fuese, en las hamacas, en el restaurante, en el bar, en el bar dentro de la piscina, en los sillones de otras salas, paseando por las instalaciones, saliendo mojados de la playa. Tenía la impresión de que habían viajado hasta África con el único propósito de no salir del hotel, lo que no dejaba de ser un triunfo de su director, al que le incomodaban los clientes aventureros. El aroma de las fuentes con carne troceada y guisada con especias me tentaba desde lejos, también los enormes cangrejos rodeados de vegetales, arroz perfumado; por no hablar de los frutereros con mangos cortados en cuadrículas, plátanos en manojos, cocos partidos en rodajas. Los cocineros, con altos gorros blancos como tartas de merengue, entraban y salían de la cocina repartiendo alegría y recibiendo felicitaciones, que era una forma de animarlos a que no bajaran la guardia en lo tocante a nuestro paladar. Cuando regresé a mi mesa con un sabroso plato concienzudamente elegido, la camarera, que me puso una de sus largas y elegantes manos en la frente mi primer y febril día en el hotel, me

entregó una nota.

—Un caballero me ha pedido que se la entregue.

Miré alrededor expectante.

—Se ha marchado. Desde el vestíbulo la ha visto sentada y me ha pedido que se la haga llegar.

¿Un caballero? Antes de desdoblar el papel, intenté adivinar quién podría ser. Maina no era un caballero, era un gurú, un líder espiritual. Ezequiel tampoco era un caballero, era un chico blanco. A Said no le habrían permitido traspasar el umbral del hotel. Y no conocía a nadie más en Mombasa.

La nota estaba escrita en el papel timbrado del hotel. Y me quedé perpleja al descubrir que era del secretario de la embajada española en Nairobi. Se encontraba en Mombasa por asuntos consulares y se marchaba al día siguiente. ¿Le haría el honor de cenar con él? Se acercaría por el hotel a las ocho si no recibía ningún mensaje en contra, para lo que, pensé, tendría que recuperar la tarjeta de visita que me entregó en Nairobi. Me costó recordar su aspecto, solo lo había visto una vez en la penumbra del jardín del agregado cultural y dentro de su vehículo, en la oscuridad de la noche, cuando me llevaba de vuelta al hotel Norfolk.

Después de comer me eché en una tumbona bajo una sombra. Me entró un dulce y devastador sueño, y únicamente la peregrina idea de que quizá Ezequiel aparecería, como por arte de magia en la excursión en globo, me animó a levantarme a los tres cuartos de hora, cambiarme de ropa y partir rumbo al cacharro de Said. En la puerta me di cuenta de que me había olvidado de nuevo la Canon. El sicólogo me habría dicho que era muy arriesgado que no interiorizara que mi identidad como fotógrafa era lo que daba sentido a mi estancia.

Said era más que puntual, estaba empezando a sospechar que el tiempo que no estaba conmigo lo pasaba esperando en la puerta del hotel. Era resistente al polvo, al sol, a la sed y al lujo que entreveía desde la acera. Frente a la gente sin rumbo, ni ilusiones, ni pasión por nadie ni por nada, él sabía perfectamente cuál era el sitio que el mundo le concedía, y lo aceptaba, lo cogía y lo usaba. Y ahora su sitio era yo. Y francamente, no quería fallarle.

Me esperaba con un niño subido en el sillín. Vaya sorpresa. Esto me lo esperaba menos que la invitación del secretario de la embajada. Le sonreí y lamenté no tener un helado para ofrecerle. Alguien me dijo una vez que a los niños, sean quienes sean, hay que sonreírles y hacerles alguna gracia, para que de adultos lleven este mensaje dentro de sí y no sean unos hijos de puta. Por el contrario, los niños no tenían ninguna obligación de sonreírnos a los adultos ni de aplaudirnos, porque ya estábamos echados a perder.

—Es mi hijo —dijo Said—. Prefiero que suba él en el globo, le hará muy feliz.

Lo cogí de la mano con una sensación agridulce. Todo lo que Said hacía conmigo lo hacía por este niño.

—De acuerdo. Me parece bien.

Mientras el niño y yo contemplábamos desde el aire toda aquella belleza pensé que quizá era una tontería tratar de recuperar a Ezequiel. ¿Cómo iba a querer cambiar todo esto por el palaciego y marchito piso de sus padres? Allí solo vería muebles buenos y alfombras increíbles, mientras que aquí tenía la maravillosa visión de criaturas vivas y libres. Las jirafas, las gacelas, los elefantes respiraban nuestro mismo aire transparente. El hijo de Said y yo nos apretamos el uno junto al otro tiritando, y le tapé el cuello y los hombros con mi pañuelo.

Cuando descendimos volví a cogerlo de la mano. Abajo nos esperaba Said, menos sonriente de lo normal, lo que era extraño dadas las circunstancias. Le quitó el pañuelo a su hijo con suavidad, me lo devolvió, cogió al niño de la misma mano que yo había sostenido un segundo antes y se fue sin decir palabra ni mirar atrás. Me quedé un momento en *shock* y cuando iba a lanzarme tras ellos, vi que Ezequiel salía de una sombra y venía a mi encuentro. Said se había tomado muy en serio mis órdenes de no interferir en mis relaciones.

—¿Te has divertido? —dijo Ezequiel interesado de verdad, deseando que disfrutase de su mundo porque su vida en Kenia le parecía la mejor o porque en su cerebro había otro cerebro que conservaba su deseo de compartirlo con Marta—. Al final me he animado a venir. Me alegra mucho haberte

encontrado.

Llevaba unos pantalones de algodón con goma en el tobillo y sandalias de las que hacían en el taller de artesanos. También una camisa de rayas que los *hippies* se pusieron mucho en los sesenta y setenta. Se había recogido el pelo en una coleta. Me pregunté si, tal como estaba, sería más guapo en Madrid, entre el asfalto, o aquí entre el viento y el mar. No estaba mal. Era físicamente más fuerte que mi hermano, o lo parecía, porque cualquier chico tenía algo que le hacía más fuerte que mi hermano.

—Veo que ya has recuperado tu cámara.

—Sí, era el obturador. Es muy sensible.

—¿Has hecho muchas?

—Algunas. He estado más pendiente de un niño precioso que iba en el globo.

—¡Ah! Ese niño.

Said era muy sagaz y había comprendido que me interesaba mezclarme con la gente de Maina, y que Maina no querría testigos. O tal vez quería dejarme decidir si deseaba marcharme con este tipo o no. Estaría observando desde algún lado.

—Hace calor. ¿Nos tomamos algo fresco? —dijo Ezequiel.

Eché a andar junto a él hacia un kiosco de bebidas. Pedí agua de coco.

—Nos gustaría que vinieras a cenar con nosotros a nuestra casa. Nos gustaría que nos conocieras.

Mientras el agua subía por la pajita tuve que tomar una decisión. O la posibilidad de oro de introducirme en el grupo esa misma noche o cenar con el secretario de la embajada. El diplomático no me importaba nada, puede que quisiera aprovechar la ocasión para ligar conmigo, pero me había dejado su número de teléfono en el hotel y no tenía tiempo de avisarlo. De todos modos, se presentaría allí y sería muy violento desairarle.

—El caso es que esta noche no puedo. Me he citado con otro turista para cenar en el hotel.

—Vaya —dijo contrariado—. Creía que estabas sola.

—Y lo estoy, por eso he quedado para cenar con un desconocido. Ya no tiene solución.

—¿Qué te parecería mañana?



Me encogí de hombros.

—Tengo todo el tiempo del mundo —dije.

—¿Cómo has venido hasta aquí? —preguntó buscando alrededor un taxi—. Vamos, te llevaré al hotel.

Lo bueno de Ezequiel es que no siempre esperaba respuesta a las preguntas que lanzaba, que eran las preguntas que me haría Maina, en cuyo caso no podría eludirlas. Nos subimos en la furgoneta con que iban a todas partes.

—Si vienes mañana a la meditación en la playa —dijo pensativo—, podrías pasar el día con nosotros.

—Estaría bien —respondí distraídamente.

Frente al hotel esperaba Said, ya sin el niño. Cuando me vi libre de Ezequiel, le dije que me recogiera a las siete de la mañana y que esperaba que su hijo se hubiese divertido. Le oprimí un brazo en señal de confianza y en reconocimiento por desaparecer en el momento oportuno.

Me duché sopesando mi decisión de mantener la cena con el secretario pese a la invitación de Ezequiel. Intuí que era lo más natural. Después de dejarme ver por ellos en todas partes, no debía dar la sensación de estar ansiosa por entrar en su grupo, debía hacerme de rogar un poco a riesgo de echarlo todo a perder. Como diría el sicólogo de la Asociación de Víctimas, tenía que anticiparme a los pensamientos de Maina y a sus sospechas, deshacerlas antes de que tomaran forma definitiva. Cambié la falda negra de algodón por uno de los dos pantalones cortos que traía en la mochila y me puse unos grandes pendientes de aro, me pinté los labios. Estaba harta de ser Marta, por un rato sería yo misma.

Esperé al secretario en el bar tomándome un cóctel de champán que, sintiéndolo mucho, cargaría a la cuenta *full credit* de la habitación, porque fueron ellos, sus padres, quienes me buscaron a mí, no yo a ellos. Fueron ellos quienes metieron a Ezequiel en mi vida.

Quizá por efecto del cóctel, el hombre que venía hacia mí no me pareció el que entreví en Nairobi en la casa del agregado y luego en el coche. De aquel, en realidad solo recordaba los pantalones rojos y algo la voz. Tenía la nariz aplastada y cruzada por una cicatriz, como si le hubieran dado un botellazo. Era de mi estatura, uno sesenta y ocho, y de caderas anchas. No supe disimular

mi sorpresa.

—Soy Lucio —dijo extendiendo la mano—, de la embajada.

Dudaba si tratarlo de usted y me decidí por el tuteo.

—Casi no te reconozco.

—De noche todos los gatos son pardos —dijo refiriéndose a la noche en que nos conocimos, sin esbozar la más mínima sonrisa, como si intuyese que cualquier gesto de afabilidad acabaría destruyéndolo completamente. Su seriedad era máxima, de tipo duro.

—Me he acordado de que estabas en Mombasa y *se me* ocurrió... —Se pidió una cerveza—. He pensado que aquí estaríamos más cómodos, pero podemos ir a cualquier otro sitio.

Lo tranquilicé. En el Serena se comía bien. Nos habían preparado una mesa en el jardín. Nos atendía la chica de las manos elegantes.

Tenía pinta de que íbamos a cenar por todo lo alto y así fue. Ensalada de langosta, vino blanco frío, suflé. Estuvo hablándome de los kikuyus, los masáis y los meru, del suajili, del sistema de votaciones y de que la ministra del Agua había ingresado en prisión. No debía perderme alguna de las ferias de ganado que hacían en los pueblos los fines de semana. Podría hacer fotos más auténticas que en un poblado masái, vistos y fotografiados hasta la extenuación. Y quería hacerme una pregunta un poco indiscreta.

¿Quién pagaba todo esto? Abarcó con los brazos las palmeras, el césped, a nuestra camarera, y la luna y las estrellas. No me hizo ninguna gracia la pregunta indiscreta. Dejé el tenedor en el plato con el bocado que iba a comerme. Él no era Maina, él no tenía por qué ponerme en un aprieto.

—No contestes si no quieres, lo último que desearía en el mundo es molestarte.

—Lo paga la agencia que me ha contratado.

—¡Ah! ¡Ya!, creía que funcionabas como *freelance* y que tu propósito era vender el reportaje una vez hecho.

—A veces, una agencia o una revista cree en mí y me encarga un trabajo. Corre con los gastos.

Maldije al sicólogo por no haberme entrenado más. Porque esta pregunta también podría hacérmela Maina.

—¿Y cuál es esa agencia? —preguntó con la copa en los labios—.

Perdona la insistencia, mi hijo también quiere ser fotógrafo y no sabe por dónde tirar, es un mundo muy difícil. Quizá tú podrías echarle una mano.

Tendría que indagar en Internet sobre agencias publicitarias, pero antes de eso debía escabullirme de la dichosa pregunta. Solo me sonaban Magnum y National Geographic.

—Me ha contratado National Geographic. Pretende poner a la mujer africana en el mapa del mundo.

—¡Vaya! —exclamó—. Esos saben lo que se hacen.

—Quizá algún día pueda hablarles de tu hijo.

—Quizá —contestó, y se quedó mirándome a los ojos de una manera que me incomodó.

De joven, o en otro planeta, este hombre podría ser arrebataador por su manera dura, directa y dominante de mirar al fondo de otros ojos, pero hacía mucho que esa joya la había extraviado en alguna parte y ahora trataba de recuperarla desesperadamente.

—El director del hotel me ha contado que vas con unas compañías poco recomendables. Perdóname. No estoy metiéndome en tu vida. ¡Por Dios!, da la impresión de que soy un policía. Entendería que estuvieses arrepintiéndote de cenar conmigo. Soy un metomentodo, pero compréndelo, la embajada quiere los menos problemas posibles. No sabes lo que supone un secuestro. La negociación de la liberación es ardua, compleja y sin ninguna seguridad de éxito. —Arrugó la cara lleno de dolor, de conmiseración—. Es mejor prevenir que curar. Nada más verte en casa del agregado, pensé que podrías ser una víctima fácil, me preocupé por ti. Tendrías que moverte con un guía y un conductor nativos. Conozco una empresa de toda confianza. Estoy seguro de que para National Geographic no sería un problema, todo es barato aquí.

—Tengo un conductor nativo que se las sabe todas.

—¿El de las chanclas de colores?

¿Cómo sabía eso? ¿Dónde había visto a Said? No contesté.

—Solo quiero decirte que la embajada vela por la seguridad de sus compatriotas, pero no puede hacer milagros, sobre todo si los compatriotas nos lo ponen muy difícil.

No quería hablar más con él, me tomé el suflé lo más rápido que pude y lo dejé solo con el posterior té.

—Estoy muy cansada. Gracias por la cena. Tendré en cuenta todo lo que me has dicho.

Contempló cómo me levantaba con su profunda mirada de asombro, dureza y desconcierto. Y tuve la sensación de que no le había gustado un pelo este desaire y que yo lo pagaría caro. Le dije adiós a la camarera, el único ser amigo en aquella cena.

## EZEQUIEL

*Mombasa, marzo*

Maina vino hacia mí con un fuerte brillo de cabreo en la mirada. Saltaba como un resplandor de cortocircuito. Le ocurría con frecuencia al escuchar algo que le incomodaba o que interfería en sus planes o en su pensamiento siempre indescifrable, imprevisible y alarmante. Entonces surgía ese destello de cristal roto que anunciaba algo desagradable.

Pero ¿cómo saber qué se cocía en su cabeza? Palabras que para mí eran normales en él desencadenaban una tormenta de emociones. En su mente siempre había una ficha de dominó dispuesta a caer y arrastrar con ella a todos nosotros.

—Vamos a ver, querido mío, ¿de dónde ha salido esa chica? ¿La conoces de algo? ¿Te ha hablado alguien de ella?

Negué soportando la presión de su mano en mi hombro. Le gustaba cogermelo del hombro dejando caer todo el peso posible sobre mí, lo que me satisfacía porque, al ser más bajo que él, era una manera de serle útil. Los demás no lo sabían, pero Maina padecía de artrosis en una cadera. Me lo confesó un día en que le costaba trabajo andar y se apoyó en mí. Le echó la culpa al trabajo en el concesionario de coches en Mallorca cuando debía hacer horas sin descanso para sobrevivir y al mismo tiempo enviar dinero a su familia en Kenia. Menos mal que una supervisora llamada Carmen lo alojó en su casa sin cobrarle prácticamente nada.

A Carmen se le hacía un hoyito en la cara cuando se reía y pequeñas arrugas alrededor de los ojos. Fuera del trabajo se recogía el pelo en dos trenzas y se ponía faldas largas de gasa con sandalias menorquinas. Se acostumbraron a dar un paseo por la playa los domingos por la mañana. Le encantaba que Maina le contara cosas, cuanto más exóticas mejor, de ese país lejano de donde venía el marfil de los collares, y suspiraba por viajar allí algún día. Cuando el calor apretaba, se cobijaban bajo una roca, y cuando hacía frío, a veces Maina le pasaba el brazo por los hombros y sentía el pequeño cuerpo de Carmen, sus tiernos huesos e incluso el latido de su corazón pegados a él, dentro de él, y andaban un rato sin decir nada, atontados por el oleaje, la espuma que desprendía y las gaviotas, hasta que regresaban a casa.

Carmen vivía con su madre en una casita blanca con la puerta y los marcos de las ventanas azules. En la decoración se mezclaban muebles modernos con cuadros, fotografías y objetos antiguos de su madre. Maina ayudaba con mucho gusto a Carmen a meterla en la cama, sobre todo porque después Carmen liaba un porro minuciosamente, pasaba la lengua por el fino papel de fumar para sellarlo y le pedía que diese él la primera calada. Así se relajaban un rato en el patio, rodeados de macetas olorosas: geranios, rosales, hierbabuena. «No sé qué haría sin ti», solía decirle Carmen agradecida.

Durante el tiempo que vivió en la casa, no volvió a Kenia. Pasaba las vacaciones ayudando a Carmen y bañándose en la playa o recostándose en la arena pensando qué estaría haciendo ella en ese momento. Hasta que unas Navidades Carmen le pidió un favor muy especial, que cuidara unos días a su madre porque quería marcharse de viaje. En este punto del relato, el dolor de cadera se le hizo insoportable a Maina, como si el corazón se le escurriera hasta allí.

Por supuesto que él lo haría, y le preguntó con la mirada dónde se marchaba y por qué. Y ella respondió a esta demanda silenciosa con su irresistible hoyito en la cara y sus encantadoras arruguitas junto a los ojos, y sus trenzas y sus sandalias menorquinas entre las flores del patio con un porro entre los dedos, que un jefe de la empresa iba a pedirle matrimonio durante una escapada romántica a Valldemossa. Luego se enteró de que en ese pueblo

mallorquín pasó un invierno la escritora George Sand, amante de Chopin, que se ocultaba bajo ropas de hombre. Y odió a George Sand como nunca había odiado a nadie en su vida, y también a la anciana madre de Carmen y a los muebles modernos y viejos y el color azul de las puertas y los porros relajantes. Odió todo menos a Carmen. Él cuidó con esmero a su madre, que lo llamaba «mi ángel», y las flores del patio, y antes de que ella regresara de Valldemossa con su prometido, Maina volvió a Kenia para no verla.

Me emocionaba profundamente que me hiciera merecedor de esta confianza. Me sentía un privilegiado por saber que cuando se apoyaba en mí, es que le dolía la cadera, y que cuando le dolía la cadera, es que pensaba en Carmen.

Lamentaba que el Maestro hubiese tenido que pasar por ese dolor y que la vida le decepcionara de esa manera, y en cierto modo, por ser yo parte de esa vida, debía compensarle. Era como si el mundo fuese mi casa y él mi invitado, y lo hubiésemos tratado mal. No quería que tuviese tan mala impresión del mundo, aunque yo mismo la tuviera. Sin querer, su sufrimiento me hacía sufrir más que el mío, del mismo modo que los disgustos de Marta habían llegado a disgustarme mucho más que los propios.

Por fin nos sentamos en un poyete del jardín y pasó la mano del hombro a mi rodilla. La presionó con fuerza. Le contesté a su pregunta sobre Isabel.

—La encontré por casualidad. Está sola.

—¿Por casualidad en el puerto y en el taller de la cooperativa? ¿No es demasiada casualidad?

Debía de tener muy desarrollada esa parte del cerebro que recoge los datos importantes y también los que flotan alrededor como polillas.

—¡Y en la playa! —añadió.

A lo que respondí tímidamente:

—Le pedí que nos encontráramos allí.

—Nada ocurre por casualidad —dijo—. Todo tiene una explicación. La vi en el puerto exhibiéndose ante nosotros y la vi en el taller de la cooperativa observándote de reojo. En la playa, si la citaste allí, ¿por qué no saludó?

No le aclaré que me angustiaba tanto haber metido la pata con la entrega del paquete en la escuela hindú que no estaba para saludos. Y aunque Maina

solía tener razón en todo, en este caso exageraba. En cuanto la conociese y hablase con ella, se daría cuenta de que era una chica normal, sencilla, no como Marta ni como Carmen.

—Ella iba buscándote, ¿por qué? Y tiene un plan, ¿cuál? Sabemos que no fue casualidad, pero desconocemos la explicación. Quizá le resultemos interesantes y no sepa cómo acercarse a nosotros. Introdúcela en el grupo. Puedes invitarla a ir a Lamu —dijo soltándome la rodilla—. Nos vendría bien una cara nueva. Y mientras estemos allí convendría que fueses cariñoso con ella. Dos parejas sería una buena combinación: tú y esa chica, Louis y Sheila. Lilian se quedará a cargo de la casa. ¿Qué te parece? Supondrá una gran experiencia para ella y podrá hacer grandes fotografías.

Volvió a cogerme del hombro para levantarse y comenzó a andar con soltura. Parecía que ya no le dolía la cadera, lo que significaba que no estaba pensando en Carmen.

—No hay nada más que verla para saber que siente un gran peso sobre su corazón. Fuma demasiado. Habrá que ayudarla, ¿no te parece?

Todavía tardó unos segundos en desaparecer el destello de su mirada. *Luego* dijo *que* deberíamos meditar un rato. Y yo me sentí muy aliviado de que quisiera ayudarla y convertirla en uno de los nuestros, y por una vez en la vida me pareció que Maina no tenía razón. No había nada misterioso en ella, ni tenía dobles intenciones. La invité a ir a Lamu.



## ISABEL

*Mombasa, marzo*

Nadie se creía que fuese fotógrafa, no resultaba convincente.

En Madrid me parecía tirado fingir que lo era, pero luego estaban los malditos detalles, las preguntas insidiosas, los despistes. Tenía la impresión de que el mundo entero sabía que mentía y se hacían apuestas a ver quién me descubriría antes.

No dormí bien, el secretario de la embajada se me apareció en sueños con sus pantalones rojos y me clavó un cuchillo y luego se rio serio, esas cosas raras de las pesadillas. Me desperté sudando y maldiciéndome por haber cenado con él. Me esperaba mi cita con Ezequiel y su grupo en la playa, y necesitaba toda la lucidez del mundo para afrontarla. En la ducha repasé las nuevas preguntas que podría hacerme Maina y me dio tiempo de tomarme un café y una tostada. Said estaba en la puerta como un clavo. Me pregunté si no habría pasado allí la noche.

Me recibió tendiéndome una botella de agua. Era el hombre más atento y menos quisquilloso que había visto nunca. Al agarrarme a su cintura en la moto, me pareció que olía al mismo gel que yo usaba en el hotel, un delicioso aroma a coco, y me asaltó la duda de si no estaría ejerciendo de *beach boy* con alguna turista.

—Perdona la pregunta —dije inclinándome más sobre él y gritándole al oído—, la mujer que molía grano en la aldea ¿es tu esposa?

Se giró levemente para mirarme. No contestó, yo no esperaba que lo hiciera.

Al llegar a una distancia prudencial de Bunbury Beach me preguntó si me esperaba. Cuando distinguí al grupo a lo lejos, le dije que no hacía falta y le pagué el día entero porque sabía que, de algún modo, se las arreglaría para localizarme dondequiera que estuviese. Nunca había confiado tanto en alguien. ¿Por qué? Por instinto, porque sabía que podía hacerlo. Hay cosas sobre las que no hay duda: enamorarse, la muerte y la confianza.

Llevaba la cámara de fotos, y el bikini debajo de la falda y la camiseta. También era negro, el color preferido de Marta, por lo que prácticamente era ella quien dirigía mis movimientos. Busqué a Ezequiel con la mirada.

—Hola —dijo a mi espalda—. Has llegado justo a tiempo.

—Ah, ¿sí?

No vi las esterillas extendidas ni a Maina.

—Sí —dijo—. Nos vamos de excursión a Lamu. Pasaremos allí la noche y tú te vienes con nosotros. Es una isla maravillosa, te encantará.

—No sé —dije—. Tendría que pasar por el hotel a recoger algunas cosas.

—Tenemos cepillos de dientes de repuesto, no te preocupes. Y si necesitas algo más, Sheila te surtirá.

Esta invitación, que encajaba perfectamente en mis planes, al mismo tiempo me perturbaba. Jamás habría creído que resultara tan fácil meterme en el grupo sin más trámites.

Procuré no saltar de alegría y reaccionar para parecer natural.

—Allí podrás hacer fotos muy originales.

Puso la furgoneta en marcha en dirección a la casa. Durante el trayecto le pregunté por su vida, sus estudios, su familia. Me atraía la idea morbosa de tener su versión de lo que ya conocía.

Pero él cambiaba de tema, no deliberadamente, sino porque de pronto le llamaba la atención alguien que pasaba por la calle o un letrero, cualquier cosa le parecía más interesante que su vida anterior. Le pregunté si pensaba regresar algún día a España y negó, sin titubear, con un no rotundo y desalentador.

Al llegar a Muyaka Road, alguien abrió el portón y entramos deslizándonos por un suelo pulido. Todo era más grande de lo imaginable desde fuera. El jardín me pareció muy agradable y lo que veía de la casa daba una impresión de amplitud y frescor. También me planteaba otra pregunta: ¿de

dónde sacaban el dinero para este tren de vida? No parecía que diesen un palo al agua, aparte de sus meditaciones y algo de artesanía.

Maina salió de la casa andando rápido y al verme inclinó un poco la cabeza para saludarme. Se sentó en el puesto del copiloto. Miró varias veces por la ventanilla, inquieto por la tardanza de quienes nos acompañarían en el viaje: la chica del pelo corto, de nombre Sheila, y el chico pálido, de nombre Louis. Al entrar se presentaron sin apenas mirarme. Seguiría conduciendo Ezequiel.

Entonces Sheila dijo: «Deberías ir al baño, el viaje es largo». Los demás asintieron. Ya habrían hecho este viaje otras veces. Un mono me enseñó los dientes desde un árbol, riéndose.

Me señalaron un cobertizo en el jardín. Era de madera y, al cerrar la puerta, tembló todo él. Desde allí veía un patio trasero atestado de barreños y ropa sucia, más en la línea de la legendaria porquería en que vivían las sectas que la parte principal de la casa. Había un inodoro y un lavabo, y por uña abertura llegaba el olor de las plantas, pensé que cuando lloviera se colarían las gotas. Me vino bien estar un momento a solas, en aquella intimidad, considerando que ya no había vuelta atrás y que daba por hecho que sabría manejar la situación cuando nunca supe manejar mi vida. Al salir, la furgoneta estaba girando hacia la calle. Salté dentro y me pareció que alguien había tocado y cambiado de sitio la cámara y la mochila.

No sabía que lo usual era hacer ese trayecto en avión, pero ese día no había vuelo. El viaje transcurrió con normalidad hasta Malindi, una ciudad costera envuelta en el sopor de las vacaciones y llena de despreocupados turistas italianos. Hicimos una parada en una taberna para ir al baño y tomar algo. Parecíamos un grupo de turistas más, de esos que van encontrándose y uniéndose en el camino de la aventura. Maina pidió cerveza para todos, pollo frío y mango. Ezequiel comió como un descosido, lo que le daba un aire adolescente. Louis hizo honor a su cara de demente drogado y bebió más que comió. Sheila estaba ocupada en vigilar lo que yo hacía con el cuchillo y el tenedor. Maina se pasó el rato hablando por el móvil en la calle, y al terminar nos hizo la señal de que emprendíamos la marcha.

A partir de Malindi, la carretera empezó a encabritarse y despoblarse de la gente que siempre va andando de un lado a otro en las ciudades kenianas. La

única sorprendida era yo, los demás estaban acostumbrados a agarrarse a lo que podían para sobrevivir al traqueteo y a la tensión. Ezequiel conducía muy concentrado, sorteando los socavones a toda la velocidad que podía, quizá había matado la ansiedad comiendo. Estaba claro que cuanto menos tiempo pasáramos en esta carretera, mejor. Louis iba muy excitado y fue el único que respondió a mi pregunta de qué ocurría. Me informó de que circulábamos por un tramo bastante inseguro, no muy lejos de la frontera con Somalia. En los márgenes había vegetación, pero el paisaje estaba desierto de casas y seres humanos. Aunque, de haberlos, podrían impedirnos el paso atravesando un tronco en la calzada y hacer con nosotros lo que les diera la gana sin testigos. Me parecía divisar turbantes entre las palmeras, que podrían rodearnos.

Imaginaba a mis padres destrozados por mi secuestro y clamando al cielo que era la única hija que les quedaba.

No sé cuánto llevábamos soportando esta tensión cuando la furgoneta frenó y un militar armado que tendría dieciocho años subió con nosotros. Su rostro de niño escudriñaba, sobrecogido por la responsabilidad, en la misma dirección que yo, hacia ojos brillantes ocultos entre las hojas. Louis me dio un codazo para decirme que cuando Maina leía el periódico es que estaba nervioso. Y lo cierto es que no paró de leerlo en todo el trayecto.

Yo preferiría que Louis me dejara en paz con mi miedo. El resto del grupo no hablaba, no nos movíamos, salvo Sheila, que ocultó la cabeza entre las rodillas para que no la vieran desde fuera. ¿Tendría yo que hacer lo mismo? Me tapé un poco más la cabeza y la cara con el fular. Para distraerme, comencé a repasar todo lo que me había ocurrido desde que el sicólogo de la Asociación de Víctimas me presentó en Madrid a los padres de Ezequiel: el viaje a Nairobi, luego a Mombasa, disfrazarme de Marta, conocer a Ezequiel y a sus compañeros de secta, y ahora viajar con ellos. Había conseguido bastantes avances. Y comprobé que las manos del militar en torno al fusil atraían mi atención. Eran de chico de instituto, de las que sujetan un balón o fotos de chicas desnudas. A veces bajaba una hasta el muslo para limpiarse el sudor de la palma. En el pantalón de camuflaje del uniforme se le marcaban los delgados músculos alargados de las piernas, que terminaban en unas abultadas botas militares. Enseguida devolvía la mano al fusil, como si fuese a escapársele. Los socavones nos hacían saltar tanto que Ezequiel tuvo que

bordear uno más lentamente de lo recomendable, momento en que el militar volvió a limpiarse la mano en el pantalón, luego la pegó al fusil y lo dirigió a la ventanilla. Sheila continuaba con la cabeza gacha y Louis preguntó qué ocurría estirando el cuello todo lo que podía. Maina levantó la vista del periódico. Unos cuantos arbustos del arcén se removieron. «Pisa fuerte», le ordenó a Ezequiel en un susurro que inundó el todoterreno. Ezequiel no contestó, tenía que decidir si ir despacio o quedarnos encajonados en un socavón. Lo segundo era peor. Por el arcén alguien seguía nuestros pasos, las hojas de los arbustos iban moviéndose con nosotros y de vez en cuando se entreveía un brazo o una pierna.

Sheila preguntó qué ocurría. «Van a matarnos», dijo Louis. Entonces Sheila levantó la cara hacia mí. Después de todo, su cara sería una de las últimas cosas que viese en mi vida. El todoterreno tenía que avanzar tan despacio que casi se paraba. «Creo que van a atracarnos», dijo Maina con una serenidad que daba pavor, y él y el joven militar intercambiaron unas frases en suajili. El corazón se me aceleró tanto que se me nubló la vista. Jamás creí que fuese a ocurrirme algo así. A unos doscientos metros había una moto cruzada en la carretera. «¡Para!», le ordenó Maina a Ezequiel. Fue un frenazo seco que nos echó hacia atrás. El militar sacó casi medio cuerpo por la ventanilla apuntando con el fusil hacia la vegetación. Unos cuantos chicos salieron de allí y corrieron hacia nosotros con una rapidez terrorífica. «Que no os asusten los machetes», dijo Maina.

Estábamos paralizados mirándolos venir hacia nosotros. Me imaginé acuchillada, degollada, muerta, y que tal vez el padre de Ezequiel tenía razón al pedirme que regresara. ¿Cómo se las arreglarían mis padres para repatriar mi cuerpo? ¿Tendrían que venir aquí? Hablarían con el secretario de la embajada y con el director del hotel. Puede que conociesen a los padres de Ezequiel, que se encontrarían en la misma trágica situación que ellos. Me angustiaba que tuvieran que pasar por eso, pero no parecía que esos chicos que no tenían nada que perder se apiadasen de unos blancos hartos de buena vida. El militar les gritaba algo en suajili según se acercaban y pegó un tiro al aire, lo que no los intimidó, para terror de todos nosotros. Sheila me cogió la mano. «¿Es el fin?», preguntó.

«Ahora acelera —le ordenó Maina a Ezequiel—. Llévate la motocicleta

por delante». Recé para que Ezequiel no estuviera tan asustado como nosotros, pero lo estaba y no aceleró lo suficiente para pasar por encima de la moto. Nos quedamos clavados y los somalíes dieron la vuelta corriendo otra vez hacia nosotros. Eran incansables. Antes de que llegaran, el militar salió del vehículo dispuesto a cargárselos, o eso parecía. Pero los somalíes tiraron los machetes y nos señalaron. Le explicaban algo. Él les gritaba nervioso. Sin dejar de apuntarles, le indicó a Maina que saliera. Hablaron. Ezequiel se volvió a mirarnos, le sonreí por hacer algo. Él tenía la cara empapada. Maina negaba con la cabeza y abrió los brazos en señal de disculpa. Se sacó del bolsillo un fajo de billetes y se lo entregó a uno, y ellos mismos retiraron la moto hecha chatarra. El militar y Maina subieron al todoterreno. «Arranca», le dijo Maina a Ezequiel. No habíamos muerto y el *jeep* arrancaba. El militar se llevó la mano al muslo y la dejó allí descansando.

«Son campesinos y tienen un niño enfermo. Nos han visto pasar y pensaban que somos de una ONG y que podríamos ayudarlos. Les he explicado que no somos sanitarios».

Aunque nos sentíamos avergonzados por habernos comportado tan cobardemente, no nos tranquilizamos hasta que no comenzaron a vislumbrarse trazas de civilización, casitas que brotaban aquí y allá, y alguna mujer envuelta en tela. El militar se bajó casi en marcha para meterse en otro *jeep*. Por fin Maina cerró el periódico y Ezequiel disminuyó la marcha, en ocasiones demasiado, para que yo pudiera fotografiar a los monos que cruzaban la carretera. «¡Uff!», exclamó Ezequiel. Louis se rio histérico y Maina también se rio y le dio un golpecito en la pierna a Ezequiel.

—El mejor conductor del mundo —dijo.

Dudé si enfadarme porque me hubieran puesto en peligro sin advertirme de nada, pero estaba hecho. Seguramente había pasado otra prueba.

Y continuamos viaje hasta un embarcadero. Los ociosos que estaban por allí sentados, descalzos con resto de salitre blanquecino en el pelo rizado y en el cuerpo, enseguida vinieron a saludarnos.

Era tan intenso el brillo de las olas y del aire que costaba trabajo ver la isla de Lamu a lo lejos. La lancha que nos recogería no había llegado y Maina se preocupó, y en un ataque de empatía sin igual nos preocupamos todos, incluidos los trabajadores y mirones que observaban el horizonte

consternados. Una brisa caliente nos sacudió y revolvió el pelo. Sensación de paz. Sensación agradable. Hasta que alguien dio la voz de alarma: se veían dos lanchas. Y unos chicos, ni cortos ni perezosos, sacaron de la furgoneta y cargaron sobre sus cabezas grandes bultos que repartieron entre las dos lanchas y que nos sirvieron para apoyar los pies. Comprobé que habían dejado aparcada la furgoneta bajo una sombra vigilada por los chicos a los que Maina ya habría dado una propina silenciosamente y sin ser visto, como iba pareciéndome que hacía él las cosas en la vida.

El viento se hizo más fuerte y las olas más azules, y dirigimos la vista hacia Lamu, ese lugar donde los piratas se habían cargado sin pestañear a una pareja de turistas británicos, lo que no le restaba belleza a la isla.

Nos alojamos en el Lamu Hotel, junto al pequeño puerto de barcas de colores. El dueño era un holandés que había venido huyendo de alguna oficina, algún salario y alguna casa con visillos de encaje en las ventanas. Mientras nos inscribíamos, nos dijo que ahora salía todos los días en lancha motora, con la frente roja por el viento y el sol, y que se sentía libre como jamás lo había sido. Era evidente que le gustaba exhibir su libertad ante cualquiera dispuesto avería. Su mirada exudaba libertad, su voz alta y clara era la propia de un hombre sin miedo a hablar. Abría los brazos exageradamente y abombaba el pecho para recoger todo el oxígeno libre posible. Navegaba, respiraba, miraba, hablaba y es de suponer que hacía el amor salvajemente.

Nos recibió ofreciéndonos botellas de agua helada y diciéndonos que el hotel era nuestro, así como su entusiasmo por la vida. Las habitaciones caían prácticamente sobre las barcas, solo nos separaba del agua un estrecho paseo por donde iban y venían los turistas, sorprendidos de no ver ni un solo coche y sí un abarrotamiento de burros alegres y bien cuidados. También dijo que podíamos dejar ventanas y puertas abiertas de día y de noche con la tranquilidad de que allí no pasaba nada, como si no leyera los periódicos o creyera que no los leíamos nosotros. Nos aclaró que la zona era musulmana y que lo único que resultaba ofensivo eran las transparencias en las mujeres.

Nos consideró como dos parejas y a Maina, el guía. Ninguno le aclaró la situación y nos ubicamos Sheila y yo en una habitación y los chicos en otra. Maina, solo. Por cierto, desapareció mientras nosotros cuatro visitábamos la isla. Muchas fachadas estaban construidas con coral extraído del mar y los

*interiores* tenían un precioso color vainilla. No olvidé mi papel de fotografía y enfoqué todo lo que se me ponía a tiro, menos a mis compañeros, me prohibieron fotografiarlos, también Ezequiel, por lo que sus padres no tendrían más remedio que confiar en mi palabra y creer que lo había encontrado. Fue en ese momento cuando caí en la cuenta de que, si les enviaba una prueba de su existencia, me pedirían que continuara. Compré dos *kikoys* de rayas, que podrían servir para cubrir la cama de mi habitación en Madrid, y un juego de mesa local, cuyas instrucciones estaban en árabe. Al oscurecer, Louis y Ezequiel se marcharon y al cabo de dos horas regresaron al hotel para cenar.

También regresó Maina. Parecía contento. Me dijo que se alegraba de que compartiese esta aventura con ellos. Y Ezequiel se mostró demasiado cariñoso conmigo, lo que me alegró, mi propósito consistía en resultarle atractiva hasta el punto de recordarle a Marta y su vida pasada, pero por nada del mundo quería que se enamorara de mí porque supondría volver a enamorarse de Marta y volver a sufrir, y además me recordaba demasiado a mi hermano. Me conformaba con que me escuchara.

—Mañana regresamos en avión —dijo Maina comprendiendo la tensión que la novata, o sea yo, había sufrido en la furgoneta—, no te preocupes.

Y todos rieron. Cenamos en la terraza del hotel. La brisa del mar nos llegaba de primera mano, sin pasar por ningún edificio, ni coche ni ser humano. Cerré los ojos, ¿por qué mi hermano no quiso disfrutar de estos buenos ratos?

Ezequiel me cogió por los hombros.

—¿Te ocurre algo?

Sheila y Louis se besaron. Maina abrió un periódico y se puso a hojearlo como si de nuevo estuviésemos en peligro. Dos hombres vestidos con pantalones y camisas blancas dieron dos vueltas por la terraza, nos miraron, hablaron un momento con el holandés y se marcharon. Nos aconsejó para cenar los cangrejos gigantes, típicos de la zona de Lamu, un italiano de nombre Enrico, vestido de blanco de pies a cabeza, pelo negro y rizado, muy alto, desgarbado, que agitaba constantemente sus largos brazos para hablar, para escuchar, para señalar o por puro gusto. Lo sabía todo de esta isla y nos divertía escucharlo. Y en un momento, con la tercera copa de vino, Ezequiel me miró de una manera extraña como preguntándose quién era yo realmente,



algo que dejó de tener importancia de inmediato. Hay momentos en que uno quiere desaparecer y no encuentra por dónde, es cuando dice eso de «tierra, trágame».

Porque de repente vi al padre Andrés. Me di la vuelta para que no me reconociera aunque él solo me había visto entre los contraluces de la casa del agregado en Nairobi. Maina se levantó y fue hacia él. Se dieron un apretón de manos y se sentaron en un lugar más apartado. Les dije a Ezequiel y a la otra pareja que estaba cansada y me iba a dormir.

No hice caso de sus quejas, salí disparada camino de la habitación. Ver al padre Andrés en aquel lugar y hablando con Maina de esa forma en que se habla de negocios, o de amantes o de cosas peores, no me daba buena espina. Estaba segura de haber descubierto al padre Andrés en una situación comprometida. Y era una de esas personas que no te alegra encontrar aunque sea al otro lado del mundo.

Nos hallábamos lejos de todo en una isla de *Las mil y una noches*, bajo estrellas radiantes al alcance de la mano, en que a todos nos gustaría ser besados y deseados. Sin embargo, Ezequiel no fue más allá, no hizo ningún intento de intimar conmigo, quizá por miedo a que Marta a través de mí lo rechazara otra vez, o puede que por la presión del grupo, que, a juzgar por las declaraciones de víctimas de sectas, lo controlaba todo, desde el pensamiento hasta el sexo. Cuando mi pobre hermano estuvo atrapado en la secta, escuché experiencias verdaderamente espeluznantes. Mujeres desnudas a las que se les colgaba un cencerro como a las vacas para denigrarlas. Parejas que debían pedir permiso al líder para mantener relaciones sexuales. Líderes libidinosos y pedófilos. La obligación de tener que andar todos desnudos por la casa con absoluta disponibilidad para saciar los caprichos del líder. Y para rematar, mucha suciedad y viviendas asquerosas, como si hubiese que despreciar todo lo que se deseaba. O todo lo que se desease tuviera que, al mismo tiempo, ser repugnante. Charles Manson, los Niños de Dios, el suicidio colectivo de Jonestown. Nunca llegué a saber por qué humillaciones pasó mi hermano. Seguramente hubo un proceso de apoderamiento sutil hasta llegar a lo más grosero y obsceno. Quizá los Maina del mundo serían en principio agradables, luego absorbentes y al final terroríficos. Y en el fondo no quería conocer lo que ocurriría más adelante porque prefería recordar a mi hermano liberándose

con todas las posibilidades que encontró a mano. Fue su último grito de humanidad. Sin embargo, hasta ahora en este grupo todo parecía bastante normal, salvo que no sabía qué hacíamos en Lamu, ni las verdaderas intenciones de Maina en cada paso que daba. Ahora mismo estaba entretenido con el padre Andrés y los chicos con las historias de Enrico, así que debía aprovechar este vacío de soledad para pasarme por el cuarto de Louis y Ezequiel. Ante la resistencia que tenía todo el grupo a las fotos, trataría de encontrar algo de él con algún significado para su madre, fotografiarlo y mandárselo. Por fin ser fotógrafa iba a servirme de algo. Abrí el macuto de lona de Ezequiel. Había muy pocas cosas, y entre ellas, la camiseta con el oso panda impreso, la misma que llevaba en la foto que me había enseñado su madre. Estaba arrugada y no olía muy bien. Pero la conservaba. Llevaba dos años guardándola, lo que era buena señal.

Era tan probable que me sorprendiera él o Louis, o los dos juntos, que me entró una tos nerviosa. No podía parar de toser y no me atrevía a beber agua del grifo después de lo mal que me sentí tras mi llegada a Mombasa. Oí unos pasos que pasaron de largo y, con lágrimas por la tos, hice la foto de la camiseta y, cuando estaba guardándola de nuevo hecha un reguño, la puerta se abrió detrás de mí. Rogué que fuese Ezequiel. Le diría que me encontraba mal y buscaba un analgésico; pero si entraba Louis, tendría que inventar algo más convincente y no tenía tiempo.

—Lo siento —dijo una voz de mujer—, creía que no había nadie.

Tuve suerte. Era la camarera. Salí detrás de ella. En cuanto pudiera, le enviaría la foto a la madre de Ezequiel.

Me hice la dormida cuando oí abrirse la puerta de mi cuarto. Eran por lo menos las siete de la mañana. El sol entraba con la vitalidad de un niño pequeño y pasaba alegremente por las paredes estucadas, los espejos y los bonitos muebles de carpintería local.

Sheila se desvistió y se metió en la cama sin hacer ruido. Deduje que habría pasado la noche con Maina, puesto que Ezequiel y Louis dormían en el mismo cuarto. Aunque no podía estar segura de nada, no conocía las intenciones de ninguno de ellos.

A las ocho me removí en la cama y salté al suelo. Y aunque ella aún dormía profundamente, cuando salí de la ducha ya estaba desperezándose.

—Tengo un cepillo de dientes de sobra. Y también támpax —dijo de una forma muy natural, o de una forma muy mecánica, no sé.

—Gracias, solo necesito el cepillo. ¿Has dormido bien?

—De un tirón —dijo.

Un legañoso Louis, Sheila y yo nos tomamos un café rápidamente, y un chico menudo y enclenque acarreó nuestras mochilas sobre la cabeza hasta un junco muy bonito, propio de las novelas más exóticas de Agatha Christie. Sentí un poco de vergüenza, pero hacía calor y para descargar mi conciencia pensé que estaría acostumbrado. Maina y Ezequiel se reunieron con nosotros en el aeropuerto, cuyo *duty free* estaba expuesto bajo una palmera y la sala de pasajeros bajo un enrejado de ramas con juegos de mesa hechos con chapas de cerveza. Una gran báscula, que en su día debió de pesar grano y cemento, ahora pesaba los equipajes. Daba la impresión de que estábamos jugando a que nos íbamos de viaje.

—El padre Andrés va a perder su vuelo —dijo Maina en tono de información general mientras veíamos al padre correr hacia las escalerillas de una avioneta, seguido por el chico keniano que siempre lo acompañaba.

Todos aplaudieron que lograra subir, parecía que les era muy familiar. Enfoqué el objetivo hacia allí y Maina me bajó el brazo con delicadeza.

—No le gustan las fotos. Compréndelo, es un hombre de Dios. Quizá algún día, cuando lo conozcas, podrá llevarte a su misión en el lago Turkana. Podrías hacer un gran reportaje.

Para no tener que hablar más de la cuenta, me centré en fotografiar el *duty free* y la báscula.

He de reconocer que daba gusto escuchar a Maina. No encajaba en la idea que tenía de líder diabólico. Pero eso era porque nunca había pensado en los depredadores de la sabana, que se ocultan y camuflan en el paisaje hasta tener a la víctima entre sus garras. Nadie avisa.

—¿Por qué corremos todo el tiempo? Imagínate —dijo dirigiéndose a mí — que corres por el interior de una tubería hueca. Cuanto más rápido vas, más crees que avanzas, pero en realidad no vas a ninguna parte. Al padre Andrés le habría dado exactamente igual coger ese vuelo que no.

Él seguramente esperaba que preguntara por qué, pero no lo hice. No le di pie a una conversación en que no estuviera segura de no meter la pata.

Luego abrió el periódico que siempre llevaba con él, en las situaciones fáciles y en las difíciles. Le gustaba estar al día de las noticias, y yo desvié la vista hacia otra parte. Maina tenía algo de padre, que no era. Algo de santo, que tampoco era. ¿Qué era? No creo que ninguno se hiciera esa pregunta. El que quería un padre tenía en él a un padre, el que quería un ejemplo a seguir, una luz en el camino, también lo tenía.

La avioneta pertenecía a la compañía Safari Link y afortunadamente no hacía juego con el aeropuerto. Era nueva y reluciente, y una vez sentados, la tripulación nos repartió agua y caramelos como si siguiéramos jugando. Nos balanceábamos entre nubes y Maina se sentó junto a mí, cosa que me inquietó bastante. Cerré los ojos y apoyé la cabeza de medio lado en el respaldo. Casi todos los que iban en la avioneta, a excepción de Maina, eran blancos muy acostumbrados a hacer este trayecto y que tendrían negocios o plantaciones de té por aquí.

—¿No has dormido bien? —preguntó Maina junto a mi oído.

Me incorporé y lo miré.

—El viaje de ayer me agotó. El estrés me cansa mucho.

—Vaya aventura, ¿verdad? ¿Hiciste muchas fotos?

—Unas cuantas, pero estaba preocupada.

—Para un fotógrafo de raza, la foto está por encima del peligro, ¿no crees?

—Tengo mucho que aprender —dije arrepintiéndome inmediatamente de haberlo dicho porque, si tenía tanto que aprender, ¿cómo iba a contratarme National Geographic? Esperaba que a Maina no se le pasaran por la cabeza las mismas preguntas comprometedoras que al secretario de la embajada.

—Creí que aún estaba estropeada la cámara y que por eso antes no la usabas.

—Ya está bien. Fue el obturador, se desajusta.

—No sabía que en Mombasa hubiese casas especialistas en Canon —dijo observando la cámara—. Yo tengo una bastante vieja.

—No hace falta. Aquí todo el mundo sabe hacer de todo. Me la ha arreglado un chico que trabaja de guía para el hotel.

¿Por qué le daba de entrada, sin pedírmelo, tantas explicaciones?

—Dijiste que ibas a buscarla a un taller.

—Eso creía yo, pero al final me la entregó él mismo.

No cuadraba. ¿Fui hasta el taller y me la dio allí? ¿Me salió al paso para dármele? ¿Lo llamé por teléfono? Pero si ya iba al taller, ¿para qué iba a llamarlo? ¿Me llamó él a mí? Si Maina continuaba con el interrogatorio, esta sería mi versión: me llamó él para decirme que me la entregaría en mano.

Por fortuna, abrió el periódico, y yo la botellita de agua. Estaba fresca, muy rica, esos detalles de los kenianos, como si se implicasen hasta el fondo en todos los deseos, apetencias y sueños de los turistas blancos.

Al llegar a Mombasa nos esperaba la misma furgoneta que habíamos dejado en el puerto. Alguien había hecho el viaje de regreso con ella por la carretera infernal y proclive a los asaltos. No parecía que a Maina le gustara perder nada por el camino. Y mientras nos dirigíamos al vehículo, supe que vendrían muchas más preguntas, todas las que ya me habían hecho y otras nuevas.

En cuanto entramos en la ciudad, les pedí que me dejaran en el hotel.

—Eso no puede ser —dijo Maina riendo—. Tú ya estás con nosotros.

—Sí —dijo Ezequiel mirándome por el espejo retrovisor mientras conducía—. Esta familia ya no es la misma sin ti. Así que es mejor que canceles la habitación y recojas tus cosas.

Me hablaba de forma familiar y afectuosa. Sin embargo, la actitud de Sheila, que me había cogido la mano en la carretera de los somalíes, ahora era fría, y la de Louis, maliciosa. Cancelar la habitación suponía abandonar mi único hogar en Mombasa para meterme en la boca del lobo de Maina. Notaba sus ojos sobre mí calibrando mi reacción, mi respiración abombándose la camiseta de forma exagerada. No podía apaciguarla. Las venas del cuello me latían igual que si tuviese fiebre. Mi obligación era entrar en el mundo de Ezequiel, para eso había venido, para eso me pagaban. Había conseguido lo más difícil y no iba a recular ahora por miedo. ¿Miedo a las extrañas artes de Maina? ¿Miedo a ser engullida por el grupo para siempre? En el fondo sabía que no era más fuerte ni más lista que mis compañeros de viaje, puede que incluso fuese más ingenua. Lo que de verdad me paralizaba era la posibilidad de ver por dentro el miedo de mi hermano, que lo llevó a cobijarse en una secta como a Ezequiel en esta. Creo que mi cara de susto los obligó a ser más prudentes y a parar junto al hotel.

—Esta tarde iremos al puerto y luego hay una sorpresa —dijo Ezequiel—.

Pasaré a recogerte a las seis.

Maina sonrió dando su aprobación.

Enfrente me esperaba Said apoyado en el sillín de su cacharro. ¿Cómo lo hacía? ¿Cómo podía haber adivinado mi llegada?

Tuve el impulso de ir hacia él, pero el director del Serena me cortó el paso.

—Estábamos muy preocupados. No vino anoche a dormir.

—No sabía que debía avisar —dije.

Si lo pensaba bien, era la persona que más se había ocupado de mí en los últimos tiempos, y había creado estas instalaciones y había contratado guardas de seguridad y camareras afectuosas para que yo no sufriese ningún mal. Me tendió un vaso de limonada.

—No me malinterprete. Este no es un simple hotel. Es su casa, su refugio, hacemos una labor casi consular. Está en África y es una mujer sola, y nuestra obligación es velar por su bienestar y también por su seguridad.

—Lo sé. Gracias. —No era la primera vez que me hablaba de la seguridad. Precisamente la maravillosa sensación de protección que me daba me decidió y la fiebre desapareció—. Quizá deje el hotel. Unos amigos me han invitado a estar con ellos.

—Como quiera. Siempre tendremos las puertas abiertas para usted.

Con qué facilidad se encariña uno con la gente. Me sentía muy reconfortada con los cuidados del director y de la chica de las manos de modelo, y me daba pena marcharme. Si alguna vez volviese por África, probablemente ellos ya no estarían aquí. Todo cambia muy rápido y hay que ir despidiéndose de pedazos de la vida.

Salí a hablar con Said; aunque le hiciese señas para entrar, no entraría. Las hermosas baldosas del vestíbulo del hotel eran territorio vedado para sus chanclas de distinto color.

—Toma. —Le di cincuenta euros—. Creo que ya no voy a necesitarte, me marchó del hotel. Voy a quedarme con los amigos de la playa unos días. ¿Tu hijo está bien?

Parecía decepcionado, él también debía despedirse de este pedazo de vida que era yo.

—Estarías mejor en el hotel.

Le enseñé la pulsera de palma que me hizo el primer día y que no me quitaba de la muñeca.

No sonrió ni dijo nada afectuoso, como sería de esperar. Se bajó del sillín para darme la mano, y su camisa y su cuerpo volvieron a despedir el mismo olor del gel del hotel.

—Entonces, hasta pronto —dijo.

Lo vi arrancar y regresé dentro. Aproveché para estar un buen rato bajo la ducha, algo que seguramente no podría hacer en la comuna de Maina. Luego, envuelta en el ligero albornoz de algodón cien por cien africano, me serví un té. Era oscuro y amargo. Abrí la puerta y me dirigí hacia las hamacas. Alguien me puso una almohada bajo la cabeza. Quería disfrutar de la refinada comodidad que los ingleses urdieron en estas tierras. Me adormecí entre el arrullo del mar y las sombras acariciadoras de los árboles. El pelo iba secándose poco a poco. Notaba cómo se endurecía cada raíz y cómo se estiraba el cuero cabelludo, la cara me escocía por la sequedad y soñé que un león venía hacia mí andando sigilosamente y que despertaba y me encontraba su enorme nariz y los ojos fieros y azules ante mí. Un sueño muy positivo, porque si de algo se quejaban todos los turistas en el comedor era de lo difícil que resultaba ver un león.

—Despierte. —Estaba sacudiéndome la mano de mi camarera favorita—. Han venido a verla.

Me incorporé. Por los ojos entrecerrados iba entrando el séptimo día de la creación con todas sus maravillas. Busqué en el bolsillo de la bata el móvil. Dios santo, sería Ezequiel, había dormido unas dos horas.

—Dile que espere cinco minutos.

Cinco minutos era una cifra suficientemente vaga como para permitirme meter todas mis cosas en la mochila y vestirme con la falda negra y la camiseta de tirantes. No sabía si Marta se atrevería a salir alguna vez así a la calle, con el pelo revuelto y las marcas que la almohada me había dejado en la cara. Pasé por recepción. Todo estaba pagado y respiré aliviada, porque en lo más profundo de mi ser siempre desconfié de que todo aquello fuese para mí.

Ezequiel se mostraba medio serio, ningún parecido con el chico cariñoso de la noche anterior en la terraza del restaurante en Lamu.

—Están esperándonos —dijo.

Y estas son las pequeñas cosas que a uno comienzan a hacerle sentir culpable. Culpable de llegar tarde cuando eran ellos quienes me habían puesto un plazo. Entré en la furgoneta y me quedé absorta, con la mente en blanco. El sol iba agarrándose con todos los brillos que le quedaban al asfalto, a las fachadas, al aire cansino que llegaba del índico, a las olas lejanamente plateadas. Las sandalias artesanales de Ezequiel pisaban el acelerador, el brazo se tensaba y relajaba sobre el volante. En el fondo, en Madrid nunca llegué a creer en serio que alcanzaría este momento. Había avanzado mucho en mi acercamiento a la secta de un modo absurdamente fácil.

—Ezequiel, para. Tenemos que hablar.

«Tenemos que hablar» es una frase que nunca diría en mi vida normal. Pertenece a esos diálogos contundentes de las series de televisión. Descubres una infidelidad y dices «Tenemos que hablar»; el niño saca malas notas y «Tenemos que hablar»; me han echado del trabajo, luego «Tenemos que hablar». Nadie dice en la vida real «Tenemos que hablar», se habla y punto. Pero en esta situación encajaba.

—¿Cómo dices?

—Que tenemos que hablar antes de llegar.

Aparcó en la cuneta. Por las ventanillas entraba ahora un aire lánguido, sin vida. El freno de mano chirrió. Me miró expectante. Me eché el pelo por detrás de las orejas, como me enseñó la madre de Ezequiel. Aguanté su mirada con un poco de indiferencia, como habría hecho ella puesto que no estaba enamorada, actitud absolutamente arrebatadora para el que sí está enamorado. Me di cuenta cuando, después de la tragedia de Max, empecé a perder interés por los chicos con los que salía, cosa que los volvía locos.

—¿Qué ocurre?

Al igual que el aire, la voz tenía un tono débil. Yo le recordaba a alguien que le despertaba emociones, pero no se atrevía a pensarlo.

—No conozco a tus amigos. No sé cómo son. Ni siquiera sé si les caigo bien.

—Tampoco me conoces a mí.

—Bueno, es diferente. Me resultas más cercano que ellos.

—¿Y por qué?

—Me recuerdas a mi hermano.



Apoyó la frente en el volante.

—¿Y solo por eso fuiste hasta Lamu? ¿Estás enamorada de tu hermano?

—Mi hermano murió, se suicidó.

—Vaya. Lo siento. No debería haber preguntado.

Otra frase de circunstancias, poco real. Un falso arrepentimiento, porque mi hermano no le importaba, ni yo tampoco, lo único que le atraía de mí era ese leve reflejo de otra persona.

—Y viniste a hacer un reportaje para olvidar.

Cabeceé afirmativamente.

—Creo que sí.

Me pasó la mano por los cabellos de Marta y luego por la mejilla con el dorso de los dedos. Estaba conmigo y, al mismo tiempo, distraído. Cerca y lejos. No me habría importado besarlo, llegar a la casa con algo sellado entre los dos.

—Te vendrán muy bien nuestros talleres de relajación y hablar con Maina.

—¿Cómo es? Me impone —y esto era totalmente cierto— un poco.

—Un hombre sabio en todos los sentidos. Sus palabras brillan en la oscuridad. Cuando llegué aquí, no sabía ni quién era, y Maina me sacó de la noche. Nunca sé cómo corresponderle, qué hacer para demostrarle lo importante que es para mí.

—Quizá no quiera que hagas nada.

Sonrió de manera enigmática, Como si supiese algo que yo nunca comprendería. Como sonríe un profesor ante un alumno ignorante.

—No sé —dije inocentemente—, la gente no habla bien de las sectas, dicen que son destructivas y esas cosas.

La cara se le contrajo por un repentino dolor.

—Tengo una idea terrible de lo que es una secta. Mujeres alienadas y niños piojosos dependientes de un líder demente y salido, mierda por todas partes. ¿Qué tenemos nosotros que ver con todo eso? Nosotros somos una comunidad de adultos que buscamos la paz interior, y Maina es nuestro guía, un hombre sediento de luz.

Su ceguera, el no querer darse cuenta de la verdad me aceleró el pulso y creo que me puse roja por no poder estallar y gritarle que la Orden era una secta tan mierda como las demás y él un atontado crédulo carne de cañón. Pero

resistí la tentación, a costa de que se me pusiera la tensión por las nubes, y le seguí la corriente.

—¿Y los demás? —pregunté.

—No te preocupes. Son mejores que los de ahí fuera.

«Fuera» era el mundo, la gente corriente, el universo.

—Sheila y Louis no son pareja, ¿verdad?

—¿Por qué te interesa saber eso? Son como mis hermanos.

No le hizo gracia que insinuase nada sobre ellos, aunque fuese algo inocente. Estaba más atrapado de lo que pensaba.

—Esta es mi verdadera familia y tú también podrías serlo. Me gustaría que lo fueses.

Pensé que tendría que hablar con sus padres para explicarles mis progresos y la necesidad de quedarme. Sin embargo, los engañaría, no sería fácil conquistarlo porque él era más feliz aquí que con ellos. ¿Les diría que era feliz? No, la palabra no era «feliz», era otra cosa; les diría que pronto tendrían una prueba física de que lo había encontrado: la foto de la camiseta con el oso panda.

## EZEQUIEL

*Lamu, marzo*

En Lamu siempre me ponía nervioso. Me invadía una tensión terrible hasta que Maina y el padre Andrés se deshacían de la mercancía. Nunca husmeé dentro de las grandes bolsas de lona que acarreábamos. No quería ser curioso, ni engañar a Maina fingiendo no ser curioso, uno de los que él llamaba los «grandes pecados». La curiosidad, el individualismo, el egoísmo, la codicia, los caprichos. Todos deseos embrutecedores, sin canalizar. Del mismo modo que los camiones de basura tienen que descargarse cuando están llenos, nuestras almas también debían descargarse. Pero al contrario que los camiones, procuraríamos no recoger más basura, sino amor y atención a las palabras del Maestro y obediencia a sus deseos, porque todo el universo estaba dentro de él y, por tanto, la felicidad. Por fortuna, después de dos años de enseñanzas, había aprendido a dejar a Marta en un mundo que ya no era el mío.

No descargamos los bultos de la lancha que fue a buscarnos al muelle. Cuando la abandonamos, los cubrieron con una lona azul cielo que no se distinguía del mar, y Maina, Louis y yo esperamos a que oscureciera para trasladarlos a un barco de pesca tripulado por unos somalíes enjutos y fuertes, indiferentes a la sed y al hambre. De hecho, no cayeron en la tentación de coger alguna de las botellas de agua que aún quedaban en la lancha. Su determinación daba miedo. No nos dirigieron la palabra, como si no existiéramos, y yo lo agradecí. Prefería que no se quedasen con mi cara. Todo sucedía en la oscuridad bajo una luna sigilosa que nos miraba con profundos

ojos azulados.

Cuando terminamos, Louis y yo nos reunimos con Sheila e Isabel en la terraza del hotel. Y aunque seguía las órdenes de Maina de ser cariñoso con Isabel, no me costó trabajo. Más bien lo deseaba. La verdad es que me gustó tenerla cerca. Su contacto me relajó de la tensión vivida en el puerto. El pobre Louis besaba a Sheila con permiso de Maina. Se hacía la ilusión de que Sheila lo amaba. A veces también se hacía la ilusión de que Lilian lo amaba. Y en cuanto yo era un poco comprensivo con él, o lo cogía del brazo amistosamente o lo miraba más de un segundo a los ojos, daba por sentado que estaba enamorado de él. Y por supuesto, el gran amor de su vida, el amor con mayúsculas, era Maina. Y en ocasiones Louis entraba en competencia con todos los que queríamos a Maina, sin darse cuenta de que Maina poseía un corazón generoso que se repartía entre todos nosotros.

Era dramático comprobar que la gran capacidad de amor de Louis iba volviéndolo malicioso, cínico e incluso cruel. Y lo que ocurrió aquella noche fue lo que sucedía bastante a menudo. Se le olvidó que estábamos haciendo teatro. Digamos que se metió tanto en el papel que se le cayó el mundo a los pies cuando, tras la cena, Sheila se dirigió a una habitación que no era la suya ni la de Louis, y ni siquiera la de Maina.

Nada más entrar en nuestro cuarto, Louis se tiró de bruces sobre la cama y gimió como un lobo en medio de la noche. ¿De verdad llegó a creer que Sheila perdería la cabeza por él? Siempre podría pedirle a Maina que le sugiriera a Sheila mantener relaciones sexuales privadas, aunque más de una vez vi a Maina propinarle un coscorrón cuando solicitaba extras de este tipo. «Tienes demasiados caprichos. No sé qué voy a hacer contigo». El capricho, sin ser tan grave como la curiosidad, no dejaba de ser uno de los grandes pecados.

No sabía cómo decirle a Louis que sería mucho más feliz sin las dichas tentaciones. Cuando llegué aquí, yo era un saco de caprichos sin satisfacer. Me sentía solo, desgraciado. Tenía la sensación de que el mundo me despreciaba porque no me daba lo que deseaba, cuando lo que el mundo me daba por sí mismo era mucho mejor, por la sencilla razón de que el mundo tiene más perspectiva y amplitud de miras que un pobre y limitado ser humano. Hasta que no me di cuenta de que el mundo sabía mejor que yo mismo lo que necesitaba, no me curé de la ansiedad y no empecé a respirar en paz. Con la

gran suerte añadida de haber encontrado en Maina la voz del mundo, la voz del gran corazón. Louis tenía veinte años y llevaba aquí desde los dieciséis. Y no sabía cómo destacar ante los ojos de Maina, se ponía muy pesado. Siempre justificaba su neurosis diciendo que su madre no lo había besado ni una sola vez en su vida, lo que se notaba a la legua. Buscaba desesperadamente que lo inundaran de amor.

**3**

**EL JARDÍN DE LAS ALMAS PERDIDAS**

## ISABEL

*Mombasa, marzo*

Se abrieron los portones de la casa, desvencijada por fuera, con la pintura de la madera descarnada, y bastante bien conservada por dentro. Nos quitamos las sandalias para atravesar el patio. Las baldosas estaban frescas y sobre una mesa había una jarra de agua con limones cortados. Nos servimos un buen vaso cada uno.

—La cena la prepararemos todos juntos para darte la bienvenida.

Enseguida eché de menos el Serena Beach y a su director, a la camarera e incluso a los rusos borrachos. Las tumbonas, encontrarme la habitación en orden y la comida en el plato, la maravillosa soledad. Aquí debía dormir con Sheila en la misma habitación porque sería el único sitio libre, o ella fue la única que aceptó dormir conmigo. Y tal como me temía, tardamos un siglo en cortar zanahorias, mangos, tomates, asar el pescado, poner la mesa. Servirlo todo. Y encima, como yo era la nueva, la aspirante a entrar en el grupo, no podía hacerme la remolona. Debía parecer encantada de sudar la gota gorda. Las mujeres trabajábamos más que los hombres, a los que había que servir las bebidas. Así que no me extrañaba que Ezequiel creyese que había encontrado aquí su verdadero lugar. Mientras Maina se reía con unos y con otros, yo me sentía fuera de lugar y me mostré todo lo cohibida que se suponía debía estar, aunque en realidad me encontraba tensa y aburrida. Platos para acá y para allá y cosas de grupo. No era fácil atravesar aquella espesa neblina de intimidades y palabras compartidas, de bromas entre ellos. Ezequiel me miró de reojo las pocas ocasiones en que hablé, pendiente de que me encontrara a gusto o de que

se encontraran cómodos los demás conmigo. Se sentía un poco responsable de mí, una sensación, la de depender de la aprobación de alguien, que me había impedido mantener relaciones largas y así no tener que soportar el momento en que la pareja se siente avergonzada u orgullosa de una, lo que supone la mayor falta de libertad que se pueda sufrir.

Tras la cena, Maina se sentó a mi lado y me sirvió una cerveza sin pedírselo, que francamente me apetecía. Como buen keniano, tenía el don de conocer las apetencias y emociones de todos, puede que también los pensamientos.

—Espero que estés pasándolo bien. Siéntete libre, en tu casa. Somos una gran familia y la familia es la única que se quiere a pesar de los defectos y los problemas, se quiere incluso a un asesino. Dentro de poco no te resultaremos extraños, ni tú a nosotros tampoco. Nos acostumbraremos a tu voz y a tu forma de decir las cosas, tu personalidad será una flor más de nuestro jardín.

«¿El jardín del bien o del mal?», pensé admirando las rosas.

A Maina se le percibía como superior a todos, no solo a los miembros de la Orden, sino a todo Mombasa y al mundo en general. No hacía falta que hablara alto o que se impusiera a los demás. Tenía algo en su manera de estar sentado, de mirar, en las facciones de la cara, en el color marrón de la piel que definía la nariz y los pómulos, la barbilla, los sombreaba y les daba consistencia y autoridad, en su afable seriedad, que lo realzaban como maestro. Desde la primera vez que oí su nombre, ya había nacido en mí todo lo que veía ahora.

—Debe de ser fascinante ver la vida, África por ejemplo, nuestra pequeña Mombasa, a través de un cristal.

Me llevó un segundo comprender que se refería al objetivo de la cámara.

—Más o menos. Es una manera de elegir lo que hay que ver.

—Y a ti, ¿qué te gusta ver?

—Todo. Me gusta todo.

—Habrá alguna cosa más interesante que otra.

Parecía que Maina hablaba con la boca llena de trampas, y yo debía sortearlas.

—Me gusta sobre todo la gente tomando el aire, disfrutando de la vida sencilla, en el malecón por ejemplo.



—¡Ah, ya! Allí te vimos por primera vez.

Iba a decir: «No lo sabía, no podía imaginar que te fijaras en mí», cosa que era más que cierta, pensé que solo me miraba Ezequiel y que a él le había pasado desapercibida, pero preferí callar y no enredar más las cosas. Y podría ser que Ezequiel le hubiese contado cómo fue la primera vez que me descubrió.

—Trabajas para... —dijo como si no recordara el dato.

—National Geographic.

—Conozco a otros fotógrafos de esa sociedad. Vienen mucho por aquí. A veces los he acompañado a los Parques Nacionales.

—He visitado la aldea de los giriamas. No podía imaginar que existiesen lugares sin un solo papel ni un solo plástico en el suelo —dije para aportar un dato fiable a la conversación y, sobre todo, para que no mencionara a fotógrafos que yo tendría que conocer.

—¿Quién te ha llevado, el chico de las chanclas verdes y rojas?

Asentí.

—¿El mismo que te ha arreglado el obturador de la cámara?

Asentí. Todos los subterfugios para que no notaran la presencia de Said fueron en vano. Lo descubrieron desde el principio.

Maina era condescendiente conmigo, podría haberme interrogado mucho más, haberme preguntado, por ejemplo, cuál era mi contacto en National Geographic, o indagar un poco en el funcionamiento de una cámara. Si de verdad hubiera querido, podría haberme puesto en un verdadero aprieto. Se estaría preguntando quién era yo realmente. Aunque podría haberse contestado que era una pobre chica que jugaba a ser alguien en África, donde se supone que cualquier blanco que llega, por el solo hecho de ser blanco y haber llegado aquí, ya es alguien. África es muy agradecida.

—Tu hermano se suicidó, no hay nada que compense eso, ni siquiera venir a África. Aquí te sientes lejos, a salvo de tu vida, pero hay otras maneras más eficaces de reconciliarte con el orden natural de las cosas. ¡Bienvenida a la Orden Humanitaria!

Ni siquiera cuando nos dieron la noticia de lo que le sucedió a mi hermano, y cuya palabra no quiero repetir, sentí ningún escalofrío. Muy pocas veces lo he tenido. Ante las noticias bruscas suelen temblarme las piernas y se

me nubla la vista, me mareo. Y sin embargo, en ese momento fue como si me echaran un jarro de agua fría por dentro de la columna vertebral, en la médula, la sangre y todo lo que haya ahí. Se me puso carne de gallina y él debió de detectarlo. Resulta que Ezequiel estaba mucho más manipulado de lo que creía y le contaba a Maina absolutamente todo lo que hablábamos. Le había contado la única confidencia auténtica que le había hecho: la muerte de mi hermano.

Quitamos la mesa. Las mujeres fregamos los platos y barrimos mientras ellos fueron a hacer un recado. Salimos a respirar al jardín.

—¿Fuma alguien aquí? —pregunté.

Sheila y la chica escuálida de cabellera esplendorosa se miraron pasmadas.

—No. Nadie fuma. No nos gusta fumar.

—¿Desde cuándo? —pregunté por curiosidad policiaca.

—En cuanto entramos en la Orden abandonamos el tabaco.

—Habéis hecho bien —dije sacando la cajetilla de la cinturilla de la falda.

No era fumadora habitual, un pitillo de vez en cuando para relajarme. Y ahora no sé por qué era momento de relajarse y mirar al cielo.

—Va a notarse el olor —dijo una con expresión ingenua.

Lo encendí de todos modos. Entre estas chicas me sentía más rebelde que nunca.

—Yo no voy a cubrirte —dijo Sheila—, que te quede bien claro.

—¿Y qué otras cosas no pueden hacerse? —seguí preguntando.

—Nada que dañe tu cuerpo ni tu alma. Somos niños en cuerpos grandes y necesitamos un padre que nos aconseje —dijo la chica oculta en su cabello como un pajarillo en la copa de un frondoso árbol y cuyo nombre no quería saber, pero supe enseguida.

—Cuando Lilian llegó aquí —dijo Sheila—, estaba hecha polvo, no sabía ni quién era.

Pululaban a mi alrededor, pero a un metro de distancia para que no las contaminara con el humo.

—¿Eras drogadicta? —pregunté a Lilian.

—Politoxicómana —apuntó Sheila—. Alcohol, drogas, tabaco y sexo. ¡Era adicta al sexo! —subrayó.

Lilian bajó la cabeza.

—Ahora me da asco —dijo—. Lo hago por motivos superiores, no por placer.

Se me cayó el cigarrillo a medio consumir y lo aplasté con una de mis sandalias de cristales.

—¡Qué bonitas! —dijo Lilian—. Pero la colilla no puede quedarse ahí. Entiérala.

—¡No! Que no la entierre —intervino Sheila—. El Maestro repasa mucho las plantas y las rosas y se dará cuenta. Ama su jardín sobre todas las cosas —sentenció.

—Va a ser un problema —dijo Lilian tirándose de los dedos con chasquidos de tendones—, y tú tienes la culpa. No entiendo por qué te han traído.

No pude más. Cogí la colilla, me encaminé con paso rápido hasta el muro que rodeaba el jardín y la arrojé con todas mis fuerzas afuera. Estaba segura de que el exterior no le preocupaba a Maina. Su verdadero imperio comenzaba en cuanto se quitaba las sandalias.

—Ya está, asunto arreglado —dije cuando volví junto a ellas.

Me miraron escépticas. Las cosas no eran tan fáciles.

—Imagino que no podré tomarme una cerveza —dije.

—Hay que tener en cuenta a los demás. No hay para todos, y además, contienen alcohol. Es mejor preguntar antes.

No sé quién dijo esto, cualquiera de las dos.

Y al momento me avergoncé de sentirme por encima del bien y del mal, de ser la juez implacable de la vida de esas personas.

Me avergoncé de sentirme superior porque me fumaba un cigarrillo y ellas no, y porque me apetecía una cerveza y a ellas no. No tenía en cuenta que venían del alcoholismo, de las drogas o de la más demoledora incomprensión, y por lo menos no se estaban suicidando. Acababa de llegar y ya quería volverlo todo del revés.

No sabía si debía esperar al regreso de Maina y sus discípulos o irme a la cama. Ellas entraron y hablaban en voz baja. Por lo menos, no había niños como en otras comunas, lo que me incomodaría más aún. Me senté en un banco y miré hacia arriba esperando que me cayese alguna inspiración de los

manchurriones negros que iban desplazándose hacia la izquierda. Notaba que el sexo estaba en todas partes, el sexo que daba asco y el que no, tanto el que Lilian entregaba por motivos superiores como el deseado por puro placer. Me pregunté quién se acostaría con quién en este jardín de almas perdidas. Me fumé otro cigarrillo y tiré otra vez la colilla por encima del muro. No corría aire y la noche era espesa, estaba embalsamada en el perfume de las plantas; aun así, no se me pasó por la cabeza que Maina tuviese un olfato tan fino y que, como habían pronosticado las chicas, detectase el Marlboro. Arrojar la colilla casi coincidió con la apertura del portón de la calle. Se les oía entrar hablando con el sosiego característico de Maina. Un tono de padre, de santo, de confesor, de sicólogo, de filósofo, de quien vivía para los demás. Y seguramente a los demás les producía un gran dolor decepcionarle. Incluso a mí me molestaba haber intentado enterrar una colilla en la tierra de su jardín.

—¿Te apetece otra cerveza? —dijo acercándose a mí.

Ezequiel y Louis, el pálido, me dijeron adiós con la mano.

Debían de saber cuándo el jefe quería estar solo. Me había dado cuenta de que, por desgracia, no podía contar con Ezequiel. Aunque a simple vista no lo pareciera y aunque me costara creerlo, era el que más programado estaba, y solo la auténtica Marta, si viniese en persona, tendría alguna posibilidad de salvarlo con su amor. El amor que le había hecho débil ahora podría hacerle fuerte.

—¿Y si no quedan para los demás? —pregunté siguiendo el hilo de la conversación con Lilian y Sheila.

—No te preocupes por eso. Hay prioridades. —Sonrió mientras se iba a la cocina.

Era un hombre muy listo. Su cabeza podía estar en cien cosas. Podría dirigir una multinacional de miles de empleados y, sin embargo, se limitaba a dirigir a unas cuantas personas en todos los aspectos de su vida, aunque a lo mejor era lo mismo. Los hombres poderosos son extraños.

Regresó con dos botellas de cerveza Tusker y chocamos las cabezas de los elefantes pintados en el cristal.

—Espero que Lilian no haya vuelto a las andadas —dijo en tono severo.

Me quedé a la espera de más información.

—Me refiero a que no se le haya ocurrido fumar.

Aspiré el profundo olor de la noche sin el menor atisbo de tabaco. ¿Cómo lo notaría él? Le confesé que había sido yo, y que aun siendo consciente de que no me beneficiaba, no era capaz de dejar el tabaco, sobre todo esta noche por el nerviosismo.

—¿Nerviosa? ¿Por qué? Mira qué paz.

—No os conozco, no sé si os caigo bien. Siempre me ha generado mucho estrés tener que ser aceptada. Siento que he vuelto a un colegio lleno de niños inocentes y malos.

Tenía el paquete de Marlboro en la mano, pero no me atreví a abrirlo.

—No está bien que tires las colillas por encima del muro.

Me reí y él también. Sabía reírse a tiempo y gastar una broma.

—¿Cómo es que hablas tan bien mi idioma?

Me contó lo que yo ya sabía: el concesionario de coches en Mallorca, los buenos recuerdos que se trajo de allí y que su jefa se llamaba Carmen, cuyo nombre lo indujo a una pequeña melancolía y a querer tomarse otra cerveza. Yo también acepté una, ¿por qué no?

Y me puse triste. Nada le devolvería la vida a mi hermano.

¿Habría él estado en un jardín como este? También me ponía triste no haber encontrado a ninguna persona que me partiera el corazón. No me había enamorado de verdad, no había llegado a sentirme absolutamente feliz junto a ningún chico. Hacía el amor por hacerlo, pero no sentía ese deseo de fundirme con él, de tocar el cielo que mucha gente decía que tocaba. Debía de ser mejor que tener un buen trabajo y éxito en la vida no desear salir de sus ojos, de su boca, de sus piernas, de su pecho en el mío, que me fascinara todo él de una manera devoradora. Solo una vez, a los diecisiete años, tuve una sensación parecida. Se llamaba Jaime y lo conocí en unas vacaciones en la playa tres días antes de marcharme. Quizá fue el calor y los ojos aclarados por el sol los que me empujaron a tocar ese cielo tan manoseado por los amantes. Pero creí que debía de ser el principio de las muchas emociones que vendrían a lo largo de mi vida, una pequeña fascinación en comparación con las más grandes que saborearía más adelante, así que no lo retuve, no volví a verlo. Nadie me dijo que aquello iba a ser todo y que después no vendría gran cosa. Pensándolo, me invadió una pequeña y solitaria nostalgia. Necesitaba estar sola para fumar y llamar a mis padres. Y le dije a Maina que iba a salir a dar un paseo por la

calle.

—Son las doce. No es buena idea que camines sola por este barrio. Además, no hay nadie hoy para abrir y cerrar la puerta. Es mejor que te quedes.

En el Serena Beach nunca tuve tantas ganas como aquí de fumar y beber sin parar, hablar por teléfono, salir afuera.

## EZEQUIEL

*Mombasa, marzo*

Cuando Isabel llegó a la casa, Louis y yo continuamos en el mismo cuarto y a ella la instalaron con Sheila. Y así se cumplió el sueño de Lilian de dormir sola o con Maina, y no soportar la cháchara nocturna de Sheila que ninguno llegamos a creernos del todo dado el historial de drogas y posibles secuelas paranoides de Lilian. Maina, que dormía con ella más veces que con Lilian, no pareció hacerse eco de esta peculiaridad, quizá porque gracias a la meditación y las infusiones que tomaba dormía de un tirón. Lo confesaba él mismo, y lo ratificaban Sheila y Lilian. A Louis aún no le había llegado la hora de ir a su cama.

Me advirtió que, cuando llegase el momento, no quería decepcionar a Maina, por lo que sería ideal que practicáramos juntos, y acto seguido se bajó los calzoncillos, lo que francamente me desconcertó. Más bien me tiró para atrás contemplar su pene colgando entre los muslos flacuchos salpicados por largos pelos.

—Si quieres, puedes hacerme una felación —dijo con su mirada ojerosa y desquiciada por una larga falta de amor materno.

—No estoy preparado —dije metiéndome en mi cama y cortando así toda posibilidad de polemizar sobre la conveniencia de romper tabúes.

Era capaz de provocar cualquier tipo de discusión para alargar la compañía lo más posible. Me daba mucha pena su hambre de afecto.

—Pues ve espabilando. También llegará tu hora si tienes suerte —dijo subiéndose los calzoncillos y metiéndose en su cama.

Pero Louis estaba equivocado, para Maina el sexo no tenía importancia, era algo mecánico y ritual. Solo la tenía el amor, y más que el amor en general, el amor por Carmen. Tras esta confidencia de Louis, cuando Maina y yo estábamos solos en un clima de intimidad acogedora y dulce, le sacaba el tema de Carmen.

—Tal vez Carmen esté esperando alguna noticia. Estoy seguro de que sufre en silencio y que cuando mira a su marido, te ve a ti. Podría jurarlo, conozco a las españolas, no olvidan.

«Menos Marta», pensé. También lo pensó él, aunque tuvo el tacto de no mencionarlo.

—Mi amante silenciosa —murmuró triste, melancólico, frustrado.

Por eso necesitaría encontrarla en cada uno de nosotros. Le comprendía perfectamente.

Me habría gustado conocer a Carmen. Ver cómo era el verdadero amor de Maina cuando todavía era un hombre normal y corriente, antes de que prendiera en él esa luz con que iluminaba nuestras vidas.

¿Sería guapa? ¿Tendría hijos? ¿Continuaría casada? ¿De verdad seguiría recordando a Maina como yo le aseguré? ¿Viviría aún? Maina había logrado dominar la curiosidad y parece que nunca regresó a Mallorca. Comprendió que tenía ante sí un proyecto mayor que Carmen: la humanidad entera. Seguramente tuvo una revelación que lo trajo hacia nosotros.

Un día, tras hacer Sheila y yo lo que podríamos llamar hacer el amor insulsamente, con cierta desgana por ambas partes, le pregunté si conocía el secreto de Maina.

Las piernas de Sheila eran largas, torneadas, apetecía tocarlas; ojos castaños misteriosos que apetecía mirar, y dientes muy cuidados tras unos carnosos labios que me apetecía aplastar con los míos. Aparentaba cierta sensualidad que se desvanecía en cuanto la abrazabas. Aunque puede que el culpable fuese yo.

Después de lo de Marta, llegué a dudar de que me gustasen las chicas. Conservaba una idea estética de ellas, pero no perdía el sentido por revolearme con ninguna. No le encontraba la gracia, como si Marta se hubiese



quedado con toda mi sexualidad, mi enamoramiento, mi fascinación, mi alegría. Me llevaría tiempo curarme y, tal como diagnosticó Maina, Sheila estaba siendo un pequeño peldaño hacia ese objetivo.

Ese día, tras un orgasmo sin chispa, nos quedamos mirando al techo preguntándonos por qué un chico y una chica medianamente atractivos, jóvenes, con niveles aceptables de testosterona y estrógenos, no podían atraerse un poco más. Rompí el silencio hablándole de lo que más le interesaba: el Maestro.

—¿Sabes algo de una mujer llamada Carmen?

—¿Qué pasa con ella?

—Nada. Pura curiosidad. Me cuesta creer que alguien tan especial, un guía espiritual, estuviese tan enamorado de una sola persona como para cambiarle la vida entera.

—¿Te lo ha dicho él? ¿Te ha dicho que ha estado enamorado?

No contesté. Aunque a la única persona que jamás debíamos mentir era a Maina, tampoco quería mentirle a Sheila.

—Me gustaría saber cómo es Carmen, mejor dicho, cómo era cuando él la conoció.

A Sheila se le rompió la mirada en diminutas cuchillas.

—Era normal, vulgar. Ya no significa nada. En el presente, estamos nosotros.

—¿La has visto?, ¿sabes cómo es? —pregunté sorprendido.

Durante un segundo dudó si contarme algo, pero retrocedió con sequedad.

—Conozco a Maina más de lo que imaginas.

Cerré los ojos. Ya había tenido demasiada ración de curiosidad. Era, con razón, uno de los grandes pecados.

## ISABEL

*Mombasa, marzo*

Cuando llegué al cuarto, Sheila estaba hablando en sueños. Al principio creí que había otra persona en la habitación, después comprendí que no iba a dejarme pegar ojo. Por el arco de la ventana se veía la luna entre sombras. ¿Conocería Maina este pormenor de Sheila o cuando estaban juntos no llegaba a dormir?

Oí «mamá» y un ligero llanto soñado, no real, no con lágrimas, después un rugido interno, como si tuviera un gato en los pulmones, y se dio media vuelta. Calló unos minutos que aproveché para escuchar más leves respiraciones lejanas y alguien que andaba por un pasillo. Luego una puerta que se cerraba y de nuevo el parloteo de Sheila. En cualquier otra situación y con otra persona, me habría tapado los oídos para no saber, para no invadir una intimidad a la que no había sido invitada. Sería como leer el diario de alguien, como espiar por el ojo de una cerradura, como poner una cámara oculta. Y esto aún era peor, porque ella no controlaba lo que decía.

Para abrir el ordenador y tratar de enviarles a los padres de Ezequiel la foto de la camiseta con el oso panda como prueba de su existencia, tuve que correr la cremallera de la mochila, a continuación la cremallera de la funda, que en la noche sonó como una sierra. Chirrió el pitido de encendido, y el blanco fognazo de la pantalla inundó la habitación, iluminó la cabeza de Sheila sobre la almohada, sus labios enrojecidos, un hombro lechoso, la sábana de rayas tostadas, el armario con remaches de latón. ¿Qué estaba haciendo aquí? Buscando a Ezequiel. ¿Y qué más? Viviendo una aventura que

no sabía si me estaba gustando, pero es que las aventuras son así, no sabría si me había divertido hasta que terminase. No había conexión a Internet y volví a cerrar las cremalleras. Sheila seguía roncando y hablando por los codos. Me metí en la cama, de espaldas a la suya, no soportaría que me echara el aliento y las palabras en la cara.

Por la mañana me despertaron los pájaros. Sheila masculó algo. Lo que más me apetecía del mundo era salir al jardín a respirar el aire fresco de la mañana y luego tratar de ducharme y después regresar al hotel para pedirle al director que me devolviera mi habitación por todos los días que aún estuviera reservada y pagada, y tratar de encontrar a Said. Lo que más me apetecía hacer era lo que me recomendó el padre de Ezequiel, olvidar y disfrutar lo que me quedase de estancia. Salí afuera, respiré y empecé a marcar su número, y antes de que sonara la señal, una mano lo deslizó por la mía y me lo quitó.

—No se permiten móviles y no hay Internet en la casa —dijo Ezequiel.

Un mono se balanceaba en una rama con una sola mano.

—Hola, Bun-Bun —dijo Ezequiel.

El mono soltó un grito. Aún no estaba familiarizada con animales que no fuesen perros y gatos, y no supe qué decir.

—¿Es una broma? —dije—. Tengo que llamar a mi familia.

—Perdóname, se me olvidó decírtelo. No queremos interferencias de ningún tipo, ruido artificial, distracciones perversas. Estás aquí y ahora tu familia biológica está allí. ¿Por qué tu familia va a interrumpir este momento único e irrepitible? Y ¿por qué vas tú a interrumpir el de ellos? Tu casa, tu familia. Su rutina no está aquí, está allí. Permite a la vida desarrollarse libremente, no la ates al pasado. Déjales que hagan planes sin ti. Ellos saben que, si te ocurriera algo malo, se les avisaría. Déjales que se acostumbren a ellos mismos, no impongas tu presencia.

—Pero les alegraría mucho oírme.

—Piensas que les alegraría porque te consideras más importante que ellos. Estás convencida de que sus vidas son más simples y miserables que la tuya, y que les haces un regalo cada vez que abres la boca o que los miras. No seas tan presuntuosa. Necesitas llamarlos no por ellos, sino por ti, porque tu momento te sabe a poco, ni siquiera intentas estrujarlo y disfrutarlo plenamente. Sientes el impulso de llamar a tu familia por la misma razón que

fumas y bebes. Debes acostumbrarte a vivir por ti sola.

Los primeros rayos de sol le daban directamente en los ojos y lo obligaban a cerrarlos un poco como si reflexionara profundamente. El mono saltaba de un lado a otro esperando seguramente un plátano, que es algo que parece encantarles. Ezequiel continuaba hablando y hablando mientras lo seguí hasta la cocina, donde abrió con llave una caja metálica llena de móviles, apagó el mío, lo arrojó entre los otros y volvió a cerrarla ante mi gran asombro. Lo vi hacer, contemplé la escena de mi secuestro con estupor y curiosidad. Aún podría salir corriendo, o quizá no me dejarían, de todos modos no había llegado a ese punto para abandonar.

No debía comportarme como una infiltrada, sino como alguien deseosa de encontrarse a sí misma.

—En una semana empezarás a notar cierta mejoría —dijo.

El discípulo iba convirtiéndose en maestro. Se sentía fuerte, y me parecía imposible poder devolverlo a un mundo en que sería uno más y en que había sido despreciado por su gran amor.

—Apartándote del móvil no se te priva de libertad. Es el primer paso para que la conquistes. Queremos que te sientas sin ataduras, renovada, con la mente libre. No es fácil vaciar la despensa y volver a llenarla con lo que realmente has elegido y te gusta.

Empezamos a sacar la cafetera y pan para las tostadas, mantequilla, no sabía dónde estaban las cosas. Ezequiel volvió a guardarlo todo. Sacó unas hierbas y puso agua a hervir.

—Hoy tomaremos té todo el día, necesitamos desintoxicarnos.

—¿Nunca te acuerdas de tu familia? ¿No te gustaría saber cómo están?

Dejó caer un cazo con fuerza sobre el fogón.

—Mi única familia es esta.

—¿Ni de alguien más?, de alguna novia, de algún amor, de algún amigo.

—¿Qué quieres decir?

Desde que estaba imbuida del espíritu de Marta, Ezequiel a veces me resultaba atractivo y a veces no. A veces podría enamorarme de él y a veces no. En aquella cocina, diciéndome que íbamos a sobrevivir a base de té, me parecía insulso. Sin embargo, al ponerse a rebuscar en su mente su amor por Marta y alterarse por ese antiguo sentimiento sepultado bajo capas de evasión,

se convertía en encantador.

Se le cayó agua al suelo.

Lo ayudé a recogerla. Lo miré a los ojos desde muy cerca, ambos de rodillas en el suelo.

—Me resultas tan familiar —dijo completamente desarmado y un poco triste.

—¿Como tu hermana?

—No, no es eso.

Acercó su cara a la mía. Su boca a la mía, pero alguien entró y terminamos de recoger el agua. ¿Por qué no aceptaba que le recordaba a Marta? ¿Por qué ni siquiera aceptaba que existía Marta? En el fondo, lo peor que tenía esta vida alternativa es que suponía un gran acto de cobardía, de huida en toda regla y de olvido voluntario. Y francamente, tendría que preguntarle algún día al sicólogo de mi asociación si esto era bueno o malo. Quizá fuese bueno, y nos consumiesen los prejuicios en pro de la valentía, del saber aguantar, del estoicismo.

—Sufriendo por tu hermano no vas a devolverle la vida. Y en caso de que se la devolvieses, siempre sería la suya, no la tuya, y jamás sabrías qué hay en su corazón.

Un golpe bajo, puede que en compensación por el golpe fantasmal de Marta.

Le diría a Maina que no pensaba quedarme ni un minuto más en su casa sin mi móvil, porque en mi trabajo debía estar en comunicación con la gente, con la revista, y no podía seguir una terapia tan estricta. Pero no tuve ocasión. Mientras preparábamos el té entró exultante en la cocina.

Traía enormes tortas de pan de pita. Lo seguía Louis, con comida envasada en tarrinas de plástico, y Lilian, con otras bolsas.

—Meted el té en termos, nos vamos de safari al parque Tsavo.

«Safari» era la palabra más sofisticada que había oído en mi vida si se la situaba a principios del siglo pasado y más atrás aún. Según había leído en la *Lonely Planet*, significa «viaje» en suajili. Y no se me había ocurrido traer ropa apropiada. No podía ir a la sabana con las sandalias de cristales.

—Toma, ponte esto —dijo Lilian sin mucha alegría que digamos, de competidora a competidora.

Eran botas, calcetines, pantalones y camisa color caqui. Ropa de safari.

—Creo que todo es de tu talla —dijo Lilian en el cuarto—. Tuve que husmear un poco en tus cosas para descubrirla. Maina quería que fuese una sorpresa.

—¿Vosotros también vais a ir vestidos así?

—Más o menos.

Me lo puse todo y salí a la cocina para darle las gracias a Maina. Me sentía como una exploradora de pega.

—No se te olvide la cámara de fotos. Hoy va a ser un gran día. Pasaremos la noche fuera en tiendas de campaña —dijo Maina tratando de entusiasmarme.

¿Quién podría decir que este hombre dirigía un grupo destructivo? Quizá tuviera razón Ezequiel y se tratase de otra ¿cosa?, ¿quién sabe lo que es o no es una secta? Se puso una gorra con visera y metió los termos en una bolsa. Llevaba unas botas parecidas a las mías, muy gastadas, un pantalón negro y una camisa blanca sobre su cuerpo tenso.

El hecho de que se me privase de mi móvil había perdido importancia, parecía entrar en la corriente natural de las cosas de la casa. De alguna manera, su pérdida se compensaba con una ganancia: el safari. O puede que fuesen imaginaciones mías y que para ellos no tuviera relación una cosa con otra.

Íbamos en un todoterreno descubierto por los lados. Conducía Ezequiel, y Maina iba a su lado, por lo que todo mi interés se centró en el paisaje. Pasamos por poblados en que los masáis eran como en los documentales, altos, espigados y adornados hasta decir basta. Los pastores descansaban sobre una sola pierna y llevaban una tela roja sobre los hombros, un árbol floreado en la lejanía. Las mujeres parecían el doble de viejas que ellos y se las veía arreglando los tejados de las chozas o cargadas con haces de leña. No les hacía gracia que les hiciera fotos, me miraban como la mujer del poblado giriama, con recelo.

Nos detuvimos en uno de los poblados. Se acercaron unos cuantos masáis, y Maina entró en conversación con el que debía de ser el jefe. En un cercado

había unas veinte vacas bastante escuálidas. Nos bajamos del todoterreno a tomar el aire y los masáis nos dieron la mano. «Cuántas más vacas tienes, más importante eres», dijo Louis. Un chico de unos veinte años me señaló una cicatriz que le cruzaba la frente y me dijo que era de un león, otro me guiñó un ojo. Nunca me habría imaginado que los masáis fueran unos ligones. Una mujer salió de una casita de adobe y me echó una de aquellas miradas terribles. Le pregunté al chico si podía hacerle una foto a la mujer y él le ordenó que se quedara quieta. Creo que es el acto de mayor humillación que he infligido en mi vida a otro ser humano, más que disparos de una cámara, parecían disparos de un fusil. El joven masái me preguntó si quería hacer fotos del interior de la choza. No pude negarme, ¿qué fotógrafo se negaría a algo así? Me enseñó el catre donde dormía y una pequeñísima ventana. Me explicó cómo en aquellas reducidas dimensiones ahumaban hierbas, y me resultó intrigante cómo podría maniobrar para colocarse los collares, pendientes, brazaletes, y dónde los guardaría. Se tumbó en la cama para mostrarme cómo dormía mientras por el ventanuco contemplaba las estrellas, y con una viveza increíble me animaba a interrogarle más. Le decepcionó mi poca curiosidad y salimos al aire libre. Seguramente pensaba que, si hubiera estado en mi lugar, habríamos hecho una gran entrevista. Me preguntó por mi nacionalidad. Cuando le dije que era española se entusiasmó: el Real Madrid. Miré por encima de los tejados y no vi ninguna antena de televisión. La pobreza era extrema, la agudeza mental era extrema y el aire pasaba por las chozas dejando un manto transparente. Eché de menos llevar caramelos para los niños y compré una cantimplora donde un pastor recientemente fallecido solía beber leche con sangre y que olía a eso, y un par de amuletos que el mismo pastor había llevado toda su vida y que lo habían protegido del ataque de leones y hienas, y que nunca me he atrevido a tirar. Luego el chico me contó, para darle un poco de vidilla a la conversación, que un masái del poblado se había casado con una española y que trabajaba en una zapatería en Barcelona. Ya él también le gustaría un cambio así. «No estés tan seguro», le dije.

Louis y las dos chicas esperaban en el todoterreno tomando té frío. Di por hecho que ellos ya habían pasado por todo esto y no les atraía. Maina y el jefe masái se despidieron. Me quedé enganchada a la historia del masái españolizado que había perdido la belleza de estos campos, de la sabana, de

los animales en libertad, de la caza. ¿Cómo habría podido adaptarse al metro, al asfalto y a tanta gente, y a ver, como mucho, perros y gatos dóciles? No ver antílopes, ni gacelas, ni jirafas ni cebras, no ver más vida que la de humanos. Sheila y Lilian dormitaban en los asientos traseros, pero para mí todo era novedad. Y me daba cuenta de que vivía en un mundo artificial, que se mira el ombligo a sí mismo y no entiende al resto del mundo, y que yo era como ese mundo y mi hermano me estaba haciendo el favor de sacarme de él. Sheila masculló en sueños alguna palabra que se perdió entre el ruido del motor y la conversación en voz baja de Ezequiel y Maina. Evidentemente, Ezequiel había encontrado a su verdadero padre. Se sentía fuerte junto a él y animado, con objetivos, con ideas, muy superior al Ezequiel que había dejado atrás, en Madrid. Solo mirándole la nuca, los hombros y el perfil expectante que dirigía a su maestro, y escuchando cómo le hablaba Maina, aunque no distinguiese una palabra de lo que decía, tuve la certeza de que ni la mismísima Marta podría apartarlo de él.

Fueron varias horas de viaje, en las que Maina y Ezequiel se turnaron para conducir. Bebíamos té y ellos cantaban canciones de ritmo monótono que no conocía y que me recordaban a los *hare krishna* de los ochenta. Yo procuraba tararear mientras pasábamos por pueblos polvorientos con bares de carretera hechos de chapas, talleres de motocicletas, chicos ociosos y aburridos, pastores de diez años con desnutrición crónica cubiertos por el manto de aire transparente y a quien muchos querrían rescatar de su vida, y quien no tuviera el atisbo de esa intención se sentiría un desalmado. Cada vez iba haciéndose más intensa la presencia de jirafas sobresaliendo entre el follaje, rozando las nubes, el peso del cielo aplanaba los árboles. La calma recorría la tierra rojiza de la sabana. Las cebras, los antílopes y las gacelas permanecían quietas, pensativas. Parecía que todos juntos estuvieran tratando de resolver algún enigma. Nuestra presencia no los alteraba. «Dentro de media hora empezará a llover», dijo Maina. Y así fue. De pronto la tierra empezó a cubrirse de riachuelos. El agua caía a borbotones. Debía de ser lo que llamaban «las grandes lluvias» en una tierra de todo o nada. Y me alegré por los pastorcillos, que podrían mojarse a conciencia y abrir la boca y beber agua limpia. Y esto es lo que diferencia a un extranjero de un nativo, la pena, la conmiseración, el estar siempre fuera de la pobreza aunque se conviva con



ella. Los rinocerontes también andaban por allí y no se metían unos con otros hasta que no se les abría el apetito. No sé por qué siempre me los había imaginado corriendo en manada de un lado para otro y devorándose entre ellos, y desde luego no tan juntos y vagueando. Bajamos del todoterreno a estirar las piernas y a disfrutar un poco de la lluvia, hasta que comprendimos que podíamos quedarnos atascados y seguimos la marcha hasta las tiendas de campaña junto a un río de lodo poco profundo, con hipopótamos que resoplaban lanzando al aire una cantidad ingente de energía. Quizá por eso, aunque la tienda reunía todas las comodidades, entre la palabrería nocturna de Sheila y los hipopótamos desplazándose como lentos submarinos por el río, no pude dormir.

Y fue en medio de la noche y de la respiración de miles de animales grandes, que recordaban tanques de oxígeno, cuando vi por el ventanuco de la choza del masái, como si estuviera allí ahora mismo, a otros masáis y a Maina y Ezequiel transportando grandes y pesadas bolsas de lona parecidas a las desembarcadas en la isla de Lamu, que antes había oído golpetear en el todoterreno, y comprendí que el chico masái de la cicatriz me había metido en su choza para que no asistiese a esta operación, fuese cual fuese. Ya no pude volver a pegar ojo. Me daba rabia ser tan poco perspicaz, seguramente menos que cualquiera de aquellos a los que Maina había lavado el cerebro, luego ¿qué me hacía pensar que a mí no me sucedería igual? Y a eso de las seis de la mañana vi deslizarse dentro de la tienda a un muchacho que recogía nuestras botas llenas de barro y cómo a la media hora las devolvía en la entrada relucientes. No hay ningún sitio como África para vivir mal y para vivir bien. Y el que vive bien nunca, jamás, sabrá qué siente el que vive mal, mientras que lo contrario es muy fácil. Sobre todo aquí, que han contemplado durante cientos de años el lujo y las comodidades de los safaris de blancos ricos.

Tantos animales expulsando su energía y su potencia al mismo tiempo me agotaban. Cuando el despertador de la tienda marcó las siete de la mañana, el mismo muchacho de las botas nos trajo grandes tazones de café con leche, mango partido y plátanos. No tendría que olvidarme de darle una propina. Le pedí más café, mientras me preguntaba una vez más quién pagaría este tren de vida.

Cuando salí, lo primero que vi fueron los lomos de los hipopótamos como

grandes piedras grises y los monos danzarines jugueteando de rama en rama.

Mis compañeros de viaje habían dormido profundamente, menos yo. Maina nos dijo que meditaríamos en el campo, los animales ya habrían desayunado. De madrugada debió de haber un gran trájín por la sabana. Una caza sigilosa, callada y sangrienta, y ahora estarían meditando como nosotros.

Extendimos las esterillas en campo abierto y no cerré los ojos por si se paseaba por allí algún guepardo poco madrugador y hambriento. Los demás no tenían ningún temor. Debían de hacer esto de vez en cuando. La meditación en sí duró veinte minutos más o menos, no sé, me sentía desorientada, mi reloj estaba en el móvil y el móvil en una caja cerrada. Pasado ese tiempo inconcreto, Maina se volvió a nosotros y nos dijo:

—Hermanos, estamos en la cuna de la humanidad. Pensad en lo que significa ser humano, ser distinto de los animales salvajes que nos rodean. Ellos no piensan en nosotros, y nosotros sí pensamos en ellos. ¿Por qué somos tan distintos? ¿Qué hemos hecho para merecerlo? ¿Creéis de verdad que nos merecemos ser los más listos? ¿Creéis que sois listos? ¿Qué habéis hecho en la vida? ¿Qué le habéis devuelto a la naturaleza? Tú, Sheila, ¿por qué te conformaste con ser una funcionaria de provincias? Cuéntanos qué has aprendido desde que naciste hasta llegar aquí.

Sheila se encogió, se abrazó colocándose las manos en los costados como si fuera a romperse.

—¿No tienes nada que decir? ¿Crees que eres mejor que el resto de tus compañeros? ¿Por qué piensas que tienen que aceptarte y que tienen que quererte? ¿Por obligación divina? Mírate, con esos ojos pintados y los labios, los pendientes. No piensas en otra cosa que en estar atractiva, ¿para qué? ¿Para qué nos sirve a los demás que estés atractiva? ¿Crees que es solo eso lo que queremos de ti?

Maina no levantó la voz una sola vez, no quebró en ningún momento la armonía de la sabana. La miraba fijamente mientras hablaba, como si los demás no existiéramos. Estábamos sobrecogidos escuchándolo, yo completamente alarmada. Era una humillación en toda regla que había comenzado de una forma banal. Maina no parecía dispuesto a terminar con Sheila, nadie se atrevía a interrumpir, y yo consideré que era mejor callar.

—Siempre estás echándole la culpa de todo a tu familia, a los amigos. Una

traición lamentable la de aquel Wilson, desde luego, pero demasiado recurrente en tu mente obsesiva. Aleja el rencor —dijo apretando las mandíbulas. A continuación respiró como saliendo del trance—. No queremos verte con los ojos y los labios pintados durante quince días. Mejor aún, nunca. ¿Me oyes? Ha llegado el momento de que devuelvas algo de lo que se te da. Si no le devuelves algo a la naturaleza ni a nosotros, si nada sale de ti, por lo menos no nos tortures con tu estupidez.

Todos tenían las cabezas bajas y Sheila estaba a punto de reventar a llorar, como el cielo. De pronto empezó a caer un aguacero que no dejaba ver lo que había delante, y de nuevo se formaban ríos y pequeños barrancos, algunas cebras se lanzaron a correr. Nadie consoló a Sheila, yo tampoco me atreví.

—En los termos hay té recién hecho y café —dijo Ezequiel dirigiéndose a mí con toda naturalidad.

Tomé un vaso por emplear en algo las manos y los ojos.

Me concentré en el té como si allí estuviera la clave y el porqué de nuestra diferencia con el resto de los animales. Y luego me aferré a la cámara. Me costaba olvidar la escena y despreocuparme como si no hubiese ocurrido nada, y no pude disfrutar de lo que más recordaba a un paraíso terrenal. Lo asombroso es que a los diez minutos la incomodidad solo me afectaba a mí.

Cuando dejé reposar la cámara un momento para pegar otro sorbo de té, todo había cambiado en el todoterreno. Sheila se había pasado al asiento delantero con Maina y sollozaba en su hombro. «Todo lo que te digo te lo digo por tu bien», dijo Maina. «Ya lo sé», respondió ella. «Prefiero ser yo quien te diga las cosas como son a que lo haga alguien por ahí, un extraño te haría mucho más daño, ¿comprendes?». Maina le acariciaba la cabeza. Ella la movió afirmativamente.

Maina dijo que era un día especial y que se bebería cerveza. Louis fue a buscarlas al maletero y volvió corriendo dentro como si lo persiguiera una hiena. Nos reímos. A Sheila se le saltaban las lágrimas de la risa. Le dio un beso en la mano a Maina y él se lo devolvió en la frente. No parecía que hubiese ningún tipo de dominación sexual entre ellos. Lo que no concordaba con la dinámica depredadora de las sectas. Lilian adoptó un comportamiento algo extravagante saliendo y entrando del todoterreno, y gritando como para llamar la atención de los animales. Se estaba buscando que Maina también le

dijese cuatro cosas, lo que me agobiaba bastante, y la única manera de resolver la situación sería que una leona cabreada por haberle despertado a sus cachorros saltara sobre ella, lo que sí podría suponer una buena foto. Aun así, traté de rozar la mano de Ezequiel y encontrarme lo más cerca de él posible. Aproveché que Maina estaba entretenido con Sheila, que Lilian estaba buscando desesperadamente que se la comieran, aunque solo fuera para que dejara de hacer aspavientos y gritara, y que Louis estaba acabando con todas las cervezas ya recalentadas, para acercar mi boca a su oído y que mi aliento lo penetrara, y permitir que mi melena le rozara la cara, que sintiera mi olor. De alguna manera logré entrar por el pabellón, el vestíbulo, los huesecillos, y llegué al cerebro. Le dije lentamente: «No entiendo qué está pasando». Noté un ligero estremecimiento y se apartó. Habría apoyado la cabeza en su hombro. Le habría dicho: «Vámonos a dar un paseo solos los dos sobre los charcos, entre los animales, bajo el cielo plano. No nos atacarán, nos respetarán como a ese pastor masái que viene a lo lejos caminando tranquilamente confiado en la naturaleza y en la vida, como nosotros».

Cuando salí de esta ensoñación estaba mirándome a los ojos.

—No ocurre nada. No te preocupes —dijo.

¿Le informaría también de este intercambio de palabras a Maina? Debía de tener cuidado con decirle cualquier cosa que alertara a su Maestro sobre mí más de lo que ya lo estaba.

Ezequiel condujo de vuelta a Mombasa esquivando los torrentes y baches producidos por la lluvia, y se detenía cuando merecía la pena que fotografiase algo. El problema era que todo lo que fotografiaba lo había visto mil veces en revistas, folletos, postales, documentales. Olía a barro y a amplitud, y eso no podía fotografiarlo.

## EZEQUIEL

*Mombasa, marzo*

Tras la meditación del jueves, Maina nos invitó a subir a su habitación a Louis, Lilian, Sheila y a mí. Nos sentamos ante una fuente de dátiles y vasos de té. Isabel no fue invitada y ni siquiera se enteró de que nos reuníamos sin ella. No era suspicaz, más bien era ingenua. Maina tenía la obligación de sospechar de todos nosotros porque, en alguna medida, todos éramos sospechosos de algo, y por eso no se fiaba de Isabel al cien por cien. Todos llegábamos a la Orden cargados de pecados que ni siquiera sabíamos que lo eran. Sin embargo, de nosotros cinco, Isabel era la única que no venía huyendo de nada. Por una vez pensé que Maina se equivocaba y que no hubo nada premeditado en nuestro encuentro. Incluso fue él mismo quien me animó a invitarla a Lamu.

Maina expuso sin rodeos que nos reunía para hablar de Isabel. Ahora que vivía en la casa, debíamos decidir si la integrábamos más en el grupo o la considerábamos en prueba. Nos desconcertó que nos pidiera opinión, era la primera vez que lo hacía, y no abrimos la boca.

—Me gustaría saber qué pensáis de ella.

Nos miramos casi asustados. Con Maina era muy fácil meter la pata.

—Venga, sin miedo. Sheila, tú duermes en su habitación.

Sheila me pidió ayuda con los ojos.

—No sé de qué va, la verdad. No habla de sus problemas. No parece que tenga ninguno.

Sheila iba creciéndose poco a poco y pensando en Isabel sin mucha simpatía.

—Creo que está encaprichada de Ezequiel y que no nos toma en serio.

—Sin embargo, está dejando el tabaco —dijo—. Sigue a rajatabla las indicaciones del Maestro.

—Ser caprichoso es pecado —dijo Louis.

Maina le pasó la palabra a Lilian, que ese día se había lavado el pelo y cubría el respaldo del sillón de iridiscencias.

—No me fío de ella —dijo—. Habrá que darle la vuelta.

No entendía qué veían en Isabel que yo no veía. Sus recelos eran infundados.

—Se cree mejor que nosotros. No soporto esas sandalias de cristales, y además, fotógrafa, una profesión chorra. Cualquiera puede hacer una fotografía —dijo Sheila.

—Ella no presume de nada —dijo.

—Bueno —dijo Maina—. Mucha gente presume de ser cosas que no es. He telefonado a National Geographic y allí no la conoce nadie.

—Tendrán muchos colaboradores externos —dijo—. No podrán conocerlos a todos.

—Tienes razón —dijo Maina suavemente. Y cuando hablaba con ese hilo de voz melodiosa es porque estaba pensando en muchas cosas distintas, difíciles de averiguar—. En cualquier caso, necesita nuestra ayuda. Puede que haya venido a esta casa pensando pasar unos días alegremente al lado de un chico que le gusta, cuando la realidad es que viene pidiendo ayuda, no solo para abandonar el tabaco, sino para abandonar una vida artificial de impostura y absurdos caprichos. Tenemos que tratar de llegar al hueso de su ser, desequilibrarla, desarmarla para volver a armarla de nuevo con buenos materiales.

Sentí pena por Isabel, porque pasaría un calvario hasta que todo terminara y se sintiera completa, realizada, ligera.

—¿Qué podemos hacer? —preguntó Liban, que ostentaba el nivel más alto en la Orden detrás de Maina.

—Sus puntos débiles. No podemos fortalecerla sin conocer su debilidad.

Liban tomó nota en un cuaderno y escribió algo más.

—Lo haremos en el viaje al poblado masái. Montaremos una buena. A ver si resiste la tensión. Si le afecta es que nos necesita más de lo que cree. Tú,

Sheila, serás la víctima. Y tú, Louis, sigue comportándote con ella como eres, así ya das bastante miedo. Ezequiel, serás su punto de apoyo con una de cal y otra de arena. Yo me encargaré del trabajo sucio.

A Liban el consumo de sustancias durante tanto tiempo la había dotado de una voz gangosa y entrecortada. El aire le silbaba entre los dientes descalcificados y empastados en gris, y los dedos medio amoratados por largas intemperies en las calles le temblaban. Y nadie que no la conociera supondría que sabía darle forma a las intenciones y órdenes de Maina mejor que él mismo, y que por eso era a la que más respetaba Maina y a la que, obviando sus dientes y las cicatrices de mil agujas por todo el cuerpo, llevaba a su cama una vez al mes. Si bien es cierto que, como Liban tuvo que ejercer la prostitución para ponerse de caballo hasta arriba, había aprendido cierto arte que a Maina no le desagradaba.

A Sheila en cambio, con quien me fui a la cama varias veces, no le salía del alma el sexo. Le preocupaba demasiado resultar ridícula en ciertas posturas o trataba de imitar a las actrices de porno, y eso cansaba a cualquiera. A mí me daba igual. Lo hacía porque debíamos hacerlo entre nosotros para acercarnos y conocernos íntimamente. Y no tenía ninguna prisa porque les llegara la hora a Lilian y a Louis. Y desde luego, a Isabel no pensaba tocarle un pelo. Me producía mucha angustia solo pensarlo y no sabría decir por qué.

## ISABEL

*Mombasa, marzo*

Regresamos a Mombasa de madrugada y contentos. ¿Por qué? ¿Qué es lo que había hecho que se elevara la felicidad del grupo? Quizá era el haber recuperado la armonía, la estabilidad.

En nuestro cuarto le pregunté a Sheila cómo se encontraba después de la bronca de Maina.

Me contestó risueña, entrecerrando los ojos en un grado sumo de felicidad.

—Con Maina he llegado a tocar el cielo. Tú no lo entenderías.

—¿Eres su amante?

—Él no es como todos. Es un hombre diferente, especial —dijo como respuesta—. ¡Ah!, no olvides devolver la ropa del safari, no es un regalo. A ver qué sacamos por ella el jueves en el mercadillo.

Lo que quedaba de noche Sheila parloteó más de lo normal. Escuché la palabra «mamá» varias veces. Si fuese sicólogo, diría que Sheila era tan manejable debido al exceso o a la falta de cariño en su infancia. Necesitaría aquel amor absoluto que solo su madre podría darle.

Me pregunté qué debilidad habría descubierto en mí Maina y cómo la explotaría.

Por culpa de las pesadillas habladas de Sheila y las novedades, no pegaba ojo. Me sentía agotada y confusa. Las mañanas siempre amanecían igual de espléndidas. Le pregunté a Louis, que estaba preparando té en la cocina, si me dejaba el móvil un momento, debía hacer una llamada.

—¿Y qué me darías a cambio? —dijo para mi sorpresa.



—No sé, ¿qué quieres?

—Un millón de euros.

Me reí haciendo un esfuerzo, porque también tenía el estómago vacío.

—¿Te hace gracia? ¿Te parece mucho dinero? No es tanto por un móvil con el que puedes llamar a tu familia y decirles dónde estás porque ahora mismo no saben nada de ti, ¿verdad?

Tenía ojeras por la resaca y porque era muy blanco, sin sangre en las venas.

No volví a insistir con el móvil.

—Voy a hacerme una tostada —dije cambiando de tema.

—No, no puedes. Como anteayer no hicimos el día de la desintoxicación, toca hoy. Solo infusiones. Toma una taza.

Me la bebí sentada en un taburete de una madera negra y brillante. Sería de ébano o algo así. Salí al jardín. Los pájaros piaban. Algunos eran de colores muy bonitos, y el mono iba y venía por las ramas en espera de su plátano. Sería el único que desayunaría. En caso de intentar huir, los muros eran bastante altos. Podría trepar por un árbol e impulsarme con una rama al borde del muro, pero seguro que el mono comenzaría a chillar y quizá incluso me mordería. Era una tontería. Louis explicó que nadie usaba aquí móvil ni ordenador porque nos encontrábamos en un proceso de desintoxicación espiritual. Era normal, en algunos colegios a los niños les quitan los móviles para que se concentren en lo importante. No se puede estar todo el día distraído con ruido que, como diría Maina, adormece el alma. Para aprender, hay que vivir el momento hasta el fondo, aunque no sea agradable, aunque duela.

Louis me dio un azadón. Hasta que se levantasen todos debía arrancar las malas hierbas del huerto y recoger tomates.

—Son órdenes de Maina, así no pensarás en fumar. Ahora te apetecería un cigarrillo, ¿a que sí?

Lo que me apetecía era volver al Serena Beach, ir en el cacharro de Said pasando calor, que me llevase a su poblado, comprar pulseras, jirafas y *kikoys* para regalar, cenar con el secretario de los pantalones rojos de la embajada, fumar bajo el sol y a la luz de la luna. Y la pregunta es si algún día también me apetecería arrancar estos tomates en este jardín mientras Louis, tras sus

enormes ojeras, observaba inexpresivamente cómo lo hacía.

—¿Y a ti no te gustaría ir ahora a la playa? —dije.

—No, así estoy bien.

La tierra estaba encharcada. Los tomates y las rosas, prácticamente echados a perder. El azadón la partía como mantequilla hasta que chocó con algo duro. Me daba miedo mirar por si se trataba de un cráneo, algo que me habría asustado, pero no sorprendido. Gente con menos caras de asesinos que Louis y Lilian había enterrado a sus víctimas en jardines como este, bajo una tierra como esta. En ese momento un coche pitó y Louis abrió la puerta. Se bajaron tres chicas con vestidos largos de algodón y dos chicos con bombachos.

—El Maestro está preparándose —dijo Louis—. Podéis sentaros junto a la fuente.

Se ofreció a traerles unas infusiones. Momento que aproveché para averiguar qué había bajo la azada. Lo que quiera que fuese no estaba profundo. Retiré la tierra con piedrecillas y hierbajos y encontré una lata de galletas bastante oxidada. La abrí con cierto esfuerzo y aprensión. Dentro había fotos de Louis repeinado y con traje escolar entre otros como él, sentados en las escalinatas de lo que parecía un fastuoso colegio. Otra foto de una fastuosa señora con gafas de sol que debía de ser su madre y cartas escritas con una caligrafía igualmente fastuosa. Le habría preguntado si no le daba vergüenza enterrar a su madre antes de tiempo. Sin embargo, antes de que volviese Louis, la caja regresó a su sitio. Le eché todo el barro que pude encima para que no se viera. ¿Sería este uno de los rituales del grupo? ¿Enterrar literalmente el pasado? Sería interesante descubrir otros nichos en el jardín.

Me tropecé con Ezequiel y lo abracé. Empezaba a sentir la necesidad de querer a quienes me rodeaban, de sentirlos cerca, me sentía sola. Se desprendió suavemente de mí y miró hacia la puerta asustado.

—No lo hagas más —dijo.

Lo interrogué con la mirada, y él me respondió.

—No puedo tener secretos.

Iba a preguntarle por qué y mantener una típica conversación entre adultos, pero algo me decía que ese no era el camino.

—No seas tan impulsiva.

Iba vestido un poco más formal de lo que requería la casa, y cuando vi aparecer a Sheila con las gafas de sol puestas y mochila al hombro, comprendí que iban a algún lado. Yo estaba bebiéndome un vaso de agua cara a la ventana y vi reflejado en el cristal cómo Ezequiel sacaba la caja de los teléfonos móviles. Abrió el cajón de la derecha y luego la puerta de una vitrina, esta sin hacer ruido, fue imperceptible. La llave estaría en el cajón o en algún lugar de la vitrina. Abrió la caja metálica, cogió un móvil, la cerró y yo salí afuera. Quería que guardase la llave con tranquilidad y que no se la metiera en el bolsillo del pantalón.

Seguía con el vaso de agua cuando los vi subirse a la furgoneta. Ezequiel parecía preocupado o pensativo. No pude evitar acercarme a su ventanilla.

—¿Puedo ir con vosotros?

—Imposible. Lo siento —dijo poniendo el motor en marcha.

—¿Cuándo volverás? —dije de una manera que provocó una risita en Sheila.

—No lo sé. Esta noche o mañana. Maina nos ha encargado ir a ayudar al padre Andrés a su misión en el condado de Turkana.

Llevaba el móvil en el salpicadero. Debía de tratarse de un viaje importante si Maina le daba permiso para usarlo.

También podría ser que Ezequiel estuviera ascendiendo en la Orden a pasos agigantados, lo que significaba que su confianza en él había llegado al máximo, lo que a su vez quería decir que sería muy difícil sacarlo de ese pozo de seducción en el que estaba atrapado. Me separé de la ventanilla demasiado lentamente, de forma que lo obligué a poner su mano sobre la mía para indicarme que debía dejarle partir. Me pareció percibir un ligero temblor en las venas, la sangre, la grasa, los tendones, en el calor de su mano.

—Estaré esperándote, no me iré sin ti —dije deseando que en algún momento comprendiera todo el significado de estas palabras.

Nos quedamos en la casa Maina, Lilian y yo. Maina daba clase a sus discípulos, y los empleados hindúes andaban de un lado para otro. Seguro que, como buenos observadores, sabrían bastante de lo que se cocía aquí, aunque también era posible que pertenecieran al grupo en un segundo o tercer grado, y

que cualquier pregunta que hiciese me delatase ante ellos. Empecé a husmear por la cocina, primero en el cajón de la derecha abierto por Ezequiel. Había bobinas de hilo, tijeras, bombillas, agujas, cuerdas, llaves de todo tipo, muchas de ellas pequeñas. Cualquiera podría ser la de la caja fuerte. No podía rebuscar con los dedos porque el ruido llamaría la atención, me preguntarían burlonamente qué buscaba. También temía la llegada de Lilian y que Maina finalizase la clase de meditación. Cerré con cuidado el escandaloso cajón y abrí la vitrina. A veces la gente esconde las joyas en botes de harina o de azúcar. Parecía poco práctico guardar allí la llave porque cualquiera podría consumir su contenido y sin darse cuenta tragársela o tirarla a la basura. ¿Qué más cosas había por allí? Latas de té de diversas clases, sal, arroz, especias. Pasé la mano por las paredes del mueble por si la llavecita estuviese adherida a ellas. Podría pasar desapercibida en cualquier rincón de los paneles, solo había que saber en cuál. Y no disponía de tiempo para repasarlos todos teniendo en cuenta que la vitrina iba desde el suelo hasta casi el techo. Todos los aparadores eran distintos, como traídos de diferentes casas, países y épocas. Este parecía sacado de una pagoda medieval china.

Suspiré desfondada por un objetivo tan imposible.

—¿Qué buscas? —dijo la dulce y ronca voz de Lilian.

Aunque Lilian estuviera desintoxicada, siempre parecería una yonqui durmiendo entre cartones. Y por mucho que tratara de evitarlo, su aspecto siempre resultaría sospechoso. Llevaba grabadas a fuego las marcas de importarle todo una mierda, incluso ella misma, hasta que descubrió el grupo, a Maina y una necesidad enfermiza de gustarle, de llamar la atención, de complacerle y de ser la única para él. El *show* que montó en el safari lo dejaba claro. Nunca tendría bastante, nunca se conformaría con estar en segundo plano. Era la persona menos de fiar de todos, y eso que ninguno lo era completamente.

Cogí una lata de té de una de las estanterías. Una lata marrón, que no destacaba frente a otras azules, verdes, amarillas, adornadas, en suma más tentadoras. La cogí solo por dar sentido a mi mano dentro de la vitrina, sin conciencia de que la estaba cogiendo.

—Esa lata no la toques, es de Maina. Solo él toma ese té. ¡Déjala en su sitio!

Volví a dejarla y me fijé bien en ella.

—Además, hoy no es día de té. Hoy toca infusión de hierbas.

Cerré la vitrina y me serví una taza. Ella hizo lo mismo. Llevaba un *kikoy* alrededor de la cintura, la parte de arriba del bikini y el pelo un poco revuelto. Su mera presencia tensaba el ambiente como si fuese a descarrilar un tren. El mono trataba de comunicarse con nosotras chillando.

—¿Y no se puede comer? —dije para meter más información en su alocada cabeza.

—Ni se te ocurra. Pareces tonta.

—¿Y al mono tampoco se le da hoy su plátano?

—Pues... no sé. Creo que sí. Él no es humano —dijo dubitativa. Cogió uno del frutero y salió.

Tuve que valorar qué me interesaba más, si meter la mano en la caja de té o ver cómo le daba el plátano al mono. Opté por lo segundo, ya tendría tiempo de examinar la lata.

—Hola, Bun-Bun —dijo Lilian.

Bun-Bun comenzó a saltar y chillar entre contento y agresivo, pero Lilian le tendió el plátano sin dejarse impresionar y él lo recogió con delicadeza y lo peló. Quizá el mono era una persona y quizá Lilian tenía más cualidades de las imaginables.

—¡Qué rico es! —dijo—. No quiere irse de aquí.

—Ezequiel y Sheila han salido —dije.

—Pues buen viaje —dijo para rectificar enseguida—: Espero que regresen sanos y salvos.

Como mínimo, habían salido en una misión delicada y el primer deseo de Lilian era que no regresaran, el segundo sentimiento es el que se le había inculcado en el grupo, desearle el bien a sus compañeros.

—¿Dónde han ido? —pregunté distraídamente.

Cuando iba a contestar, el mono gritó, querría otro plátano, y Lilian pasó dentro. Volvió con otro.

—No te acostumbres, Bun-Bun. Hoy me has pillado de buenas.

Los discípulos de Maina comenzaron a salir. Nos miraron con envidia.

—Antes del verano Maina elegirá a uno de ellos. Al que haya aprovechado mejor sus enseñanzas —dijo Lilian con nostalgia.

—¿A ti te eligió así?

—A mí me encontró tirada en la calle medio inconsciente. La gente pasaba y me miraba con asco. Él me cogió en brazos, me metió en la furgoneta y me llevó a un hospital, luego me trajo aquí y me hizo el amor. Me dijo que era bella. Nunca he amado a nadie como a él.

—Si estabas casi inconsciente, ¿cómo sabías que la gente te miraba con asco?

—¿Cómo me habrías mirado tú?

Me quedé con las ganas de saber adónde habían ido Ezequiel y Sheila. A cambio, tuve clara la terrible baja autoestima de Liban, cuya destrucción era imparable.

Salió corriendo a saludar a Maina, quien en cambio prefirió saludar al mono, instante en que empezó a llover a borbotones, como una olla hirviendo. Las grandes gotas se estampaban contra las baldosas formando una capa de ondas y contra el barro del jardín, que aún seguía mojado. Le dije a Maina que era una pena no poder recoger toda esa agua para el resto del año, cuando no caía una gota. Me extrañó que no tuvieran un aljibe o que no colocaran baldes para aprovecharla. Los tres abrimos los brazos a la lluvia y los tres suspiramos. El agua nos llenó de felicidad. Liban lo abrazó y Maina, con el brazo libre, me abrazó a mí. No estaba preparada para sentir el corazón de Maina en mi pecho y al mismo tiempo oler el pelo mojado de Liban. No sabía qué pensar de este hombre, no sabía si estaba iniciando un peligroso acercamiento hacia mí. Sería desastroso que se propasara, que se me insinuara, porque en ese momento debería irme y ya no podría hacer nada por Ezequiel.

—Habría que aprovechar para plantar algo en el jardín —dijo pensativo.

—Me gustaría ir al Serena Beach, me dejé algo de ropa —le dije a Maina con toda naturalidad.

—Hoy es día de ayuno y reposo, de meditación —dijo cortando mis pretensiones—. En un rato comenzaremos las oraciones con el siguiente grupo.

En efecto, al cabo de una hora vino otra remesa de discípulos devotos, que entraron en el jardín con auténtico entusiasmo. Fui con Liban a abrir el portón y para mi sorpresa vi enfrente, junto a su cacharro desvencijado, a Said exhibiendo sus chanclas, una roja y otra verde. Lo miré intensamente sin

saludarlo y él hizo como que no me veía. ¿Qué hacía aquí?

Estaba segura de que era por mí. Estaba buscándome. Desde que lo dejé no había encontrado otra turista tan fiel, se habría acostumbrado a los veinte euros diarios y no sabía cómo devolverme de nuevo a su vida. Fuese como fuese, salté de alegría, sentí que el mundo estaba enfrente esperándome.

Maina me pidió que me uniera a ellos. Debía empezar a integrarme más en la liturgia y a establecer más lazos espirituales con mis semejantes. Durante la meditación y el ejercicio de inspirar y espirar lentamente el aire y sentirlo bifurcándose por miles de venas, se me olvidó un poco Said. Pero cuando el grupo de discípulos se despidió, fui corriendo a abrir el portón. Miré con ansiedad a la acera de enfrente. Ya no estaba. Habría sido casualidad. Estaría esperando a algún turista en esa misma calle, que él parecía conocer tan bien.

Regresé desfondada a la casa entre el continuo aguacero. De vez en cuando se oía al mono, que estaría hecho una sopa.

Me tomé otro vaso de infusión por tomar algo, la verdad es que no tenía hambre. Me sentía ligera, demasiado ligera, y con gusto habría echado a volar.

—¿Tienes ganas de fumar? —preguntó maliciosamente Lilian.

—¿Es que tienes un cigarrillo?

—¿Estás loca? Yo no fumo, ni tomo nada, ¿comprendes? Y tú acabarás no teniendo ganas de fumar ni de ponerte hasta arriba de lo que te pongas.

Qué chica tan radicalmente marginal. Me fui al cuarto que compartía con Sheila, ahora vacío de ella. Tenía ganas de estirarme en la cama y de estar sola. El problema es que no encontré pestillo en la puerta, no podía cerrarse y podría entrar cualquiera, por ejemplo Maina o Louis, y eso me incomodaba sin saber por qué, sin tener datos objetivos, sin que ninguno de los dos me hubiese tocado intencionadamente, latía en el aire algo así como la respiración de los hipopótamos en el río Tsavo. Recordé que tenía una tableta de chocolate en la mochila y consideré que, a pesar de que no la necesitaba, no me vendría mal un poco de energía. Pero debía de estar confundida, porque en el bolsillo exterior donde solía meter los frutos secos, el chocolate y el agua no estaba. La busqué por todas partes, saqué la ropa y no estaba. Me entró un poco de desazón esa falta de control sobre mis cosas. Llegué incluso a desesperarme y lo metí todo otra vez arrugado y sin ordenar, saliéndome por completo de la personalidad de Marta.

Me puse a leer sin concentrarme. Desde la ventana veía las palmeras del jardín, los mangos, las flores y el color ocre rojizo del muro, que por fuera estaba desconchado a la luz mortecina de la tarde lluviosa. Al igual que en el ejercicio de meditar, busqué un objeto y el que mi vista eligió bombardear fue la bolsa de deporte de Sheila sobre el armario. Inspiré y espiré varias veces. Necesitaba reconsiderar el espíritu de aquella casa y lo que ese espíritu quería de mí. No consentí que me perturbara el recuerdo de Said frente al portón, porque además ya no estaba segura de si había sido un espejismo. Clavé los ojos en lo que tenía delante. Lo primero que comprobé hacía días era la total entrega psicológica y emocional de Ezequiel a su líder, del mismo modo que otros se entregan a su padre, madre, pareja, amigos. Sin ser yo el psicólogo de mi Asociación de Víctimas Dependientes, diría que para Ezequiel resultaría trágico perder la atención de Maina, y también para el resto del grupo, solo que a Ezequiel le había dado un rango por el que habría luchado tanto que perderlo le supondría un auténtico trauma y sería casi imposible hacerle comprender que, en el fondo, lo único que lo retenía en Mombasa no era más que una habitación en una casa ajena, someterse a las leyes de Maina y una absoluta falta de libertad, aunque él creyese que la tenía toda porque podía dejar sin fregar los platos en la mesa. Es como si alguien tuviese terror a perder una joya que fuese robada y además falsa. Esas pobres chicas, Sheila y Lilian, se dejarían matar por la joya falsa, y Louis podría llegar a ser el más peligroso de todos, y no sabría decir por qué. Al fondo de mis pensamientos, el agua cayendo y cayendo y formando ríos en la sabana, empapando los árboles y el pelaje de los animales. Y cuando saliera el sol, todo sería tan exageradamente extraordinario que empezaría a llover otra vez. ¿Qué habría en aquellas descomunales bolsas de lona negra dejadas en Lamu y en el poblado masái? Marta hizo bien en abandonar a Ezequiel, puesto que él era capaz de venderme a Maina por una simple palmada en la espalda. Por retener su atención un momento era capaz de contarle la confidencia que le hice sobre el suicidio de mi hermano. ¿A cuántos hombres y mujeres les han lavado el cerebro y los han torturado y los han amenazado con matar a sus hijos o sus padres y no han delatado a sus compañeros? Desde luego, Ezequiel no tenía el corazón de un león, ni de un hipopótamo, a lo sumo de una gacelilla Thomson. El ritmo de la lluvia y unos lejanos cánticos de los discípulos de Maina



consiguieron que fuera quedándome traspuesta. Pero a eso de las tres de la tarde sentí unos nudillos llamándome en el cerebro. Una advertencia de que alguien podría entrar en el cuarto, así que coloqué la mochila y unas mantas contra la puerta. Sin ser un bulto pesado, lo oíría arrastrarse si alguien abría. Y el goteo de la lluvia fue hundiéndome en el sopor y el olvido.

Me desperté sobresaltada, a eso de las cinco, por unos ojos que me miraban desde la ventana con la cabeza un poco inclinada, como tratando de contemplarme desde una perspectiva diferente. Era el *mono* Bun-Bun. Estaba empapado, chupado por el agua, lo que le daba un aspecto desvalido. «Bien —dije—, no se te ocurra entrar en el cuarto». Él me enseñó toda la dentadura en lo que podría ser una sonrisa. Estaría aburrido todo el día de rama en rama, sin compañeros, cuando podría estar en otros sitios más animados. No lo entendía. Ni él a mí. Queríamos cosas muy distintas de la vida. La bolsa de deportes de Sheila sobre el armario volvió a llamarme la atención. Cerré la ventana, la vacié y la coloqué en la cama. Miré fuera por si hubiese llegado la furgoneta con Sheila y Ezequiel. Bun-Bun esperaba en el alféizar.

Un bañador, faldas, pañuelos, camisetas, vaqueros. Dentro de una camiseta doblada encontré la foto de una chica vestida como en los setenta, pantalones campana, pelo a lo afro y sin sujetador bajo la fina camisa de flores. Me pregunté si sería su madre. Registré los bolsillos de los vaqueros y noté el ruido de papel en la cinturilla. Estaba un poco descosida, lo suficiente para sacarlo. Cuando lo levanté para mirarlo bien, el mono empezó a chillar y a golpear el cristal. Era un número bastante largo, como los de las cuentas bancadas, escrito con bolígrafo negro. Este hallazgo me hizo concentrarme en el techo como si allí se encontrara la gran explicación a todo. Si Sheila escondía estas cosas, pero no las enterró en el jardín como Louis, es que aún mantenía algunos sentimientos hacia su vida pasada y no quería que se los robaran. Y en sueños seguramente hablaba con algún ser querido. Y a veces eran discusiones violentas, una lucha que aún libraba en su interior y que suponía un grito de socorro y de esperanza. Me guardé el número. Lo ordené todo y bajé a la cocina. Me serví otra infusión. Maina estaba en la sala, situada a unos diez metros, donde recibía a sus discípulos junto con Louis y Lilian. Salía un tufillo entontecedor a incienso. Aproveché su distracción para abrir el armario de los tés y las infusiones con cuidado y saqué la lata marrón

de Maina. No estaba robando, no estaba haciéndole daño a nadie, y sin embargo, el corazón me saltaba en el pecho como cuando copiaba en los exámenes, como cuando me daban las notas. El miedo es un mal enemigo.

Metí los dedos en el té y rebusqué hasta que tropezaron con algo duro y metálico. La llavecita de la caja. Otra vez la lluvia estampándose contra el suelo y las plantas que no me dejaría oír si se acercaba alguien. Y ese alguien me sorprendería con todas las pruebas de mi traición y mi desobediencia a la vista, sin excusas posibles. Lo mejor era volver a cerrar la lata y dejarla en el estante del armario.

Me salí fuera con la infusión. «Así que te llamas Bun-Bun», le dije al mono cobijada bajo el tejadillo del porche.

—Hola —dijo una voz detrás de mí que me dio un susto de muerte—. ¿Por qué no entras con nosotros?

Era Louis, tan pálido, con los ojos tan desvaídos y su infantil sonrisa. Había estado a un milímetro de pillarme si no lo había hecho.

—Quiero disfrutar de la lluvia.

—No estarás intentando fumar.

La verdad es que no me habría venido mal un cigarrillo para calmar los nervios.

—La infusión ya me coloca bastante.

Se acercó a mí y me dio un beso en la cara, luego bajó la cabeza. Y con la cabeza gacha volvió dentro, a la charla o lo que fuera que les estuviera dando Maina.

## EZEQUIEL

*Turkana, marzo*

Hay días emocionantes. Uno se levanta por la mañana, ve el sol de cada día y no sabe que le espera una maravillosa sorpresa. Cuando estaba desayunando, dispuesto a ir a la cooperativa a terminar de modelar el elefante más grande que había hecho hasta la fecha, apareció Maina en la cocina frotándose las manos, como si se las lavara con el aire una y otra vez. Estaba contento y me cogió por los hombros. No sé qué tenían sus manos que inundaban de euforia, parecía que te abrazara la humanidad entera.

—Tengo un plan para ti. Va a encantarte. Es hora de que vuelas del nido para regresar con algo en el pico.

Se rio. Me hacía feliz su buen humor. Parecía que todo el planeta Tierra estaba de fiesta. En ese momento todo era perfecto, la cabeza se me llenaba de satisfacción y me sentía capaz de hacer mil cosas por difíciles que fueran, porque en el fondo eran fáciles para alguien que estaba contento.

—Vas a ir a la misión del padre Andrés. Nunca has estado allí, mejor. Así lo verás todo por primera vez. El asombro de la primera vez no tiene precio.

Después de mi resbalón con el paquete en el templo hindú —algo que no se había vuelto a mencionar— y de haber introducido a Isabel en nuestro grupo llevado por deseos e impulsos egoístas (sentía que Isabel desprendía algo profundamente mío), sin pensar en el bien general, su gesto de confianza me reconciliaba conmigo mismo.

Me acompañaría Sheila, porque era más fuerte que Lilian y, sobre todo, que Louis, y queríamos ayudar, no dar problemas.

—Recuerda esto —dijo a modo de despedida con la seriedad con que trataba los asuntos graves—. Yo te necesito, pero la Orden te necesita más aún, a partir de ahora depende de ti. Aunque no lo sepas, eres un enviado muy especial. Lo supe desde el primer momento en que te vi.

Las palabras del Maestro encerraban más poder que un misil, más poder que un bofetón o una caricia. Seguramente tenía mucho que ver con el volumen de su voz, anormalmente bajo a veces, como si hablara en una frecuencia sobrehumana que un oído normal no pudiera captar.

Tal como estaba previsto, Sheila y yo fuimos en el todoterreno hasta una avioneta que nos esperaba para llevamos a la misión. Lo conduje yo siguiendo las indicaciones trazadas por Maina en un mapa. Era difícil porque los puntos de referencia eran árboles, piedras, bifurcaciones que a veces borraban las lluvias. Y era fácil porque no había muchos donde elegir. Así que nos equivocamos pocas veces y llegamos con tiempo de sobra. Sheila sacó dos mangos de su mochila. «Comamos mientras podamos», dijo riéndose. Nuestras voces se expandían en medio del silencio y agitaban las hojas de los árboles. Se oía cómo mordíamos la fruta y cómo masticábamos. Cuando llegase el momento de la avioneta, sería el fin del mundo.

—Nunca imaginé que pudiese estar tan lejos de mi vida —dijo Sheila—. Esto lo compensa todo. Y he llegado sin esfuerzo, sin pedirlo, ni desearlo siquiera. —Respiró profundamente la noche—. He llegado al límite —dijo—. Ya no quiero nada más. ¿Y tú?

No estaba tan seguro. Quería ser la mano derecha de Maina, quería su respeto. Quería terminar de sacarme de la cabeza a Marta. No quería ni pensar lo que sentiría si en lugar de estar aquí con Sheila estuviera con Marta. Sería como estar los dos solos en otro planeta, sin necesitar a nadie. Un pensamiento terrible que debía desechar ahora mismo.

—Pues quieres demasiado si quieres todo esto —dije.

Se repantigó con los pies en el salpicadero y el jugo del mango cayéndosele por la barbilla. Por lo que sabía de ella, le habían sucedido más cosas feas que a mí. Aunque en conjunto la envidiaba, porque le habían mentido y traicionado y engañado, pero no habían despreciado su amor, algo

que lamentablemente también le sucedería, pero después, más tarde, cuando ya la vida le hubiese concedido otras cosas.

A las dos horas oímos el estruendo de la avioneta, lo que me alivió bastante, ya no tendríamos que pasar la noche en esta bella desolación en que me vería obligado a cuidar de Sheila.

El piloto nos dio unos cascos viejos y nos recomendó que nos agarrásemos fuerte. Seguramente Sheila tampoco nunca imaginó que iba a vivir este otro momento. Nos concentramos en no morir y en pensar que, si el piloto continuaba vivo tras unos cuantos viajes como este, podríamos vivir un poco más.

Aterrizamos con el estómago revuelto. Ambos hicimos el amago de vomitar en tierra firme. Miramos a nuestro alrededor mareados y desorientados. Sheila creyó que se había dejado la mochila en la avioneta, lo que le produjo una angustia exagerada, hasta que la encontró tirada en el suelo.

—Menos mal —dijo agarrándose a ella. Parecía un astronauta que hubiese encontrado el cable de unión con la nave.

Unos faros nos hicieron una señal y fuimos hacia allí.

—El padre Andrés os espera —dijo un chico keniano alto y delgado desde un Toyota.

Farfullamos algo deseosos de llegar y acostarnos.

Sheila se tiró en los asientos traseros y yo me senté al lado del conductor en señal de que no éramos unos señoritos que le considerásemos un mero chófer, puesto que íbamos a colaborar en la misión. Él no pareció reparar en estas sutilezas.

## ISABEL

*Mombasa, marzo*

No sabía qué hacer. A las doce de la noche Sheila y Ezequiel no habían regresado. El estómago me gruñía y había perdido no sé cuántos litros de líquido. Una buena manera de adelgazar. Decidí inspeccionar la casa y comprobar que Maina y Lilian dormían. Como todos íbamos descalzos, nos deslizábamos como gatos, y aún no me había acostumbrado a encontrarme con alguien de sopetón sin estremecerme. Si ahora mismo me tropezase con alguno fuera de mi territorio, explicaría que no podía dormir y que estaba paseando por la casa, en lugar de fuera, para no mojarme. En el cuarto de Lilian no había nadie, luego estaría durmiendo con Maina. No sabía cuál era el cuarto de Louis y sería arriesgado abrir puertas, así que me decidí a hacer de una vez lo que tenía que hacer. Quizá no encontrase un momento mejor.

Bajé a la cocina y abrí el armario de los tés. El monótono golpeteo de la lluvia me ayudaba porque en la oscuridad cualquier pequeño ruido resulta estruendoso: no podía encender la luz y rogué para no tirar nada al coger la lata marrón. Incluso el roce de los dedos con las hojas de té sonaba a borrasca. Saqué la llave con cuidado y dudé si devolver la lata a su sitio o esperar con ella abierta a terminar la operación y así no tener que meterla y sacarla dos veces del armario. Algunas gotas caían sobre el agua de la fuente como piedras y a veces también se desplomaban pequeñas ramas, por lo que la llave al girar en la cerradura de la caja metálica no desentonó demasiado del conjunto.

Un móvil parpadeaba con desesperación. Alguien buscaba a Sheila, Lilian

o Louis. Cogí el mío y salí al jardín. El mono se removió en la rama y siguió durmiendo.

Afortunadamente el baño estaba fuera, desde cuyo techo, como imaginé la primera vez que entré aquí, se colaban gotas de lluvia. Pero era el único sitio con un pestillo y desde donde era difícil sobresaltar ni al mono ni a nadie. Encendí el móvil y llamé a los padres de Ezequiel. Debía hablar rápido y bajo. El corazón me palpitaba como cuando tenía que correr a toda pastilla para coger el autobús. Descolgó Amanda entre soñolienta y agitada por el instinto de peligro propio de las madres.

—¿Amanda? Soy Isabel, seré breve. Tu hijo está bien físicamente, pero mentalmente... No sé cuánto tiempo me llevará poder sacarlo de aquí. Aún conserva la camiseta con el dibujo del oso panda. Cuando pueda, te mandaré la foto.

La oí sollozar cada vez más alejada del auricular mientras oía otra respiración cada vez más cercana.

—¿Sigues en Mombasa? —intervino el marido, Eduardo.

—Tengo que colgar enseguida. He logrado entrar en el grupo y vivo bajo el mismo techo que Ezequiel. Está completamente captado y manipulado. No sé si voy a tener tiempo ni habilidad para hacerle recordar su verdadera vida y, sobre todo, desearla.

—Creemos que nos confundimos al contratarte. Nos hemos enterado de la verdad. No salvaste a tu hermano. Se suicidó. —Hizo una pausa—. Se suicidó y no nos lo contaste. Nos sentimos engañados, defraudados, y preferimos que dejes ya este asunto.

Tuve que colgar, apagar el móvil y volver rápidamente entre la lluvia a la cocina. El corazón me retumbaba en los oídos como cada vez que sonaba el teléfono antes de que encontraran el cuerpo de mi hermano. Me detuve unos segundos para que los ojos se me acostumbraran a la oscuridad. Me había arriesgado a que alguien viniese a la cocina a beber agua mientras estaba en el baño y viese la caja y la lata abiertas. Metí el móvil en la caja y la cerré lo más rápidamente posible sin reparar en los ruidos, y luego la llave en la lata. Recogí las hojas de té que habían caído en la encimera y salí otra vez afuera.

Cualquiera podría verme desde una ventana. Pensarían que me escondía para fumar. La lluvia acabó de empapararme y sentí un escalofrío aumentado a la

millonésima potencia por las palabras del padre de Ezequiel.

El fresco repentino y la lluvia me hicieron ver con claridad que no podía sola con esto y que necesitaba la ayuda del sicólogo de la asociación. En la habitación me sentí algo mareada, como si rodara a una velocidad de vértigo entre nubes negras y estrellas brillantes. Quizá debería hacer caso al padre de Ezequiel y abandonar. Si lo querían, deberían venir ellos a por él, sacarlo de aquí por la fuerza, podrían inventarse alguna irregularidad para que lo extraditaran a España y una vez allí empezar a abrirle los ojos. Era demasiado para mí, me flaqueaban las piernas. Aun así, arrastré parte de la cama de Sheila contra la puerta, un ruido que sí lo oiría alguien. Abrí la ventana para que entrara el dulce olor de la lluvia y fui durmiéndome poco a poco hasta que desperté por la mañana.

Aún seguía llovisnando, por lo tanto todo el mundo estaba de enhorabuena. Las lluvias habían llegado y se mantenían a su debido tiempo. Lo contrario habría supuesto un desastre. Así de fácil o de difícil. Lo primero que hice fue retirar la cama apretando los dientes para que con este simple gesto nadie oyera nada. El mono estaba sobre el capó del todoterreno bajo el cobertizo y al verme hizo aspavientos con los largos brazos. En la cocina todo seguía como lo dejé por la noche. Louis preparaba café y té. «Se acabó el ayuno», dijo. Le pedí que me dejara darle el plátano a Bun-Bun. Y al entregárselo, me rozó los dedos con los suyos rugosos, que recordaban guantes de cuero. Fue como rozárselos a un pariente muy lejano, uno de esos primos terceros o cuartos a quienes no has visto en tu vida pero que asisten a la boda o al bautizo de un familiar común y con los que encuentras cierto parecido. El mono y yo teníamos la misma cara de perplejidad.

—¿Te levantaste anoche? —preguntó Louis.

—Sí, quería tomar el aire.

—Hiciste mucho ruido —dijo mirándome con unas acusadas ojeras grises.

—¿Qué quieres decir?

—Tú ya sabes lo que quiero decir.

—No hice ruido. Solo salí al jardín. Sería el mono, que no paraba de moverse de rama en rama.

—Por la noche duerme.

Me estaba cansando. Me estaba cansando de verdad. Ezequiel no era mi



hermano, no iba a salvarlo por mucho que me dejara mangonear por Maina y sus discípulos. Me encaré con él.

—Y si me levanté e hice ruido, ¿qué? Tengo hambre. Ya está bien de gilipollices.

Abrí la nevera y busqué mantequilla, abrí un armario y saqué pan. Puse una rebanada en la tostadora.

—Hoy ya podemos comer de todo —dijo.

—Quiero volver a mi hotel. Quiero fumar, quiero beber y quiero hacer el amor con quien me dé la gana y no por obligación, como Lilian. En cuanto desayune, subiré a mi cuarto, cogeré la mochila y me devolverás el móvil. No aspiro a ser espiritual.

Le pegué un empujón para que me dejara paso hasta el grifo.

—No lo hagas —dijo Louis—. Estás teniendo la reacción típica de los primeros días de desintoxicación. Te sientes prisionera y crees que la libertad está ahí fuera. Tu mente está distorsionada, no nos ves con claridad, ni tampoco este sitio, ni por supuesto a ti misma.

—No soy una yonqui, no me confundas con Lilian. Tengo la mente clara como el agua que cae del cielo.

—Te obsesiona el móvil, el tabaco, tus amigos, tu familia. Te llena de ira no poder tenerlos. No eres libre, créeme. Estás envenenada.

—Y si quiero estar envenenada, ¿qué pasa?

—¿Y si esto mismo se lo oyeras decir a Lilian? Te daría pena, ¿verdad?

—Creo que me marchó. No tenéis remedio —dije dándole el último mordisco a la rebanada.

Louis agachó la cabeza.

—No nos abandones. Desde que estás aquí, Maina está más contento, todo va mejor. No diré que anoche hablaste por el móvil.

Intenté descifrar las ojeras de Louis, su gesto sumiso, su cuello delgado de niño.

—¿Quieres salvarme a mí o que os salve a vosotros?

—¿No es lo mismo?

—¿Por qué estás aquí? —le pregunté.

Según me había contado Lilian mientras tendíamos una ropa que nunca recogeríamos, la familia de Louis era bastante adinerada. Se componía de madre, padre, hermana, tíos, una abuela, primos. Desde tiempos remotos se dedicaban a la producción de vino y champán y poseían uno de esos bonitos castillos llenos de chimeneas del Loira. Por lo visto, Louis se parecía a su madre, una señora rubia y pálida, a la que le gustaba vestir con tonos claros y andar en el coche de acá para allá, y que según él nunca lo había abrazado ni besado y cuya foto deduje que sería la que enterró en el jardín. A su padre lo vio cuatro o cinco veces en su vida. Louis se había pasado la infancia y adolescencia de internado en internado, como Bum-Bum de rama en rama, hasta que fue invitado por la familia de un compañero a pasar la Navidad en un resort de Mombasa y uno de los empleados le habló de la Orden y del bien que desde allí Louis podría hacer a los demás, y se quedó. De esto hacía ya cuatro años, ahora tenía veinte y ya no podían obligarlo a volver. Al principio, su foto salió incluso en los periódicos, pero ahora ya se habían resignado a perderlo. Por supuesto, Louis no era su verdadero nombre, pero si tuviera acceso a Internet podría averiguar quién era y avisar a su familia. Evidentemente, él no sería consciente de que había pasado de un internado a una cárcel.

Parecía buena señal que Louis me encubriese en el asunto del móvil y que estuviera de mi parte, pero no podía confiarme y alertarle sobre el supuesto diabólico poder de la Orden porque se volvería en mi contra. Debería aprovechar los débiles resquicios de la ingenuidad de la edad.

Por la tarde dejó de llover y Maina dijo que nos acercáramos a la cooperativa y que yo tendría que aprender a hacer jirafas y colgantes. A los ojos de los demás yo era una más del grupo. Lilian estaba feliz, actuaba como la pareja de Maina, lo que tensaba el ambiente porque él no la consideraba así y en cualquier momento podría estallar. Lo abrazaba y le besaba la mano y revoloteaba a su alrededor.

Con Maina se sentía exageradamente feliz, era como si reuniese en él todas sus adicciones pasadas y futuras. Antes de llegar a la cooperativa, nos pasamos por el templo hindú, y allí logró sacudírsela de encima con la excusa

de que debía hablar con el director. Miré alrededor con la esperanza de encontrar a Said enseñando el templo a algún turista. Si en algún momento había tratado de buscarme, ya se habría cansado. Yo solo era una turista de paso, y él debía alimentar a un hijo y a una mujer harta de trabajar y puede que a más gente. ¿Por qué tendría que ayudar a una blanca con agua corriente y calefacción en su casa y con dinero para venir aquí?

—Con todo el dinero que tienes, podrías llevar la vida que quisieras fuera de tu familia —le dije a Louis acercándome a él, prácticamente hablándole al oído para que no me oyese Liban.

—¿Por qué me dices eso? —reaccionó sorprendido.

—Si yo fuese rica, me iría lejos.

—¿Adónde? Esto ya es lejos.

Me reí.

—Tienes razón —dije.

No había nada que hacer.

En la cooperativa hundía los pies en el serrín y la arena igual que los demás. Como no era habilidosa tallando la madera, me encomendaron cepillarla y pintar sobre asta, hueso y madera. Me encantaba el olor a la madera recién serrada, aunque el polvillo a veces se me metía en la nariz y en los ojos. Muchos artesanos tenían coágulos rojos en la córnea por el sol y por las esquirlas de madera que saltaban imprevistas. También me gustaba el olor a pintura y a aguarrás y los pinceles finos que usaba. Y la verdad es que no era mala vida. Lo pasaba bien concentrada en las pupilas de los leopardos y en las retículas de las jirafas, que era el producto más demandado, unos animales más diferentes entre sí de lo que puede apreciarse a simple vista. También descubrí que Lilian poseía un talento artístico completamente echado a perder por su manía de depender siempre de algo o de alguien. Me corregía con desgana y sabiduría y me daba consejos de qué pincel debía utilizar para cada cosa y cómo mezclar los colores. Empecé a apreciarla y a detestarla al mismo tiempo.

Recordaba a un pájaro enfermo. Podría echar a volar y se estrellaría contra el suelo y probablemente moriría. Tendría veinticinco años y, según me

contó ella misma mientras pintábamos, había vivido en las playas y calles de medio mundo desde los quince consumiendo lo que tuviera a mano. Lo último fue peyote bajo el sol mexicano, que había acabado fundido con la piel. Ya nunca le desaparecería el tono terroso de la cara, en la que sus ojos azules relucían igual que dos piedras semipreciosas hundidas en el barro. El pelo flotaba alrededor de su cuerpo esquelético frondoso, brillante y rojizo. Daba la impresión de habérselo robado a una chica sana y bien alimentada que se pasara el día nadando y montando a caballo. A ella no la buscaba nadie. Hacía mucho que se había desligado de su escasa familia: padre y un hermano. A decir verdad, les alivió que desapareciera, les daba muchos problemas. Siempre necesitaba dinero o sufría los calambres y el nerviosismo del mono. A veces no sabía ni regresar a su casa. Creía que su padre estaba enfermo del corazón por su culpa. También su hermano se lo echaba en cara, la zarandeaba cuando la veía *puesta*, y si se la encontraba por la calle se hacía el distraído. Él trabajaba en un taller de repuestos de coches y solo se emborrachaba los fines de semana. Borracho, gritaba como si le doliera algo, y el resto de la semana iba y venía del taller sin tomar una gota de alcohol, ni una cerveza, así que no le cabía en la cabeza que Lilian no pudiera controlarse un poco. En resumen: la despreciaba. Y ella lo comprendía, la vida era así.

Lilian no sabía si su padre habría muerto. En cualquier caso, le parecía un sueño que alguien se hiciera cargo de ella.

—¿Estás enamorada de Maina? —dije sin énfasis ni mucho interés.

—Hasta el cielo del paladar, hasta las plantas de los pies. Mataría por él.

—¿Y crees que él te quiere a ti?

—¿Por qué me preguntas eso? ¿Es que te parece que no me quiere?

—Bueno, como dices que no te quieren ni tu padre ni tu hermano, que normalmente serían las personas que más tendrían que quererte...

Se le resbaló la serreta y se cortó en un dedo. Las dos nos quedamos absortas en la sangre, admiradas de que fluyera bajo aquella piel reseca por tanta mala vida.

—Seguro que a tu padre y a tu hermano les haría muy felices saber que estás bien. ¿Por qué no se lo dices? ¿Preferirías que lo hiciera otra persona, por ejemplo yo?

—No me hagas reír.

—¿Qué harías si descubrieses que Maina ama a otra?

—No puedo trabajar con el dedo así, voy a mancharlo todo de sangre.

Si le dijera que Maina estaba harto de ella, jamás me creería y yo perdería su confianza. Debía recular y pasar a otra cosa. Me quité el fular de algodón fino, que me caía de los hombros a las rodillas y que me servía para limpiarme el sudor, cubrirme la cabeza para evitar una insolación, para proteger del fresco al hijo de Said en el globo y como vestido alternativo. Ahora como vendaje. Le rodeé el dedo herido con dos palmos del pañuelo y la mayor delicadeza posible, el resto le colgaba del brazo. Su hermosa cabellera me hacía cosquillas en el cuello.

—Cuando llegemos a casa, te desinfectaré la herida. Quizá Maina te ayude.

En su mente se abrió una perspectiva que la animó mucho: Maina enternecido por su herida.

—Vámonos a casa —dijo.

Desde que estaba en Mombasa no se me había ocurrido conducir y esta era la temida oportunidad porque tampoco antes había conducido una furgoneta. Louis se quedó al frente del taller.

—Ten cuidado de no fastidiarla —dijo—. Te lo digo por tu bien.

Siempre esa amenaza latente de que algo podría estar mal hecho y de que unas consecuencias podían ser peores que otras. Se trataba de matices que requerían, para descifrarlos, mucho tiempo de convivencia y de atención a los detalles.

En las primeras paradas y arrancadas lo pasé mal, la furgoneta se me calaba y no atinaba con las marchas. Rogaba que no se me cruzara en el camino ninguna de esas calles estrechas en que las fachadas casi se tocan unas con otras.

Fardos negros, de los que asomaban manos y pies, pasaban parsimoniosamente ante la furgoneta contoneando todo lo que llenaban los ropajes sin la menor noción de que se estaban jugando la vida. Lilian iba indicándome con su habitual dejadez, pereza o desgana, pero con perfecto conocimiento de las mejores calles por donde pasar.

Se enrolló mi fular en el dedo un poco más.

—No te preocupes por Ezequiel, no le gusta Sheila. —Dijo «Sheila» con

un ligero desprecio o temor.

—No me preocupo.

Iba tan centrada en la conducción que no me di cuenta de que había metido la pata.

—¿No? Entonces, si Ezequiel te da igual, ¿por qué estás aquí?

Habíamos llegado. Toqué el claxon y uno de los sirvientes abrió el portón. Logré no hacerle a la furgoneta ningún raspón al pasar ni al aparcar entre los palos que sostenían la techumbre del garaje. Lilian rio enseñando los dientes podridos y palmoteo con tal entusiasmo que dudé de su inocencia. Su aplauso resultaba malévol, se reía de las pueriles preocupaciones de la gente como yo. No le daba importancia a su capacidad para hacer las cosas bien, ni tampoco a la incapacidad de los demás. Me aplaudía como si yo fuera una niña que había hecho bien una suma. ¿Qué tendría en la cabeza?, ¿solo a Maina? ¿Solo le importaba él?

Nada más entrar, fue corriendo a buscarlo y regresó abatida, con la cabeza baja. Le pregunté dónde estaba el botiquín. Se encontraba tan abstraída que tuve que repetírselo.

—Nada más puede abrirlo él.

—Pues dile que estás desangrándote, que te dé la llave.

Negó con la cabeza. Parecía acobardada y avergonzada.

Ante la extraña reacción de Lilian, me decidí a ir a buscarlo. Lo encontré en la sala de meditación. En la puerta había dos gotas de sangre de Lilian. Seguramente se destapó el dedo para llamar más su atención.

Mientras dos chicos y una chica meditaban, Maina corregía la postura de la chica: espalda, cuello, cabeza. Tendría unos diecisiete años y, si no se cuidaba, acabaría siendo gorda. Ahora sus pechos exuberantes y los muslos rebosantes la hacían explosiva. Le hice una seña para que saliera. Y lo hizo sin ningún ruido, con los pies descalzos, ondulándose como una culebra por la habitación, nadando en el aire a favor de la corriente. Me apartó hacia el pasillo sujetándome el brazo con firmeza. No me clavaba los dedos, pero los sentía dentro de mí. Era un contacto absolutamente dominante sin usar la fuerza, como si tuviera otra clase de sangre más roja, más caliente y más espesa. Por lo menos tardó media hora en desaparecer la huella de su mano.

—Necesito vendas y un antiséptico para Lilian. Se ha cortado con una

sierra —dije.

—Luego —contestó. Y regresó a la sala.

Vi que era inútil insistir y busqué en la cocina algo que sirviera. Encontré agua oxigenada, que usarían para limpiar algo, y papel de cocina. Lilian esperaba sentada en el jardín. En su mirada se leía un conocimiento exacto de lo que había pasado.

—Ahora se enfadará más —dijo con un rencor triste.

Le habría gritado que a ella qué mierda le importaba que se enfadara, pero yo no estaba en su situación, ni era ella ni Maina había dejado en mí la huella de su cuerpo desnudo, que supondría elevar a la enésima potencia el efecto de su mano en mi brazo. Y Lilian había caído bajo ese peso.

—No te preocupes —dije pensando en la alumna voluptuosa—. Ya se le habrá olvidado el enfado.

Lilian deseaba crearme, pero había un cerebro dentro del suyo al que no podía adormecer por mucho que me empeñara. Y ese cerebro conocía los estados de ánimo de Maina mucho mejor que yo, e incluso mejor que la propia Lilian. Le limpié la herida con el agua oxigenada y la tapé con abundante papel, lo que solucionaba poco. Tendría que verla un sanitario. Y me habría ofrecido a llevarla de haber sabido dónde había uno y de no haberme dado una enorme pereza conducir de nuevo la furgoneta por calles estrechas e intransitables. Por otra parte, ¿por qué iba a importarme a mí su dedo más que a ella misma?

—¿Sabes, Lilian? Me gustaría que me hicieras un cuadro. Por supuesto, te lo pagaría.

Sus bondadosos e ingenuos ojos se volvieron fríos e inexpresivos.

—¿Y por qué iba a hacer tal cosa?

Me llegó al corazón que me hablase así ahora que había comenzado a apreciar sus cualidades y a meterme en su baqueteada piel. También podía comprender a su padre y hermano. Era muy fácil despreciarla y odiarla, o por lo menos, no desear estar a su lado.

—¿Qué tipo de cuadro te gustaría?, ¿qué estilo?

—Tu estilo —dije.

—Defíneme mi estilo. Descríbelo. El estilo de Lilian es...

No había visto ningún cuadro suyo. Ni siquiera sabía si pintaba. Pero dada

su aptitud artística, su forma de coger el pincel en el taller, su dominio de los colores, daba por hecho que habría pintado alguna vez.

—Estoy esperando —dijo clavándome la mirada como si fuese a dispararme porque yo fuese la única presa para batir en el mundo—. El estilo de Lilian es...

Me di media vuelta dispuesta a no seguir con aquello. Se levantó y me siguió.

—No es tan fácil, Isabelita, quiero saber cuál es mi estilo.

Se acercó mucho más a mí. Me echaba el aliento en el cuello. Podría clavarme sus dientes podridos.

—Quiero pintarte ese cuadro, pero antes necesito que me hables de mis otros cuadros, de mi obra.

—Por favor, déjame —rogué.

Me metí en el baño-cobertizo y, como el cerrojo era muy endeble, me recosté contra la puerta. Sabía que, por mucho que se esforzara, no podría con alguien con diez kilos más que ella y más salud.

—¡Contéstame! Conozco a los de tu calaña. No contestáis. Dejáis las cosas a medias —gritó y empezó a aporrear la puerta.

Caí en la cuenta de que quizá intentaba llamar la atención de Maina, lo que podría provocar una situación de dimensiones imprevisibles. Y puede que esta fuese la gran diferencia entre Lilian y yo. Ella no le tenía tanto miedo a las situaciones desagradables. Hasta entonces no fui consciente de que este era mi auténtico punto flaco: las situaciones emocionalmente violentas, y lo habían descubierto. En el safari fui la única que no soportó el episodio entre Maina y Sheila.

—Está bien —dije tras salir del baño, cogiéndola de su esquelético brazo y arrastrándola hasta mi cuarto.

Lilian se tiró de bruces en la cama de Sheila, vacía desde que se marchó de viaje con Ezequiel.

—Eres una rata —dijo.

No contesté nada. Me senté en la mía esperando algo más.

—¡Rata! —gritó.

Y se quedó con la vista fija en el armario. Se debió de acordar de Sheila. Se levantó y empezó a hurgar entre sus cosas. La dejé hacer. Tiró algunas



camisetas al suelo con rabia, como si fueran la mismísima Sheila. Por fortuna, no vio la foto de la mujer enigmática.

—Recoge todo eso porque Sheila no es tu competidora. Hay otra.

Volvió la cabeza lentamente hacia mí.

—Ten cuidado. No eres tan lista como crees.

—¿Cómo de lista crees que soy? —dije.

—Del uno al diez, tres.

—Puede que tú tampoco lo seas —dije.

—¿Yeso es todo? ¿Te acorralo, te machaco y esta es toda tu mala leche? Por la boca muere el pez —dijo con sus labios amoratados, su lengua blanquecina y dientes podridos.

Tendría que haberme alterado, tendría que haberla insultado y, por lo menos, escupido en la cara que era un fracaso, un deshecho humano y, esto es lo más importante, que su amado Maina le estaba corrigiendo la postura a una chica de diecisiete años toda frescura, voluptuosidad y salud. No lo hice, como si mi pequeño cerebro también contuviese otro más grande que me frenara a tiempo. Entonces, ¿qué había querido decir con eso de que por la boca muere el pez? ¿Por lo que no dije? ¿Por no reaccionar con rencor? Fui incapaz de descifrar sus pensamientos.

—¡Ah! Y por mucho que te encierres, si quieren entrar, entrarán.

¿Quiénes entrarán?, ¿Louis y Maina? ¿Otros? Por lo menos, soltó más información que yo.

**4**

**LAS DOS ESPOSAS DEL JEFE**

## ISABEL

*Mombasa, marzo*

A los siete días de la marcha de Ezequiel y Sheila a la misión del padre Andrés, cuando ya sabía hacer pulseras y collares y conocía mejor la malvada inocencia de Louis y Lilian, llegó Sheila envuelta en harapos de seda morada. Aterrizó en el portón durante la cena y alguien, en medio del ajetreo de platos en la cocina, oyó cómo la garra de león de bronce golpeaba la madera. Todos miramos a su alrededor buscando a Ezequiel y luego nos fijamos en ella. La cara, las manos y los pies estaban negros por el sol. Parecía una de las somalíes que habíamos visto en la carretera camino de Lamu. No sabía si era buena o mala señal. Desde luego, no sentí nada bueno en el estómago. En el fondo, siempre conservé la ilusión de devolver a Ezequiel a sus padres, y lo único que había conseguido era hacer brazaletes y collares.

Pidió agua y no quiso descubrirse la cabeza. Era consciente de que así rezumaba exotismo y misterio. El morado la favorecía. Unas pulseras de plata tintinearón en su muñeca cuando cogió el vaso. Esperamos a que fuese Maina quien hiciera la primera pregunta, que tardó en llegar. Primero le puso la verdura cocida que había sobrado en un plato y un trozo de pan.

—Siéntate —dijo—. Tienes cara de cansada.

Actuaba como si no nos conociera, con una inconcebible timidez. Empezó a comer mirándonos de reojo. Fueron unos cinco minutos que me parecieron un siglo. No veía el momento en que Maina le preguntara por Ezequiel, no era normal que no lo hubiera hecho ya. Por la ventana solo se veía la luna entre las palmeras.

Miré anhelante a Maina, y él se limitó a arrugar el entrecejo enfadado, preocupado o intrigado.

—¿Has venido sola? —preguntó al cabo de unos interminables segundos.

Sheila cabeceó afirmativamente y continuó comiendo con desgana, pinchando las verduras varias veces antes de llevárselas a la boca.

—Me trajo un *tuk tuk*.

—¿Y cómo le pagaste?

—No tenía dinero. Le di un par de pulseras.

Dirigimos la mirada a sus muñecas adornadas con aros de plata tosca, que ya conocíamos, aunque también echamos de menos una sortija en el dedo.

—¿Por qué has tardado tanto? ¿Cuándo vuelve Ezequiel?

—No lo sé —dijo con los ojos brillantes por posibles lágrimas.

Se me encogió el estómago. Quizá los demás también estuvieran reaccionando como yo, no lo sabía, nada más tenía ojos para Sheila.

—Se lo han llevado.

Ahora las lágrimas ya eran reales. Dejó el tenedor y cogió el vaso. Le temblaban la mano y los labios al beber.

—Lo han secuestrado.

Saltándonos el protocolo, empezamos a preguntar y Maina pidió silencio.

—Vamos a ver, ¿cómo es eso de que lo han secuestrado?

—Antes de llegar a la misión del padre Andrés nos salieron al paso cuatro o cinco chicos armados que ordenaron que nos detuviéramos y a Ezequiel que se sentara detrás. Yo me quedé donde estaba. El todoterreno hizo mucho polvo al arrancar y se me metió en los ojos. Me los tapé con las manos y uno de ellos me dijo que no llorase antes de tiempo y que si éramos buenos chicos no nos pasaría nada. Ezequiel me dijo que no me preocupara, que seguro que era una equivocación, y entonces otro de ellos o el mismo que me había hablado, no sé, le pegó con la culata de aquel enorme fusil y le hizo sangre en la cabeza.

La interrumpí. Estaba harta de andarme con pies de plomo.

—¿Está vivo? ¿Quiénes son esos tipos? ¿Qué quieren?

—Tranquilízate —dijo Maina—. Todo a su debido tiempo.

—Quieren dinero. Dos millones de dólares.

—Pero ¿quiénes son? —grité—. ¿Son somalíes?

Entonces inesperadamente Louis también gritó.

—¡Vamos a buscarlo ahora mismo! Seguro que están en un campamento.

Lilian se levantó y, sin mediar palabra, fue hacia él y le pegó una bofetada.

—¡Cállate! ¿No ves que la pones nerviosa?

—¡Estoy harto! —gritó Louis, y le pegó un puñetazo a Lilian.

A Lilian empezó a sangrarle la nariz y eso le hizo reír como una loca. Sheila lloraba. Maina tiró un plato al suelo que saltó en pedazos.

—Eres incorregible, Lilian. Lilian, Lilian. Uno de estos días vamos a abandonarte en medio de los elefantes para que te aplasten y te destrocen, solo así tu alma aprenderá a distinguir lo importante de lo accesorio, aunque ya será tarde para verlo en este mundo.

Lilian se echó el pelo sobre la cara. La sangre de la nariz apelmazaba algunos mechones.

—No lo dirás en serio, ¿verdad? —preguntó ahogándose.

—*Nunca*, jamás, hablo en broma. Si hablase en broma, irónicamente o con dobles sentidos, mi palabra no tendría ningún valor. Lo que digo lo hago. Ya ti alguna vez vamos a abandonarte con los elefantes.

—¿Por qué? —preguntó Lilian mientras cogía un vaso y se lo ponía a Sheila en la boca de una forma violenta—. ¡Bebe!

Maina cogió por un brazo a Lilian.

—Ya está bien. Se acabó la reunión. Ven conmigo, Sheila.

Tuve que irme al cuarto sin saber nada de lo que le había ocurrido a Ezequiel. La pelea entre Louis y Lilian nos había distraído de lo principal. Estuve despierta esperando a que llegase Sheila, pero caí dormida, y al despertarme por la mañana su cama estaba intacta. Esta vez no se me había ocurrido arrimarla junto a la puerta. Todo había cambiado. Ahora existía un peligro mayor que las puras aprensiones. A Ezequiel lo habían secuestrado. En el desayuno me encontré a Maina sujetándose la cabeza con las manos.

—No sé qué hacer —dijo al verme entrar. Estaba apoyado en el fregadero—. Dos millones de dólares o echarán los pedazos a los leones y dirán que era un temerario que se aventuró solo por la sabana. Para ellos la vida humana no tiene valor.

—¿Quiénes son ellos?

—Aún no lo sabemos. Sheila no está segura de nada. Solo sabemos lo que nos ha contado.

—Podrían ser terroristas o piratas —dije.

—No debemos descartar ninguna posibilidad. Ella y Ezequiel han viajado por un territorio peligroso. Estamos en África, no en un resort de Mallorca.

—Es raro —dije poniendo a hervir café— que el padre Andrés no avisara de que no habían llegado.

—Está acostumbrado a que la gente cambie de planes a última hora. Como ya habrás comprobado, aquí no usamos el tiempo como instrumento de control. El control se ejerce de otra manera.

No quería desviarme de mi preocupación por Ezequiel, así que no le di la oportunidad de teorizar sobre el control. Me senté para tomarme el café. Necesitaba despejarme lo más posible.

—Su familia tendría que saber lo que está ocurriendo. Quizá tengan dinero para pagar el rescate.

Ese día Maina llevaba una túnica negra de algodón y al levantarse se le pegó a los contornos del cuerpo, de los músculos alargados. Se aproximó a mí y me pasó la mano por la cabeza. Me cortaba la respiración. La cara me llegaba un poco más arriba de su estómago y no pude evitar su olor un poco dulzón. Deseaba que terminara de pasar la mano porque por el cuello me bajó un calor extraño. Era como si dentro de él hubiese millones de personas con cuarenta de fiebre. Me levanté despacio del taburete y me alejé lo más posible de su túnica, sus manos y su olor.

—Ahora su familia somos nosotros. Tendremos que sacar el dinero de alguna parte, no vamos a abandonarlo.

—Necesito mi móvil, podría hacer algunas llamadas —dije.

—Y ponerlo en más peligro aún. Estas cosas hay que llevarlas con mucha cautela, no hay que sucumbir a los nervios. Es mejor que no tengas tentaciones. Hablaré con el padre Andrés, a ver qué opina él. Tiene un gran conocimiento de todo lo que ocurre aquí. Mientras tanto, por el bien de Ezequiel, ni una palabra a nadie.

Quizá tuviera razón Maina, los casos de secuestro de cooperantes suelen llevarse con el máximo tacto, a veces tardan años en resolverse y, al final, la opinión pública no sabe bien quiénes son los secuestradores. Recordé que aún

tenía la tarjeta del secretario de la embajada. Él era un diplomático, un zorro viejo que debía de sabérselas todas y que, una y otra vez, como si lo presintiese, me había advertido que no me confiara. Pero ¿cómo comunicarme con él? Estaba casi segura de que a Maina no le gustaría la idea de que metiera las narices en este asunto. No quería ni pensar que por mi culpa le sucediera algo malo a Ezequiel. Pero no quería quedarme de brazos cruzados esperando que las cosas se resolvieran solas o confiando en que los demás lo harían mejor. ¿Y si no lo hacían?

Maina se mostraba más agitado que de costumbre, y entraba y salía de la casa con frecuencia. Una vez, cuando llegó el grupo de la chica a la que había que corregir la postura y se abrió el portón para que entraran, me pareció ver a Maina hablando en la calle por un móvil. Si disponía de móvil, también dispondría de ordenador. Él era el jefe, él podía hacer lo que le diera la gana. Se me ocurrió que tal vez podría pasarme por su cuarto y echar una ojeada dentro si encontraba la puerta abierta. Hasta entonces nunca me había asaltado esta tentación. Nunca había puesto los pies en el segundo piso, donde él vivía y en donde con toda probabilidad citaba a Sheila cuando faltaba en mi cuarto, ya Lilian y a saber a quiénes más. Todo lo referente a la casa se llevaba con discreción, y lo tocante a Maina con absoluto secreto. Yo ya había tenido bastante trabajo con atrancar mi puerta como podía. Pero tampoco había ocurrido nada extraordinariamente grave.

Subí corriendo la escalera. El segundo y último piso era mucho más bonito que el mío. Tenía suelo de mármol blanco y negro y preciosas arañas colgando del techo. El pasillo estaba flanqueado por bancos forrados de seda verde, y al fondo se percibía, más que verse, entre dos puertas, la suave luz que atravesaba el ramaje del jardín. La chica nueva a la que corregía la postura pasó de un lado a otro de la luz estirándose con los brazos en alto, aburrida o nerviosa, por lo que deduje que ese sería el cuarto de Maina y ella estaría esperándolo. Comprendía perfectamente su ansiedad. Me dieron ganas de avisarla de que aún estaba a tiempo de salvarse, pero mi objetivo no era ella, sino Ezequiel. No me atreví a entrar. No se me ocurría ningún pretexto que usar con la chica. E hice bien, porque noté una presencia detrás de mí.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Lilian con voz malsanamente ingenua.

—He visto subir a la nueva alumna de Maina. No sé si él le habrá dado

permiso para entrar en su habitación —dije.

Se desconcertó. Perdió maldad y volvió a los días en que el mundo era grande e insondable. Dirigió la vista hacia la dulce luz verdosa y, al igual que yo, no se atrevió a entrar.

—Creo que deberías preguntarle quién le ha dado permiso para estar ahí. Imagínate que Maina echase de menos algo.

Titubeó. Dio un paso hacia allí.

—Imagino que habrá muchas cosas de valor ahí dentro. Cosas personales de Maina. Parece un lugar precioso —comenté.

—Yo entro cuando quiero —dijo.

—¿En serio? —dije.

—¿Por qué lo dudas?

—Bueno. Me da la impresión de que la que más sube a este piso es Sheila. Estaba logrando sacarla de sus casillas.

—¿Crees que ahora está ahí?

—No, claro, ahora está la nueva.

—Pues entonces —dijo aliviada.

Prefería una amante nueva para Maina antes que Sheila. Rogué a mis protectores invisibles que, al bajar por la escalera, no nos encontrásemos con él.



## EZEQUIEL

*Turkana, marzo*

El chico que vino a buscarnos en un Toyota a la avioneta se parecía mucho al que solía acompañar al padre Andrés a todas partes. Según conducía, me fijé mejor. Era él, aunque no resultaba natural verlo desprendido del padre Andrés. Mientras Sheila dormitaba en los asientos traseros, le pregunté si la misión estaba muy lejos. «Más o menos», dijo. Era, al contrario de lo normal en este país, bastante parco en palabras, mantenía las distancias, lo que podría significar que también las mantenía el padre Andrés. El chico era el preludeo del tipo de relación que nos esperaba en la misión. Sería el encargado de adelantarnos que no íbamos a un campamento de verano.

Circulábamos solos por caminos pedregosos que los faros iban tragándose poco a poco. No corríamos, y el traqueteo me subía a la garganta los trozos de mango que había comido con Sheila un rato antes. A los lados, las sombras se desplazaban silenciosas. Y pensaba que por fin Maina había decidido confiar en mí y enviarme a uno de los viajes más importantes para él. Cada seis meses más o menos, a veces antes, se desplazaba hasta aquí con Lilian para ayudar al padre Andrés. Y esta vez pensó en mí. Sheila y yo los sustituíamos.

Éramos sus embajadores. Puede que ya estuviera considerándome una especie de heredero y su propósito sería que el padre Andrés y otros más fueran acostumbrándose a mí. Sentí un escalofrío. No me creía preparado para relevarlo. Debía esforzarme más, ser más serio, más inteligente, más rápido de reflejos. Me era imposible pensar tan deprisa como él. A su lado me sentía un pardillo y lo era, y me deprimía saberlo y tuve un bajonazo de ánimo junto al

perfil de plomo del conductor, con la respiración de Sheila a mi espalda y el fulgor del universo rodeándonos como una campana. Hasta que el Toyota paró en seco. Pensé en un bache, en un animal, y no me dio tiempo a más. Sentí el brillo de unos ojos sobre mí. El conductor no se movía, no hablaba. De la nada surgieron más ojos brillantes, que unidos a las armas y los correajes de munición resultaban terroríficos.

Nos hablaban a gritos. El conductor salió del coche y levantó las manos en lo que parecía una ofrenda a la luna. Era el fin. Sheila se tapó la boca para amortiguar el susto. Uno de ellos me ordenó que pasara detrás, junto a Sheila. Sin verlos venir, varios chicos se acomodaron dentro. No los miraba porque no sabía si mi mirada podría ofenderlos por insultante, prepotente o servil. Era mejor concentrarse en las manos de Sheila, su anillo, las uñas cortas y anchas, sus rodillas con rasguños por empeñarse en limar sobre ellas las piezas del taller y, aun así, bastante bonitas. Ya le había fallado a Maina. Lo que tendría que ser un viaje exitoso se truncaba nada más empezar y no valía decir que yo no tenía la culpa y que no podía hacer nada contra unos cuantos hombres armados. El lloriqueo y las disculpas no servían de nada. Si no existieran adversidades ni obstáculos en la vida, nadie podría sobresalir. Y Maina me estaba dando la oportunidad de sobresalir, y yo la había fastidiado. Sheila continuaba temblando. Me cogió la mano, la apretó sobre sus rodillas. Le temblaban. También yo estaba asustado por la gravedad de aquella situación. No entendía nada, salvo que no tenía buena pinta. Sheila me preguntó en voz muy baja: «¿Qué quieren de nosotros?». Como respuesta le apreté más la mano. Un soplo fresco recorría sus piernas dibujándole carne de gallina. «¿Van a matarnos?», siguió preguntando en voz baja.

«No te preocupes», dije, y entonces sentí un golpe en la cabeza y un hilo caliente resbalándome por el cuello, era sangre. Sheila no se atrevió a hablar más. Me miraba con pena y miedo. Me pedía socorro porque era el único ser humano presente al que pedírselo, y yo no podía dárselo.

Soportamos el traqueteo, la belleza hostil y fría de la noche estrechándonos, juntando nuestros cuerpos lo más posible y pidiendo, por una parte, que acabara aquel suplicio y, por otra, que no acabara nunca por miedo a cómo podría acabar. No me atreví a buscar el móvil en la mochila, ni siquiera me lo planteé. Y no tuve noción de cuánto tiempo llevábamos en el

Toyota cuando cruzó una valla que uno de ellos abrió casi en marcha. Se vislumbraban algunas casuchas. Todo era desconocido y olía a fogata, el olor de lo desconocido de aquí en adelante.

Una mujer pequeña y resuelta, con una tela enrollada al cuerpo, descalza y bastante adornada, nos indicó enérgicamente a todos que la siguiéramos. No estábamos en la misión, ni tampoco se veía por allí al padre Andrés. No me arriesgué a preguntar nada y dejé que los acontecimientos siguieran su curso. Cogí a Sheila de la mano y se la apreté de nuevo intentando transmitirle mis pensamientos. Por nada del mundo querría que se atreviera a ser valiente, ni que se dejara llevar por el cansancio y el mal humor. Ni por el deseo de quedar bien ante Maina intentando llegar a la misión fuese como fuese.

A pesar del aturdimiento y de tener que situarme espacialmente en este nuevo lugar, oí arrancar el motor del Toyota y vi que se quedaban dos chicos armados, los otros se marcharon. Nada hacía pensar que fueran a matarnos.

La mujer pequeña me indicó una cabaña cuya entrada la tapaba una piel marrón algo despellejada. Y a Sheila le indicó otra, como si velase por nuestra moralidad. Sheila y yo nos miramos un instante, y le sonreí para tranquilizarla porque había algo en su normalidad de chica corriente más temible que la anormalidad de Lilian y Louis.

## ISABEL

*Mombasa, marzo*

Estaba deseando hablar con Sheila. Quizá ella entrase en razón y me ayudara a buscar a Ezequiel. La encontré en nuestro cuarto. Tumbada en la cama mirando al techo. Su cuerpo, solo medio tapado entre las suaves telas moradas. Tenía el pelo más largo y algodonoso que antes, no brillante, lo que le hacía parecer una árabe del desierto.

—Te he echado de menos —dije sinceramente.

—¿Y por eso has tocado mis cosas?

Volqué toda la culpa sobre Lilian aunque yo las había registrado más profundamente que ella, me quedé con el número largo en la cinturilla del pantalón y encontré la foto de su madre o de alguien que se parecía mucho a Sheila. Secretos que necesariamente tendrían un significado.

—Lilian te odia, ¿lo sabías? Y haría cualquier cosa por encontrar algo que te comprometa y que te haga perder el favor de Maina.

Torció la mirada a un lado, como si en ese ángulo estuviese él besándola, acariciándola y todas esas cosas con que la tenía engatusada.

—Maina está por encima de esas pequeñeces, es un maestro de la vida. Está conectado con un mundo superior, que lo ayuda a tomar decisiones. A veces hace y dice cosas que aparentemente pueden herir a las almas simples, pero que son imprescindibles para nuestro crecimiento. Sus regañinas duelen como cuando de niños nos duelen los huesos al estirarse. Maina ha venido a nuestro mundo para obligarnos a progresar.

—¿Y Lilian está de acuerdo con todo eso?

—Lilian ya es E2.

—¿Qué significa eso?

—Grado de espiritualidad dos. Todavía ninguno de nosotros ha alcanzado el uno. El cero es Maina.

—¿Tú cuál eres?

—El tres. Y Louis el cuatro.

—Pero Maina se mete mucho con ella. No la trata bien.

—Porque quiere perfeccionarla más aún. Debemos aprender a soportar, a sufrir y a controlarnos, a no permitir que la energía se escape por el agujero de la ira, del odio, del ego, de la vanidad. Somos como un queso *gruyère*, con montones de orificios por donde pueden escapar nuestro espíritu y nuestra energía. Hay que aprender a cerrarlos. No podemos consentir que el mundo nos absorba. No puedes hacerte una idea de lo expuestos que estamos por no saber refugiarnos en nuestro espíritu. El Maestro sabe cómo enseñarnos, pero no es tarea fácil. Debe conducir nuestra conciencia por una selva de falsas sombras, lo que puede llegar a ser doloroso.

—Y al final, ¿qué encontramos?

—A nosotros mismos.

—¿Y qué me dices de Ezequiel?

—Está a punto de alcanzar un E2.

—Ya. ¿Dónde está?

—No puedo hablar contigo de eso. Me está completamente prohibido — dijo, y se dio media vuelta en la cama.

Veía su espalda sin pizca de agitación. Qué fácil era no sentirse responsable de nada.

—¿Y si lo matan? Ezequiel es tu amigo.

—El Maestro sabe lo que hay que hacer. Yo solo podría empeorar las cosas. Estoy bloqueada, confusa, no veo con claridad.

Sheila repetía las palabras del Maestro como si se refiriese a otra persona y no a sí misma, lo que olía a principio de esquizofrenia.

—Sheila, tú eres una chica valiente, con mucha personalidad. Cuando llegué aquí, en la primera persona en que me fijé fue en ti. Tienes mucho estilo, me encanta cómo vistes. Podrías ser diseñadora o llevar un blog de moda. Y a pesar del E2 de Lilian, creo que está celosa de ti y que en cuanto

pueda te expulsará del grupo.

Me miró con condescendencia.

—No entiendes nada. Hace cuatro años yo habría pensado como tú porque no sabía pensar correctamente. Solo ves el exterior de nuestra manera de comportarnos, no ves el interior, no ves cómo son las cosas en realidad. No puedes darte cuenta de que Maina todo lo hace por nuestro bien. Estás muy verde. Nunca fui partidaria de que entraras en el grupo porque sería muy trabajoso quitarte la venda de los ojos.

—Ezequiel me animó a venir. No sabía que erais un grupo tan cerrado — dije tratando de reconducir la conversación hacia Ezequiel—. Cuéntame lo que ocurrió, no creo que tenga tanta importancia que lo sepa.

—Repetiré lo mismo que dije anoche: cuando la avioneta aterrizó en el condado de Turkana, nos recogió un chico de la misión, pero antes de llegar nos asaltaron cuatro o cinco. No recuerdo bien, a veces eran cuatro, a veces cinco chicos nativos armados y con correajes cruzados sobre el pecho, nos taparon los ojos y nos llevaron a unos kilómetros de allí, tengo la impresión de que fueron dos horas de viaje. Paramos en un poblado vallado con una red de aluminio verde donde había unas diez cabañas, otro vallado también verde para diez vacas y las cabras, unos quince niños, once mujeres, varios hombres y dos guardias que nos vigilaban. El jefe del poblado llegó de viaje con su nueva esposa dos días antes de liberarme. Una chica de unos quince años. Me robaron mi ropa y el anillo que me regaló Maina. Y no pude hacer nada para recuperarlo y no quiero que se entere.

—Pero te lo robaron en una situación terrible. Lo entenderá.

—¿Cómo va a comprender que me dejase robar su anillo? Antes tendría que dejarme matar.

Me había fijado alguna vez en el anillo. También Lilian llevaba otro, aunque un poco diferente. Comprendí que Sheila había pasado la noche con Maina contándole todo con pelos y señales y que esto era lo que estaba autorizada a decir.

—¿Y luego? ¿Por qué estás tú aquí y no Ezequiel?

—Una noche uno de los vigilantes me sacó de mi cabaña. Creí que iba a violarme. No grité para no despertar a Ezequiel y que lo mataran al intentar protegerme. Me sacó del vallado. La esposa más vieja del jefe, *Madam*

Selina, vio cómo me sacaba. Y me encomendé a la suprema sabiduría para que ese trance no dañara mi alma. Cuando me obligó a detenerme cerré los ojos, no quería ver lo que iba a sucederle a mi cuerpo. Entonces me deslumbraron los faros de un todoterreno y me empujaron para que subiera. Me taparon los ojos, aunque no hacía falta porque era una noche con poca luna. Solo se oían los grillos. Tras dos horas de viaje más o menos, pararon, me abrieron la puerta y dirigieron los faros hacia un claro donde esperaba una avioneta. Uno de ellos dijo una frase en español aprendida de memoria, pero muy clara: «Ezequiel vale dos millones de euros. No lo olvides, dos millones». Cabeceé afirmativamente, no quería cabrearle, sobre todo después de lo que le habría costado aprender el nombre de Ezequiel. El piloto preguntó: «¿Sheila?», y tras observarme unos segundos, «¿no has traído equipaje?». Parecía que estaba a salvo.

Solo se me ocurrían preguntas y más preguntas. Cómo había llegado, una vez en Mombasa, desde donde la dejara la avioneta hasta la casa de la Orden, por ejemplo. Pero me indicó con las manos que lo dejara, que no insistiera. Cerró los ojos como cuando pensó que iban a violarla.

## EZEQUIEL

*Turkana, marzo*

La noche había limpiado el aplastante calor de la tarde. Se había llevado el polvo, el aire ardiente y el sonido de las chicharras. Había luna llena y las estrellas bajaban en remolinos hasta la tierra. Iluminaron a Sheila acurrucada junto a su cabaña, contemplando seguramente lo mismo que yo. Llevaba encima un paño de cuadros rojos. El fresco era tan limpio y transparente como un cristal negro y brillante por el que desfilaron, como en un sueño, el padre Andrés con su eterno acompañante suajili y la mujer del jefe del poblado. Pensé que, si realmente fuese él, nos llevaría a la misión; de lo contrario, habría sido una visión, el deseo de que alguien viniera a recogernos igual que a unos niños asustados a la puerta del colegio. Preferí no comentarle nada a Sheila para no crearle falsas ilusiones y que se concentrara en sobrevivir.

En el poblado tenían diez vacas y quince niños, once mujeres y dos chavales armados con correajes probablemente sin munición. Aun así, tanto Sheila como yo procurábamos obedecer las indicaciones y mostrarles cierta reverencia. Para ellos, éramos dos detenidos que no debían escapar ni hacer tonterías. Para nosotros, ellos eran nuestros guardianes o vigilantes. Al principio, la autoridad que ostentaban se les subió a la cabeza y nos daban algún empujón o algún grito con los pulmones y la boca llenos del aire polvoriento del lugar. Pero a la caída de la tarde solían sacar de un estuche un juego de mesa, que constaba de un tablero de madera y unas bolas negras, que los obligaba a concentrarse al máximo, a alegrarse y a enfadarse hasta que comenzaban otra partida. La segunda tarde nos acercamos con cautela a los



dos y nos quedamos observando, lo que no les molestó sino que animó aún más la partida. Les preguntamos cuáles eran las reglas, y uno de ellos trató de explicarlas, pero eran muy complicadas. Nos dejó por imposibles. Meneaba la cabeza a un lado y otro dándonos por perdidos. Y puede ser que nuestra torpeza despertara algo de simpatía hacia nosotros cuando estaba aburrido. Se acercaba a hablarnos y nos gastaba bromas. Le preguntamos por el jefe del poblado y nos dijo que había ido a comprar unas cabras y una esposa joven y hermosa a otro poblado y que tardaría varios días en volver.

Mientras tanto, su esposa actual, *Madam Selina*, ocupaba su lugar de jefe y, para que la respetaran y cumplieran sus órdenes, tenía que ponerse firme, gritar y sacar un vozarrón escondido en alguna parte de su pequeño y arrugado cuerpo. A veces se cabreaba tanto que pataleaba en el suelo como una niña. Nosotros éramos los únicos que respetábamos su autoridad como si fuese un hombre. Y Sheila me dijo que, por mucho que estuviesen estas mujeres acostumbradas a compartir a su marido con otras, no dejaba de ser bastante jodido, lo que debía de saber por propia experiencia al compartir a Maina, y que lo que tenía esta mujer dentro era rabia. Y que gracias a esta rabia ella podría traerla a nuestro terreno. Así que lo primero que hizo Sheila fue pedirle permiso para cualquier cosa, como ir a hacer sus necesidades fuera del poblado, o dar una vuelta o ir a recoger leña con ella. También le propuso ayudarla en las duras tareas del día a día y le llamaba la atención la agilidad con que se subía al tejado para arreglarlo, y a decir verdad aprendió muchas cosas de *Madam Selina*. También le alabó mucho unas bonitas tazas de porcelana floreada que algún viajero le había dejado de recuerdo y en las que no permitía beber a nadie.

El segundo paso de Sheila consistió en decirle, en uno de los pocos descansos que Selina se tomaba, que tenía unas grandes dotes de liderazgo y que, en su mundo, ella dirigiría una gran empresa con más empleados que toda la gente que vivía no solo en este poblado, sino en tres o cuatro más. También le dijo que llevaría unas ropas muy bonitas y le hizo un dibujo de un traje de chaqueta sastre y un vestido por encima de la rodilla, lo que le disgustó notablemente y dijo que, si tenía que vestirse así, renunciaba. Sheila la contentó explicando que las mujeres directivas como ella podían elegir la ropa, y además les regalaban complementos y pulseras de oro. «¿Y también

anillos?», dijo *Madam Selina* señalando uno que Maina le había regalado a Sheila cuando alcanzó el nivel E3. A Maina le encantaba regalarles joyas a las chicas del grupo como muestra de su amor, y solo podían ponerse estas joyas, y ninguna más, como gesto de su fidelidad a él. Así que Sheila dudó mucho sobre si regalárselo o no. Dárselo suponía una traición al Maestro. Significaba ceder ante el capricho de esta mujercita acostumbrada a ser humillada y explotada. Y lo peor de todo es que para Maina nada, ni siquiera la muerte inminente, justificaría tal traición. Pero nosotros necesitábamos beber más, no estábamos acostumbrados a la sequía ni a su mezquino pozo de agua turbia. Temíamos enfermarnos de disentería, del ébola, de malaria, y morir. Necesitábamos más agua potable e incluso ducharnos alguna vez. «Toma, es un recuerdo muy querido para mí, pero quiero que sea tuyo. Con él podrías comprar un rebaño de cabras», dijo Sheila sacándose con verdadero dolor el anillo del dedo.

*Madam Selina* le dijo que no era tonta y que absolutamente todo no lo medían por vacas y cabras. Ella fue a la escuela y sabía leer y escribir muy bien, por eso su esposo, a pesar de que ella ya tenía cuarenta y cinco años y de no haber podido tener hijos, no quería repudiarla, la necesitaba. No tomaba ninguna decisión importante sin consultarle, y también le cedía el control de las cuentas. Sheila le habría aconsejado que, dado su estatus, no tenía por qué subirse a los tejados ni acarrear monstruosos haces de leña y paja. Le podría haber dicho muchas cosas, y un extraterrestre venido de un planeta mucho más evolucionado y justo que el nuestro también podría decirle muchas cosas a Sheila, así que decidió que todo esto era más que suficiente.

Sin embargo, a partir del regalo del anillo y de las palabras halagadoras hacia *Madam Selina*, todo siguió igual. Sheila le pidió más agua embotellada y poder asearnos mejor y ella le contestó que, si ellos podían sobrevivir así, también nosotros podríamos porque ante los ojos de nuestro Dios todos éramos iguales. Y Sheila se quedó con la boca abierta y con la certeza de que *Madam Selina* realmente estaba llamada para un alto cargo directivo cabrón. Solo uno de los guardianes empeñado en enseñarnos a jugar a su complicado juego de mesa nos traía un coco de vez en cuando, con el agujero hecho para que pudiéramos beber el líquido sin problemas, y Sheila pensó que tendría que haberle regalado el anillo a él y no a esa bruja pequeña, arrugada y mala.

Sheila procuraba no tropezársela y ya no le daba pena que trabajara como una burra de la mañana a la noche, ni salía corriendo a ayudarla con los pesados y enormes haces de leña, y le daba igual si se escurría de un tejado y se partía una pierna. Y finalmente admitió que solo ella tenía la culpa por haberla considerado una pobre mujer cuando la propia *Madam* Selina, por mucho que a los cuarenta y cinco años pareciese que tenía setenta, no se consideraba así.

## ISABEL

*Mombasa, marzo*

No sabía qué hacer. No quería pasarme de lista, precipitarme y estropear algo que aún no estuviera roto. Lilian, Louis y yo fuimos a la cooperativa a trabajar como siempre. Nada más entrar, nos asaltaba el olor de madera, aguarrás, pintura, el polvillo del serrín.

Los artesanos se afanaban sobre sus creaciones con las espaldas brillantes por un ligero sudor, de modo que los elefantes, las jirafas, los leones, sillas de dos piezas y estilizadas figuras humanas se amontonaban sin orden ni concierto, creando montañas de producción sin futuro. No eran conscientes de que los turistas en África se volvían inconcebiblemente tacaños, regateaban por unos céntimos y le daban mil vueltas a un servilletero, contaminados, sin duda, de la gran pobreza del país.

En el taller de los pendientes una mujer había ocupado el puesto del difunto joyero. Le sonreí y ella a mí. Le pregunté si era la esposa del dueño anterior y me contestó que sí y que, cuando quisiera, podía dibujarme las palmas de las manos con henna.

Llevaba una chilaba amarilla, muy bonita. También se lo dije. Era un alivio hablar con una persona normal de fuera del grupo. Le pregunté si era difícil para una mujer llevar sola un negocio como ese, a lo que respondió que su marido era muy trabajador y muy listo, pero que ella haría lo que pudiese. Tenía tres hijos pequeños, y pensé que la próxima vez cogería algo de dinero de la mochila y se lo daría para que les comprase un juguete de mi parte. Aunque no estaba segura, podría ofenderse pensando que era un acto de

caridad, a veces era difícil saber quién lo aceptaría y quién no, quién lo deseaba y quién no. Me devolvió al trabajo Lilian, que me puso en la mano un trozo de asta y me dijo que la limara siguiendo el dibujo que había trazado ella. Obedecí pensando lo absurdo que era matar el tiempo así mientras Ezequiel estaba en peligro, si no muerto.

—¿Te has enterado de lo de Ezequiel? —pregunté a las profundas ojeras de Louis.

Cabeceó afirmativamente y consultó de reojo a Lilian, que por poseer un rango superior a él tendría que darle el visto bueno sobre lo que podía y no podía decir.

—Tendríamos que hacer algo, ¿no os parece?

—Seguro que sí —dijo Lilian cogiendo un pincel—, pero no ahora mismo. Ahora tenemos un pedido de cien pulseras de hueso. ¡A trabajar!

Tenía los dedos alargados y moldeados por millones de cigarrillos, porros y mil cosas más que habían sostenido con gran pericia.

—¿Va a vivir con nosotros la chica esa a quien Maina corrige la postura en sus habitaciones particulares?

—Ten cuidado —dijo Louis—, no sea que no vuelvas a ver a tu Ezequiel.

Lilian le tiró una figurita a la cabeza. Él se rio. Parecían dos niños. No podía fiarme de ellos en absoluto.

Trabajamos al gran ritmo del resto de la cooperativa y terminamos lo que se dice exhaustos y con cincuenta pulseras acabadas, que se venderían a los minoristas a diez euros como mucho, para que el vendedor pudiera sacar quince a los tacaños turistas blancos. Seguro que en alguna parte un batallón de niños desnutridos estarían confeccionando otras parecidas por tres euros, para poder venderlas a siete.

—Mañana tendremos que terminar el lote.

Antes de marcharnos, escribí en un papel: «Tengo que hablar contigo urgentemente. Isabel». Me acerqué a la mujer de la chilaba amarilla del puesto de enfrente y le dije que, si por casualidad viese por allí a un chico que llevaba una chancla verde y otra roja, le entregase la nota. Le mencioné dos veces las chanclas. Pareció entenderme, comprender que me encontraba en un apuro. Sentí que su piel y sus ademanes femeninos, que el calor de su carne que había amamantado y los ropajes que la protegían se compenetraban

conmigo. Se metió la nota en la manga. «Espero conocer a tus hijos», dije. Me envolvió en una cálida mirada que parecía salida del pecho.

Durante la cena cualquier ruido me sobresaltaba. Bun-Bun moviendo las ramas, el portazo de un coche en la calle, el arrastrar de unos pies por el jardín. De verdad creía que en algún momento entraría Ezequiel diciendo que tenía sed o que estaba muy cansado y que se alegraba de vernos, y entonces todo habría terminado y quizá decidiera marcharme sin tratar de devolverlo a su otra vida.

Masticábamos despacio, mirándonos de reojo, tratando de repetir, como en un ritual, los movimientos que hicimos cuando Sheila apareció la noche anterior. Un conjuro para que en la cocina se materializara Ezequiel. Pero cuando ya estábamos recogiendo los platos, Maina hizo un alto para informarnos de que, según el padre Andrés, el asunto no pintaba nada bien y que indagaría hasta saber qué grupo, posiblemente terrorista, retenía a Ezequiel. «Hay que confiar en él, sabe lo que hace», dijo.

Salí al jardín, echaba de menos las grandes lluvias, el sonido estruendoso del chaparrón, los charcos, la vida estrepitosa. Ahora nada venía del cielo, todo estaba a ras de la tierra y su sequedad. Los olores de las plantas apenas se movían, se quedaban anclados y solo con alguna ligera brisa viajaban unos metros. La luna era casi inexistente, una elegante y fina curva de luz, las estrellas parecían acercarse y alejarse, encenderse y apagarse. «Ezequiel, ¿dónde estás?».

Sentí una mano en el hombro. Era intensa, cálida, penetrante.

La sentí en todo el cuerpo y supe que era de Maina antes de volverme hacia él.

—Sé que estás muy preocupada. Quizá Ezequiel haya despertado en ti grandes deseos protectores. Las mujeres siempre estáis buscando un hijo en cada hombre. O un padre. Por eso el sexo es un trámite para llegar a cumplir el auténtico deseo y no tiene una importancia decisiva para vosotras. Tú también buscas a tu hermano.

¿Qué intentaba decirme?

—Tendríamos que hablar mucho sobre todo esto. Me gustaría ayudarte.

Cuando me liberó el hombro, respiré. Ni una cadena ni una mordaza podrían haberme aprisionado tanto.

—Me gustaría ayudar a Ezequiel y no sé cómo —dije con restos de la angustia desprendida de su mano—. Estamos perdiendo el tiempo. Seguro que hay alguna forma de dar con él, de ponernos en contacto con los secuestradores.

—Estoy esperando información del padre Andrés. Mientras tanto, es preciso que concentremos nuestros pensamientos, deseos, esperanzas, toda nuestra energía en Ezequiel. Debemos permanecer unidos y juntos para reforzar nuestra fe en él. Dentro de media hora nos reuniremos en mis habitaciones. Como ya sabes, están en el segundo piso al fondo. Quizá tenga alguna noticia que daros. Así podrás saciar tu curiosidad —dijo, y me pasó su poderosa mano por el pelo.

Tuve que revolvérmelo y sacudir la cabeza varias veces para deshacerme de su contacto.

Ya le habían puesto al corriente de mi interés por el segundo piso, por la nueva chica de yoga. Nadie osaba ocultarle ningún detalle a Maina. Y precisamente por eso no deseaba subir a su territorio, me recordaba los momentos angustiosos en que debía atravesar el umbral del colegio, y el umbral del tanatorio de mi hermano. Entrar en sus dominios suponía un paso más en alguna dirección.

## EZEQUIEL

*Turkana, marzo*

Sheila había mantenido un infructuoso contacto con *Madam Selina*. Y gracias a su experiencia, sabía que debía andarme con cuidado cuando me decidí a ir a visitarla. Iba a arrancar un ramillete de florecillas amarillas diminutas que crecían en los contornos del poblado para dárselo, pero luego me pareció ridículo. Si no se la ablandaba con una joya, menos con una birria de ramo. La llamé desde abajo de un tejado que estaba arreglando y me invitó a subir, y con toda probabilidad a ayudarla. Siempre estaba trabajando. Por el contrario, los guardianes se pasaban la vida mano sobre mano, y los niños y algún que otro adolescente, pastoreando por el campo, lo que tampoco suponía un gran trabajo. Primero tuve que adivinar cómo había logrado subir ella hasta allí y después casi me caigo por un agujero. *Madam Selina* entrelazaba los sarmientos con mucha habilidad y, cuando por fin estuve a su altura, se incorporó un segundo para mirarme, momento en que me di cuenta de que tenía unos ojos muy bonitos, azulados como el firmamento por la noche, una nariz preciosa y unos labios sonrosados, ni delgados ni gruesos, en su justa medida, y que, de no ser porque la piel se le había envejecido veinte años antes que a una occidental, podría considerársela una belleza exótica. Su cuerpo era muy ágil y, por lo que podía apreciarse, sin un gramo de grasa, y el hecho de que fuese bajita la volvía graciosa. Ignorante de su atractivo, me observaba intensa e impacientemente esperando una palabra mía. Le habría dicho que, por muy joven que fuese la nueva mujer de su marido y por mucho que le atrajese sexualmente, nunca le llegaría a ella a la suela del zapato. El anillo de Sheila



brillaba entre los sarmientos grises. Resultaba maravilloso en aquel tejado, bajo el sol de la tarde sobre la piel amarronada y arrugada de *Madam Selina*. Al darse cuenta de que lo admiraba, me lo mostró orgullosa.

No bajamos hasta que el agujero estuvo reparado. Yo era su ayudante, pero mis botazas estorbaban para todo y ella se rio de mi torpeza, de las botas y puede que en general de toda mi persona.

Me gustaba verla reír y las bromas que me gastaba cuando me daba un palo pequeño para cruzarlo con otro y yo me volvía loco porque se me caía constantemente y entonces ella se moría de risa, y también cuando bajé a tierra firme hecho un completo patoso. La ayudé también a transportar un bidón de agua bastante grande hasta una cabaña almacén ante la curiosa mirada de los jóvenes guardianes, a quienes parece que nunca se les habría ocurrido echarle una mano. Ella me dijo que habría sido más fácil acarrearlo en la cabeza, y ya no quise indagar cómo lo habría alzado hasta ahí. Un hecho igual de misterioso que la eterna pregunta de cómo los egipcios fueron capaces de elevar los vertiginosos bloques de piedra de las pirámides.

En la cabaña almacén había paquetes de leche en polvo y bidones de agua potable que se nos racionaba exageradamente, salvo que la explicación fuese que íbamos a estar retenidos mucho tiempo. Le pregunté cuánto nos duraría toda esa agua al ritmo que bebíamos y nos lavábamos Sheila y yo. Entonces *Madam Selina* entornó sus preciosos ojos e hizo un cálculo hiperrápido: un año y veinticuatro días. «¿En serio?», pregunté. Abrió los brazos expresando absoluta certeza. Me senté desplomado sobre un cajón de conservas. Me impresionaba que poseyera esa capacidad de cálculo, y también que se barajara la posibilidad de vivir aquí un año.

—Eres muy inteligente —dije—. No entiendo por qué tu marido tiene que buscar otra esposa. —Hice una pausa—. Y también eres bella. —Otra pausa ante su mirada impasible—. Y muy trabajadora. Tu marido no se merece una mujer como tú.

El cambio de mirada, de gesto y de tono de voz me sobresaltó. Noté que acababa de meter la pata hasta el fondo.

—Mi marido tiene derecho a tener hijos, a tener otra esposa más joven que yo. Y cuando regrese, le diré todo lo que me has dicho, y no va a gustarle.

—Pero tú no eres vieja, de verdad.

—No voy a daros más agua que la que tengo que daros, ni nada de lo que hay aquí.

Su voz fue haciéndose más chillona y su atractivo se marchitó en cuestión de minutos. Ya no era la misma, me había hecho una imagen de ella para que fuese por fuera y por dentro como yo quería, y para lograr que empatizara con mi necesidad de más agua y limpieza.

Creo que nos conocía más a los occidentales que a su propio marido. Sabía ponernos en nuestro sitio y no dejarse llevar a nuestro terreno. Seguro que pensaba: si quieres ayudarme, ayúdame; si quieres regalarme una joya, regálamela, pero yo sigo a lo mío, no a lo tuyo.

Una tarde, comenzaba a ponerse el sol y Sheila y yo contemplábamos cómo jugaban nuestros guardianes sin intentar entender el juego, solo por estar cerca de otros seres humanos que nos miraban riéndose a carcajadas cuando ganaban, como si nosotros estuviéramos en el ajo. En realidad, nos preguntábamos cuánto tiempo más estaríamos allí. Sheila me dijo que a ella no le importaría encargarse de los niños y enseñarles a sumar y restar y a asearse si tuviésemos suficiente agua y si esa intromisión no cabrease a las madres. Le dije que hablaría con *Madam Selina* para que le dejara contarles cuentos y peinarles trenzas a las niñas. Y fue entonces cuando unas figuras avanzaban y retrocedían, se doblaban y enderezaban contra el resplandor rojo de un sol que se desangraba sobre la tierra cuarteada. Todos volvimos la vista hacia ellos. Los guardianes enarbolaron los Kaláshnikov y nos temimos que soltaran algunas ráfagas de alegría o advertencia, que podrían escaparse y herir a alguien, cosa que no hicieron para no gastar munición o porque no la tenían. El caso es que solo con sostener las armas con sus musculosos brazos daban ganas de esconderse porque, al igual que *Madam Selina*, ellos tenían una forma de ver las cosas bastante distinta a la nuestra. La única que no levantó la vista de la piel que estaba curtiendo fue precisamente *Madam Selina*. Le bastaban la alegría y movimientos de los chicos y nuestra reconcentrada atención en el horizonte para saber que su futuro se aproximaba. También el nuestro. Sheila y yo no necesitábamos decirlo con todas las letras para saber que, si el jefe del poblado era más razonable que su veterana esposa, nuestra vida mejoraría. Si por el contrario era más tirano que ella, podíamos empezar a rezar.

Cuando por fin las figuras de la lejanía se hicieron completamente visibles y se definieron, no pudimos evitar levantarnos de nuestros asientos, dos bancos de madera recubiertos de piel de cabra que, si salíamos de esta, Sheila le propondría a Maina como nuevo artículo de la cooperativa. Primero nos fijamos en la chica. De unos quince años, piel suave a más no poder, pechos turgentes que daba rubor mirar, no como los de *Madam Selina*, que no daban ninguno porque era como ver un brazo o una pierna. Labios jugosos, un rosa más claro por dentro y un rosa más fuerte por fuera, mirada adolescente. Brazaletes en las muñecas y en los tobillos, gargantillas en el cuello, pendientes, una tela alrededor de su hermoso cuerpo desde la cintura hasta los tobillos. Una muñeca. Lo que estaba haciendo el jefe de una manera admitida por todos es lo que vi hacer, más o menos clandestinamente, a mis jefes del bufete en el que hice prácticas. El jefe debía de ser mayor que *Madam Selina*, y sin embargo, su cuerpo estaba más en consonancia con el de la nueva mujer que con el de ella. Atlético, piel suave y adornado sin reparar en excesos: pendientes, collares, tobilleras, brazaletes. Él y la joven esposa resultaban terriblemente eróticos. Tras saludar brevemente a quienes los rodeábamos — niños, mujeres, guardianes y Sheila y yo—, se metieron en una cabaña. Me llamó la atención que lo primero que hicieran no fuese beber agua y refrescarse. Me acordé de Marta, que siempre llevaba una botella de agua en la mano, y de Maina, que decía que el sexo era un don, el único don verdadero con que se nos había bendecido a los mortales, el más poderoso de los poderes, nuestra unión con el cosmos. Quizá era también lo que pensaba el jefe. Mientras tanto, *Madam Selina* seguía a lo suyo, sin mover una ceja en dirección a la perturbadora cabaña. Se me ocurrió pensar que quizá ella misma la había arreglado por dentro para ese momento.

Cuando terminó su tarea con el curtido de piel, se levantó y me miró. No descubrí odio, ni celos, ni ira ni resignación en sus ojos, más oscuros que durante el día. Ví confianza en el mundo y su poder sobre él. En nueve meses el jefe tendría un hijo y luego otro y otro. La muñeca se volvería una mujer y envejecería. *Madam Selina* lo ayudaría a reunir suficientes vacas para comprar otra mujer joven, y esta de ahora pasaría a hacer las tareas más fastidiosas, y *Madam Selina* sería siempre quien dirigiera al jefe que dirigía la aldea. Aunque quién sabe, su mente iba más rápida que la mía y sus cálculos

eran insondables.

## ISABEL

*Mombasa, marzo*

No tuve más remedio que acudir a la cita en las habitaciones de Maina si no quería quedarme fuera de las últimas novedades. Lo único importante es que Ezequiel podría morir y también que podríamos salvarlo. Así que hice lo que tenía que hacer. Entrar en aquel templo extraño con olor a sándalo. Me senté en unos cojines en el suelo entre Sheila y Louis. Lilian sirvió té mientras lo esperábamos. Era un ambiente pasado de moda, con gente que podríamos estar situados en cualquier siglo con ligeros cambios de vestuario. Louis me cogió la mano y me miró a los ojos. «Ezequiel está cumpliendo su destino». No sé por qué, lo habría besado. Sí lo sabía, me sentía demasiado sola, necesitada de un poco de cariño, y cualquiera —que no fuese Bun-Bun— que se me acercara, me cogiera de la mano o me mirara a los ojos amigablemente era candidato a que me encariñara de él.

Sheila, recostada en el suelo, no estaba allí mentalmente. No oía ni decía nada. Esperaba alguna orden para actuar. Lilian preparaba una bandeja con dátiles, pasas, ciruelas, higos secos y nueces, y otra con rodajas de mango y plátanos. Por fin llegó Maina con la nueva chica, a la que sentó en un cojín a su lado.

Sinceramente, me tranquilizó que tuviera una depositaria de sus caricias. Ella se encontraba transida, no sabía cómo actuar a pesar de que no podía reprimir un porte de cierta superioridad, el porte de los elegidos en cualquier faceta de la vida. Lilian no la miraba, ostentaba el porte de la veteranía, la experiencia, su E2. Sheila no se sorprendía por nada, conocía el ritual, y a

Louis aquello le gustaba. Nos cogimos las manos con los ojos cerrados. Inspirábamos y expirábamos profundamente. El olor a incienso era un poco mareante. «Unámonos en un fuerte pensamiento hacia nuestro hermano Ezequiel». Me uní, pensé en él con todas mis fuerzas; en realidad, pensé en mi hermano, para que me ayudara a pensar en Ezequiel. Luego nos abrazamos, sentí el olor de Louis en mi cuello, era un poco ácido. Creo que rocé su pene dirigido hacia mí. Sentí un pecho de Sheila en el costado. Después noté con los ojos cerrados que se apagaban las luces, dejé de ver tras los párpados el tono anaranjado de la habitación. Había intuido que ese momento llegaría de una u otra manera. Maina era un líder, atraía a la gente porque necesitaba constantemente gente de la que apoderarse, seres vivos que le entregaran con gusto su alma, sus pensamientos y su voluntad, y por supuesto su cuerpo. Un líder sin gente no es absolutamente nadie. Y ese era el momento elegido por él para iniciar una comunión de la carne. El suave cabello de Lilian me cayó sobre la caray me dijo al oído con un aliento caliente: «Ve a su lado».

—No estoy preparada. Disculpa, tengo que salir.

Me levanté y tardé unos segundos en distinguir bultos de muebles y a las personas en círculo que ya eran casi mis amigos. La carne blanca resplandecía como en un cuadro de Rubens.

Estaban desnudos, y con el sándalo comenzaba a mezclarse un pastoso olor a sexo y sudor, y si me hubiese quedado cinco minutos más, también se habrían mezclado los míos y luego me habría costado trabajo quitármelo de la cabeza. Salí tanteando las paredes y bajé rápidamente a la cocina. Abrí la alacena y saqué de la lata de té de Maina la llavecita de la caja de los móviles. Casi todos estaban sin batería, también el mío. Fui encendiéndolos uno a uno por si alguno no estuviera agotado y tuve suerte con uno. Volví a cerrar la caja y la lata de té.

En mi cuarto busqué el número de los padres de Ezequiel y lo marqué en aquel móvil desconocido. Tuve que insistir tanto que pensé que la vida de Ezequiel debía de importarles bien poco. Al final contestó la madre.

—Soy Isabel. Sé algo sobre Ezequiel.

Oí un grito de alegría o de angustia. Y llamó a su marido.

—No tengo tiempo de explicar nada. Piden un rescate de dos millones de euros, no se sabe quién.

El padre de Ezequiel, como siempre, le quitó el teléfono de la mano.

—Te pedí que lo dejaras ya. No solo no lo has traído a casa, sino que lo secuestran. Te ruego que no fastidies más las cosas —dijo, y colgó.

Me pareció injusto e irracional que me culpara de lo que ocurría, pero también comprendía el impacto de la noticia. Busqué el teléfono del secretario de la embajada.

No respondió, pero al momento me devolvió la llamada. Solo sonó un timbrado, suficiente para que Bun-Bun chillara. Esperaba que el grupo se encontrara entretenido en plena orgía en el piso de arriba y que no hubiesen oído nada.

—Soy Isabel García, necesito hablar contigo, es algo grave, ¿podrías venir a Mombasa?

—Tengo que ir la semana próxima a solucionar unos problemas...

—Ha ocurrido algo que no puede esperar.

—Iré mañana al hotel Serena Beach a la hora de comer.

Lo apagué y lo escondí en un pequeño hueco en el muro trasero, donde tendíamos la ropa y Lilian se lavaba su voluminosa cabellera. Estaba segura de que, cuando hicieran el recuento de móviles, se fijarían primero en el mío y ya no seguirían. A la altura del baño-cobertizo, vi una figura conocida. Reconocía los pasos de cada miembro del grupo. Los de Maina eran pesados y separados, por sus largas piernas y su mucha confianza en sí mismo.

—Nos has abandonado —dijo—. Todo lo preparamos por ti y te has ido como las sombras en la noche.

No supe si hablaba en serio o en broma.

Sonreía mientras decía estas cosas, no producía temor, todo lo contrario, lo que me intimidaba más aún. De haber podido, habría salido corriendo y trepado el muro como Bun-Bun para librarme de su poder.

—Creía que la ceremonia era en favor de Ezequiel, no de mí.

—Solo a través de tu fuerza y tu energía llegaremos a él. Eres imprescindible para nosotros.

—¿Dónde están los otros?

—No te preocupes por ellos, yo te comprendo. Has de trabajar con más ahínco en romper las barreras de tu individualidad, que no te dejan ser libre ni gozar de la auténtica humanidad, de la comunión con quienes tú llamas los

otros. ¿No te das cuenta de que los demás somos prolongaciones de tu espíritu, de tu ser, de tus virtudes y tus defectos, de tus pecados? Somos prolongaciones de tus fantasías y servimos para exorcizarlas. Sin nuestros pecados, tus virtudes no existirían, y al revés, sin tus traiciones, nuestra lealtad no tendría sentido.

Con la túnica y sus maneras comprensivas parecía Jesucristo dirigiéndose a Judas o a san Pedro cuando lo negó tres veces. Se acercó y me abrazó. Olía a semen, vagina, sándalo, dátiles y ecos de *aftershave*. No tuve valor para rechazarlo. Fue un abrazo fraternal, cósmico, diría él. De no haber estado tan tensa, me habría reconfortado. Fue un apretón breve, sin recrearse en el contacto, como si realmente no disfrutase del sexo ni de la orgía de la que acababa de salir, como si con él nada tuviese el mismo sentido que para la gente común y rastrera. Había creado las leyes de su propio mundo moral.

—Encontraremos a Ezequiel, no lo dudes, pero has de tener fe en mí.

Dio una vuelta al jardín ensimismándose en los árboles y las rosas, que tras las lluvias habían resucitado con gran fuerza y que sobresalían en la oscuridad con reflejos rojos, verdes, blancos y amarillos. Cortó una de las más grandes y me la dio sin rozarme siquiera la mano. «Hasta mañana», dijo. Procuré que la vista no se me fuera al hueco del muro donde el móvil lanzaba brillantes ráfagas de luciérnaga. Con la rosa entre los dedos, sentí un alivio que en otras circunstancias podría haber sido vacío y soledad. Yo podría haber sido Sheila, Lilian o Louis si mi hermano no se hubiera inmolido para que yo me salvara de dejarme atrapar por las mandíbulas de alguien como Maina.

Cuando llegué al cuarto, Sheila dormía y hablaba. Hablaba y dormía en un gran ambiente de tragedia. Gemía como si llorase y a continuación reía. Tenía dos vidas tan intensas, la del día y la de la noche, que no me extrañaba que necesitara que alguien como Maina le dijera cómo vivir una. Y encima, había vuelto sin Ezequiel. Al primer golpe de vista, Lilian me resultó mucho más vulnerable, débil, perdida y difícilmente recuperable. Ahora sabía que Lilian, en el pequeño ejército de Maina, debía de poseer más o menos el grado de general y mandaba sobre Sheila. Me pareció, o quise que me pareciera, oírle murmurar el nombre de Ezequiel. No estaba segura, durmiendo hacemos muchos sonidos que suenan a «zeta». «Me voy», dijo claramente. «Adiós»,



dijo sin ninguna tristeza. Si se despedía de Ezequiel, no se despedía con pesar ni dramáticamente. Lo que hubiese dado por entrar en su mente y ver lo que estaba viviendo. Quizá solo se trataba del deseo de que Ezequiel se encontrara bien. Quizá nada de eso tenía que ver con Ezequiel.

## EZEQUIEL

*Turkana, mano*

A Sheila le molestaba mi admiración por *Madam Selina* y que pasara por alto su frialdad y falta de caridad. Y tenía que darle la razón internamente, sobre todo cuando el jefe, saciados sus apetitos carnales, *ordenó* a uno de los chicos que nos llevaran ante su presencia y la de su joven esposa para conocernos. Estaba muy enfadado y nos regañó severamente por tener que cuidar de nosotros, alimentarnos y vigilarnos debido a algo malo que habríamos hecho y que a él no le importaba. Le contestamos que no habíamos hecho absolutamente nada reprobable, pero no nos dejó terminar: algo habríamos hecho en el pasado y estábamos cargando sobre él nuestras fechorías y nuestras culpas. Podríamos haber sido nosotros o nuestros antepasados, daba igual. Terminada cada frase, levantaba la barbilla como rúbrica de lo dicho.

Era absurdo discutir sin apenas entendernos, él mezclaba el inglés con el suajili y nosotros no acertábamos a comprender qué esperaba que dijéramos. La chica estaba a su lado con la mirada un poco perdida, esperando que terminase esa discusión de abuelos para reunirse con su pandilla. *Madam Selina* andaba por allí atareada con las cabras que el jefe había comprado en el mismo lote que la joven esposa. Pero cuando emprendíamos la retirada a nuestras cabañas, la nueva esposa dijo algo con la voz más dulce que he oído nunca. Se lo susurró a su esposo y retumbó por entre las casuchas y entre las cabras y las escuálidas vacas y se extendió por toda la pradera de tierra seca y seguramente llegó a oídos de los peces del lago: «Quiero la ropa de esa». No podría precisar en qué lengua lo dijo, pero lo entendimos perfectamente.

Señaló la camiseta, los pantalones cortos, el pañuelo atado a la cabeza en forma de cinta, la gargantilla que se hizo un día en la cooperativa y las deportivas. Lo quería todo de Sheila. Sheila interpretó que le gustaba su estilo y le sonrió, lo que la chica interpretó como que podía cogerlo, así que se acercó a ella e intentó desnudarla, arrancarle los pantalones, la camiseta. Sheila se defendía como podía, y yo le grité: «Por favor, Sheila, dale lo que quiere. Qué más da. Son solo unos pantalones y una camiseta. Es una pobre chica». Sin embargo, Sheila se resistió: «No me da la gana. Es mío». A la chica se le saltaron las lágrimas y miró desconsolada a su esposo. ¿Qué clase de jefe era si ella no podía tener lo que quería? El jefe buscó con la mirada a *Madam Selina*, y esta apartó unos juncos con los que estaba trenzando un cesto, se levantó con su consabida agilidad, cogió de la mano a Sheila, la condujo a la cabaña, cuyo tejado yo medio la ayudé a reparar, y allí estuvieron un rato. Esperamos sin impacientarnos, contemplando el horizonte como si, de una manera innata, todos supieran meditar. La esposa joven vigilaba la cabaña.

Después de un tiempo inconcreto, vago, ya se había hecho de noche, Sheila salió con una tela morada alrededor del cuerpo, unos aros de plata tosca en las muñecas y nada más. Tras ella, vimos a *Madam Selina* con la ropa de Sheila doblada, y encima, coronando el conjunto, las zapatillas de deporte.

No se lo entregó a la nueva esposa, sino al esposo de ambas. La chica no le dio las gracias, ni siquiera la miró, lo que no sabía es que ya lo pagaría. Por normal que fuese que ella no tuviera que agradecerle ni agradecerle nada a *Madam Selina*, en el futuro lo pagaría con creces. Esperaba que Sheila viniese a mi lado para contarme qué había ocurrido. Yo era su único amigo allí; más que amigo, hermano. ¿Con quién iba a hablar de ese último expolio de su persona? Y necesitaría hablar. Maina prácticamente nos obligaba a hablar de cualquier cosa que nos perturbara, de nuestros sentimientos, debilidades, miedos. Si él estuviera aquí, la obligaría a contar lo sucedido dentro de la cabaña con pelos y señales. Por el contrario, Sheila ni siquiera detuvo la vista en mí, la pasó de largo varias veces. Y cuando intenté acercarme a ella, se metió en su cabaña.

No sé por qué me apenaba su actitud y me creaba sentimientos de culpa sin justificar. No encontraba en mi comportamiento ningún motivo de reproche, a no ser que ella pensara que debía haber salido en defensa de su ropa, lo que en

nuestras circunstancias era una completa locura. Solo le importaba Maina cuando el Maestro, como él mismo me había dicho más de una vez, no podía dedicar su corta y única vida a una sola persona. El hecho de que veamos una sola luna y un solo sol no quiere decir que no existan miles de millones más en el universo. ¿Por qué limitarse? ¿Por qué no explorar un poco más allá, aunque al principio nos dé miedo, aprensión, vértigo? Sheila tenía que admitir que siempre que Maina le había propuesto unirse al padre Andrés para explorar sus otras identidades con él, lo había hecho de tan mala gana que el padre Andrés dijo que no estaba preparada para ningún tipo de contacto espiritual. Su maduración como ser humano estaba paralizada, así que Maina tenía mucho trabajo por delante y estaba un poco cansado de Sheila.

## ISABEL

*Mombasa, marzo*

Por la mañana, antes de salir del cuarto para desayunar, le pregunté a Sheila si había dormido bien. Me dijo que de un tirón y no pude resistir comentarle que yo no había pegado ojo porque ella hablaba por los codos soñando. Se quedó en silencio mientras se rodeaba el cuerpo con las nuevas telas moradas.

—Lo siento, no quería escuchar. ¿Nadie te lo ha dicho?

—Me pasaba de pequeña, por el estrés del colegio, y de mayor, por las oposiciones. No sabía que me había vuelto.

Me extrañó que Maina no se lo hubiera advertido, lo que significaba que no dormía mucho rato con ella o que dormía tan profundamente que no se enteraba.

—¿Qué dije? ¿De qué hablé?

—De Ezequiel.

—No recuerdo nada —dijo bastante preocupada—. No recuerdo haber soñado con él.

—Para eso estoy yo.

—Pero ¿qué dije? —Terminó de anudarse el vestido en forma de sari y se puso unas pulseras—. Creo que sabes más de un secreto mío, ¿es así? Has estado hurgando en mis cosas. ¿O tengo que preocuparme por que los sepa Lilian?

—Puedes estar tranquila. No creo que haya encontrado el número en la cinturilla del pantalón y no ha oído lo que he escuchado yo sobre Ezequiel en tu sueño. Te despediste de él diciéndole alegremente adiós, como si fueseis a

veros pronto. Dime dónde está.

—Ojalá lo supiera.

—Es bastante probable que a Maina no le haga mucha gracia, aparte de que te dejaras robar su anillo a la primera de cambio, que escondas cosillas por ahí, números, fotos. Aunque la que disfrutaría bastante con la idea sería Lilian, por mucho que tú digas que es una E2 y que solo le importa el bienestar del grupo. Las dos sabemos que lo único que le importa es Maina, que confíe en ella, que la considere maravillosa, que la ame. Y piensa que tú eres un obstáculo y por eso no consentirá de ninguna manera que asciendas a E2, que es como ir ascendiendo en el corazón del Maestro. Eres muy atractiva y ella es una pobre chica que jamás le ha gustado a nadie, y las pobres chicas son terribles.

—Creí que lo liberarían después de mí, que nos encontraríamos más tarde. Al pie de la avioneta me dijeron lo de los dos millones por el rescate.

—¿Viste al padre Andrés en algún momento?

La cabeza osciló a derecha e izquierda pensativa. Una negación dubitativa.

—Jamás diré que me lo has dicho, jamás te traicionaré. ¿Viste en algún momento al padre Andrés?

—No lo sé. Creí verlo una noche desde mi cabaña. Las estrellas brillaban con tanta fuerza que daban miedo. Podría haber escapado, correr campo a través. Pero ¿adónde? No sabía dónde estaba la misión ni a cuántos kilómetros, y además seguramente me habría detenido alguno de esos muchachos armados que pululan por allí o me habría atacado algún animal. Solo me aventuré a salir a la puerta de la cabaña para ver el poblado a la luz de la luna, que resultaba mucho más bonito que a la luz del sol. Porque a la luz del sol todo eran casuchas y polvo. Miré alrededor por si Ezequiel había tenido el mismo impulso que yo, pero no lo vi. Me senté en el suelo recordando las palabras de Maina cuando decía que todo sucede porque necesitamos que suceda. Me tranquilizaba mucho pensarlo, era como si todo fuese obra mía. Y entonces vi a *Madam* Selina, la bruja que me quitó el anillo, y a un chico alto y delgado acompañando a un hombre con pantalones y camisa caqui y pelo rapado que me pareció el padre Andrés.

—¿Te vieron ellos?

Negó con la cabeza de forma convincente.

—Quizá *Madam Selina* advirtió mi presencia sin darle ninguna importancia. La gente del poblado está muy acostumbrada a ver en la oscuridad, a detectar los bultos humanos, de animales o de cosas. Sin embargo, procuré no moverme ni mirar mucho para que no les llegara el brillo de mis ojos. Intuí que no debía ser testigo de aquello.

—Las dos veces que he visto al padre Andrés iba acompañado del chico alto y delgado, suajili, creo.

Cabeceó afirmativamente.

—De todos modos, podría ser o no ser el padre Andrés —dijo—. Al día siguiente fueron a buscarme para liberarme.

—No he memorizado el número. Toma, te lo devuelvo. —Le tendí el papel que había sacado de la cinturilla del pantalón.

Le habría preguntado qué significaba ese número y de quién era la foto de mujer que también ocultaba. Ambos vestigios de su propio mundo suponían que Sheila podría ser recuperable.

—Sheila, todo lo que haces lo haces para algo —dije emulando a Maina—. Prepárate, te vendrá bien trabajar en la cooperativa.

Teníamos unos lugares fijos a los que ir: el mercadillo de los jueves, el malecón para disfrutar del viento de los monzones los martes, la playa para meditar y la cooperativa para trabajar en el taller. Al principio, estas salidas las tomé como un plan de desarrollo espiritual. Ahora sospechaba que era una manera de exhibición del grupo en público, lo que reforzaba la imagen de Maina. Nos acompañábamos unos a otros, nunca íbamos solos, pero era la única oportunidad de escaparme a la cita con el secretario de la embajada en el Serena Beach.

Ese día tocaba taller y Maina no nos acompañaría porque se encontraba muy atareado con la alumna nueva, con las clases de yoga y con la visita de un jefe masái, al que esperaron fuera dos guerreros con lanzas, lo que lo haría todo más fácil. A eso de las diez y media ya estábamos preparados para salir. A mí ya no se me olvidaba colgarme al hombro la cámara de fotos, que podría servirme de coartada. Y mientras Sheila ponía en marcha la furgoneta, saqué el móvil de la rendija del muro trasero. Un criado sij nos abrió el portón. Sentí

un hormigueo en el estómago. Si quisiera, podría escapar. Era consciente de estar retenida, no con cadenas, sino de una manera peor porque, si continuaba aquí, puede que llegara a gustarme. Cada vez comprendía más a mi hermano y su miedo a salir por la puerta y enfrentarse a todo. Gracias a él, a mí no me pasaría. Me entretuve pintando una cebra bajo la supervisión de Lilian y a la una me levanté y dije que iba a hacer unas fotos por la cooperativa.

En la calle paré un *tuk tuk*. Le pedí que me llevara al Serena Beach y que no me mareara dándome vueltas porque conocía perfectamente el camino. Acordamos el precio. Podría ser Said, pero no lo era. Said no corría tanto, le gustaba pensar que yo disfrutaba del exotismo de su ciudad, le gustaba pensar que iba cómoda y le gustaba pensar que él era algo más que un simple taxista ocasional. Necesitaba ser algo más en la vida y yo suponía la oportunidad de serlo. Con esa forma absurda de los deseos, esperaba verlo frente al hotel.

También esperaba un saludo afectuoso de los recepcionistas.

En cambio, fue rutinario. Ya no era cliente; si volvía a serlo, me darían todo su cariño, se preocuparían por mis malas compañías y el director saldría de su oficina a sermonearme como un padre. Aun así, les pedí que me cargaran la batería del móvil.



## EZEQUIEL

*Turkana, marzo*

Lo cierto es que para exculparme por todo lo que pude hacer y no hice por Sheila tendía a ver solo sus defectos, pero debía reconocer —por lo que me había contado al poco de llegar yo a la casa— que fue capaz de abandonar una vida acomodada en el sentido más pleno de la palabra.

Disfrutaba de una plaza de funcionaria en el Ayuntamiento de su ciudad y de un apartamento cercano, por lo que podía ir andando a trabajar atravesando un parque repleto de árboles, pájaros, flores y un eterno olor a tierra mojada. Tenía amigos con los que salía algunas noches y fines de semana, cuando no iba a visitar a sus padres a un pueblo próximo. Sus padres afortunadamente estaban muy bien de salud y eran felices. Sheila jamás había oído una discusión entre ellos.

Hasta que un día se apuntó a unos cursos de yoga y comenzó a comprender que su vida no tenía sentido, todo era demasiado fácil, un espejismo. Tenía la sensación de que no se estaba enterando de algo importante. No hizo falta que se lo dijera nadie. Se lo dijo su cuerpo, agarrotado, reconcentrado en sí mismo, tímido. ¿Qué había hecho hasta ese momento salvo ir y venir al trabajo atravesando el parque y salir con amigos que se remontaban a la época del instituto? Si no llega a ser por Wilson, el profesor de yoga, jamás habría salido de estos límites. Wilson le enseñó a soltarse haciendo el amor. Le enseñó a fortalecer la musculatura de la pelvis y las paredes vaginales, posibilidad que ni se le había pasado por la cabeza que existiera. Le mostró el universo de las infusiones y de la libertad.

Wilson había ido de California directamente a Ibiza, y de Ibiza a esa ciudad del interior para implantar una comunidad de personas libres y en perfecta comunión con la naturaleza. Un ecosistema autosuficiente con sus propias leyes, basadas en el «Vive y deja vivir». Era un chico enjuto y menudo, de encantadores ojos grises y unos cincuenta años, comprensivo, cariñoso, nada le escandalizaba, todo le parecía normal. Se mostraba muy flexible para la edad que tenía y despreciaba a la gente conformista, a los que necesitan asegurar el futuro hasta extremos nauseabundos.

¿Qué era el futuro sino una manera de hipotecar el presente? Enseguida se fijó en Sheila, le dijo que tenía potencial, que poseía una mente y un alma abiertas, y que con un poco de creatividad su vida podría agrandarse hasta límites impensables.

Por supuesto, a Sheila le daba mucha vergüenza confesarle que era una simple funcionaria, con una vida pobre y rutinaria, que había anhelado con todas sus fuerzas asegurar el futuro pudriendo el presente. Se daba vergüenza a sí misma por haber albergado deseos tan pueriles y haber puesto tanto empeño en conseguirlos y estar desperdiciando así su juventud. El apartamento, el parque, el despacho compartido con dos colegas, sus amigos, todo le avergonzaba y evitaba que Wilson la viera con ellos. Su nueva obsesión era el yoga, disciplinar el cuerpo y agradar a Wilson y que contara con ella para el nuevo mundo que estaba creando. Pero nada es fácil y menos crear un mundo, así que todos los que quisieran participar en él debían arrimar el hombro económicamente. Wilson le había echado el ojo a una finca destartalada, de titularidad municipal, con suficiente terreno para cultivar, que podrían alquilar de momento y luego comprar, no para poseer propiedades, sino para que nadie pudiera meterse en sus vidas. Sheila empezó a aportar la tercera parte de su sueldo, le quedaba lo justo para pagar el apartamento y comer.

Pero no era suficiente para la comunidad. Un día Wilson reunió a sus adeptos, veinte en total, y se echó a llorar. Era un hombre muy emotivo. Empatizaba tanto con los problemas de sus discípulos que enseguida se emocionaba, se abrazaba a ellos y lloraba mucho más que el propio discípulo. Era partidario de no esconder ninguna emoción y lo llevaba a rajatabla.

—Se acabó. Lo siento —dijo cogiéndose con las manos la cabeza rapada—. Lo he intentado, pero siempre surge algún inconveniente, algún impuesto

nuevo, más papeleo, un precio desorbitado. —Lloraba tanto que hablaba entrecortado—. Es imposible escapar del sistema. Todos borregos. Mi sueño de que todos nosotros —cogió a dos por los hombros y los apretó contra sí— formemos una hermandad y vivamos la vida como nos dé la gana, como nos salga del alma, es imposible.

Entonces le preguntaron qué más necesitaba. Quizá podrían hablar con alguien. Y Sheila confesó con la cabeza baja que trabajaba en el Ayuntamiento y que tal vez desde dentro pudiese hacer algo. Entonces Wilson la abrazó con todo su corazón y ocultó el rostro en su cuello, y le dijo que ella era un ángel que había llegado a sus vidas, las de toda la comunidad, para salvarlos. La necesitaban. Siempre había sospechado, dijo secándose sus gruesas lágrimas grises, que en el alma de la comunidad se encontraba la solución a sus problemas.

Todos los días tenían planes. Les gustaba estar juntos porque ellos no eran los demás. Todos los grandes escritores, los pintores, pertenecían a un grupo y eso sería por algo. Yoga, charlas, salidas al campo para reconocer plantas con las que, cuando fueran propietarios de la finca, harían cremas completamente naturales que venderían junto con todo tipo de productos ecológicos. Empleaban bastantes horas en planificar las obras que habría que realizar y la distribución de los cultivos, también tendrían colmenas. Y los veinte miembros fundadores vivirían allí. Cada uno empujaba el proyecto como podía, y de vez en cuando visitaban la finca como a una novia a quien se la corteja. Se quedaban contemplándola y deseándola. Sheila, que jamás había visto tan claramente su destino, acabó entregando todo su sueldo a Wilson y regresó a vivir en casa de sus padres. Pero sus padres se ponían tan pesados, la agobiaban tanto con preguntas absurdas, con preocupaciones derivadas de su vida miserable, que decidió marcharse a vivir a casa de otro miembro de la comunidad. Solo ellos se comprendían y sabían de lo que hablaban. Al final, la situación era desesperada. El dinero no llegaba para nada y había que hacer algo para que tantas ilusiones no se fueran al garete, lo que según Wilson era imposible que ocurriera porque todos ellos juntos poseían una energía cósmica y poderosa.

Sheila sintió la imperiosa necesidad de actuar, de romper la inercia, de no seguir soportando que las cosas ocurrieran como otros disponían que

ocurrieran. Sin decírselo explícitamente, Wilson le enviaba una y otra vez el mensaje de que ella era la heroína, la que se recordaría en la comunidad como la salvadora.

Un día de otoño salió de la casa donde la habían cobijado y cruzó el parque camino del Ayuntamiento. Las plantas olían como siempre, los pájaros piaban como siempre, pero ella ya estaba en otro lugar más interesante. Pensaba mucho en Wilson, y la sola idea de hacerle feliz, de que fuese ella la portadora de la gran noticia victoriosa, la satisfacía completamente. Se lo imaginaba saltando de alegría y con lágrimas esta vez de felicidad. Se imaginaba a sus amigos de la comunidad abrazándola y besándola. Nunca había sentido nada igual, ni cuando aprobó la oposición y ya tenía un puesto seguro para toda la vida y creyó que comenzaba una existencia de ensueño. ¡Qué ilusa! No se daba cuenta de que vivía atrapada en una vida anodina. Para que el alma funcione, una vida tiene que llevar a otra vida. Como siempre, en otoño los colegas de la oficina se encontraban melancólicos, ensimismados en el comienzo de un nuevo curso, dudando si apuntarse al gimnasio o a clases de idiomas, pensando en algún amor. Nadie estaba centrado en el trabajo al cien por cien. Se hacía, pero sin la atención de un cirujano.

A las once el responsable de los expedientes en trámite bajaba a tomarse un café, lo que le daba a Sheila media hora como mínimo para examinar los expedientes y comprobar si al pobre Wilson le mentían. Y así era: no se había convocado ninguna comisión para resolverlo. Nadie tenía en cuenta esa finca abandonada, medio derruida e improductiva, a nadie le importaba. Cogió el expediente para estudiarlo y durante semanas nadie lo echó en falta. Los días transcurrían con ilusiones, clases de yoga cada vez más avanzadas, reuniones del grupo y planes que cada vez parecían más lejanos. Hasta que se convocó un concurso de adjudicaciones de titularidades públicas a particulares, y entre los admitidos Sheila colocó el expediente sobre la deseada finca y le estampó el sello de adjudicado.

En otro tiempo sustraer el sello para estamparlo, garabatear una firma e incluirlo en el listado definitivo le hubiese ocasionado una úlcera de estómago. Ahora todo lo hizo con aplomo y serenidad, sin errores, obedeciendo a intereses muy superiores a los del Ayuntamiento, que, en algunos casos, tampoco eran estrictamente los del Ayuntamiento y por eso

consideró que tampoco hacía nada extraordinario. El expediente sancionado favorablemente llegó a administración, fue registrado y a Wilson le comunicaron la adjudicación de la finca. Ese día Sheila lo esperaba sonriente, el pecho le latía con fuerza. Al verlo en clase de yoga, le preguntó:

—¿Alguna novedad?

A Wilson los ojos le brillaban de forma especial, o eso esperaba ver Sheila.

—No, nada —dijo él.

—¿Nada sobre la finca? Eso es imposible.

Él negó con una cabeza rodeada por un extraño resplandor.

—Yo misma les di ayer curso a las notificaciones urgentes y no se ha devuelto ninguna.

—No sé de qué me hablas —dijo, y comenzaron la clase como siempre, aunque Wilson parecía distraído, pero no preocupado.

Sheila pensó que quizá había habido alguna complicación con el correo y esperó al día siguiente angustiada para comprobarlo.

La carta oficial había sido entregada y recibida. En el registro figuraba la firma de recepción del documento, la de Wilson. ¿Y si no la había abierto, creyendo que era un requerimiento del fisco? Ahí estaba la explicación. Sheila respiró, por fin todo tenía sentido, y salió corriendo a la casa taller de yoga y de sueños de Wilson para pedirle que, por favor, abriera la carta de una puñetera vez. Pero cuando llegó, Wilson no estaba, ni tampoco las esterillas en el suelo ni sus cosas. En la papelera vio el sobre rasgado del Ayuntamiento escrito por ella con tanto amor. Recogió los trozos y se los metió en el bolsillo de la cazadora. Por la tarde Wilson no apareció para dar las clases, lo que a todos les extrañó sobremanera, menos a Sheila, la única que no hacía comentarios, la única que iba hundiéndose en un infierno sin parangón. No podía contarle a nadie que gracias a ella Wilson era el propietario de la finca por una ridícula cantidad de dinero. No podía contar que había cometido un fraude y que se había jugado su trabajo para siempre.

Todos se quedaron consternados y preocupados por Wilson.

Era muy raro que los hubiera abandonado de repente. Seguramente le habría sucedido algo que lo habría obligado a regresar a su país. Al principio, intentaron continuar juntos, tal como él les había enseñado, hasta que poco a

poco regresaron a sus vidas normales. No tanto Sheila, que iba cada mañana al Ayuntamiento con el estómago encogido, temiendo que alguien se acordara de la dichosa finca, que buscara el expediente de concesión y empezara a tirar del hilo. No era probable, porque se tramitaban muchos asuntos de esta índole todos los días y, salvo en algún caso gordo, nadie se fijaba en nada. Aun así, se le pasó por la cabeza hacer desaparecer el expediente, traspapelarlo en otra sección, en la dedicada a la ganadería, por ejemplo. De forma que, si a alguien le picaba la curiosidad por la finca, no lo encontrarán. Mientras tanto, pudo disfrutar del sueldo entero y recuperar el apartamento y devolverles la tranquilidad a sus padres, que no podían imaginarse por lo que estaba pasando.

El invierno iba entrando y oscureciendo el parque como la sombra del fin del mundo. Y esa sombra llegó hasta la mesa de su despacho y la cubrió dolorosamente. Sheila abrió el correo que tendría que distribuir esa mañana entre las distintas secciones y se encontró con una petición para el registro de la propiedad por la venta de la finca en cuestión. Wilson se la había vendido a una inmobiliaria alemana que le había soltado un buen dinero. Rebuscó su dirección actual, pero la única que aparecía era la del taller de yoga, ahora completamente vacío. ¿Cómo había podido ser tan incauta? Jamás volvería a confiar en nadie. Wilson la había corrompido demasiado fácilmente, solo expresando un deseo y derramando lágrimas de cocodrilo. Así que no tuvo más remedio que acudir a un sicólogo que le diagnosticó un absoluto desconocimiento de sí misma, de lo que alguien astuto como el tal Wilson podía aprovecharse. Le aconsejó cambiar de vida y conocer mundo, conocer gente para conocerse a sí misma. África era un lugar extraordinariamente vital, del que los viajeros regresaban reconfortados y con otros valores, más humanos y universales. El contacto con la naturaleza y con otra cultura obraba milagros. Le recomendó una pequeña comunidad en Kenia, auténticamente espiritual, que la acogería y le devolvería la fe en el ser humano. El líder se llamaba Maina, y como Maina siempre decía, todo lo que nos ocurre no es por algo sino para algo.

Sheila no veía otra manera de quitarse de encima la angustia de que la descubriesen. Vio en el mapa que Kenia quedaba a muchos kilómetros de distancia del Ayuntamiento, de Wilson, de la finca defraudada y de un posible

escándalo. Y lo primero que debería admitir es que estaba huyendo.

Llegó a la casa con una carta de recomendación en la mano, como si estuviera pidiendo trabajo, y ojos de asustada. Cuando contó su historia todos sintieron pena por ella y aborrecieron a Wilson. Maina la abrazó y le dijo que ya no estaba sola con su secreto ni con su vida. «No estás sola en el bosque, no estás sola con los lobos», dijo completamente en serio, y le asignó un cuarto y encargó a Lilian que cuidara de ella. Sheila era un ángel tan corruptible que llegaba al corazón.

Lilian la sometió al protocolo de desposesión de todo lo que la anclara a su vida anterior y consideró que lo mejor era que cambiase incluso de nombre. En adelante se llamaría Sheila. Y Sheila nunca había trabajado en el Ayuntamiento de una ciudad pequeña ni tenía nada que ver con la venta de una finca rural. Sheila venía de otro mundo para entregarse en cuerpo y alma a este.

## ISABEL

*Mombasa, marzo*

El secretario había reservado una mesa y lo esperé contemplando el césped, las hamacas con toallas enrolladas, a los vigilantes de la playa y a los *beach boys* paseando de la mano con señoras blancas encantadas de la vida junto a un mar aguamarina. En la piscina seguían los rusos, ¿o eran otros?, con sus rubias con tragaderas a prueba de bomba. Por el cielo las gaviotas iban y venían del mar, y por encima de ellas otros pájaros más pequeños parecía que se dirigían al sol. Sentí en el costado el reflejo rojo de los pantalones del secretario.

—He venido lo más rápidamente posible. Los piratas somalíes nos tienen fritos. Y a veces no hay nadie fiable con quien negociar. Es un país sin Gobierno, sin rumbo. Una pena —dijo, y abrió la carta del restaurante.

Los ojos iban y venían sobre el díptico del que colgaba un cordoncillo. Yo hice lo mismo sin concentrarme. Luchaba por la mejor manera de decirle lo que estaba ocurriendo.

Me aconsejó la langosta, y yo le informé de que no estaba alojada en el hotel y no podía permitirme unos platos tan caros. No debía preocuparme, invitaba él. Tampoco la embajada estaba para dispendios, pero era una ocasión única de poder charlar conmigo tranquilamente. Se mojó los labios con un rosado frío. Tenía una cara pequeña, ocupada por una nariz mordisqueada, por la mínima perilla y unos ojos que no se sabía si estaban a favor o en contra. Llevaba unos náuticos azul marino y una camisa del mismo color. Las Ray-Ban con espejos amarillos descansaban sobre la mesa junto



con el móvil y una billetera de piel brillante. Cuidaba su aspecto todo lo que podía. Yo en cambio, desde que no estaba Ezequiel, no me daba cuenta de lo que me ponía encima, casi siempre los pantalones cortos y alguna blusa, y no me arreglaba el pelo. El secretario comprendió que la comida no me hacía una ilusión especial.

—Pide por mí —dije—. Aquí todo está bueno.

—Ya veo que tenemos entre manos algo más importante que una buena langosta.

Esperé a que nos sirvieran.

—Creo que han secuestrado a un ciudadano español.

Empezó a masticar despacio, como si la langosta fuera de goma.

—¿Crees o estás segura? ¿Han pedido ya el rescate? ¿Se sabe quiénes han sido? Y qué narices, ¿cómo lo sabes?

Le aclaré que tanto el secuestrado como yo trabajábamos en la Orden Humanitaria y que fue a una misión en Turkana para ayudar al padre Andrés junto con otra chica, pero que en el camino los asaltaron y se los llevaron a un poblado de cabañas, donde permanecieron vigilados ocho días.

—A la chica la soltaron y anteayer noche apareció de pronto mientras cenábamos y nos contó todo esto.

—¿No eres fotógrafa? No entiendo qué haces metida con esos.

—Tengo mis razones.

—Deberías dejarlo. Este es un continente jodido, misterioso y pobre. Confía en mí, tengo algo de experiencia.

La camarera de las manos de modelo me trajo el móvil con la batería cargada y me sonrió como en los viejos tiempos. El secretario lo miró de reojo. Pidió dos suflés y se tomó el suyo y parte del mío pensativo, como si con cada cucharada le viniera una buena idea a la mente. Luego escribió en una de sus tarjetas de visita el nombre de Ezequiel y su descripción con letra muy pequeña.

—¿Quién crees que ha podido retenerlo? Piden dos millones de euros.

Torció el gesto, la cantidad no le convencía.

—¿Es amigo tuyo?

—Más que amigo, tengo una deuda con él, aunque él no lo sepa —dije.

—Ya, bueno. ¿Cómo puedo localizarte?

—Te llamaré yo. O te dejaré aquí un recado.

—Ten cuidado —dijo—. Ellos siempre son más listos.

Lo dejé a solas con su posterior té, como siempre. Pasé por el delicioso frescor del vestíbulo. Prácticamente un recuerdo del pasado. Ya a nadie le preocupaba adónde iba ni de dónde venía. En cuanto al hotel, era libre.

Tomé otro *tuk tuk* para regresar a la cooperativa. Por el camino le pedí que parásemos a comprar un cargador para el móvil. No hizo falta, me lo vendía él mismo, lo sacó de alguna parte de su triciclo motorizado y tuve que regatear, algo que jamás habría hecho con Said, que se comportaba de una manera justa y honorable, o que buscaba relaciones más estables con sus clientes. Le pregunté por él.

—Lleva una chancla roja y otra verde.

—¡Ah!, sí. De vez en cuando desaparece, se marcha a su aldea y cuando necesita dinero, regresa. Hace días que no lo veo por aquí.

Le di una buena propina.

—Si lo ves, dile que Isabel ha preguntado por él.

Dudaba que lo hiciera. Para él, yo y mi mundo de turista blanca terminaba con la propina. Said solo había uno. Sentía que lo necesitaba para hacer lo que fuera que debería hacer por Ezequiel. Antes de entrar, el sentido común me aconsejó hacer que se suponía estaba haciendo. Saqué fotos de gente andando por la calle, una corriente continua que no paraba un momento. E hice otra de una mujer musulmana asomada a una ventana con ojiva desconchada en azul celeste, hasta que me sobresaltaron los aspavientos de un hombre que me exigía la cámara. Me abracé a ella y también le chillé, no estaba dispuesta a entregársela por nada del mundo. Unos chiquillos nos hicieron corro, y la mujer gritaba desde la ventana no sé si a mí, a él o al mundo entero. Hasta que de pronto el hombre se calló, como si emanase de mí una fuerza irresistible, o algo que veía a través de mí o que pasaba a mi lado. Una mano cogió suavemente la cámara, el alborotador cerró la boca y la mujer de la ventana se metió para dentro.

—Perro ladrador, poco mordedor —dijo Maina—. Pero es mejor que no provoques a las mujeres.

—Pero mi trabajo consiste en poner a la mujer africana en el mapa del mundo.

—Es verdad. Olvidé que viniste aquí con una misión, un objetivo. Tu caso no es tan sencillo como ayudarte a dejar de fumar y a aceptar a los demás tal como son con toda su incomprensible humanidad. También has de vencer la creencia de que puedes salvar a las mujeres africanas con tu arte, de que tu existencia sirve para alguien más que para ti misma. Hasta que no dejes de creer en tu importancia, no harás nada importante.

Su discurso arreció sin levantar la voz mientras nos dirigíamos a la cooperativa, y sin devolverme la cámara.

—No sabíamos por dónde andabas. Estábamos preocupados. Con un secuestro ya tenemos bastante.

—Necesitaba hacer fotos. Cuando regrese a Madrid, me las exigirán. Y además, me apetecía hacerlas.

—Es comprensible, aunque no es lo que necesitas ahora mismo. —Se detuvo ante mí. Su camisa blanca temblaba ligeramente a la altura del corazón, como si no pudiera dominar lo que sentía y lo que sintiera fuera demasiado fuerte y devastador—. Lo que necesitas es ser consciente de tu insignificancia. ¿De verdad piensas que tienes talento? ¿De verdad crees que las fotos que haces les gustarían a National Geographic? Antes de llevarte la decepción más grande de tu vida, deberías ser sincera contigo misma. Aquí humildemente estamos tratando de enseñarte a ser. ¿Sabes por qué? Porque te queremos. Para nosotros sí eres importante, y te damos la oportunidad de empezar de cero, desde la pura verdad más profunda de tu ser. Ahí están, dentro de ti, las fotografías que un día harás si tienes el valor y el coraje de bajar al centro de la tierra. Nada es tan fácil, Isabel. —Me abrazó contra su pecho—. Nada es tan fácil. Y uno solo no puede hacer absolutamente nada.

No me devolvió la cámara, ni yo se la reclamé. Así no tendría que hacer el paripé. Y reconocía que, aunque no tuviese ningún impulso artístico, su forma de hablar me hirió porque parecía que se refería a cualquier cosa que intentara hacer en la vida.

Estaba claro que no le había hecho gracia que me marchara de la cooperativa por las buenas, aunque, milagrosamente, la casualidad de que me encontrara en la calle haciendo fotos me había justificado. ¿O había estado buscándome por Mombasa? Quizá también se habría acercado al hotel. En tramos juntos en el recinto y nos dirigimos al taller. La viuda del puesto de

enfrente, a la que le había dado la nota para Said, salió corriendo a saludar a Maina. Le besó la mano y lo miró embelesada. Yo no existía para ella. Hablaban en suajili. Él preguntaba y ella respondía en un tono y postura de insuperable vasallaje, gratitud, admiración. En tales condiciones, esta buena mujer le entregaría mi nota sin parpadear. Así que me di media vuelta confiando en que la hubiese tirado a la basura y tratando de que no se acordara de mí.

Ya estaban lijando y pintando Louis, Lilian y Sheila las pulseras. Lilian dijo en tono de reproche hacia mí que debíamos terminar y entregar hoy mismo la partida contratada. Maina le oprimió cariñosamente el hombro. Louis arrojó displicentemente en mi regazo un puñado de brazaletes recién engarzados para que los pintara. Me acerqué a Maina, que sostenía mi cámara como si fuera un cachorro recién nacido, y le pregunté si había hablado con el padre Andrés sobre el secuestro de Ezequiel.

—Estoy esperando noticias. Esta es una nación tribal y no es fácil saber quién hace las cosas y por qué y para qué. Ten por seguro que si alguien puede enterarse de algo será el padre.

Yo procuraba no perder de vista mi bolsa de lona, en la que llevaba la cartera con la documentación y el dinero, el móvil en silencio y el cargador que me había vendido el taxista y que esperaba que sirviera. Sabía que Lilian era muy dada a husmear. Me corrigió mi trabajo varias veces con cierta acritud, lo que no me importó lo más mínimo, era maravilloso poder ver las intenciones y las argucias de los demás desde fuera. Y al menos estaba aprendiendo algunas claves de pintura en pequeñas superficies. Pero el sentido común me aconsejaba darme por ofendida.

—Lo siento —dije mirando a Maina, que leía el periódico—, ya sé que soy una nulidad como artista, pero no me importa empezar desde cero si el maestro merece la pena.

A Maina el comentario le gustó menos de lo esperado. No le hacía gracia que sus discípulos no estuvieran tan aturdidos como para poder pensar, aunque fuese a su favor.

## EZEQUIEL

*Turkana, marzo*

Cuando hablábamos, cuando Sheila me hacía confidencias bajo las estrellas y decía que nunca olvidaría este viaje conmigo y la extraña experiencia añadida de nuestro secuestro, yo le decía que no se preocupara, que por aquí era algo muy normal y al final no pasaba nada, era cuestión de dinero. Por otra parte, nos estábamos librando de que el padre Andrés nos hiciera trabajar. Por lo menos, en el poblado siempre había una sombra bajo la que cobijarnos y las cabañas, y aunque muy escasa, no faltaba el agua potable. Nadie quería que muriésemos.

Los niños observaban mucho a Sheila. Les parecía rara. A veces se quedaban de pie como estatuas contemplándola hasta que ella daba una palmada y un grito y se asustaban y salían corriendo, lo que acabó convirtiéndose en un juego. Lo repetían una y otra vez esperando la palmada inmóviles y fingiendo que se asustaban. También nuestros guardianes, a su modo, esperaban la palmada y se reían. También yo acabé entrando en el juego, incluso algunas mujeres. Al final, a la caída de la tarde, cuando Sheila se sentaba en la puerta de su cabaña, llegaban los niños fingiendo que no la conocían de nada, luego las mujeres con sus labores de cestería, los chicos armados estaban en sus puestos aparentemente concentrados en la vigilancia. Sheila simulaba que no veía a nadie. Miraba al cielo o se miraba los pies, a veces leía un libro y de vez en cuando lo cerraba creando movimiento y ansiedad entre los asistentes, hasta que venía la palmada y el grito y los niños salían corriendo y las mujeres se morían de risa, incluso los dos o tres viejos

sabios del poblado también se reían. Y para colmo, la nueva mujer del jefe, vestida con las propias ropas de Sheila, participaba como la primera, no se lo perdía por nada del mundo. Para ella no existía conexión entre la apropiación y exhibición indebidas de su vestuario y pasarlo bien con ella, y cuando finalmente Sheila se marchó, la echó de menos como la que más. La única que nunca apareció por allí fue *Madam Selina*. Cuando se oía que empezaba el espectáculo, abandonaba la que podría llamarse la plazoleta del poblado.

Un día la seguí.

*Madam Selina* nunca estaba ociosa, mientras los demás compartíamos aquel inocente e infantil momento de risas provocado por Sheila, ella salía a caminar con una vara más alta que ella. Ese día no pude resistir la curiosidad, y aprovechando que los guardianes estaban distraídos, fui tras ella. Andaba ligera, no iba precisamente recogiendo leña, y en algunos tramos corría. De vez en cuando se detenía en seco a escuchar los que debían de ser mis pasos. No los identificaba como de ningún animal y continuaba hacia su objetivo. Yo procuraba dejar una distancia prudencial entre nosotros, buscando los árboles o las rocas donde ocultarme. Hasta que echó una última mirada a su espalda y se aproximó a un todoterreno con los faros apagados.

Sheila se sentía tan dolida por ella que no llegó a apreciarla debidamente, la consideraba una mala persona y quizá lo fuera. Pero también era lista y fría como la brisa del lago por la noche. Salió un hombre del todoterreno, dentro había otro más. No pude identificarlos, estaban a unos doscientos metros.

Así que decidí regresar antes de que lo hiciera ella. Apreté el paso. La tarde estaba cayendo rápidamente y la noche empezaba a asomar, y no me hacía ninguna gracia vagar por caminos con chicos armados o con ganas de estarlo. Apreté el paso todo lo que pude preguntándome quiénes serían los hombres del todoterreno y qué se traían entre manos con *Madam Selina*. La oscuridad borraba los pocos contornos de aquel paraje desértico, hasta que en el horizonte descubrí tenues puntos de luz que se encendían y se apagaban, seguramente una hoguera. Había poca luna, todo debían iluminarlo las estrellas reforzando su brillo. A cincuenta metros del poblado salió a mi encuentro un soldado, que me sacudió un culatazo. Sentí sangre en la cabeza, no mucha, la suficiente para que me manchara el cuello de la camisa y la mano.

—Me he alejado un poco para hacer mis necesidades —le dije escenificando mi apuro—. Creía que me habías visto. No le hablaré a nadie de tu descuido, no te preocupes. Solo ha sido un momento.

En la cabaña me apreté una camiseta sobre la herida, que esperaba que fuese leve y no me desangrara mientras dormía. Y sobre todo, esperaba que el soldado no se fuera de la lengua porque *Madam Selina* enseguida sumaba dos y dos. Tuve un sueño ligero y fugaz, quizá el último antes de despertar, que recreaba el encuentro de *Madam Selina* con los hombres del todoterreno bajo el cielo raso. Parecía que el que estaba fuera le daba instrucciones a *Madam* y que el de dentro se las había dado a él, y que yo conocía al primero con ese extraño conocimiento de los sueños que no sirve para la realidad y que se desmoronó en cuanto desperté.

A partir del incidente a campo descubierto, el soldado y yo nos observábamos de reojo cuando creíamos que el otro no miraba. Él podría ser castigado por su descuido y yo por saber algo que no debería saber.

Desde el episodio del robo de la ropa de Sheila por parte de la joven esposa prácticamente no hablamos. Nos pasábamos comida, agua, nos curábamos las heridas, pero no nos decíamos nada. No daba la impresión de estar enfadada conmigo, sino de estar cansada de hablar. En el grupo casi todos sabíamos que parloteaba en sueños y que por eso había días en que enmudecía. Y en esta situación, más que nunca. Aun así, me sorprendió lo ensimismada que Sheila estuvo aquella séptima y última noche.

Es imposible no volver a mencionar la luna y las estrellas porque era casi lo único visible en la oscuridad. Ni arañas de cristal ni copas finas, lo más brillante eran las estrellas; lo más luminoso, la luna. Y esa noche daba pena meterse en las cabañas porque era un placer disfrutar del fresco y de la inmensa soledad, de la amplitud, del aire intensamente puro; además, los muchachos armados también velaban por nuestra integridad. Uno podía relajarse sin miedo a que se acercara alguna hiena. Sin embargo, Sheila se recogía antes, a eso de las diez, seguramente para no cabrear a *Madam Selina* y no tener que soportar sus malos modos con ella. Yo me quedaba más rato sintiendo, como me había enseñado Maina, cada célula de mi cuerpo en

conexión con cada partícula del universo. Momento de meditación que interrumpió *Madam* Selina cuando entró en la cabaña de Sheila y al momento la sacó con un empujón. ¿Por qué la trataba así, por qué la irritaba tanto Sheila? Ya la había humillado bastante arrebatándole el anillo y luego la ropa para entregársela a la nueva esposa de su marido. No llegaba a captar las intenciones de *Madam* Selina, no me parecía que ese comportamiento fuese una cuestión de manía personal, quizá estaba vengándose en ella de todas las miserias que tenía que soportar.

La hicieron subir a un cuatro por cuatro, conducido por otros dos chicos armados. Fui hacia ella y pregunté que dónde se la llevaban. Por lo menos esta vez no quería comportarme como un cobarde y me enfrenté al que me había dado un culatazo en la cabeza. Solo me apartó. Sentí la fuerza de su mano en el pecho y calculé que, de haberlo deseado, la otra noche me habría matado. Sheila me miró desde la ventanilla abierta, rodeada de luces danzando sobre los cristales, y solo me dijo adiós. «Adiós». Me sonó a algo definitivo, para ella o para mí.



## ISABEL

*Mombasa, marzo*

Maina se había marchado a Turkana el día anterior para indagar sobre el secuestro de Ezequiel y le permitió a Sheila darse, durante su ausencia, un baño de espuma en su *suite*. Era una recompensa por todo lo que había sufrido, y aproveché la ocasión para subir y colarme en el baño. Todo él era de mármol negro sobre el que se estrellaba la luz que entraba por la ventana. Entre la espuma aparecían las rodillas de Sheila y sus pezones exageradamente rojos. Tenía los ojos cerrados, la cara húmeda. Y cuando los abrió, yo estaba allí observándola. Se asustó y desplazó con las manos montañas blancas y perfumadas que la aprisionaban. Aquí no podía esquivarle y no podía hacerse la dormida como en nuestro cuarto. Sabía que yo tenía muchos interrogantes sobre su liberación y fui al grano. ¿Cómo es que había un taxi o un *tuk tuk* cerca de la avioneta que la trajo a Mombasa? ¿No le pareció extraño?

—La verdad es que tuve miedo, creía que iban a secuestrarme otra vez.

—¿Por qué?

—El conductor no me pareció de fiar. Tenía toda la pinta de que iba a robarme. Ni siquiera las chanclas que llevaba eran iguales. Creo que, si *Madam Selina* no me hubiese quitado el anillo de Maina, me lo habría quitado él.

—¿Cómo eran las chanclas?

—Una roja y otra verde.

Me saltó el corazón, literalmente, como si tuviera piernas y pies. Tuve que

sentarme en el borde *espumoso* de la bañera para sosegarme.

—Solo aquí se ven esas cosas. Lo raro es que se conformase con dos aros de plata. Siempre son muy pedigüeños. Consideran que, por mucho que nos pidan, nunca les daremos todo lo que les robamos.

—A lo mejor vio algo en ti distinto al resto de los blancos y decidió no sablearte.

Sheila se encogió de hombros.

—Notarías algo. Te diría algo —insistí.

—Bueno, tampoco tiene tanta importancia. Me trajo a casa, no se aprovechó y ya está.

—Me decepcionas, Sheila. No estamos aquí solo para pasar el rato. Nuestra obligación es conocerlos mejor. Alguien así se merece un rato de reflexión. ¿No te parece?

—Me preguntó que de dónde venía en una avioneta tan vieja. Y yo le pregunté qué hacía por allí, que no habría sabido cómo narices ir a casa de no estar él. Me dijo que en África la buena gente siempre encontrará a alguien como él. Y también me dijo que a su esposa le gustarían los brazaletes.

—Bueno, lo importante es que ya estás aquí.

No podía ser casualidad. Esta era una señal de Said para mí.

Debía encontrarlo fuese como fuese. También debía llamar al secretario de la embajada para contarle lo que sabía. Pero si Said fue a buscar a Sheila a la avioneta es que alguien le avisó de su llegada, lo que resultaba sorprendente.

Como era jueves, tocaba mercadillo, así que cuando Sheila salió del baño oliendo de maravilla y más relajada, metimos en la furgoneta una tabla con dos caballetes donde expondríamos nuestra artesanía, unas cestas con tomates y otras con rosas. Había mucho revuelo de los otros vendedores, todos andaban con prisa colocando las frutas, verduras, cerámicas y grandes cestos de hoja de palma que casi tapaban nuestras pequeñas cosas. Estuve haciendo el acostumbrado paripé hasta que cogí las llaves de la furgoneta de encima del tablero y dije que iba a buscar una farmacia. Más tarde se me ocurriría alguna justificación mejor. El instinto me decía que no debía paralizarme, pero tampoco facilitar que descubriesen mi objetivo. Debía pensar rápidamente por dónde empezar y el hecho de que Said hubiese mencionado a su esposa me dirigía a la aldea giriana. O lo encontraría allí o me indicarían dónde estaba.

Paré para comprar caramelos para los niños de la aldea, me parecía que debía cumplir con lo que se esperaba de mí como turista caritativa. Aún no había arreciado el calor, quedaba algo del frescor de la mañana. Y emprendí un camino que iba devolviéndome sensaciones agradables: la tapia del campo de golf, las plantaciones de yuca, la palmera de la que Said me hizo la pulsera. Los senderos iban volviéndose más y más arenosos hasta que noté el olor del poblado.

Todo estaba como la vez anterior, como un decorado inalterable, eterno: el chico que creía que yo hablaba en un suajili que él no entendía, las palmeras, los mangos, los niños en la escuela. La maestra apenas me miró, continuaba escribiendo en la pizarra arrancada de la cantera y nunca supe si le gustaron mis cuadernos, los lápices de colores, las gomas de borrar, las tizas, no solo blancas, sino azules y rojas. Empecé a dudar de que hubiesen llegado a sus manos.

Me alegró mucho distinguir al hijo de Said, que subió en globo conmigo, entre los otros niños, y le hice señas con las manos y también agité la bolsa de caramelos, pero fingió no verlos. Todos fingían no verme o realmente no me veían, me había convertido en un fantasma.

Busqué a la mujer del mortero gigante, la supuesta esposa de Said. Estaba sentada quemando corteza de palmera para ahuyentar los mosquitos, que le daba el característico olor al poblado, y según movía la corteza tintineaban las pulseras que Sheila le había dado al chico de las chanclas. Me acerqué a ella y casi tuve que levantarle la cara para que me mirara. Le pregunté por Said. Yo llevaba colgando de la mano la bolsa con los caramelos sin saber qué hacer con ellos. Me daban ganas de tirarlos al fuego, a nadie le interesaba lo que yo pudiera ofrecer. Ella siguió a lo suyo. El chico a quien la vez anterior intrigó mi manera de hablar me pidió que lo siguiera. La arena, la limpieza, el olor a corteza, los mangos al alcance de la mano. Si en esta segunda visita el ambiente era menos cálido, en una tercera puede que ya no me pareciese un paraíso.

Seguí al chico hasta el borde del camino donde unos hombres bebían bajo una hermosa palmera de ampulosas hojas un aguardiente hecho también de palmera. Un chico con las chanclas de Said se levantó al verme.

—¿Sabes dónde está Said? —pregunté.

—Yo soy Said.

—Me refiero al que te ha dado esas chanclas.

Todos se rieron, unos más que otros, según las ganas. No estaban obligados a nada, lo único que el mundo había hecho por ellos era recluirllos en un trozo de selva.

—No sabemos cómo se llama. No es de la aldea. Me pidió prestadas las chanclas, a mi hijo, y alquiló la aldea por media mañana.

Debí de entenderlo mal, a veces me falla el inglés, y se lo hice repetir. ¿Cómo iba a alquilar la aldea? ¿Para qué? ¿Por qué iba a hacerse pasar por este pobre chico? ¿Estaría soñando? Me sentía muy ridícula. Si quería reírse de mí y engañarme, se había tomado demasiadas molestias y había trabajado mucho para llevarme de un sitio a otro. No tenía sentido.

—Entonces, ¿la mujer de las pulseras no es su esposa?

Esto particularmente a él le hizo mucha gracia.

—Es mi esposa.

—Es importante. Necesito encontrarlo.

Y entonces caí en la cuenta de que debía abrir el monedero. Le di diez euros y él me indicó que a veces había ido a buscarlo al hotel Serena Beach. Medio conmocionada por lo descubierto sobre el nuevo y falso Said, le dije al auténtico Said que antes de irme querría darles los caramelos a los niños.

—Yo se los daré —dijo—. Tú les das miedo. Pueden pensar que vienes a pincharles.

Volví a internarme entre las plantaciones de yuca. No podría justificarme en la casa diciendo que salí a buscar una farmacia, no me habría llevado tanto tiempo. Diría casi la verdad, que estaba deprimida y fui a visitar de nuevo la aldea giriama para animarme. Diría cualquier cosa que se me viniera a la mente.

Recordé el kiosco de bebidas en el centro de Mombasa donde encontré por primera vez al falso Said. Seguramente allí le cambió el calzado, lo que significaba que me seguía y que la sensación que tuve durante aquel paseo de que me vigilaban era cierta. Me pareció que debía hablar con el director del Serena Beach. Él lo vio bastantes veces delante del hotel y podría darme información. Aparqué la furgoneta en la puerta y arrojé las llaves a las manos del conserje por si tuviera que moverla. «Soy huésped», le dije.

Fui derecha a la puerta por donde siempre salía el director a sermonearme y llamé. Entré sin esperar respuesta. Se levantó de golpe y rodeó la mesa hasta mí como si estuviera hecho de muelles.

—Tenía razón —dije—. Aquí nada es como parece.

Los pequeños muelles de la cara saltaron en una sonrisa y los de las piernas lo devolvieron a su sillón.

—Creo que ahora está en la terraza.

Lo interrogué con una mirada casi furiosa o angustiada. Tenía los sentimientos muy mezclados.

—Vienes buscándolo a él, ¿verdad?

Deduje que podría tratarse del secretario de la embajada, con quien ya había comido dos veces en el hotel. Pero el director no tenía tiempo de explicaciones ni yo tampoco. Conocía de sobra el trayecto hasta la terraza y lo hice prácticamente corriendo. Tuve que frenar para no resbalar sobre las baldosas enceradas cuando lo vi.

Su sillón de mimbre dominaba todas las entradas, además del jardín, el césped, las hamacas, a los visitantes y una parte de la playa. Los monos se columpiaban, como Bun-Bun, de rama en rama. Se levantó como si estuviera esperándome, lo que sería absurdo en cualquier otra parte del mundo, pero no aquí. Llevaba una camisa blanca remangada hasta el codo, vaqueros y deportivas negras. No me acerqué, intentaba comprender. Fue él quien vino y me cogió de la mano para que me sentara a su lado. Ahora parecía más alto. Como las últimas veces en que me llevó en su destartalada moto, olía al gel de coco del Serena Beach y ahora entendía por qué, como también comprendía que el verdadero Said le había avisado de mi llegada al hotel.

—¿Cómo te llamas en realidad?

—Llámame Said. Así es como me conociste.

—¿Te alojas aquí?

—El director es amigo mío. De vez en cuando me presta una habitación.

—No serás un *beach boy*...

—Siempre que sea necesario —dijo con una media sonrisa de persona que se mueve como pez en el agua entre el bien y el mal, entre la verdad y la mentira—. Te devolveré todo el dinero. Estaba de servicio, me pagaban por vigilarte, entre otras cosas. —Hizo una pausa para que pudiera ir asimilando

la información—. Investigo para la Policía. Y tienes que informarme de todo lo que te hayan contado que ocurrió en Turkana.

—¿Policía?

No era un pobre chico, no tenía nada que ver con la aldea giriama, no se llamaba Said, no tenía una motocicleta ruinoso ni un hijo, ¿y además trabajaba para la Policía? ¿Por qué iba a creerlo? Estaba claro que no podía confiar en nadie. Debí de volcar en un gesto todo el aturdimiento y la decepción que sentía porque me cogió la mano. La suya era tan fuerte y cálida que, a pesar de todo, no hice ningún movimiento para soltarme.

—He de regresar, estarán sospechando algo —dije finalmente.

—No les mientas, di toda la verdad que puedas decir. La verdad se recuerda, la mentira no. Toma —me tendió una bolsa de la lavandería del hotel—. Te dejaste este vestido y te has acordado de él.

—Supongo que he venido a recogerlo. Necesitaba despejarme y conduje al lugar más alejado que conocía: el paraíso de los giriama. Luego recordé que había dejado un vestido en la lavandería del hotel y vine a por él. Estuve charlando un rato con el director y se me echó el tiempo encima.

—Veo que sabes defenderte a medias.

Esperó algún tipo de reacción, pero no hubo ninguna porque tenía razón.

—No vuelvas a dejarle un recado a una desconocida. Sí, la dueña del taller de bisutería. Afortunadamente le tiene más miedo a la Policía que a Maina y no abrirá la boca.

¿Cómo podía saber eso? Me adivinó el pensamiento.

—Tenemos informadores por todas partes, y Maina también.

De repente, me vino a la mente una duda, una gran duda a decir verdad.

—¿Cómo pudiste saber que Sheila volvía de Turkana en una avioneta?

—Conozco a los tres o cuatro pilotos que hacen ese recorrido y uno me contó que alguien lo había contratado para traer a una blanca desde allí. Lo demás ya puedes imaginártelo.

No podía imaginármelo.

—¿Por qué te metiste en esto? No lo entiendo —dijo tan sorprendido conmigo como yo con él.

—Para pagar una deuda.

—Las deudas, las venganzas, la incompetencia. Un incordio. —Hizo un

gesto de hastío.

—¿Por qué te interesabas por mí?

—La Orden Humanitaria se dedica a algunas actividades más que el yoga. Estaba investigándolos cuando llegaste tú y te metiste en la boca del lobo. Siguiéndote a ti los seguía a ellos. Ahora también hay que hacer frente al secuestro de Ezequiel. Tanto tu país como el mío prefieren que todo lo relacionado con la Orden se resuelva sin ruido ni incomodidades. Y ahora vete. Llámame cuando puedas.

Lo cogí del brazo para retenerlo un poco más.

—Es curioso que el director del Serena Beach, si tan amigos sois, siempre me advirtiese sobre las malas compañías.

—No era por mí. Seguía mis instrucciones —dijo soltándose muy suave y cortésmente de mi mano.

Se encendió la señal de llamada de mi móvil. Alguien no había perdido la esperanza de que su ser querido le respondiese. Algún día le respondería y sabría quién era. Cuando se apagó, llamé al secretario de la embajada. Le dejé un recado en el contestador: necesitaba saber cómo iban las negociaciones para liberar a Ezequiel, y querría saber cuál era el nombre del investigador keniano que la Policía y la embajada habían contratado. Le dije que volvería a llamar yo.

## EZEQUIEL

*Turkana, marzo*

A los diez minutos de liberar a Sheila, *Madam Selina* entró en mi cabaña con varias botellas de agua y tortas de maíz. Por un momento pensé que era mi amiga y que con el campo libre de Sheila, por la que siempre sintió una marcada antipatía, podría mimarme. Si bien casi superpuesta a esta impresión se deslizó otra: me agasajaba como a un reo condenado a muerte. No me miraba a los ojos, no sonreía, ni siquiera se acordaba del buen rato que pasamos juntos arreglando el tejado. Yo no poseía anillos para regalarle ni ropa. Fui un iluso pensando que al menos *Madam Selina* me prefería a mí antes que a Sheila. *Madam Selina* solo prefería a su marido y todo lo que él prefiriese.

—¿Dónde han llevado a la chica blanca? ¿Por qué yo sigo aquí? ¿Pensáis matarme? ¿Qué queréis de mí?

No contestó a ninguna pregunta. Se limitó a examinar el techo agujereado por láseres naturales que cruzaban enmarañadamente el pequeño recinto.

—Si quieres, te ayudo a arreglarlo —dije alzando la vista.

Tampoco contestó. Con la mano enjoyada por el anillo de Sheila señaló el agua y las tortas.

—¡Come! —ordenó.

Bebí, pero no comí. No tenía hambre. Pensaba en Sheila. Ojalá no le hubiera pasado nada malo por el camino. También pensaba en mí, en la soledad. No tenía ganas de intentar escapar. ¿Para qué? ¿Adónde? No luché para que no se llevaran a Sheila y no me sentí un cobarde. Realmente quise



creer que la liberaban. No sabía bien qué era la cobardía. No sabía bien cuándo había que enfrentarse a alguien y luchar. Mi padre no me enseñó estas cosas. De todos modos, no estaba seguro de que esto tuvieran que enseñarlo los padres ni las madres. Cuando no se tiene un concepto claro de la valentía y la cobardía, es difícil distinguirlas. Lo más cerca que he estado de la valentía fue con un compañero de colegio de nombre Bruno, que se pegaba con cualquiera que le llevara la contraria y que, aunque diese miedo, resultaba ridículo. Había que tener cuidado con él porque a la mínima te retaba con la mirada y el cuerpo y eso debía de ser la valentía, y lo que yo sentía ante él, cobardía. Pero me gustaba más mi cobardía que su valentía, esa es la verdad.

Estaba sentado en el suelo de la cabaña pensando en todo esto cuando retiraron la piel que cubría la entrada unas piernas desnudas. Sobre ellas, el jefe del poblado. Y tras él, Maina y un hombre bajo con pantalones rojos y perilla. Prácticamente no cabíamos.

Maina se adelantó para darme un abrazo. Luego me apretó los hombros agradeciéndome algo. No supe reaccionar. Me dejaba zarandear como un muñeco.

—¿Te tratan bien? —dijo echando un vistazo al agua y las tortas.

No contesté. Estaba atónito. ¿Estaban liberándome? ¿Había venido Maina, mi maestro, a liberarme?

—¿Estoy libre? —pregunté—. ¿Nos vamos?

Me imaginaba ya bajo una buena ducha y frente a un plato de espaguetis. En cambio, en los ojos de Maina no vi ni rastro de esos alivios.

—Aún no ha terminado tu misión. Aguanta un poco más.

Miré al otro hombre, español como yo. El jefe del poblado se mostraba satisfecho. Empezaba a ser un poco asfixiante el ambiente.

—Tomemos el aire —dijo Maina.

Se me ocurrió preguntar por Sheila.

—Ya está en casa. No te preocupes —dijo—. Ella no sabe lo que ocurre.

Me presentó al otro hombre como un amigo, alguien sin cuya ayuda nada de esto sería posible. Parecía que habíamos rodado una película y Maina estaba recibiendo el Óscar. Cogió por el hombro al de los pantalones rojos y comenzamos a dar un corto paseo. El jefe venía con *nosotros* asintiendo a todo lo que se decía aunque no lo entendiese. Hasta que el amigo de Maina le dijo

algo que lo obligó a darse la vuelta. No sé por qué me sentí solidario con el jefe, yo tampoco entendía nada.

—Todo esto te extrañará mucho. Es por una buena causa y tú eres el protagonista.

Nos apoyamos en la valla y Maina, hablando suavemente y en esa frecuencia que recorría la espina dorsal, me explicó por qué estaba aquí y lo que se esperaba de mí.

Cuando Maina me dijo, antes de emprender el viaje a Turkana, que me necesitaba, que la Orden a partir de ese momento dependía de mí, me sobrecogió. Y ni en mil años habría imaginado que se refería a simular un secuestro.

Aunque es cierto que, pensándolo bien, ¿a qué otra cosa podría referirse? ¿A que yo fuese un mesías o algo así? ¿A la sabiduría que sería capaz de aportar al grupo? ¿A mis habilidades para conseguir algún negocio ventajoso para la comunidad? Si era sincero, debía asumir que mi carisma dejaba mucho que desear. Del grupo no era el que más se recordaba. No iba marcado por la mala vida, ni por la locura incipiente de Lilian o Louis, ni por un indefinible misterio como Sheila. Podía leerse en mí como en un pequeño libro abierto. No era ingenioso ni original, ni tenía eso que llaman «pensamiento lateral», no era surrealista, tampoco una belleza, ni siquiera atractivo, uno de esos chicos con encanto que le gusta a todo el mundo. Por eso siempre temí que llegara ese momento en que Marta me diera con la puerta en las narices. Solo quería ser feliz sin saber en qué residía la felicidad. Antes creía que la felicidad era Marta, ahora que consistía en formar parte de este grupo. Por muy extravagante que se presentara la vida, era improbable que Maina hubiese visto en mí algo que ni yo mismo había percibido ni sentido. Y por fin me aclaraba cuál era mi misión y dónde residía mi fuerza: el dinero de mi padre, que pagaría mi rescate. La pregunta era: ¿quiénes eran mis secuestradores?

## ISABEL

*Mombasa, marzo*

Al regresar al mercadillo, tal como me temía, Louis, Lilian y Sheila habían recogido el tenderete, las figuritas, las verduras y las rosas. No habían vendido nada y esperaban serios y desconcertados a que yo bajara de la furgoneta. Farfullé un «lo siento», pero ni en ese momento ni luego en la casa de Muyaka Road me reprocharon nada. Aun así, notaba que habían entablado una conversación tensa sobre mí, una de esas conversaciones que es mejor no escuchar, y que habían puesto a Maina, recién llegado de su viaje a Turkana, al tanto de mi escapada.

No habló, simplemente se acercó a mí y me pasó la mano por la cabeza para apropiarse de mis pensamientos y deseos, y luego me atrajo al olor dulzón de su pecho. Sentí en el cráneo un peso terrible, no duro, sino más bien como si un cielo lleno de nubes se aplastase contra él. Y se me fue un poco la cabeza, lo que le dio la oportunidad a Maina para sujetarme por la cintura. Noté sus brazos rodeándome. Eran duros y yo no podía moverme. Se me clavaron en las costillas.

—¿Tienes alguna duda sobre el secuestro de Ezequiel? Si la tienes, debes decírmelo.

No me gustaba que me mirase directamente a los ojos. No me dejaba pensar ni respirar. También sentí que me ahogaba. Respondí entrecortada y sinceramente:

—¿Por qué iba a dudar? Sheila lo vivió con él.

—Entonces, ¿por qué te has visto con ese hombre del hotel?

—No me he visto con nadie. Quería despejarme, respirar aire fresco. Estaba deprimida y empecé a conducir y conducir y me planté en la aldea giriama. Es un paraíso. A la vuelta recordé que me había olvidado un vestido en la lavandería del Serena y fui a buscarlo. —Maina inspeccionó alrededor—. Está en la furgoneta. Me encontré con un huésped que quería invitarme a una copa y le dije que tenía prisa.

—Me refería al director del hotel. Parece que conserváis muy buena relación. Fuiste directa a su despacho. —Y añadió con fingida picardía—: ¿Tengo que ponerme celoso?

—¡Ah! Fui a preguntarle por el vestido.

Maina me hizo saber, ladeando la cabeza, que un director de hotel no se encarga de esas pequeñeces, a lo que reaccioné enseguida.

—En realidad, fue un pretexto para saludarlo. Cuando estuve alojada allí se portó muy bien conmigo.

Louis, Sheila y Lilian se concentraban en sus respectivas tareas tratando de no estar presentes, de evaporarse.

—¿Te parece normal que sepa que fuiste como un rayo a ver al director?

Me encogí de hombros. Estaba poniéndome al corriente de que él lo controlaba todo.

—Puede que sea amigo tuyo y que sepa que estoy con vosotros. No lo sé —dije.

—¿Es que le has dicho que estás con nosotros?

—No lo creo. Creo que no hemos hablado de eso. Siempre me recomendaba andarme con cien ojos, no le gustaba que saliera del hotel. Prefería que fuese como los alemanes o los rusos, que no abandonan el borde de la piscina. Me preguntó qué tal estaba, nada más. Ya no me encuentro bajo su responsabilidad.

Se sentó y estiró los brazos y se entrelazó las manos bajo la nuca. La túnica caía sobre los músculos y el pene como una sábana fina. Su cuerpo me daba miedo. Parecía un animal capaz de escaparse de la túnica y saltar sobre mí.

—No quiero que metas la pata y lo eches todo a perder. Nunca se sabe con quién se está hablando. No estamos en Mallorca, ¿comprendes? —esto último lo dijo para sí mismo con más melancolía que otra cosa—. Aquí las

intenciones son culebras resbaladizas que se meten por los ojos y los oídos.

Esa noche soñé con culebras que se me metían por los ojos y los oídos. Y no podía hacer nada porque eran rápidas, resbaladizas, y una vez dentro no sentía que estuvieran ahí, no las notaba, era desesperante. Me desperté sobresaltada. Antes, el runrún de Sheila me desvelaba, pero ahora lo necesitaba para volver a dormirme, igual que la gente que necesita el susurro de la radio o de la música.

Todos consideraban que todos podían engañarme, lo que me situaba en una posición muy especial porque a la vez se suponía que debía confiar en todos ellos. Desde la ventana se veía el universo plano e inmenso, cuando en realidad es curvo y más inmenso todavía, y además no hay un solo universo. Si uno se empeña en saber, siempre hay algo más. De vez en cuando también brillaban los ojos de Bun-Bun entre las hojas. Corrí la cortina para no tener testigos, aunque solo fuesen Bun-Bun y las estrellas. Me acerqué a la cama de Sheila y le dije al oído en una frecuencia que pudiera percibir su cerebro: «Isabel, la chica rubia». Ella repitió: «Isabel».

—Sí, Isabel —dije yo.

—Su hermano se suicidó —dijo, y empezó a llorar en la pesadilla, sin lágrimas.

Probablemente se sentía yo.

Al parecer, todos sabían en el grupo que mi hermano se suicidó. ¿Y qué más sabían de mí? ¿Que no fui buena estudiante, que saltaba de un trabajo a otro porque me cansaba o porque se cansaban de mí? ¿Que desde que estaba aquí no necesitaba ir al sicólogo? ¿Qué tenía la sensación de que mi hermano nos vigilaba desde un lugar donde ya no era débil ni tenía miedo?

Por la mañana Maina habló con alguien por el móvil y pesqué al vuelo las palabras «tiempo», «traslado» y «arreglo», en español. Podría estar hablando con el padre Andrés. Y aunque no fuese el padre Andrés, desde luego se referían al secuestro de Ezequiel. ¿Lo habían trasladado de lugar? ¿Habían llegado ya a un arreglo? En cuanto colgó, me acerqué a él ansiosa.

—¿Se sabe algo? ¿Van a pagar el rescate?

—Ya veremos. Tranquilízate. Tu embajada está tomando cartas en el

asunto.

—¿Y sus padres?

—Por informaciones del padre Andrés, sé que no pueden hacer frente a semejante pago. Están en bancarrota. Acaba de entrar en juego el Estado con toda su burocracia, sus suspicacias y sus pamplinas; entre tanto, al pobre Ezequiel le estamos perdiendo la pista.

—¿Quién habló con sus padres?

No se me escapó su mirada de reojo, que quizá no significaba nada para él y mucho para mí.

—La embajada, el Ministerio de Asuntos Exteriores. Esperemos que se solucione antes de que los secuestradores se pongan nerviosos y lo perdamos para siempre.

Me pareció sincero. Me pareció sensato. Él conocía este mundo mejor que los diplomáticos burócratas de cócteles y buena vida. Nadie es absolutamente malo ni bueno, y aunque Maina fuese un manipulador en toda regla quizá sintiera verdadero afecto por Ezequiel.

En cuanto se marchó, me encerré en el baño del jardín para llamar por el móvil al secretario de la embajada. La urgencia me volvía negligente e iba tomando menos precauciones. Podrían haberme oído desde Bun-Bun hasta Louis y Lilian, que andaban de un lado para otro y entraban y salían de la casa con algún propósito indescifrable para mí. Antes de que yo pudiera marcar, en la pantalla apareció el insistente número que no perdía la esperanza de comunicar con alguno de los miembros de la secta.

El secretario contestó enseguida. Su voz era como su mirada, la de un hombre alto, fuerte y guapo, lo que suponía un choque con la realidad.

—¿De qué investigador hablas en el mensaje que dejaste? ¿Quién te ha dado esa información?

Supe que, tal como me advirtió Maina, había metido la pata y replegué mis ganas de mencionar el nombre de Said.

—Se hizo pasar por conductor de *tuk tuk*. Me dijo que trabajaba para vosotros en el caso Ezequiel.

—Pero ¿cómo y cuándo te contactó? Bueno, no hay tiempo para eso. Este es un país engañoso. El caso es que puede que hoy o mañana tengamos noticias.

—¿Los padres de Ezequiel están bien? ¿Habláis con ellos?

—Sí. Están preocupados, lo normal.

—¿Y cómo los habéis localizado? —dije sinceramente interesada—. De Ezequiel solo se sabe el nombre.

—Ha sido fácil. Si algo así fuese difícil, no servirían de nada nuestros servicios de inteligencia ni los funcionarios de las embajadas.

—¿Habláis con Maina y con el padre Andrés? Seguro que saben más de lo que cuentan. Sheila vio al padre Andrés en el poblado del condado de Turkana.

Imaginé al secretario mirando a derecha e izquierda, procesando esta información durante los segundos que tardó en contestar.

—Hablamos con quien sea necesario. Tenemos nuestros cauces y nuestros tiempos. Por favor, déjalo en nuestras manos. Confía en nuestra experiencia.

Asumí que yo no era una experta y que no tenían por qué contármelo todo.

—Pero ¿no te resulta raro que el padre Andrés fuese al poblado dónde tenían retenidos a Ezequiel y Sheila? —dije cargada de razón.

—El padre Andrés tiene la obligación de visitar todos los poblados de la zona. Tiene que hacerse cargo de sus carencias. Él y su congregación son sus ángeles de la guarda. Seguro que hizo una visita rutinaria y que no tenía la más remota idea de lo que pasaba. —Y elevó la voz para añadir—: El padre Andrés siempre nos ha ayudado, y si hubiese sospechado algo, nos lo habría comunicado inmediatamente.

Nos despedimos con frialdad. Bajo el efecto de su contundencia, me sentí un poco miserable. Quizá Sheila solo había visto a alguien parecido al padre Andrés.

—¿Qué hacéis? —le pregunté a Lilian antes de que ella me lo preguntara a mí.

—Nada. Estamos ordenando la casa.

—¿Os ayudo?

—Sería mejor que Sheila y tú os acercaseis por el taller para atender el pedido de los brazaletes —dijo.

## EZEQUIEL

*Turkana, marzo*

Las grandes lluvias habían dejado un lejano olor a tierra mojada, como si ya estuvieran anunciándose las del año siguiente. El rocío de la noche humedecía la valla y era agradable pasar la mano por ella antes del amanecer. Luego el sol lo quemaba todo otra vez. Desde que sabía que no estaba en peligro, me gustaba aquella soledad y era increíble que no echara tanto de menos al grupo como habría supuesto. Y tampoco me importaba contribuir con el dinero de mi padre a que la Orden pudiera seguir adelante ayudando a la misión del padre Andrés y a los necesitados de esta tierra dejada de la mano de Dios.

Maina y el hombre de los pantalones rojos se apoyaron en la valla verde del poblado para explicarme que sin mi colaboración sería imposible continuar la gran obra de la Orden, porque lamentablemente la financiación era indispensable para sostener las ideas y las nuevas formas de vida. Y había llegado la hora de que tuviera claro mi cometido en los planes: se suponía que me había secuestrado un grupo de rebeldes o de terroristas incontrolados, que exigía dos millones de euros por mi liberación. Maina soltó tímidamente la cifra, pero yo le dije que mi padre tenía eso y mucho más, lo que le complació bastante.

Me agradeció que lo liberara del sentimiento de culpa por haber fingido mi secuestro, que sintiéndolo en el alma no pudieron confesarme porque por cualquier detalle me habría descubierto a mí mismo, y era necesario que Sheila se lo creyera y estuviera completamente convencida para que regresara a Mombasa con la noticia de la petición de rescate.



—De no ser por ti, no podríamos seguir ayudando a la gente.

Mi padre era un capullo integral. Cuando no le apetecía hacer algo con mi madre y conmigo, y sobre todo con mi madre sola, decía que venía agotado del trabajo, cansado, molido, y que necesitaba tumbarse en el sofá a ver la televisión y despejarse. La palabra «cansado» implicaba: trabajo como un burro para vosotros. Más de una vez mi madre se arreglaba para ir al cine o al teatro y luego tenía que desvestirse. Le aburría salir solo con ella. Lo soportaba si también iba yo. Pero hasta que no fui mayor tampoco a mí me hacía caso. Nos consideraba una carga. Representábamos un obstáculo del destino para no ser libre, cuando él sabía mejor que nadie que en un mundo libre no pintaría absolutamente nada. A nadie le interesaría, por muy libre que fuese. Y tenía su gracia que la forma de mantener este nuevo mundo mío fuese con su dinero. Me sentí inmensamente feliz de poder ayudar a Maina.

El de los pantalones rojos me dijo que pronto vendrían a buscarme y que tuviese mucho cuidado con revelarles a nadie la verdad, porque no sabíamos qué podría ocurrir. En todo caso, yo siempre estaría protegido por ellos.

Así transcurrió un día más, paseando alrededor de la valla y saludando a los pastores cuando se iban y cuando volvían. Me recordaban al padre de mi infancia, cuando también se iba por la mañana y volvía por la noche. Antes del amanecer se marchaban a un lugar que yo no veía desde el poblado, en el que habría pastos o algunas hierbecillas que rumiar, y regresaban al anochecer con un semblante más alegre por el ejercicio de andar y de ver algo distinto. Quizá se cruzaran con otros pastores de otras aldeas y se gastaran bromas y compartieran la leche y la sangre de sus cantimploras. Se contarían chismes y después tendrían algo que relatar. Mi padre contaba poco. Todo lo resumía en «un día de perros». Así que no llegué a saber con certeza cuáles eran sus negocios. Se englobaba dentro de la vaguedad «hombre de negocios».

Mi relación con *Madam* Selina había disminuido en los últimos tiempos. Añoraba los momentos en que ella y Sheila se odiaban. A la joven esposa del jefe las deportivas de Sheila le quedaban un poco pequeñas y cojeaba con ellas, pero solo se las quitaba cuando le sangraban los dedos. Me daba miedo que se le pudieran infectar y traté de disuadirla de que se las pusiera.

—Déjalas aquí —le dije colocándolas en la puerta de su cabaña—, hasta que se te curen los pies.

Saqué de mi mochila Betadine y una gasa y se los curé y, sin saber por qué, le pasé suavemente la mano por los pies como remate de un trabajo bien hecho o como complemento a la sanación. Ella se me quedó mirando y me cogió la coleta, que siempre llevaba recogida con una goma, y me tiró un poco de ella. Luego se rio. Rebosaba alegría de vivir. No se habría adaptado a la melancolía que reinaba en la Orden de Maina.

Sheila no comprendió que esta chica les dio un valor real a sus cosas. La que para ella era simple ropa para la chica era una armadura de oro y brillantes y no se la quitaba de encima. En su intrínseca sabiduría, enseguida supo que se la merecía más que Sheila porque no solo se la ponía encima, sino que adoraba todos los minutos que la llevaba puesta. Y el propietario legítimo es quien sabe poseer, como el amante legítimo es quien sabe amar. Me habría gustado ver a Lilian midiéndose con ella y su intrínseca sabiduría. Sheila perdió la batalla.

## ISABEL

*Mombasa, marzo*

Conducía Sheila. Íbamos serias. Casi siempre entre nosotros estábamos serios. Acababa de darme cuenta de que todo nuestro encanto y simpatía se reservaban para Maina, el resto no importaba. Nunca entendí antes de entrar en este grupo cómo existe gente que sucumbe al embrujo de seres detestables, abusadores, explotadores, controladores, adictos al sexo, asquerosos en suma. ¡Era tan fácil darse cuenta de que no parece normal seguirles la corriente! ¿Qué clase de fuerza tienen esas personas en la mirada o en la voz, en las palabras? ¿De qué pueden estar rellenas las palabras de un simple ser humano con un cerebro que no ha inventado nada, ni descubierto una vacuna ni un planeta remoto para que cuatrocientas personas acepten suicidarse en masa? ¿Serán como Maina? ¿Sus cuerpos serán como el de Maina, tensos y eléctricos como los cables de la luz? ¿Será que unas personas tienen un centro de gravedad más denso que los demás y obligan a los otros a girar a su alrededor?

—Anoche soñé contigo —dijo Sheila—. Estabas con un chico delgado que te miraba muy triste y luego resultaba que estaba muerto. En el sueño dijiste que era tu hermano. Me lo señalabas y decías: «Mira, mi pobre hermano muerto».

No sabía qué pensar de Sheila porque en la débil mente de todos ellos estaba la mente de Maina, y no pensaban con su pensamiento, sino con el de Maina.

—¿Sabes? —dije—. Yo también soñé contigo y llorabas por mi hermano,

pero resulta que no era mi hermano, era Ezequiel.

—Solo son sueños —dijo—. Pesadillas.

Me quedé en *shock*. De pronto comprendí algo.

El perfil de Sheila estaba tenso y al mismo tiempo confiado. Llevaba varios pendientes en la oreja. El contorno del pabellón era perfecto, estaba más bronceado que el resto, tallado en oro, y los pendientes de plata se despeñaban por él como una cascada de espuma. Tenía la nariz recta y un poco ancha, con una peca que la personalizaba. En los labios también tenía algunas pecas pequeñas. Le rodeaba el cuello un cordón marrón del que pendía un esmalte con el símbolo de la Orden Humanitaria y algunas piedras más. En la muñeca llevaba cintas y pulseras con algún significado cada una de ellas, y aunque no era totalmente visible, el nombre de Maina tatuado en la espalda.

—¿Crees que alguna vez ascenderás al E2?

Cambió de marcha con su mano tostada por el aire y el sol.

Nadie podría jamás imaginarla como una funcionaria de una pequeña ciudad. El pelo corto y rizado y la piel ennegrecida a trozos según el capricho del sol le daban aire de trotamundos, de libertad, de juventud salvaje.

—Necesito mi tiempo. Nadie ha nacido en mi lugar, nadie morirá por mí. Necesito aprender a sentir mi propia vida y cuando llegue el momento de ascender, lo sabré. Todos lo sabremos.

—Ya —dije—. ¿Y cómo se sabe que se sabe?

—Si estuvieras en el nivel tres, no se te ocurriría preguntar algo así.

Debía preguntárselo.

—¿Te acuerdas de tu familia, de tu madre? ¿Nunca los has echado de menos?

—No sé de quiénes me hablas. Estoy aquí, y aquí está todo.

—¿Quién es la mujer de la foto que escondes?

Los músculos de la cara se le contrajeron, las pupilas se le endurecieron. Me había pasado de la raya y no había vuelta atrás.

—Déjame en paz, no es nadie.

Sus ojos lanzaron un destello al sol que rebotó en la luna del coche. La mujer no era su madre, ¿por qué había tardado tanto en darme cuenta? Maina y «mis hermanos» me aturdían con sus peleas y sus cosas. Me emborronaban la mente. Pero acababa de deshacerse el enigma y comprendí, lo que estaba

resultándome más satisfactorio que ganar dinero, que tener poder, que hacer el amor. Resolver este problema me tranquilizó la mente, me dio fuerza. No hay nada comparable a sentir que se descorre el telón y aparece la solución. La mujer de la foto era Carmen, el amor perdido de Maina, su juventud rota, su futuro destrozado. No hablamos. Mirábamos sobrecogidas al frente.

Sheila estaría obsesionada con esa mujer, y encontrar la foto en algún recóndito rincón de la vida de Maina terminó de volverla tarumba. Era el momento de desconcentrarla.

—El número que escondías en la cinturilla del pantalón es de una cuenta bancaria. ¿En Suiza, en Panamá, en las Islas Vírgenes? ¿Crees que Maina y tú viviréis juntos y felices con el dinero de esa cuenta? ¿Crees que está enamorado de ti?, ¿qué está esperando el momento oportuno para abandonar la Orden y que te ha confiado el número de la cuenta como gesto de amor?

No quería responderme, pero la oleada de emoción que esta posibilidad le suscitaba le cubrió la cara de rosa. Había dado en el clavo.

—Eres una cotilla asquerosa —dijo.

—Es un secreto entre tú y él, y no debería enterarse por nada del mundo de que lo he descubierto, ¿verdad?

Paró la furgoneta en un entrante de tierra con matorrales polvorientos, por lo que pensé que querría discutir el asunto más a fondo. Los ojos le brillaban. Entonces contemplé a cámara lenta cómo sacaba de debajo del asiento un hierro, un gato para cambiar ruedas, y cómo cerraba automáticamente las puertas y ventanillas. De manera instintiva me puse las manos en la cara.

—Crees que estáis engañando al mundo entero, pero en el fondo sabes tan bien como yo que también te engaña a ti y que un día no podrá más y regresará a Mallorca en busca de esa mujer de la foto llamada Carmen con el dinero de la cuenta, porque es la única persona en el mundo que le ha llegado al...

Sentí un golpe en la frente y oscuridad. Las luces del cerebro se me fueron apagando una a una.

Me despertaron los ladridos de un perro. Ví sus patas y sentí su lengua en la cara. Podía levantarme y pasarme las manos por la cabeza y darme cuenta de que había sangrado y no estaba segura de que se hubiera detenido la

hemorragia. El perro, con el hocico rojo, seguía ladrándome.

—Gracias —le dije sinceramente.

Si no llega a despertarme, puede que nunca lo hubiese conseguido yo sola. El móvil me vibraba en el bolsillo. Era ese número que no se rendía. Podrían ser personas que querían a Sheila y entonces, si decidiera contestarles, ¿qué les diría yo?, ¿qué se había convertido en una asesina? Por fortuna, Sheila no vio el móvil ni se le pasó por la cabeza que tuviera uno. Me empujó desde la furgoneta y me dejó tirada entre los matorrales. La boca me sabía a tierra, me rechinaban los dientes y me dolía el costado sobre el que caí. No llegué a sospechar que Sheila fuese capaz de matar. Ella creería que había muerto. La bolsa de lona con mis cosas, menos el móvil, se quedó en la furgoneta, a no ser que ella la arrojara más adelante. Me miré en la pantalla del teléfono. Tenía pinta de desmayarme de un momento a otro. Necesitaba agua para beber y para lavarme. Aun así, me puse en marcha buscando la bolsa de lona. De haberse quedado Sheila con ella, tendría que mentirle a Maina diciéndole que me había fugado y la bolsa la delataría. Le diría que al aparcar en la cooperativa desaparecí, que me buscó en vano, al fin y al cabo ya había escapado dos veces. Si luego encontraban mi cuerpo, se deduciría que me habían atacado y sería raro que hubiesen despreciado la bolsa, así que continué buscando. El perro me seguía. Me sentía desorientada y me habría gustado seguirlo yo a él, que me llevara a algún lado donde me curaran la herida.

Me temblaban las manos y no recordaba ningún número ni cómo se usaba el móvil. No sabía cuánto tiempo habría pasado tirada entre los matorrales: unas horas o un día entero. Recordaba haber tenido frío. Pero no recordaba si era por la mañana o por la tarde cuando salimos hacia la cooperativa. Ahora el crepúsculo bañaba de rojo los bordes de la carretera. Me senté para no desfallecer. Necesitaba beber urgentemente. El perro se echó a mi lado. Alguien había llamado al móvil hacía un rato. Pero quería despejarme antes de mirar la pantalla, quería saber qué veía.

Tampoco recordaba qué podría haberle dicho a Sheila para que deseara matarme. Yo debía de resultarle un gran incordio porque, de haber sentido algún remordimiento de conciencia, habría vuelto a buscarme.

Cuando se encendió la luz de la pantalla, el perro ladró. El último número

en el registro de llamadas se repetía con desesperación. Busqué el de Said. No había grabado su nombre y no estaba segura. Probé con uno, cuyas últimas cifras me sonaban a él, y no contestó nadie. Sentí sueño y una gran paz. Ahora todo el horizonte era rojo. El móvil se me cayó de la mano. Dormí hasta que me despertó una llamada y, de nuevo, ladridos. Pasé la mano con cuidado para quitar el polvo de la pantalla. Tumbada de lado, me concentré al máximo, no quería equivocarme y cortar la llamada. En esa tecla residía la vida y la muerte, y eso me confundía. «Por favor, no cuelgues», pensé.

—¿Said? —dije sin estar segura de que fuera él.

—Estaba esperando tu llamada y cuando iba a contestar colgaste.

Me mareaba y creo que me hablaba y no le contestaba.

—¿Estás bien?

—No sé dónde estoy.

Agradecí que no me bombardeara con preguntas. Agradecí que fuera tan listo y comprendiera que mi situación era crítica.

—Espacio, Isabel, piensa. ¿Estás en una casa o en la calle?

—Carretera, cooperativa.

Ahí se acabó todo, pero fue suficiente. Desperté en un cuarto del Serena Beach con la camarera de las manos de modelo dándome una pastilla con agua. Me llegaba el dulce olor de un mango sobre la mesa.

—Gracias —dije tocándome la frente. Estaba áspera, había un esparadrapo o algo así.

—Estás bien —dijo, y se marchó con sus andares de pasarela hacia el mundo celestial de la piscina.

Me habían lavado y me habían puesto una túnica de flores.

Llegaban las voces de los rusos y sus señoras de pelucones rubios y grandes pechos, y entre ellos el oleaje del mar. Ya estaba segura. Estiré el brazo para coger de la mesilla un vaso de zumo verde con una pajita rosa. Y de pronto me acordé del perro, mi salvador. Tenía aspecto de lobo gris.

Conseguí ir al baño ligeramente mareada. Había espuma de afeitar, cuchillas desechables y *aftershave*. El armario estaba abierto con camisas blancas y azul claro, pantalones vaqueros y un traje negro de vestir. Deportivas y zapatos, calzoncillos, calcetines y una maleta. Cogí el mango y me acosté agotada. Lo mordí dejando que el jugo me resbalara por la barbilla

y tiré el hueso al suelo. Cuando desperté, Said estaba en la mesa tecleando en el ordenador.

—¿Te he despertado?

Llevaba pantalones cortos y camisa caqui.

—Pareces un guía —dije.

—Y lo soy —dijo mostrándome el logo del bolsillo.

—¿Quién eres realmente?

Se levantó y se acercó a mí. Se acababa de duchar. El olor a gel de coco del hotel. «Hay que atender a las señales», pensé.

—No te preocupes ahora por eso. Lo importante es que estás bien.

Acercó la silla a la cama y me miró con los ojos muy abiertos, como si yo le asombrase. Me pasó la mano por el pelo y me agradó tanto que no le dije que me tiraba un poco de la herida y me hacía daño. Qué distinta era su mano a la de Maina. Dejaba sensación de alivio, y no de peso insoportable.

Le conté lo que había ocurrido de una manera enmarañada y confusa. Mencioné la foto de la mujer desconocida, el número de la supuesta cuenta bancaria, el amor sin sentido de Sheila y su odio hacia mí sin sentido, que estaba estancada en el nivel tres de la Orden y que yo creía que Maina había recibido por el móvil un chivatazo sobre un inminente traslado de Ezequiel. Ni siquiera lo conté en este orden. Me hundí en un fango de datos y reflexiones que Said escuchó con las manos entrelazadas bajo el mentón, como un sicólogo de la Asociación de Víctimas. Y tuve la impresión de que en cualquier momento diría: «Se acabó el tiempo». En cambio dijo: «Está bien, ya entiendo».

¿Cómo podía entenderlo todo? ¿Cómo podía comprenderme tan bien? Nadie me quitó de la muñeca el trenzado con la hoja de palmera.

—¿He estado en un hospital?

—Te hicieron una radiografía y te trajimos aquí. No conviene meter a la Policía por medio.

—Sheila es una criminal. Intentó matarme.

—Te asustarías de cuántos asesinos andan sueltos por la calle. Tenemos cosas más importantes que hacer. Ahora te traerán una sopa y pescado. Cómetelo todo y descansa. Esta tarde salimos de viaje.

Me dio una pastilla con agua. Me gustaba sentir sus dedos junto a mi boca,



me dieron ganas de besarlos. Ahora sabía que la mujer del mortero gigante de la aldea no era su esposa y que podía dejarme llevar por mis ilusiones. Y sin embargo, algo me lo impedía. Said estaba recubierto de puro cristal blindado y yo sabía que no podía atravesarlo.

Por la tarde la camarera que parecía una modelo me trajo un té con pastas, otra pastilla y mi ropa lavada y planchada. Me la entregó como algo valioso, una ofrenda, una delicada tarta. «Gracias —dije—, aunque ahora prefiero la túnica de flores». Iba a pedirle que no le dijera a nadie que estaba viva y en el hotel, pero si no lo había comprendido sería contraproducente insistir. No sé por qué le caía bien, no sé por qué me trataba con tantos miramientos incluso sin ser cliente del hotel. Quizá presintió que deseaban matarme. Trataría de ducharme sin mojarme la frente y fantaseé con la tonta idea de que Said entrara en el cuarto cuando yo salía de la ducha. Ya no me mareaba, solo me dolían el costado y la cabeza. Tenía un moratón en el brazo. Maina estaría muy contrariado. Nada en mi comportamiento indicaba que desaparecería, pero tampoco que Sheila fuera capaz de matar. ¿O sí lo sabía? Me gustaría contarle lo que hizo Sheila y que la castigara, que le dijera que no significaba nada especial para él, que ella se cayera del guindo de una puta vez. «Nadie te debe nada, Sheila, solo tienes que pensar un poco. Por Dios, piensa un poco».

Al rato entró Said sin saludar siquiera, evitando que cualquier palabra rompiera la realidad. Tiró en la cama mi bolsa de lona.

—La encontré en la cuneta, a un kilómetro de donde estabas tú.

Me acordé del móvil. Saqué el cargador y lo enchufé. Said abrió el ordenador.

—Recoge tus cosas —dijo enfrascado en algo—. Ahora que estás mejor, trazaremos un plan. Estuvisteis en Lamu, en una aldea masái, y Ezequiel y Sheila en Turkana.

—¿Me han dado puntos?

—Unos pocos. Se caerán solos.

—¿Dónde vamos?

—A Turkana, a buscar a Ezequiel. Te lo contaré todo cuando estés más despejada. Tu aparente huida los ha puesto muy nerviosos, menos a Sheila,

naturalmente. —Me tendió una caja de cartón con la cara de una sonriente chica de pelo castaño—. Ponte este tinte, llamarás menos la atención. El ejército de Maina debe de andar buscándote.

Marta me vino a la mente. La madre de Ezequiel tenía razón. Marta era su talón de Aquiles, y yo debía conservar alguno de sus destellos para devolverlo al mundo.

—No puedo cambiar. Mi pelo tiene que ser así. Lo siento. Algún día te contaré por qué.

—Entonces, cúbrete con un pañuelo. Me gustaría que siguieras viva, y algún día yo también te contaré por qué.

—Tienen mi pasaporte en la casa. Debería ir por él.

—No es el momento —dijo metiendo una de sus camisas azules en una mochila, dos botellas de agua, mis pastillas y unas piezas de fruta de la pasión envueltas en una servilleta—. ¿Confías en mí?

Asentí con la cabeza de esa manera en que los humanos nos ponemos en manos de otro.

—Quedamos en que no te fiarías de nadie. Yo no te he hecho ningún mal, y eso es todo lo que has de confiar en mí por el momento.

Todo Mombasa olía a té de especias. Su aroma iba y venía transportado por una brisa que entraba y salía de miles de pulmones. La gente estaría tomando el aire sentada en fila en el malecón del puerto. En el templo hindú los niños darían vueltas alrededor de la fuente bajo la dulce mirada de su maestra.

—¿Qué habéis hecho con el perro?

Said se sorprendió.

—¿Qué perro?

—Uno gris con pinta de lobo escuálido.

—No había ningún perro. Lo has soñado.

—Se asustaría al verte —dije sonriendo con la certeza de que no fue un sueño.

Daba la impresión de que cuando la ayuda ha de llegar, llega por el lado más inesperado. Un perro de verdad o soñado me salvó la vida, y me quedó el amargo regusto de no devolverle el favor, de abandonarlo al hambre y la sed, a un mundo feroz o a sueños más feroces aún.

## EZEQUIEL

*Turkana, marzo*

No pasaron ni veinticuatro horas cuando la joven esposa fue a buscarme a la valla donde esperaba la aparición sobrenatural de los pastores entre remolinos de polvo. Los saludaba con la mano y después caminaba junto a ellos y las vacas o las cabras hasta que las encerraban. Me hablaban sin parar y me ofrecían leche sin pasteurizar que yo rechazaba porque tenía intención de vivir un poco más. Se reían, todo lo mío les hacía gracia. Ya no había guardianes, si no traspasaba la valla es porque no debía. Y el poblado entero había estudiado mi psicología y ninguno dudaba de que no escaparía.

La joven esposa me cogió de la mano y me condujo, igual que a un ciego, a la puerta de mi cabaña. Se quitó las deportivas y me enseñó los dedos ensangrentados. Su marido asistía al evento sentado en primera fila, en la puerta de su choza. *Madam* Selina preparaba fuego para hervir té seguramente. Saqué el Betadine, otra gasa, e hice la misma cura del día anterior. Cuando terminé, cerré el frasco y me levanté, pero ella me obligó a sentarme de nuevo. Entonces cogió mi mano y la pasó todo lo despacio que pudo por los pies. También yo me levanté despacio sin mirar a mi alrededor. Lancé la vista lejos, a la valla, preguntándome cómo andaría de celos esta buena gente, rogando que lo viesen tan normal como la joven esposa.

El jefe no movió un músculo, eso sí, sin dejar de mirar. Yo anduve hasta mi querida valla. La noche se echaba encima y enfrente se cruzaban sombras veloces. Retrocedí hasta *Madam* Selina y su tetera. Y la primera taza fue para mí. Por primera vez me sirvió en una de sus adoradas tazas de porcelana

floreada, lo que agradecí sinceramente. Sonaba a despedida, a complicidad y a no sé qué más. La mente de esta mujer era compleja. Me invitó a que, antes de dormir, viniese a por más té.

Desde luego, era de primera, negro y perfumado, una delicia en medio de la nada o tal vez del todo.

Me entretuve leyendo tres folios que Maina nos había repartido antes de mi partida a Turkana con sus últimas reflexiones y condiciones imprescindibles para ascender de nivel espiritual. Yo las cumplía casi todas, sobre todo después de anteponer los intereses de la Orden a los de mi padre. Creo que no podría dar una prueba mayor de mi fidelidad que esa.

Según las palabras de Maina, cuando uno hace lo que ha de hacer porque revierte en un bien mayor, experimenta paz y armonía. Así que lo que yo sentía debía de ser eso. Estaba tranquilo y solo, a la espera de que vinieran a buscarme. Desde mi jergón veía cruzarse infinitos haces de luz como una telaraña resplandeciente. Cuando no se tiene nada, uno se fija mucho en la luz, el agua, el frío y el calor. Me quedé un poco traspuesto, hasta que noté una presencia ante mí. Me incorporé y *Madam* Selina escanció un chorro borbotante de té en la taza.

—Gracias —dije.

No respondió. Me habría gustado que se sentara un rato a mi lado y que me contara lo que tenía pensado para su futuro, el de su marido y la aldea entera. También le preguntaría cuánto les pagaban por el servicio de mantenerme aquí, ¿por qué Sheila no le caía bien?, ¿por qué trataba tan bien a la joven esposa, independientemente de que ya hubiese dejado claro que los deseos de su esposo eran órdenes? No me lo creía.

Me entró una modorra bastante parecida a la paz y armonía de la que hablaba Maina. Se me cerraban los ojos, los músculos se relajaban, la cabaña me envolvía como una manta. No tenía preocupaciones ni tareas pendientes, nadie me reclamaba.

Me despertó el traqueteo de un *jeep* sin techo. Iba tumbado en los asientos traseros y sobre mi cabeza pasaban deprisa nubarrones ennegrecidos. Me dolía la cabeza con el dolor propio de la resaca, ya casi olvidado desde que

no tomaba alcohol. Me vi un pie completamente vendado y casi grité. ¿Qué le había ocurrido a mi pie?

El jefe de la aldea iba de copiloto y trató de tranquilizarme moviendo las manos apaciguadoramente. Conducía un chico suajili con uniforme de guía. Hablaba muy rápido y no lo entendía. ¿Qué cojones me había pasado mientras dormía?

## ISABEL

*Mombasa. Turkana, mano*

Llamé al padre de Ezequiel para demostrarle que me estaba ganando el sueldo. Lo llamé por su nombre, Eduardo, para parecer más cercana: ahora mismo salía a buscar a su hijo a la aldea turkana donde estaba retenido. Tuve que limitarme a dejarle el mensaje en el contestador. Mejor, así no trataría de convencerme para que abandonara. Su madre me lo agradecería, y cuando todo saliera bien, también él.

Íbamos ligeros de equipaje. Said, con una mochila que no le cubría la espalda, y yo, con la bolsa de lona. Me tapé la cabeza con un fular, como él quería. Aun así, no dejábamos de ser una blanca y un negro, y la gente nos recordaría. Dejamos la moto escacharrada del auténtico Said entre unas zarzas, cerca de un claro donde supuse que nos recogería una avioneta. Antes de emprender el viaje a Kenia desde Madrid, vi una foto de Hemingway con botas altas escribiendo en una mesa en medio de la sabana. No sé por qué las hienas y los rinocerontes respetaban tanto a los antiguos viajeros. Seguramente habría guardias con escopetas protegiéndolos, pero no se veían ni se hablaba de ellos. Respiré hondo un aire denso como un batido de frutas. A pesar de todo, no querría estar en otra parte que no fuese aquí con Said.

—Siéntate. La hora de salida no es exacta.

—Sheila vio al padre Andrés en el poblado de Turkana.

Era la segunda vez que se lo decía a alguien en tono de descubrimiento. La primera fue al secretario de la embajada, que no le dio ningún valor. Y esperaba el asombro de Said, que tampoco llegó.

—¡Hum! No me extraña. La misión será una visita que tendremos que hacer.

Al cabo de una hora comenzamos a comemos, por hacer algo, las frutas de la pasión que él había echado en la mochila. Eran redondas, amarillas, con muchas simientes dentro y muy jugosas y de sabor un poco agrio. Me habría gustado apoyar la cabeza sobre su hombro azul claro. Me habría gustado que me pusiera la fruta en la boca con su mano. Aunque no estaba casado con la mujer giriama, no me cabía duda de que existía una bella esposa de piel sedosa y labios carnosos a la que guardaba toda la fidelidad del mundo, porque no entendía cómo no le tentaba la situación, la noche, mi cercanía, las señales que despedía mi cuerpo y que atravesaban las flores de mi túnica como alfileres largos y afilados. Y no estaba dispuesta a que una vez más en mi vida ni mi hermano ni Ezequiel rompieran el hechizo. Le dejaba todas las preocupaciones a Said, también las de los engaños y las mentiras.

—Ya me engañaste una vez. No —dije—, muchas veces. No vives en la aldea, no tienes un hijo, al menos ese hijo. No eres un pobre chico. Te gustan las ropas de marca, vestir bien, te alojas en un buen hotel. Y aunque sepa esto de ti, también sé que continúas engañándome. No mintiéndome, como un marido diciéndole a su esposa que se queda a trabajar para tirarse a su amante. Me engañas porque tú no has sido tú en ningún momento.

—No sé por qué me creíste. ¿No te parecía raro que un pobre conductor te fuera tan fiel?

—No conozco las costumbres de este país.

—Pues entonces, no te sientas engañada. Podría haber sido verdad y peor.

No esperábamos una avioneta, sino un helicóptero. De sobra sabía él que, por encima de todos los reproches, me ponía en sus manos con auténtico placer.

—¿Está todo preparado? —preguntó a gritos Said.

El piloto afirmó con el dedo gordo hacia arriba. No hubo más remedio que subir. No tenía miedo de morir, a pesar de que era muy probable. Y habría agradecido que Said me cogiera la mano o que me echara el brazo por los hombros. Habría agradecido un poco de amor. Por eso le pregunté:

—¿Crees que el amor es preferible a la verdad?

—¡¿Cómo?! —gritó.

—El amor.

Miró hacia abajo, hacia la pradera iluminada por la luna. Hacia las jirafas reticuladas, inmóviles como estatuas de madera pintada.

Alguna manada de cebras espantadas por el ruido del helicóptero corría hacia otra pradera más tranquila. Habría sido el momento perfecto para decir algo importante.

—¿Qué decías del amor? —dijo al cabo de un buen rato de vuelo.

No pude hablar. El helicóptero subía y bajaba tanto y daba tantas vueltas que tenía ganas de vomitar. Y al aterrizar, no me atreví a apoyarme en él. Prefería caerme redonda antes que importunar a quien me había trenzado una pulsera de palma, por mucho que cuando la hizo estuviera engañándome. En cualquier caso, no se daba cuenta de nada. Iba mirando alrededor buscando algo que encontró. Tuve que sentarme en el suelo y vomité todas las frutas de la pasión que había comido. Unos ojos me observaban a unos metros de distancia entre los matorrales, pero me daba igual. Si tenía que morir, casi mejor que me mataran. Una mano me cogió del brazo y me arrastró hacia un coche con los faros encendidos. Le había dado tiempo de ponerlo en marcha mientras yo languidecía.

—Toma —me tendió una botella de agua.

Imaginaba que estaría pálida cadavérica y con el pelo pegado a la frente sudorosa. Me tapé con el pañuelo.

—No pasa nada. Era un zorro. Estamos en Turkana y vamos al poblado que retiene a Ezequiel. Recuerda todo lo que Sheila te contó, cualquier detalle, todo.

Asentí con la cabeza hasta tener ganas de vomitar otra vez. Bajé del todoterreno abierto por los lados y protegido por barras de hierro, destinado seguramente a safaris fotográficos. Said dudó qué hacer conmigo. Me pidió que me sentara y colocara la cabeza entre las rodillas.

—Tranquilízate —pidió—. Tenemos tiempo de sobra.

No lo teníamos, pero por un instante sentí que yo no era menos importante que Ezequiel y que el pensamiento es traicionero, que él estaba tan convencido de lo que hacía como yo de que se equivocaba. Mientras que él tenía la certeza de que era feliz, yo la tenía de que se destruía. ¿De qué parte estaba la razón? Miré a Said con unas ojeras que me llegaban a los pies y náuseas.



—No sé si quiero hacer esto.

Se desconcertó.

—Sus padres me contrataron para que salvara a Ezequiel de las garras de Maina y lo llevara de vuelta, pero enseguida su padre me pidió que abandonara. No es un hermano ni un amigo, y por lo que conozco de él, un caso perdido. Acabo de darme cuenta de que no soy Juana de Arco.

Por fin me tocó. Me cogió la cara con las manos y me la levantó.

—Túmbate. Cuando descanses, lo verás todo de otra manera. Eres muy importante para nosotros.

«¿Para nosotros?». ¿Querría decir para él y necesitó rebajar los quilates de la frase? ¿Era yo importante para todos los que estaban metidos en la investigación: los padres, la Policía, la embajada, el falso Said y a saber quién más? Creo que estuvo fumando fuera del todoterreno mientras yo estaba amodorrada, hasta el amanecer.

Empezaba a abrirse un hilo de luz en el cielo cuando me pasó una mano por la frente. Hacía fresco y tenía *ganas* de estirarme. Sentía la boca seca, sin mareo. Said abrió un termo y me tendió una taza de té caliente.

—¿Tenemos alguna referencia para el camino?

—¿Para quién soy importante? —pregunté.

—Para mí lo eres —contestó sirviéndose té en la misma taza en que acababa de poner mis labios y que también servía de tapa del termo—. Sin ti, este viaje no serviría de nada.

Se oyó el lamento de una hiena. Podría haberse despistado, aunque era un animal bastante solitario y autosuficiente. Podría unirse a nosotros. Enseguida el sol comenzó a asomar la cara y pronto la aplastaría contra nosotros.

—Tardaron unas dos horas en llegar al poblado —dije.

—Darían vueltas para despistarlos. Apostaría algo a que está bastante más cerca.

Como Said siempre me llevaba la delantera, era yo la que debía alejarme y esconderme para hacer mis necesidades. Daba la impresión de que tenía mil necesidades fisiológicas más que él.

Cuando regresaba, me lo encontraba fumando y pensando. Sin embargo, era yo quien tenía la información.

—El poblado está rodeado por una valla de aluminio verde y también el

cercado de las vacas.

Hacia las doce, después de pasar por pequeñas aldeas y míseros poblados, nos decidimos a preguntar por el de la valla verde.

Habíamos tratado de encontrarlo por nuestros medios para que no se corriera la voz, pero no tuvimos más remedio que pedir ayuda.

Además de darnos la indicación, nos invitaron a té caliente y nos comimos las frutas de la pasión que nos quedaban. Nos presentábamos como una cooperante y su guía. Fingíamos hacer recuento de personas y necesidades de todo tipo. Algunos se volcaban en explicaciones y otros contestaban cansinamente, decepcionados por cooperantes pasados. Me avergonzaba pertenecer al batallón de los mentirosos, engañar a gente confiada.

Pero hasta los mentirosos son confiados cuando no saben que se les engaña. La inocencia va y viene como el aire caliente de este páramo.

Alrededor de las dos de la tarde vimos la valla verde, como un brote gigante surgido tras las grandes lluvias. «Grandes lluvias», «tierras altas», las referencias a la naturaleza eran épicas e inabarcables.

—Creo que es ahí —dije.

Tuve la sensación de haber visto ya las chozas descritas por Sheila. No había nadie, ni siquiera el ganado en el cercado. Estaría pastando. Tampoco los chicos armados, que se suponía custodiarían a Ezequiel, lo que no parecía buena señal. El sopor era total. Los dos árboles de que disponía el poblado arrojaban la sombra fuera, sobre el pedernal. Nos situamos a unos trescientos metros, tras unos arbustos.

—Seguro que es este —dije—. ¿Qué hacemos?

Siempre ocurría lo mismo: hay que dar un paso más, hacer algo más, ir hacia delante, ¿hasta cuándo?

—Alguien ha tenido que oír el motor. Lo mejor es que esperemos aquí hasta que aparezca alguno de ellos.

Tomamos más té. Y solo el nerviosismo de estar tan cerca, la posibilidad de ver a Ezequiel y a los secuestradores me mantenían despierta. Said tenía el ceño fruncido. Nunca parecía cansado ni con sueño, una cualidad imprescindible para enfrentarse al enemigo.

—Se han marchado —dije—. No están los guardias de los que hablaba Sheila.

Me indicó silencio con los dedos en la boca. Las pieles de cabra de una choza se mecieron perezosamente y salió una chica muy joven vestida con los pantalones cortos, una camiseta y las deportivas de Sheila, así que debía de ser la joven esposa del jefe. Said me interrogó con los ojos. Más que hablar, dibujé los sonidos con la boca: «la esposa».

Me levanté para ir hacia ella y él me retuvo por el brazo. Cualquier contacto de Said me hacía pensar que estaba lleno de encantadoras intenciones calladas.

—Deberíamos preguntarle por Ezequiel —dije.

Nos agazapamos como dos guepardos esperando el momento de abalanzarnos sobre la presa. Si ella hubiese mirado detenidamente alrededor, habría descubierto el morro del todoterreno asomando entre dos grandes retamas de florecillas amarillas, pero era una adolescente aburrida y con sueños que estaría pensando en chicos de su edad con cazadoras vaqueras. Se alejó bostezando, quizá para hacer sus necesidades. Y Said me indicó que corriésemos lo más rápido posible y saltásemos sobre ella antes de que cumpliera su objetivo. Sería más fácil presionarla con sus esfínteres presionándola a su vez.

Aparecimos por sorpresa. Estaba bajándose los pantalones cuando nos vio llegar. Nuestra visión la paralizó con la prenda por las rodillas. Pensé que tal vez Sheila no querría volver a ponérselos. Me miró con más interés que sorprendida. La cogí por el codo y la levanté. Los pantalones cayeron sobre las deportivas. Por un instante detuvimos la vista ante un triángulo de vello negro, rizado y brillante entre los muslos sudorosos. A ella no pareció importarle, no después de compartir a su viejo esposo con otra mujer y con las que vendrían, no después de haber andado en cueros en su poblado casi toda su vida. Era una chica dolorida e insensible, como todos los adolescentes.

—¿Dónde está Ezequiel? —le pregunté un tanto agresivamente.

No me entendía, le daba igual lo que pudiera decirle. E intervino Said:

—Si no nos dices dónde se encuentra el chico blanco, te llevamos con nosotros y te venderemos a un hombre más viejo aún y desdentado.

—Y devolverás la ropa de Sheila —añadí yo.

No sabía nada. Hacía día y medio que no lo veía. Se subió los pantalones. Le estaban bastante estrechos.

—¿Y *Madam Selina*? —pregunté.

Se encogió de hombros. Said comprendió que era importante dar con la primera esposa del jefe.

—Si nos la traes aquí sin decir que estamos nosotros, te daré esto.

Me desabroché el sujetador. Lo saqué por una manga de la túnica como si fuese una tira de mi propio cuerpo. Era de seda rosa bordada de Victoria's Secret, lo compré en unas rebajas y suponía una segunda piel de lujo para mí, algo que ella debió de leer en mi gesto de resignación. Lo deseó. Deseó algo que a mí me gustaba mucho. Lo atrapó igual que una mariposa y se marchó.

Decidiría aliviarse en otro momento.

Esperamos en cuclillas un buen rato. Podría habernos traicionado. No es que rigiese entre nosotros y ella una palabra de caballeros o damas. Y me arrepentí de haberle dado el sujetador tan alegremente. Said cavilaba. No llegaban muchos ruidos del pequeño poblado. Cuando el pastorcillo regresara con las cabras, animaría un poco el cotarro. Puede que nunca hubiesen tenido tantas novedades y vidilla como durante el secuestro de Ezequiel y Sheila.

A la media hora las vimos venir hacia nosotros. Una alta y esplendorosa, de piel jugosa, brillante y prieta. Y la otra, menuda y reseca, adornada con collares, pulseras y también con... el anillo de Sheila. Nos incorporamos cuando estaban a un metro de nuestras narices. La chica llevaba puesto el sujetador sin nada encima.

*Madam Selina* la miró de reojo.

—*Madam Selina*. Mi nombre es Isabel y este es Said, mi guía. Queremos ver a Ezequiel.

—No sé quién es ese. No sé de quién me hablas.

La respuesta nos paralizó unos segundos. Una mujercita fría como ella sola.

—No sirve de nada que lo niegues. Todo el mundo sabe que ha estado aquí.

—¿Quién es todo el mundo?

El anillo de Sheila lanzaba destellos con cada gesto. Procuré pasar la vista sobre él sin posarla, para no alertarla y que lo escondiera en alguna parte. Sería mi pieza de caza, mi recompensa y puede que en algún momento Sheila tuviese que verlo en mi dedo.

—Ella lo sabe —dije señalando a la joven.

—No lo sabe. Ha ido a buscarme a cambio de ese trapo y nada más. Podéis marcharos ahora o esperar a que regrese el jefe del campo con los chicos. El jefe, mi esposo, es un hombre fuerte y joven que os hará picadillo en cuanto os vea.

Más o menos es lo que vino a decir. Bebía los vientos por él.

—*Madam Selina* —dijo Said con la voz con que me hablaba a mí cuando quería convencerme de algo, volumen bajo, tono confidencial, lo que me decepcionó bastante: *Madam Selina* y yo éramos iguales, en cuanto que teníamos algo que darle—. *Madam Selina* —repitió—, creo que el jefe tiene ocupaciones más importantes. Y seguro que confía en que estas pequeñas cosas las resuelva su esposa más veterana y sabia.

Said iba haciéndose una idea de con quién estaba viéndoselas, y yo también.

—El jefe —dijo ella cogiendo de la mano a la joven— es un hombre leopardo y nunca se casaría con una mujer tonta.

—En fin —dijo Said temiendo enredarse en las argucias de Selina—, queremos encontrar al chico blanco antes que la Policía porque, si lo encuentran ellos antes, vendrán y os quitarán estas tierras y tendréis que vagar en busca de otras que consienta concederos el Gobierno.

La joven miró aterrada a Selina. No es que este poblado fuese la ilusión de su vida, pero la idea de vagar le horrorizaba. Andar kilómetros y kilómetros con bultos en la cabeza, sed y hambre. Y de pronto comprendí. No era solo eso. Por eso los pantalones fie Sheila le estaban tan estrechos. Otro velo que se descorría: estaba embarazada. A través del encaje de mi sujetador se le apreciaban unos pezones grandes e hinchados.

Me colgué del brazo de Said como si lo quisiera mucho, lo que casi era verdad.

—Ni una palabra más. Vámonos —dije.

Titubeó, pero ante lo inusual de mi comportamiento me hizo caso. Nos dimos la vuelta e iniciamos una lenta retirada. Oíamos a la joven gritarle a *Madam Selina* y el silencio de esta como respuesta. Meditaba. Elaboraba un contraataque. Nunca se había esperado esta visita y eso la desconcertaba.

—La joven está embarazada, y Selina no pondría en peligro al hijo de su

amado esposo, aunque sea de otra.

Me echó una ojeada cargada de admiración. Me volví hacia atrás. Vi sus espaldas. Éramos como dos ejércitos alejándose del campo de batalla.

Subimos en el todoterreno y dejamos constancia de que nos íbamos con ruido de motor y derrapes. Nos alejamos y luego regresamos de la manera más sigilosa posible. Aparcamos tras un montículo y nos acercamos andando al mejor puesto de observación posible.

Vimos llegar al que debía de ser el jefe, con dos liebres y un séquito de chicos de unos trece años. Después de que él intercambiara unas palabras con *Madam Selina*, uno de los chicos salió corriendo campo a través, lo que nos confirmaba que los habíamos puesto nerviosos. Said me sirvió el té que quedaba en el termo. Bebí solo la mitad de la taza, él tuvo que posar sus labios donde los puse yo. Una pequeña recompensa por un día tan largo que, en el fondo, no quería que terminase. ¿Y si Said no era quién decía ser? ¿Y si era peor que Maina? A saber lo que buscaba. No quería saberlo, y por eso empezaba a comprender a Sheila, Louis y Ezequiel.

—Siento no poder llevarte a cenar a un buen restaurante —dijo.

—Siempre podremos cazar algo —dije yo.

Nos habíamos dejado el agua en el todoterreno, pero el calor declinaba y podía aguantar la sed. Me recosté con la cabeza en sus piernas sin pedir permiso. No dijo nada. De vez en cuando las movía para cambiar de postura. Parecería apropiado que me pasara la mano por la cabeza, alguna reciprocidad. En cambio, debía conformarme con sentir sus músculos bajo la nuca y contemplar cómo el azul del cielo iba volviéndose gris. Jamás llegué a imaginar en Madrid, cuando el pensamiento de mi hermano me arrastró hasta Ezequiel como un huracán, jamás tuve la más leve intuición de que se produjera este instante de felicidad. Tampoco sospeché nunca que no fuesen a importarme las víboras y que prefiriese correr el riesgo de estar tumbada así y que me picase una a estar alerta y despegar la cabeza de las piernas de Said.

—Aún llevo la pulsera que me hiciste —dije intentando que no sonara romántico.

—¿Cómo se comportó contigo Maina? —preguntó con un tono de voz sin ningún matiz personal.

—Creo que en unos pocos días más me habría invitado a su cama. Me

extraña que haya tardado tanto.

—¿Por qué crees que quiso matarte Sheila? No por lo que piensas, no solo por un arrebato. Maina querría convertirte en su esposa, y ella se dio cuenta y no lo soportó.

Me quedé de piedra. Este velo sí que no lo hubiese descornado nunca, y me daba rabia no lograr interpretar bien a Maina.

—No sé. Nunca llegó a fiarse de mí.

—Por eso mismo. Siendo su esposa, te controlaría completamente, por dentro y por fuera.

De una manera o de otra, dentro de la Orden estaba más que sentenciada.

Al cabo de hora y media el chico que salió corriendo regresó al poblado sin jadear ni sudar, y tras intercambiar unas frases con *Madam* Selina y su amado esposo, estos de inmediato emprendieron un recorrido con paso rápido. Said se levantó de un salto y me dio la mano para ayudarme a incorporarme.

Elegimos un camino paralelo al suyo. Andaban con agilidad, casi corriendo, pero nosotros también. Al final del trayecto se vislumbraba un todoterreno similar al nuestro. Nos detuvimos en un lugar discreto con buena visibilidad. El jefe se había echado por los hombros una tela roja. Me pareció que dos de los que salieron del vehículo eran el padre Andrés y el secretario de la embajada. Le di un codazo a Said y le expliqué al oído quién era el secretario. Él asintió como si ya estuviera todo claro, pero no lo estaba.

—Estarán negociando —añadí en voz baja.

Y él asintió de nuevo para que me callara.

Dentro del todoterreno vi una cabeza apoyada en una mano, esperando que le informaran de las gestiones. ¿Quién sería? Se lo señalé a Said, y él negó con la cabeza, no le sonaba de nada y además no se le distinguía, parecía que llevaba gafas. Ese hombre debía de ser la pieza principal del secuestro de Ezequiel.

Estuvimos esperando a que el tercer hombre saliera. La luna empezaba a dibujarse en el cielo y había una mezcla de día y de noche muy extraña. Por fin, el cura y el secretario se metieron en el todoterreno y emprendieron una marcha a brincos. El jefe y Selina se encaminaron de vuelta al poblado. Aún había luz, pero esa luz engañosa que se extingue cuando menos lo esperas. Sería mejor acercarnos a ellos sin tener que encender la pantalla del móvil.

Tenían la información que necesitábamos y éramos dos contra dos. Debíamos actuar deprisa porque ellos iban descalzos y nosotros, con nuestras deportivas, acabaríamos pisando ramas y alertándolos.

Como si Said y yo tuviésemos telepatía, como si no existiera más opción en el universo que esta, aparecimos ante ellos igual que dos cabras o dos leones, y los enfocamos con los móviles. Selina dio un traspié y cayó al suelo. El jefe sostuvo fuerte la vara que llevaba, pero sin intentar luchar.

—Ella es la chica blanca —dijo Selina desde el suelo y colocándose la mano de visera.

—Y yo soy su guía —dijo Said.

—¿Y por qué nos atacáis? —dijo el jefe.

—Porque queremos saber dónde escondéis al chico blanco, y no os hemos atacado aún.

El jefe, más que amenazar, le mostró la vara a Said. Y Said, ni corto ni perezoso, se la arrebató de un manotazo, lo que desconcertó al jefe, acostumbrado a sortear culebras y animales, pero rara vez a un tipo que necesitaba urgentemente comer, beber y dormir.

—Estoy cansado —dijo Said con gran seriedad.

Pero no era esto lo que ablandaría el corazón de *Madam* Selina. Igual que en un drama de Shakespeare, me acerqué a ella y le hablé bajo:

—Si la joven esposa pierde el hijo, él volverá a casarse, traerá a otra más joven aún al poblado y tú tendrás que cuidarla, y él cada vez podrá estar menos contigo ni ser un gran jefe.

—Le picó una víbora y lo llevamos a la misión. No sabemos nada más —dijo.

—¿Qué os ha contado el padre Andrés? ¿Para qué lo habéis llamado?

—Nos ha asegurado que habéis mentado, nadie puede echarnos de aquí por haberles ayudado. También ha venido un hombre muy importante que nos lo ha confirmado.

—¿Un hombre importante? ¿Cómo era?

—Llevaba pantalones rojos.

—¿Quién era el que se ha quedado dentro del coche?

Selina no lo sabía, ese hombre siempre se quedaba dentro y nunca hablaba. Said me hizo la señal de que ya estaba todo dicho y le devolvió la vara al



jefe. Yo, en cambio, cogí a *Madam Selina* por la muñeca.

—Ahora devuélveme el anillo de Sheila. No es tuyo.

—El anillo está en mi mano, luego es mío.

La sujeté más fuerte.

—Te cortaré la mano antes de que te lo quedases. Vengo de un mundo egoísta y malo donde no se comparten los anillos ni los maridos.

No sé si me entendió. Parecía darle igual. Lo quería a toda costa, y alguien con deseos tan fuertes sería ante todo una persona ambiciosa, que no iba a permitir que nadie —ni otras esposas ni sus posibles hijos— se interpusiera entre ella y el poder del jefe.

El jefe señaló con la punta de la vara el anillo y luego a mí.

Ella se quedó muda y quieta, observándolo y reteniendo cada uno de sus pequeños gestos y matices para la eternidad. El anillo en una mano cuidada y suavizada por cremas hidratantes no significaría nada. En la suya arrugada y amarronada resultaba de una belleza aplastante. ¿En qué estaría pensando Selina? «¿Me lo quedo y me enfrento al poder de mi amado? ¿Me lo quito y se lo entrego humillando mi orgullo?». Se lo puse fácil. Sin dejar de sujetarla por la muñeca, se lo arranqué del dedo. Noté su piel fina de papel de fumar y los callos. Le agradecí mucho que no me diese pena ni la tentación de regalarle el anillo.

Me lo coloqué en el dedo corazón para no extraviarlo.

## EZEQUIEL

*Turkana, marzo*

De pronto comprendí. Era una venganza del jefe por haberle acariciado los pies a su joven esposa. En correspondencia, me había hecho algo en el mío. No me atrevía a moverlo. No llegaba a los asientos delanteros del coche para golpearlo en la espalda desnuda, y como si lo intuyese, se cubrió con la tela roja que siempre llevaba consigo. Le grité tan fuerte como pude:

—¿Qué me has hecho, cabrón?

Tampoco me atrevía a quitarme la venda, por lo que pudiera encontrar. No tenía valor. El conductor ni siquiera volvió la cabeza, iba a lo suyo. No lo conocía, en la aldea no había vehículos. Iban andando a todos los sitios. Salvo los que iban y venían como si este fuera el poblado más visitado de África.

Después de gritarle, le pedí que hablase despacio y logró explicarme que mientras dormía me picó una culebra venenosa, que habían conseguido extraerme el veneno pero que, aun así, me llevaban a la misión del padre Andrés para que me curaran mejor. Por un lado respiré. Eso quería decir que no me había cortado ningún dedo. Procuré no moverme para que, en caso de quedar algo de veneno, no se esparciera por toda la sangre. Mucha gente moría por picadura de culebra, incluso de una simple avispa, si bien confiaba en que esta gente tendría mucha práctica en succionar el veneno. Tampoco todas las culebras serían igual de venenosas. Me encontraba muy confuso. ¿Cómo es que no me enteré de nada? Estaría dormido, me picaría y me desmayaría. Pero ¿cómo se enteraron ellos? Alguien tuvo que entrar en ese preciso momento en la cabaña, de lo contrario habría muerto. Probablemente entraría *Madam*

Selina a buscar la taza de porcelana y con su perspicacia se daría cuenta de lo ocurrido. Me sentía como se habría sentido Lilian en su época de yonqui, completamente perdido y amnésico.

Trataba de relajarme sin éxito. El pie, que saltaba en cada bache, el alivio de no haber defraudado a Maina al ser asaltados y no poder llegar a la misión puesto que llegaría ahora, y el temor de defraudarle más adelante. Había contado conmigo ciegamente en esta empresa superior porque sabía que yo respondería. Había llegado a tener más complicidad con él que con mi padre en toda su vida. Él nunca llamó a Marta «rubita» dando a entender que cualquier cosa mía era pequeña e insignificante. Maina, en nuestras sesiones de desprogramación de Marta, la llamaba «la enviada» porque me fue enviada para ampliar mi mente y el mundo.

Cumplida esta función, también ella debería ampliar la suya y no sería extraño que el banquero con el que se casó fuese su «enviado». Como Carmen fue la enviada de Maina, como Wilson fue el de Sheila y las drogas las de Lilian. El destino llama a nuestra puerta y tenemos tanto miedo que solo nos atrevemos a mirar por la mirilla. No la abrimos, no descubrimos quién hay detrás, y así una y otra vez permanecemos encerrados entre cuatro ideas, cuatro sensaciones. Así que cuando un enviado o enviada irrumpe en nuestra vida es porque somos unos afortunados. Cumple con su cometido de despertarnos y se va. Generalmente se marcha para no volver porque, si se quedase, solo serviría para darle otra vuelta a la cerradura. Yo no debía odiar a Marta, sino darle las gracias por dejarme escapar de mi cárcel.

—Solo quise curarle el pie a tu esposa. Nunca tuve pensamientos eróticos hacia ella. Parece una chica de instituto con ganas de experiencias —le dije al jefe a gritos para que no se perdiera ninguna palabra con el traqueteo.

No me entendió y yo no me expliqué bien. Y fue preferible, porque cualquier malentendido podría estropearlo todo aún más.

Al llegar, nos recibió un chico con el mapa de África en la camiseta. Sería francés, suizo o belga por el acento. Entre él y el conductor me ayudaron a entrar en una tienda de campaña y sentarme sobre una camilla portátil. No me atrevía a apoyar el pie en el suelo. Y ya no volví a ver al jefe de las dos esposas. El destino se lo llevó sin despedirse por caminos pedregosos, entre matorrales y bajo millones de estrellas heladas hacia los brazos de sus dos

mujeres.

Pasara lo que pasara en adelante, ya sería el futuro. Nunca había tenido tan clara la división del tiempo en tres partes.

Crucé las manos sobre el estómago y esperé el siguiente movimiento del futuro. Lo hizo el chico suajili que solía acompañar al padre Andrés. Traía una bandeja de enfermería con gasas y una muleta. Aunque nos habíamos visto en varias ocasiones, no saludó. Me indicó que me tumbara y se sentó en un taburete frente a mi pie. Cuando empezó a desenrollar la venda, me sacudió un calambre y se paró en seco. «Tranquilo», dijo, y continuó hasta que sentí el pie libre.

Una pequeña y ligera brisa corrió sobre la piel. No podía verlo.

Cada vez que intentaba incorporarme, el enfermero me ordenaba que me tendiera. No sentí dolor, solo un pinchazo, el frío del alcohol.

—¿Qué tal está el pie? —pregunté.

—Está bien —dijo secamente. Volvió a vendarme y se fue.

La muleta parecía bastante gastada. Estaba apoyada en la camilla a la espera de que me decidiera a usarla, pero no pensaba hacerlo hasta que no tuviera más remedio. Al menos, a Sheila no le picó ningún bicho.

## ISABEL

*Turkana, marzo*

Al lago también lo llamaban mar de Jade y, además de ser la cuna de la humanidad, era fuente de vida de los turkana.

Bordeamos un trozo desértico y ondulado, propicio para tropezar con algún cráneo de nuestros ancestros, buscando la misión. El viento se nos metía en los ojos y lagrimeábamos sin parar. Le daba vueltas a mi nuevo anillo mientras Said aguzaba la vista como si estuviera nevando o lloviendo. Todos los caminos eran iguales, o mejor dicho, no había caminos. Cuando por fin atisbamos las tiendas de campaña, respiramos.

Un cooperante con una camiseta con el contorno de África dibujado en el pecho se acercó al vehículo.

—Necesitamos comer algo —dije— si es posible. Lo pagaremos.

Nos ofrecieron dos plátanos y dos tortas de maíz. Nos presentamos como fotógrafa de National Geographic y mi guía. Estaba haciendo un reportaje para ayudar a poner a la mujer africana en el mapa del mundo y desearía sacar unas imágenes de la misión. Echamos un vistazo alrededor: una hoguera, niños, muchachos, muchachas, ni rastro de Ezequiel.

—¿El padre estaba al tanto de esta visita?

—Le hablé de visitarlo en un encuentro en casa del agregado cultural español en Nairobi. ¿Podría hablar con él?

—No es posible porque acaba de partir para Mombasa.

—Bueno, solo querríamos dar una vuelta por la misión. Antes de publicar las fotos, se las mostraríamos al padre Andrés. El propósito es enaltecer la

labor de la misión. Hemos hecho un viaje muy largo como para volvernos con las manos vacías.

El chico dijo que debía consultarlo. No todos los periodistas eran de fiar. Hacía aproximadamente un año salieron cosas muy feas en un periódico, inventadas por un renegado. Se hablaba de abusos sexuales y calumnias por el estilo. Qué fácil era venir aquí calzados, vestidos, con las manos limpias y escupir sobre tanto esfuerzo y sacrificio para atender a esta pobre gente dejada de la mano de Dios, expuesta a caer muerta en cualquier cuneta y ser comida por las moscas y los buitres. Al menos, aquí encontraban cobijo, agua, comida, medicinas. A los niños se les enseñaba a leer y a escribir. Por nada del mundo consentiría que se quedaran solos. Él había venido a luchar por ellos. Lo interrumpió una sombra alargada, de pasos lentos y seguros como un árbol movido por la oscuridad. Nos miró echándonos encima toneladas de incredulidad y sospecha.

—Yo los acompañaré mañana por la mañana a ver todo esto, luego se marcharán. Tenemos que trabajar —dijo.

—Esto no es un campamento de verano —añadió el chico blanco de la camiseta.

—Podemos prepararles una tienda, aunque deberán tener cuidado con las víboras y los escorpiones —dijo el recién llegado, que se parecía mucho al que siempre acompañaba al padre Andrés.

Declinamos la oferta. Dormiríamos en el todoterreno. El larguirucho emprendió su silenciosa retirada y el de la camiseta se quedó dándonos consejos, como que cerrásemos lo más posible el vehículo para que no entrasen víboras.

—Hablando de víboras —dijo Said—. ¿Sobrevivió el chico blanco que trajeron con una picadura?

—¿Cómo sabéis eso?

—De camino hacia aquí alguien nos recomendó que tuviéramos cuidado para que no nos ocurriese como al chico blanco al que picó una víbora.

—Antes de llegar le extrajeron el veneno y aquí le bajaron la fiebre. Ya no está, vinieron a buscarlo. Pobre chico, estuvo a punto de morir.

Nos metimos en el todoterreno, tal como quería el de la *camiseta para* que no sufriéramos ningún percance, o por no tener testigos molestos o porque

realmente se creía lo que decía.

Nos comimos los plátanos y las tortas con unos sorbos de agua para no consumirla toda. No hablamos, estaba todo claro: no sabíamos dónde estaba Ezequiel y había que seguir buscando.

Reclinando los asientos podía dormirse uno bastante bien. Hacía fresco y Said sacó del maletero un saco de dormir. Le abrió la cremallera y lo echó por encima de los dos. De nuevo me sentí feliz. Mi hermano y Ezequiel se redujeron a dos puntos en el universo que se veía desde las ventanillas. Eran lejanos.

—Tenemos que descansar —dijo Said dándose media vuelta—. Mañana pensaremos con mayor claridad.

Oía su respiración. Su calor se propagaba en oleadas a través del saco de dormir y me envolvía. Quizá soñando viniese hacia mí y me abrazara. La noche acogía la miseria de este mundo, las pesadillas y también este instante que hacía menos de un mes era inimaginable para mí. El móvil vibró en la mochila. En la pantalla apareció el insistente número de siempre, lo que también significaba que en la misión habían conseguido tener cobertura.

Pensé en llamar a los padres de Ezequiel, pero estaba harta de sus negativas y además despertaría a Said, y sobre todo, dejaría de disfrutar de ese momento. Me toqué el anillo de Sheila en el dedo corazón, que aún conservaría células y sudor de *Madam Selina*. Se sentiría desnuda sin él, como yo revestida de mi venganza hacia Sheila.

Me pareció, entre profundos sueños, que el móvil volvía a vibrar, aunque puede que no fuese real. ¿Habrían descubierto que faltaba un móvil de la caja? También mis padres me habrían llamado alguna vez al mío y Dios sabe quién más sin ninguna fortuna.

No pude calcular cuánto tiempo había dormido cuando me despertaron unos pasos junto al vehículo. No abrí los ojos, solo extendí la mano por debajo del saco para despertar a Said, pero el asiento estaba vacío. Abrió la puerta, entró y se acostó.

—Duerme —dijo adivinando que estaba alerta.

El de la camiseta nos despertó con un té caliente que tomamos con gusto sin

bajar del todoterreno. El sol comenzaba a despuntar a lo lejos, en otro mundo. Pájaros de gargantas roncadas volaban hacia el lago.

—El té no es gratis —dijo el chico con camaradería—. Tenéis que ayudarnos a descargar unas cajas antes de que nos aseemos de calor.

Estuvimos hasta media mañana acarreando cajas y bultos de un camión a las tiendas donde almacenaban los suministros y apenas pudimos hablar con nadie. No podíamos quejarnos para no quedar como unos señoritos imbéciles. Sin embargo, me llamaba la atención que nuestro trabajo no lo hicieran los chicos y las chicas jóvenes que holgazaneaban por allí. El ambiente, en suma, era jovial con una pátina de tristeza. Said estaba de acuerdo. Cuando terminamos de cargar y descargar, ya era tarde para hacer mi reportaje porque la mayoría debía marcharse al lago a pescar. Eché de menos ver a ancianos de barba blanca y a ancianas de pechos aplanados y también a lisiados, que son las personas que se supone que se sentirían protegidos y distraídos en un lugar así.

—¿Dónde están las personas mayores? —pregunté al de la camiseta.

—No hay quien los saque de sus poblados. Se encuentran mejor allí. Nuestra tarea es cambiar la mentalidad de los jóvenes.

En los documentales y en las películas era frecuente ver a ancianos y a madres amamantando alrededor de los consultorios médicos de las misiones.

—Ya podemos irnos —dijo Said.

—No hemos visto nada —le dije.

—Ya vi anoche bastante mientras dormías, te lo aseguro. Ezequiel no está aquí.

No quiso contarme más. Conducía con decisión hacia alguna parte.

—He llamado al helicóptero desde la misión, el único sitio con cobertura. Cuanto antes lleguemos a Mombasa, mejor.

Me sentía confusa por no poder entender y por estar con Said. Pregunté, por preguntar algo que no tenía respuesta:

—¿Qué está pasando?

—En cuanto tengamos de nuevo cobertura llamaré al secretario de la embajada. Le diré que soy tu guía y que no sé nada de ti. Seguramente le habrá llegado noticia de tu desaparición. No creo que *Madam Selina* y el jefe les hablen de nosotros porque descubrirían que ellos nos han puesto sobre la pista



de Ezequiel. Le diré que estoy preocupado porque has averiguado algo importante sobre un chico blanco desaparecido, y que me diste su contacto por si te ocurría algo. Lo citaré en el Serena Beach porque es el lugar donde os encontrabais. Le haré ver que tengo un mal presentimiento.

Lanzaba en voz alta un pensamiento puro, ordenado y claro, lo que significaba que casi me consideraba una extensión de él mismo, el ser que escucha en su cabeza lo que su cabeza pensaba.

—Quieres saber qué se traen entre manos el padre Andrés y él —dije.

—Puede parecer una cosa y ser otra diferente.

—O que sea lo que parece, que es muy distinto a lo que me pareció al principio.

Se rio y yo también. Nos reímos exageradamente por tan poca cosa. Durante un segundo fuimos dos personas normales riéndose de sí mismas.

—Cuando te veas con el secretario, soporta su mirada y su silencio —dije—. No lo subestimes, es más duro y astuto de lo que parece. Le gusta la langosta en todas las modalidades, el suflé y sentir que sabe mejor que los demás lo que está ocurriendo. Le gusta considerar a los otros un poco tontos o ingenuos.

Tomó nota mentalmente y no comentó nada. La intimidad y la frivolidad duraron solo unos minutos.

—Te alojarás en el Serena, en mi cuarto, y no podrás salir. No conviene que te vean. Tenemos que jugar con la ventaja de que crean que has muerto.

Me estremeció que mencionase mi muerte con tanta naturalidad.

## EZEQUIEL

*Turkana, marzo*

A media noche sentí unas irrefrenables ganas de orinar y no tuve más remedio que bajar de la camilla tratando de no apoyar el pie en el suelo. Era difícil por la irregularidad del terreno. Ayudado por la muleta, conseguí alejarme unos metros de la tienda e internarme en la oscuridad más próxima, no tenía ganas de aventuras insensatas. Frente a mí veía las instalaciones de la misión, una estructura prefabricada con grandes ventanas. En los últimos días en el poblado, aprovechando el derroche con el agua de *Madam Selina*, había bebido casi con desesperación. El disponer de agua en medio de aquella tierra baldía despertaba un ansia de beber desmedida, y por eso me llevó más de lo normal que todo aquel líquido saliera de mí. Me lo tomé con calma, no quería tener que volver a bajar de la camilla.

Y entonces los vi, al padre Andrés y al hombre de los pantalones rojos, agitando las manos de una manera que no dejaba claro si era de alegría o de indignación. Salieron hablando, ni en susurros ni en voz alta, pero la pradera funcionaba como un anfiteatro de gran resonancia.

—Con el chico viene el dinero. No lo dudes.

—El padre está en bancarrota, ya sabes por qué.

—Lo sé. Lo sé. Eso es lo bueno. Del pago se hará cargo el Estado. Ya se está negociando, parece que hay buenas perspectivas. Se acercan las elecciones y no quieren darle a la oposición carta blanca. Para ellos, tú eres el intermediario entre un grupo terrorista incontrolado y la embajada, a la que represento yo. Ellos confían en mí. Saben que soy un gran negociador y que los

he sacado de muchos apuros.

—No jodas —dijo el padre Andrés—. Me has metido hasta el cuello.

—Estás metido por derecho propio, como todos nosotros.

—Pero yo no soy como vosotros. Yo quiero el dinero para la misión, para los pobres. Mira todo esto. Nadie se acuerda de nosotros.

—Tú tienes tu causa, yo tengo la mía y Maina la suya. Para cada uno, la suya es la mejor.

—De todos modos, no me gusta ver mi nombre relacionado con todo eso. Podría comprometer nuestra labor humanitaria.

—No te preocupes —dijo el de la embajada dándole una palmada en la espalda—. Todo saldrá bien. ¿Por qué no? Tenemos a ese pringado que no se entera de nada. Aún no se ha dado cuenta de que fuimos nosotros quienes nos quedamos con las armas y no los piratas somalíes. Cuando no haya piratas, no sé qué vamos a inventar.

Se encendieron unos cigarrillos. Tragaron el humo con ansia y lo expulsaron lentamente, recreándose en sus pensamientos.

Parecían satisfechos. Procuré no respirar fuerte y, para no caerme, apoyé el pie en el suelo por el talón y la verdad es que no me dolió, solo notaba la presión del vendaje. No me moví, temía que el foco rojo de los pitillos alumbrara alguna parte de mí. Uno de ellos se acercó y soltó un chorro caliente con el cigarrillo en los labios. Sin soltarlo, masculló: «Todo está saliendo de cine. El chico colabora y esa chica, Sheila, regresó a Mombasa con el mensaje. Ningún percance».

Ninguno mencionó que yo me encontré entre la vida y la muerte por la picadura. No tenía importancia para ellos.

—Buenas noches —dijo el otro tirando la colilla al suelo.

Tuve que esperar hasta que oí los últimos pasos alejándose. Necesitaba tumbarme en la camilla y pensar en lo que había escuchado.

Alguien había dejado una botella de agua junto a la camilla, por la que no me dejé tentar para no tener que salir otra vez. Sentí frío. El padre Andrés y el otro habían timado a alguien en la venta de armas. Lo llamaban «el pringado». Y de mí decían que colaboraba en el negocio y que mi rescate lo pagaría el Estado porque mi padre se encontraba en bancarrota. ¿Sería verdad o una argucia para no pagar él? No me extrañaría, siempre tuve la impresión de que

mi padre tenía sonrisa de sinvergüenza. Cuando le decía a mi madre que le dolía la espalda para no ir con ella al cine, tenía voz de sinvergüenza, y cuando hablaba por teléfono, también, aunque nadie lo notaba salvo los que habíamos observado durante años y años cómo los ojos se le achicaban en determinados momentos y cómo le cambiaba la voz cuando trataba de negocios. «Como no espabiles, van a darte todas en el mismo carrillo», este era el resumen de lo que pensaba de mí. Y ahora, a la vista de tener que salvar a su hijo con su dinero, de verse obligado probablemente a vender el chalé de Canarias y uno de los apartamentos para pagar mi rescate, se inventó lo de la bancarrota. «Menos mal que no me encuentro en un peligro real», pensé, y me quedé dormido. No sentí el momento en que los ojos van cerrándose lentamente. Me salté ese instante agradable hasta que me despertó el amanecer y el aullar de algún perro o lobo solitario. Sin darme cuenta, coloqué el pie en el suelo. El hecho de que no me doliese podría significar que lo tenía insensibilizado. Ayudándome con la muleta, salí a orinar y a respirar la brisa lejana del lago. Algunas puertas de las instalaciones empezaban a abrirse. Tenía hambre, pero con una sola muleta y el pie así era aconsejable esperar en la tienda.

A eso de las ocho llegó el chico blanco con ganas de serle útil a la humanidad y me trajo un tazón de leche y unas galletas. Por un lado, sentí remordimientos por privar a los niños de ese alimento; por otro, tenía cierta prevención a beber la leche. Aun así, me lo tomé todo y me sentí mejor. Salí a dar una vuelta con la muleta. Unos niños me asaltaron pidiendo caramelos. Se respiraba paz. Había chicas muy jóvenes lavando ropa que ni siquiera me miraron. Otras cavaban en un huerto. Me dirigí hacia allí con gran dificultad y entonces vi al padre Andrés, que venía con semblante serio, desconfiado y ligeramente despreciativo. Me recordaba a mi padre echándome en cara que fuese un señorito gandul mientras él se sacrificaba por mejorar nuestro nivel de vida y todas esas cosas.

## ISABEL

*Mombasa, marzo*

Esta vez no me mareé tanto en el helicóptero. El piloto sería uno de esos tres o cuatro confidentes de Said. ¿Quién pagaba todos esos gastos? Las preguntas se formaban solas, como las plantas y las nubes. A mí lo que realmente me interesaba saber era si yo le gustaba a Said, si era algo más que parte de su trabajo. Empezaba a preocuparme no volver a verlo cuando se resolviera el secuestro de Ezequiel.

Me tapé la cabeza con el pañuelo para entrar en el hotel.

Pasé derecha al cuarto de Said. Él ya estaba dentro hablando con el secretario de la embajada por teléfono. Le decía que tenía la sensación de que era de mi máxima confianza y que prefería hablar con él antes que con la Policía sobre mi desaparición y lo que sabía. Pero sobre todo fui más consciente que la vez anterior de que solo había, aunque bastante grande, una cama.

El secretario casualmente se encontraba en Mombasa con gestiones consulares y podrían verse para cenar en el Serena, donde servían un suflé excelente.

Said se duchó, se cambió de ropa y, con el pelo aún mojado, dijo que debía redactar un informe antes de la cena y se marchó a unas supuestas oficinas. No habló de ir a ver a su familia y nunca mencionó ninguna mujer. Lo del informe era completamente creíble. Yo también me duché. Aún quedaban en la bañera restos de espuma de Said. Me tiré un buen rato bajo el agua. Cerré los ojos con la impresión de que volvería para coger algo y oiría la

ducha y me imaginaría desnuda y no podría resistir la tentación de abrazarme. Sentí un nudo en el estómago, no quería fantasear con que me besara y me cogiera de la cintura y me alzara y yo le rodeara las caderas con mis piernas y todo eso que podría ser tan maravilloso, porque luego sería muy difícil sacármelo de la cabeza. Y además él no era así. Habría oído correr el agua por mi cuerpo, habría cogido lo que fuese y habría salido despacio y en silencio para no molestar. Con la toalla enrollada, me dediqué a hurgar en sus cosas sin alterarlas, me moriría de vergüenza si se diese cuenta de que las registraba.

Esta vez me fijé mejor en que usaba calzoncillos Calvin Klein, camisas blancas y azules de algodón, vaqueros Levi's, con dinero en un bolsillo, varios pares de deportivas negras Adidas, unos zapatos de cordones y un traje oscuro de Armani, una cazadora de ante suave, marcas que no decían nada especial de él, como si intuyera que algún día miraría su ropa. Dos libros de economía en inglés, cuchillas desechables, espuma de afeitar Wilkinson, desodorante en spray, ninguna colonia ni perfume. El gel y champú de coco del hotel, una maleta pequeña con ruedas y la mochila que llevó a Turkana. La caja fuerte estaba cerrada y tuvo cuidado de no olvidar ningún documento por los cajones, nada con su nombre, excepto el elefante que le regalé en la cooperativa cuando él era un chico que apreciaba un regalo así.

Lo que había en la habitación podría pertenecer a cualquier hombre cosmopolita de unos cuarenta años. Pedí a recepción que me subieran algo de cenar. Eran ya las siete de la tarde y Said cenaría a las ocho y media con el secretario. Regresaría al cuarto a las diez como pronto.

Al rato apareció la camarera modelo.

—Gracias por todo —repetí.

—Ahora te traerán la cena —se limitó a decir—. Te traerán lo mismo que comemos nosotros.

Me emocionó que me considerasen una de ellos sin saber bien a quiénes se refería en concreto. ¿A los empleados del hotel? ¿A la nación keniana? ¿A los africanos en general? ¿A todos a los que alguna vez nos habían dado un golpe en la cabeza? Estaba siendo aceptada en un grupo desconocido. Me puse los pantalones y la camiseta y lavé con el gel que quedaba la túnica de flores. Nunca tuve tan pocas cosas, aunque lo que más me preocupaba era el

pasaporte. Debía de tenerlo Maina escondido en algún lugar de su *suite*, o quizá aún estaría en mi mochila. Estaba decidida a ir a la casa de la Orden en Muyaka Road. Lo bueno es que no esperarían que fuese por allí, puesto que estaba muerta. Lo malo es que no era fácil entrar.

Salí del hotel sin llamar la atención. Cogí el dinero del pantalón de Said, y en la puerta del hotel busqué un *tuk tuk* lo más fiable posible. No fue necesario porque el auténtico dueño de las chanclas de distinto color me hizo una seña con la mano. El falso Said previo que quizá saliera y quería controlarme, protegerme.

Admiraba su previsión, aunque si llegásemos a algo me incomodaría que siempre anduviese un paso por delante. Me daba mucha pena que mi relación con él se quedase en una aventura que contar a mis nietos cuando enviudase de un hombre real.

Le di la dirección de la Orden Humanitaria. No se trataba solo de la posibilidad de recuperar el pasaporte, era volver al lugar del enigma inconcluso, al lugar en que no sabía bien qué había ocurrido. Tenía la sensación de no haber visto todas sus paredes, ni sus muebles ni las puertas, como si se hubieran ido escamoteando a mi paso. No fui consciente de todo.

El chico giriama estaba dándome vueltas sin llegar a la casa, seguramente por orden del falso Said. ¿Es que era adivino? Ni siquiera tuve la intención de venir aquí hasta diez minutos antes. Me fastidiaba ser un libro abierto para él, mientras que yo me sentía tan confusa. Toqué en el hombro de mi guía indicándole que parara.

—Llévame donde te he dicho —dije enseñándole el dinero—. Puedes decirle al otro Said que te he amenazado con gritar pidiendo socorro.

Cogió el dinero, me llevó y aparcó en una zona más oscura que el resto de zonas oscuras. Me subí en el sillín para observar las ventanas de la *suite* de Maina. Ví pasar cabezas de un lado a otro. La del padre Andrés, la de Maina, la del secretario y la de Ezequiel. ¿Ezequiel? ¿Estaría soñando? El corazón me dio un vuelco espantoso como cuando al llegar a casa me daba cuenta de que no había recogido a mi hermano en el colegio. Casi me caigo. Sentí las manos titubeantes del chico giriama en los tobillos.

—No seas tonto, sujétame fuerte.

A Ezequiel lo vi fugazmente, pero parecía estar bien. Iba y venía frente a la

ventana con la misma intranquilidad de los demás. Y esperé en vano ver al hombre misterioso del coche de Turkana. En el patio se oía ajeteo. El chico se cansó de sujetarme los tobillos y me soltó. Así que me bajé y vi cómo se abría el portón para que saliera el secretario. Mis excompañeros pululaban por allí sin hacer nada concreto.

Me volví de espaldas cuando el secretario pasó junto a mí en su coche. Iba al encuentro del falso Said en el restaurante del Serena Beach. No sabía qué hacer, no entendía nada.

¿Sabía Ezequiel que estaba secuestrado? Maina podría hacerle creer cualquier cosa. ¿Sabía el secretario que ese chico era Ezequiel? Si lo supiera, ¿cómo iba a negociar su rescate si lo tenía ante sus narices? Toda esta información sobre el secretario podría ser muy valiosa para Said, así que lo llamé con dedos nerviosos que no atinaban bien con las teclas, porque no sabía qué hacer, si marcharme ya o esperar a ver qué hacían los de la casa.

Me alejé hasta un pasadizo.

—Estoy dando una vuelta por el jardín del hotel —dijo.

Sus vaqueros, la camisa azul claro con las mangas remangadas hasta el codo, el pelo corto y rizado. Su manera de andar paciente y observadora entre las flores grandes, entre las palmeras y las parejas acurrucadas en las hamacas frente al mar plateado por la luna.

—He descubierto algo —dije.

Se lo conté atropelladamente y no aprecié ningún signo de alarma. Nunca se sorprendía por nada.

—Está bien. Creo que ya ha llegado nuestro amigo. Tú regresa al hotel, no hagas tonterías.

El auténtico Said me señaló la moto. Le dije que esperara. Soñaba con la oportunidad de entrar en la casa y por lo menos recuperar el pasaporte y el móvil, lo que era prácticamente imposible. Al cabo de media hora nadie había salido de entre sus muros. En la *suite* de Maina ya no estaba Ezequiel. De cuando en cuando veía las cabezas del padre Andrés y de Maina como si discutieran o estuviesen enfadados con un tercero, hasta que —y tuve que restregarme los ojos para comprobar que no soñaba— el padre Andrés le dio un bofetón a Maina. ¿Era real? ¿No me engañaba la vista? Maina sacudió la cabeza para quitarse de encima la ofensa. No respondió, bajó la cabeza. El



padre Andrés lo amonestó con el dedo índice. Me pareció que Maina no decía nada. Ambos disimularon cuando entró alguien. Era Louis. Se dirigió a Maina, le preguntó algo. Maina le ordenó que se marchara. Por muy poco no sorprendió la demoledora escena de hacía unos segundos. De haberla presenciado él, Ezequiel, Sheila, Lilian y la chica nueva ¿qué pensarían? Su líder, abofeteado, humillado, amonestado. Resultaba que el jefe del jefe era el padre Andrés. ¿O había alguno más por encima? No era fácil desenmarañar todo esto.

Una hora después, el chico alto y delgado, la sombra del padre Andrés, salió y esperó junto al portón para comprobar que nada le llamaba la atención y que el mundo seguía en orden para su amo. Yo, en un callejón al otro lado de la calle, era una pequeñez. El auténtico Said apoyado en su cacharro, un desgraciado que nunca llegaría a su estatus, no contaba. Todo era tranquilidad. Las estrellas nos hacían señales, la luna sonreía. Por fin, el padre Andrés salió. Miró al frente, dueño de sí, con dureza. El chico iba a su lado sin hablar. Echaron a andar disfrutando de una noche verdaderamente hermosa. No irían muy lejos puesto que no necesitaban coche. Quizá se alojaban en un hotel cercano, el Mombasa Palace, cuyo letrero siempre veía al venir hacia aquí.

Las luces del cuarto de Maina volvieron a encenderse.

Reconocí el alto aparador hindú de madera de mango muy tallada y decorado en varios colores, el gran ventilador con las aspas de madera y rejilla, cuyas sombras se alargaban como brazos de extraterrestres, y las máscaras de ébano muy antiguas, que tenía la impresión de haber visto en otro lugar.

Entró la chica nueva y Maina surgió de las profundidades de algún mullido sofá donde estuviera esperándola.

Ella se quitó la camisa. Y él la abofeteó de la misma forma que el padre Andrés había hecho con él. Los pechos se movieron en el aire, y un hombro de él descendió, el brazo se movió despacio, acariciándole el sexo seguramente, y luego le arrancó la tela que le cubría parte del cuerpo y la colocó contra la pared. Ella le quitó la túnica con la cara roja, como si le hubieran estallado todas las venillas de la piel, y un gesto de máxima felicidad. Serían los minutos más eróticos vividos en toda su joven vida. Era el momento de marcharme. El falso Said terminaría de cenar con el secretario en breve.

## EZEQUIEL

*Turkana, marzo*

Me quedé pasmado ante la presencia del padre Andrés.

—¿Saliste anoche de tu tienda?

—No sé. No lo recuerdo. ¿Por qué?

—Me pareció verte.

—No lo creo.

—Cuando te llevaron el agua, no te vieron allí.

—Estaría orinando. La verdad es que no me fijé en lo que hacía. ¿Han matado a alguien?

Lo dije con ironía para relajar los rasgos de una cara que no me gustaba nada.

—Olvídalo —dijo—. ¿Te encuentras bien? ¿Necesitas algo?

—Quiero regresar a Mombasa y que se me cure el pie. Quiero que esto termine.

Me puse todo lo serio de que fui capaz para mandarle el mensaje de que sin mí no había negocio. Y francamente, él no era Maina, él no tenía que preguntarme nada. Guardó silencio unos segundos. Todo estaba muy tranquilo. El chico enfermero que siempre lo acompañaba y cuatro más lo esperaban.

—Si tuvieras el pie bien, podrías venirte con nosotros de caza.

—Gracias en cualquier caso.

Todo lo que rodeaba al padre Andrés estaba recubierto de severidad, indiferencia, altivez. ¿A qué venía esto? Se suponía que él, como servidor del Altísimo, tendría que ser afable incluso con un niño mimado como yo. ¿Quién

era él para juzgarme, sobre todo si iban a sacarle el dinero a mi padre? Y los demás lo imitaban.

Y aunque daba por hecho que nadie me curaría el pie, me alegré de verlos marchar. En estos sitios la salida o llegada de un *jeep* lleno de hombres tenía algo de belicoso. Cuando desapareció de mi vista, me acerqué a las chicas que lavaban y colgaban la ropa a secar. También eran intrínsecamente serias, como si no se hubieran reído en su vida, lo que estaba fuera del normal comportamiento en Kenia, donde la gente siempre estaba dispuesta a hacer un paréntesis lúdico.

Les señalé el pie y escenifiqué cómo una víbora me había picado. Se me cayó la muleta, me tambaleé y esto les hizo gracia, casi se convirtieron en muchachas normales. Una me preguntó si podría echarle un vistazo a la picadura.

—Sí, claro —dije con cierto temor a la reacción del enfermero cuando regresara de la cacería.

Si algo aprendí a reconocer desde que estaba aquí era la monstruosa susceptibilidad del ser humano. Y el enfermero tenía mucha, avalada por el padre Andrés, y no iba a gustarle que nadie tocara su vendaje.

Me senté en un banco de cemento y ella me desenvolvió el pie. Sentí un enorme alivio y lo moví con precaución. La chica lo cogió con ambas manos y lo examinó concienzudamente. El pie estaba bien. Lo masajeó como yo hice con el pie de la joven esposa. No veía nada. Negó que me hubiese picado una víbora. Llamó a las otras para que lo revisaran. Una de ellas se puso unas gafas con montura de los ochenta, un desecho del mundo occidental. Las miré con incredulidad. Todas negaron con la cabeza, con las manos, con los ojos y la boca. No.

Les caía bien, pero por alguna razón no podían confraternizar conmigo y regresaron a sus quehaceres. Volví a enrollarme la venda, lo que no les llamó la atención. Estarían al cabo de la calle de ver cosas raras, extravagantes, contradictorias e incomprensibles. Necesitaba pensar antes de pedir explicaciones.

¿Por qué habían fingido *Madam* Selina, su esposo y el enfermero de la misión que me había picado una culebra o víbora o algo? Era tan extraño que el instinto de supervivencia me aconsejaba que callara, que ignorara lo que

sabía. Ahora el vendaje liado por mí no tenía el toque profesional de antes.

Todo eran incógnitas, algunas con posibles respuestas. ¿Por qué no me enteré de que me vendaron un pie y me subieron en un *jeep*? Porque *Madam Selina* me drogó con su té en su bonita taza de porcelana. Debí sospechar de que me agasajara así sin venir a cuento. Era evidente que querían trasladarme aquí. Pero ¿por qué ocultármelo de esta manera si yo estaba al tanto de que era un secuestro fingido para que Maina pudiera seguir con su obra? ¿Para justificar mi traslado a la misión sin que yo me enterara de algún motivo completamente desconocido para mí?, ¿para aturdirme? ¿Estaría enterado Maina de todo esto? Se lo preguntaría al padre Andrés en cuanto lo viera.

Pero ya no volví a verlo en la misión. Por la noche oí llegar y aparcar dos *jeeps* con intervalo de una hora entre ellos. Y tras el último y de improviso (serían las once), entró el enfermero en la tienda con un plátano y una torta de maíz.

—Cómetelo. Nos vamos.

Se movía con autoridad y rapidez. No parecía oportuno que le preguntara por la cacería.

—No, mejor lo comerás por el camino.

Envolví el plátano en la torta y, dadas las prisas, no supe si continuar con el teatro y coger la muleta o no. Me detuve un momento y dejé que decidiera él. Me miró inexpresivamente recordando lo del pie.

—El pie ya está bien. Puedes caminar.

Me tendió la otra bota, que habían tenido el detalle de no olvidar en el poblado, lo que me parecía normal después de comprobar las pocas cosas de que disponían. Sin embargo, olvidaron el móvil y el calcetín, también normal, ¿en qué cabeza cabía que uno tuviera que ponerse tantas tonterías en los pies para andar sobre la tierra? En este momento todo parecía normal, incluso que yo no le preguntara al enfermero cómo era que no hubiese ningún rastro de picadura ni inflamación en el pie, nada. Y que él encontrara normal que yo no lo mencionara.

Según andábamos hacia el *jeep*, pensando en los continuos giros de los acontecimientos, me pareció ver a Isabel junto a un guía vestido de caqui. Tuve que restregarme los ojos. Era ella. ¿Vendría a buscarme? Lo normal es que fuera un espejismo porque cuando volví a mirar ya había desaparecido y

yo estaba sentado en el *jeep* camino de quién sabe dónde.

Me pareció cómodo no tener que hablar con el enfermero, ya que sabía de antemano que no me aclararía nada de lo ocurrido. Estaba entrenado para hacer lo que debía hacer y en ver, oír y callar. ¿Cuál sería su recompensa? ¿Se conformaría con ser la mano derecha del padre Andrés? Estaba deseando contárselo a Maina.

**5**

**EL AMANTE SILENCIOSO**

## EZEQUIEL

*Mombasa, marzo*

El enfermero que era la sombra del padre Andrés aparcó en la puerta de la casa de Muyaka Road, en Mombasa. Hasta allí llegaba el olor a rosas del jardín y de las hierbas de las infusiones. La luz de las ventanas superiores estaba encendida. Me quedé unos minutos imaginando a Lilian ir de aquí para allá controlándolo todo como un fantasma. Louis estaría tratando de que alguien se enamorase de él. Y Sheila..., hasta que no la viese no podría fiarme de que hubiera llegado de una pieza. El chico suajili cogió la zarpa de león de bronce y llamó.

Todo estaba como lo dejé, juraría que nadie habría recogido la ropa tendida. Y sin embargo, no podía dominar los nervios. Se percibía un cambio, una vibración tensa en el aire. Algo importante faltaba o algo importante sobraba. Entré tímidamente en la cocina. El enfermero se quedó junto a la puerta del jardín, lo que significaba que el padre Andrés estaba en la casa, probablemente en los dominios de Maina y probablemente hablando de mi falso secuestro, lo que me alteraba aún más. No me había tomado el plátano y la torta de maíz, y el estómago vacío me volvía más excitable y también más despierto, más alerta y más paranoico. Y acababa de comprender que siempre había huido de este estado de lucidez para no darme cuenta de que Marta no me quería, para no tener que ser más audaz, para no imponerme metas que me hicieran fracasar.

Sentí un coscorrón en la cabeza. Sin verlo, sabía que era Louis. Su olor de no haberse duchado en quince días, la endebles de los nudillos y después la

risilla de sicópata. Se comportó como un hermano que te quiere sin saberlo y, al mismo tiempo, se alegra de que te largues y le dejes el armario para él solo.

—Hola, idiota —dijo—. ¿Ya te han liberado?

No contesté porque no lo sabía, todo dependería de que mi padre o el Gobierno pagasen.

—¿Y Sheila? —pregunté—. ¿Está bien?

—Mejor que tú y que yo. La que ha desaparecido es Isabel.

«Isabel, Isabel», pensé dos veces para cerciorarme de que había oído bien. Me contuve y no dije que me pareció verla en la misión del padre Andrés porque no era posible. ¿Qué iba a hacer ella allí?

—Habrá regresado a España. Para ella esto era provisional, una experiencia más.

—No. Se dejó la documentación en el cuarto. Sheila le perdió la pista hace tres días cuando fueron al taller de la cooperativa. Por lo visto, no llegó a entrar. Al rato Sheila la echó de menos y ya no estaba.

Temí que a Isabel le hubiese sucedido algo malo. No era buena señal que no regresara a por el pasaporte. ¿Dónde pensaba ir sin él? Al contrario de lo que suponía Maina, era ingenua y le gustaba ir por libre. Sin embargo, era improbable que pudiera ocurrirle algo cerca de la cooperativa. ¿Alguien la obligó a subir a un coche? Era muy raro. Me parecía más razonable que se hubiese encontrado con un conocido del hotel y que se marchara de excursión. Ella consideraría que no tenía por qué darle explicaciones a nadie y además no llevaba el móvil consigo para darlas. Eso era. No había desaparecido, sencillamente estaba por ahí. De pronto habría olvidado que ahora vivía en comunidad y que su vida no le pertenecía solo a ella puesto que sus acciones repercutían en todos nosotros, tenía razón Maina al decir que aún estaba muy verde.

—Arriba está Maina —dijo Louis, lo que significaba que podía subir.

Y en efecto. Estaban Maina y el padre Andrés. Discutían y cuando abrí la puerta, se callaron. No se alegraron de verme.

Normal, puesto que no me secuestraron de verdad, aunque estuve encerrado tras un vallado verde.

—No puedes dejarte ver —dijo Maina sin saludarme siquiera—. Aún estamos negociando.



—¿Qué dice mi padre? ¿Está dispuesto a pagar?

Maina agachó la cabeza.

—Está en bancarrota —dijo el padre Andrés.

Ya lo sabía. Se lo había oído decir en la misión sin que me viera, escondido en la clandestinidad de la noche. Aun así, que me lo dijera a la cara me puso nervioso. Los planes se alteraban. Ellos me hablaban paseando de un lado a otro de la habitación y yo escuchaba moviéndome también de un lado a otro.

—Si no paga él, pagará el Gobierno —dijo Maina, y añadió—: Tranquilízate.

—¿Y si nadie paga? —pregunté.

—No tendremos más remedio que matarte —dijo el padre Andrés.

Se rieron y me alegró haber desencadenado ese momento cómico. Aunque no me contestaron a la pregunta.

—Hay que ser pacientes —dijo Maina con su voz más suave—. En uno o dos días todo se resolverá.

En lugar de alivio, sentí cierta decepción. Sin ser del todo consciente, había imaginado que me recibirían con los brazos abiertos. Que Maina me daría uno de sus grandes abrazos, que Sheila se pondría loca de contenta por verme vivo y libre. Que Lilian me agasajaría con un ramo de rosas medio pochás. La bienvenida más calurosa que recibí fue el coscorrón de Louis y los aspavientos de Bun-Bun desde el árbol.

—En la cocina habrá algo para comer —dijo Maina.

No fui a la cocina. Ya no tenía tanta sed ni tanta hambre. Me dirigí al cuarto de Sheila. Estaba tumbada en la cama hojeando una revista, regalo seguramente de Maina para que superara el *shock* de haber sido secuestrada. Un gesto de distinción hacia ella, puesto que solo podíamos leer sus pensamientos y reflexiones en fotocopias y algún libro aconsejado por él.

—Hola —dijo al verme con el mismo tono de voz que dijo adiós al ser liberada.

Intercambiamos unas frases insustanciales y me senté en la cama de Isabel. Bajo la almohada encontré una camiseta doblada. Encima del armario estaba su mochila, caracterizada por sus incontables bolsillos. Si se fue a dar una vuelta por ahí no sería por mucho tiempo.

—Creía que te alegrarías de verme —dije.

—Y me alegro —contestó sin cerrar la revista.

—¿Cómo es eso de que Isabel ha desaparecido?

—Digo que desapareció porque no dio ninguna explicación ni se despidió, se evaporó —contestó.

—¿Así? ¿Sin más?

—¿Qué quieres que te diga? —dijo cerrando la revista de golpe—. ¿Es que estoy dentro de su cabeza? Andará por ahí haciendo fotos.

—Bueno, ya volverá —dije resignado.

Al menos Lilian estaba en la cocina preparándome una infusión, que me sirvió con mano temblorosa.

—Si tienes hambre, hay queso en el frigorífico —dijo con voz también temblorosa, como si hablase desde una montaña rusa, que cualquiera podría confundir con sensibilidad y debilidad.

En mi mente la vi lejana, al fondo de un pasillo exageradamente largo.

—¿Qué opinas de que Isabel haya desaparecido?

Se encogió de hombros.

—Es un misterio muy grande, te lo digo yo.

## ISABEL

*Mombasa, marzo*

Said empujó la puerta de la habitación.

—¿Tienes muchas cosas que contarme? —preguntó bruscamente.

—Sí —dije, aunque no pensaba contarle lo de Maina y la chica, quería que me relacionara con cosas bonitas, con amor entre él y yo en la ducha y entre él y yo en la cama—. El padre Andrés ha humillado a Maina, es su jefe. Y se ha marchado de la casa, pero creo que Ezequiel sigue allí.

—El secretario de la embajada me ha confesado que ha estado en la sede de la Orden y que piensa que el padre Andrés y Maina están metidos en el tráfico de armas, lo que precisamente estaba investigando yo hasta que desapareció Ezequiel. Tenemos la sospecha de que se las venden a la guerrilla islamista de Boko-Haram en Nigeria y a Al-Shabbaab en Somalia. Desde luego, si el secretario al ver a Ezequiel en la casa no supo quién era, pensaría que era uno más.

Esto era lo que parecía, lo que el secretario quería que pareciese. Y me lo creería si él mismo no me hubiese dicho varias veces que ese era un mundo engañoso y que debía desconfiar. No debía dar por cierto lo que se me contaba, ni siquiera lo que veía. Daría crédito a lo que sentía. Y aún no sentía que estuviera acercándome a la verdad.

—Un día pasamos por un poblado masái, en el parque Tsavo, donde descargaron grandes bultos, como los de Lamu, que podrían ser armas.

—¿Reconocerías el poblado?

—No sé. Era un poco más grande que el de Turkana. Había más gente,

guerreros y mujeres envejecidas. Creyeron que estaba haciendo un reportaje. Podríamos regresar con esa excusa, pero necesitaría mi cámara.

Pero ¿por qué perdíamos el tiempo? Ezequiel estaba en la casa. Podríamos avisar a la Policía o contratar a unos cuantos tipos y liberarlo. Me miró fijamente como si viese en mis ojos el futuro.

—¿Liberarlo? Podríamos apresarlo, llevárnoslo, meterlo en un avión rumbo a Madrid, pero no podríamos liberarlo de sí mismo. Él adora a Maina y esta vida. Prefiere estar secuestrado aquí que libre en su vida verdadera. Le contásemos lo que le contásemos, no lo creería. Te odiaría, créeme.

Y le creía.

Saldríamos a las cinco de la mañana para la aldea masái.

Llegaríamos entre las seis y las siete, según el estado de los caminos. Así que debíamos dormir hasta entonces si queríamos mantenernos despejados. No vi ninguna intención en Said de dormir en el suelo o acomodarse en el sillón de enfrente. No noté ninguna señal de incomodidad ni que echase una sola ojeada a la cama. No parecía que nada fuera a desvelarlo ni a desconcentrarlo de su tarea del día siguiente. Y esa pasión por su trabajo, esa forma en que yo le era indiferente sexualmente hablando, me consumía y hacía que Ezequiel pasara a segundo plano.

Me quité la ropa dentro de la cama y la arrojé al silloncito. Mi desnudez invadía toda la habitación aunque se escondiera entre sábanas. Las traspasaba y se desplegaba sobre los muebles y en cada rincón como si tuviera alas. Pero él no estaba en la habitación, estaba aún con el pensamiento puesto en el secretario o en la aldea masái o Dios sabe dónde. Se quitó la camisa despreocupadamente y los pantalones y se metió en la cama. Tenía un cuerpo absolutamente humano. Sin musculatura añadida. Conservaba la fortaleza de alguien que en la niñez y la adolescencia ha corrido y trepado y que ha quedado sellada con el esqueleto para siempre. Apagó su lamparilla y yo la mía.

Pero en la noche vagaba su desnudez, tan luminosa y resplandeciente que no me dejaba dormir y tuve que taparme la cabeza con la sábana. ¿Tan importante era lo que estábamos haciendo como para que no se fijara en mí? ¿Tan fascinantes eran las mujeres de su vida como para que yo no le atrajese lo más mínimo?

Frente a la suya, mi vida era solo esto que estaba sintiendo, un vacío en el estómago. Ocupábamos cada uno un extremo de la cama. Y a los cinco minutos su respiración se hundió en la almohada.

Noté una mano en el hombro. Me agitó suavemente. Said ya estaba arreglado y colocó la túnica de flores, que yo había dejado secándose en el baño, sobre la cama.

—Nos vamos a Tsavo. Aquí tienes una cámara. No sé si funciona bien, pero servirá. Cúbrete la cabeza con un chal.

En la mesa había café y bollos, y metió un termo con té y botellas de agua en la mochila. Saltándome la urgencia de la situación, me di una ducha rápida. Iba a ir sentada al lado de Said durante casi dos horas y me moriría antes de oler mal. Puede que Ezequiel no se mereciese un sacrificio semejante. Y a mi hermano, me duchara o no me duchara, no podría devolverlo a la vida.

—Es mejor que desayunes por el camino.

—¿Y si mientras vamos a ese poblado se llevan a Ezequiel a otra parte y ya no podemos localizarlo?

¿Y si lo matasen? No entendía las intenciones de Said.

—Tengo que hacer mi trabajo. He de comprobar algo. Eres libre de no venir conmigo.

Él ya sabía que lo más importante, lo primero para mí era estar con él donde y como fuese, sentirme a su lado. Lo había leído en mis ojos y en mi manera de hablarle. A veces tartamudeaba, me cambiaba la voz. Ya no era la turista blanca que contrataba por unos pocos euros todo el tiempo de un pobre taxista keniano con buena voluntad. El mundo se había dado la vuelta como un calcetín. No soportaría estar en esa ciudad sin él, no concebía cómo pude sobrevivir días y días sin que Said existiese tal como ahora lo conocía. Solo mi arrogancia me había impedido separarlo de sus chanclas y su moto escacharrada. Me encantaba observarle de reojo mientras conducía.

Me encontraba sola a este lado del amor y me avergonzaba no estar concentrada en un proyecto tan importante como liberar a Ezequiel. ¿Me pasaría lo mismo si estuviera en nuestras manos salvar a toda la humanidad? ¿También estaría recreándome en las venas del brazo? ¿En la pierna que ya

había visto sin pantalones? Quizá por eso mi hermano se me escapó de las manos, porque había en mi cerebro un agujero negro fantasioso, soñador y estúpido que lo expulsó de la realidad. Debía regresar de esa visión y me concentré en las jirafas masticando las hojas más altas de los árboles más altos. Si ellas podían dormir de pie, mantenerse erguidas mientras soñaban con otras jirafas, ¿por qué no iba a poder quitarme a Said de la cabeza?

—¿Me has oído? —dijo—. ¿Cómo eran los bultos que ocultaron en el poblado masái?

Contesté contemplando la pequeña cabeza de la jirafa perdida entre las nubes, preguntándome cómo verían la vida desde las copas de los árboles, desde el aire más azulado y con todo el mundo a sus pies.

—Eran de lona negra con cremalleras. Debían de medir dos metros de largo. Serían tres o cuatro, quizá más. Pesaban mucho. Las acarreaban entre dos. Desde la minúscula ventanilla de la choza de un guerrero, que estaba distrayéndome para que no me diese cuenta de nada, vi cómo las llevaban desde el todoterreno hasta algún lugar del poblado.

—¿Podrían ser armas?

—Cualquier cosa. También cadáveres. Habían montado un mercadillo y compré una cantimplora donde un guerrero fallecido bebió durante toda su vida sangre y leche mezcladas. Huele que apesta y no sé qué hacer con ella.

Sonrió un poco.

Me sentía desfondada. ¿Habría contribuido inocentemente a armar a grupos terroristas? ¿Se enamorarían las jirafas? Aunque quisieran, lo tenían difícil. Cogí el termo de su mochila sin pedir permiso y la cámara que me había conseguido. El objetivo estaba completamente desenfocado. Me daba igual, nunca me había atraído inmortalizar el momento. Solo jugueteaba con la fotografía.

Las cebras, las gacelas Thomson y los ñus continuaban tan ensimismados como los dejé la última vez. Said echó una ojeada con recelo a la cámara, por un instante temió que fuese a inmortalizarlo.

—No te preocupes, a mí tampoco me gusta que me hagan fotos. Pobres gacelas, ellas no pueden protestar.

Me serví el té sintiéndome demasiado sentimental. Y luego se lo pasé a él. Me habría gustado tomar algo más fuerte a pesar de que eran las siete de la

mañana, algo más fuerte que yo misma. Nunca vi que Said tomara alcohol, seguramente era musulmán. Pero tampoco le vi rezar. Un misterio en todos los sentidos. Ya no me interesaba saber si tenía esposa, hijos. Nada más quería estar así siempre.

Llevábamos varias horas de viaje cuando lancé un grito, quizá algo exagerado, un desahogo.

—Creo que es ahí —dije señalando las pequeñas construcciones hundidas bajo sus tejados.

Nadie les impedía construir viviendas algo más espaciosas, pero las preferían así, como si solo se recluyeran en ellas para dormir o aislarse un rato. Barro que acabaría fundiéndose con la tierra, y ramas secas o paja que acabarían en el fuego. ¿Para qué más? El guerrero que me enseñó la suya estaba muy orgulloso de ella, también de sus adornos y de la cicatriz de la frente. Se encontraba bello y deseable, y realmente lo era. ¿Para qué más?

Said sacó unos prismáticos de la guantera.

—Mira. A ver si distingues a alguien conocido al que podamos acercarnos.

Enfoqué a pastores que descansaban apoyando un pie en la rodilla contraria y vi árboles de copa plana y pájaros. No vi al chico de la cicatriz. Tomamos más té esperando a que ocurriera algo. Al cabo de una hora, dos *jeeps* descargaron a unos cuantos turistas. Ellos con pantalones por la rodilla con bolsillos laterales, y ellas con sombreros de paja y grandes gafas de sol, y el que iba perfectamente equipado con estampado de camuflaje debía de ser el guía. De pronto, salieron de alguna parte guerreros sumamente espigados que dieron impresionantes saltos ante ellos, ganándose una entusiasta propina y, como consecuencia, más saltos, que ya no obtuvieron compensación por lo que no volvieron a esforzarse. Todos se quedaron quietos esperando algo. El sol picaba.

—Creo que hay boda y que esto va para rato —dijo Said.

Empezamos a ver guerreros con aire de fiesta. Y cuando salió de su casita el de la cicatriz, le di un codazo a Said. Iba profusamente adornado. Con seguridad era el novio, y por mucho que la novia intentara resplandecer, no conseguiría eclipsarlo.

—Vamos allá. Dile que te has enterado de su boda y que has venido a

felicitarlo.

—Esperemos que se acuerde de mí.

—Dile que has soñado con él. Por lo que se ve, le pierde la vanidad.

Said —al igual que hice yo con él cuando le consideraba un pobre chico— le dio diez euros a cada uno de los guerreros que custodiaban la entrada a la boda.

Me fui derecha al novio. Ni corta ni perezosa, le solté sin ningún preámbulo que, después de visitar la aldea y conocerlo, soñaba con él. Le recordé que me invitó a su casita, y venía a felicitarlo y a darle un regalo. Le entregué cincuenta euros. Dijo que se acordaba de mí porque vine con el grupo del jefe Maina. Sonreí. «Ahora me acompaña un amigo del grupo. También quiere felicitarte», y le hice una señal a Said para que se acercara.

—Al jefe Maina le gustaría saber si todo ha ido bien con el cargamento que os confió —dije con toda la vaguedad posible.

Nos analizó con recelo y sagacidad. Vivir en esa aldea no debía de ser tan diferente de convivir en una empresa o una comunidad de vecinos. Y además, tenía el bagaje de todo lo que los animales le habrían enseñado: cómo camuflarse, cómo acechar, agazaparse, disimular, engañar.

—¿A qué cargamento te refieres?

—Las armas —soltó Said.

—Se las llevó el hombre blanco.

Unos cuantos guerreros saltaban a nuestro alrededor. Las mujeres iban y venían atareadas.

—¿Uno como yo de alto —dije gesticulando— y pantalones rojos?

Asintió mirándome fijamente, preguntándose si sería verdad que había soñado con él y, sobre todo, si deseaba que yo soñara con él.

—¿Quieres que le diga algo al masái que se casó con la española?

Agradeció cambiar de tema.

—¿Lo has visto?

—De vez en cuando —mentí—. Ahora viste como este —señalé a Said.

El chico dobló el billete de cincuenta euros en pequeños cuadrados y lo metió en una bolsita colgada del cuello. Said y yo nos abrimos paso entre los turistas, embelesados con tanto exotismo, y nos marchamos lo más rápido que pudimos antes de que el novio relatara nuestra conversación. Si algo les



encanta a los masáis es narrar historias y contar lo que les ha sucedido. Era cuestión de tiempo que todo el mundo se enterara de nuestra visita.

En el vehículo Said meneó la cabeza esparciendo preocupación, pensamientos.

—El secretario —dijo.

—Sí —afirmé—. Parece que está metido en esto.

Sonrió con la sonrisa de «ahora lo entiendo todo».

## EZEQUIEL

*Mombasa, marzo*

La casa de la Orden se convirtió en una fortaleza. Vigilaban en el jardín el fiel suajili del padre Andrés y los dos sirvientes personales de Maina. Y estaba convencido de que, de ser necesario, sacarían armas de entre las plantas o de debajo de las piedras. La situación parecía tensa, aunque todos se esforzaban por disimular. Parecía que las negociaciones sobre mi supuesta liberación no prosperaban y yo no sabía qué hacer. Me aburría. Vagabundeábamos por la casa sin hacer nada, quizá como siempre, pero ahora sin la vigilancia de Maina, sin sus sermones ni su atención. Nos había dejado huérfanos. E Isabel no aparecía. Tal vez le diese apuro regresar aquí, dar la cara ante Maina, y se marchara al lugar más familiar para ella, el hotel. A veces cuesta mucho disculparse.

Los hermanos tenían prohibido hablarle de mí a nadie. A cualquier persona externa a la Orden podría chocarle que no se extrañaran de que continuase secuestrado en la casa y no me preguntaran nada. Pero eso es porque no habían vivido aquí respirando la doctrina del Maestro, que adiestró nuestra mente para saber qué debía interesarnos y qué no. Yo estaba aquí escondido de la manera más natural, solo Bun-Bun parecía sorprenderse y me saludaba alborotado en cuanto intuía mi presencia.

Lilian era la encargada de prepararme brebajes tranquilizadores para dormir porque Maina dispuso que estuviera relajado y sereno a la hora de la liberación oficial y de ser interrogado por las autoridades, un reto que me hundía en un gran nerviosismo porque habían pasado tantas cosas que era muy

probable que metiera la pata en las declaraciones. Tendría que procurar no salirme del guión: «Llegamos Sheila y yo en una avioneta rumbo a la misión. Por el camino nos asaltaron unos chicos armados y nos confinaron en una aldea como tantas, sin ningún rasgo particular y de la que solo aportaría detalles muy vagos. Tras unos días allí, una noche se llevaron a Sheila y yo me quedé. No supe qué habría sido de ella hasta que la vi aquí. Para soltarme, me drogaron y no me enteré de cómo hice el viaje. De pronto me encontré en el portón de la casa de la Orden y llamé y aquí se acabó todo».

Este sería mi relato en cuanto pagaran el rescate y los supuestos secuestradores pudieran decir que me habían devuelto. La incógnita para mí era: ¿por qué no me dejaron en el poblado hasta el final? ¿No sería porque alguien averiguó que me retenían allí y tuvieron que trasladarme urgentemente a la misión —drogado por *Madam Selina*— y cuando también descubrieron que estaba allí decidieron que el lugar más seguro era este? Por supuesto, no se me ocurrió preguntar nada, no quería incomodar a Maina con pequeñeces. Ya estaba bastante tenso el ambiente con entradas y salidas y conversaciones agitadas.

Pero de madrugada una voz me ordenó que despertara. No podía. Me encontraba sumido en la oscuridad. Los músculos no me respondían, como si todavía me encontrara bajo los efectos del té de *Madam Selina*. «¡Venga, levántate!». Era la voz de Maina, pero con un matiz que había oído pocas veces, bronco y áspero, como si hablase un hipopótamo dentro de él.

Por fin pude abrir los ojos.

—Lo que vas a vivir —dijo Maina— forma parte de tu aprendizaje. No lo olvides. Ya han pagado el rescate y acaban de liberarte. Hay alguien que ha venido desde Madrid para verte.

—¿Desde Madrid? —dije medio incorporado en la cama. Estaba un poco asustado, no quería seguir con aquello—. Tengo que descansar, me duele el pie —añadí a la desesperada.

—No te hagas el tonto —dijo Maina excitado como nunca—. Sabes que no tienes nada en el pie. Te lo dijeron las chicas de la misión, y sin embargo, volviste a colocarte la venda y seguiste el juego. Me decepcionaste. Fue un rasgo de cinismo inesperado en ti.

Como siempre, Maina sabía todo lo que sucedía sobre la faz de la Tierra y

era absurdo pretender escamotearle cualquier detalle. Se acercó a mí y me abrazó.

—Tú eres mi heredero, mi sucesor. Tengo todas mis esperanzas puestas en ti. No me decepciones otra vez. Hazlo bien.

Maina me indicó que me vistiera con la ropa sucia y llena de polvo que traje de Turkana para darle más veracidad a la situación. Lo hice, estábamos en la recta final y después podría seguir con mi vida normal.

El Maestro me escoltaba escalera abajo, me protegía, me daba seguridad, buenas sensaciones que se desvanecieron en cuanto llegué a la cocina. Habría salido corriendo si Maina no hubiera estado detrás de mí.

Sentados en los taburetes de la cocina, esperaban el de la embajada y mi padre. Debí suponerlo. Sentí un terremoto en la cabeza. Hacía dos años que no lo veía. Estaba más viejo de lo que lo recordaba, era como volver a ver a un actor que se hubiese retirado del cine hace mucho tiempo. Él esperaba anhelante mi reacción. Yo habría preferido que esa escena se desvaneciera y no tener que reaccionar, pero era inevitable.

—No quiero que estés aquí —le dije rompiendo el silencio, mientras él intentaba abrazarme y yo me desprendía de sus brazos.

—Tranquilo —dijo Maina comprendiendo que estaba perdiendo los nervios.

La visión de mi padre me alteraba tanto que rompí a llorar sin lágrimas, lo que me imprimía un dramatismo seco, árido, impresionante.

—Bien —dijo el de la embajada—. ¿Hay alguna manera de tomar café en esta casa?

—¿Quién ha pagado? —pregunté mirando los ojos empuñados de mi padre y las arruguillas en torno a ellos, que apuntaban a mentiras y más mentiras.

—El Estado. Yo he venido solo a recogerte y llevarte conmigo.

—Papá, ¿por qué estás en bancarrota? ¿Lo sabe mamá?

—Tu madre está muy preocupada por ti.

Mi madre, él y su bancarrota pertenecían a otro planeta, y me irritaba que invadieran el mío y lo destruyeran.

—Ha sido una operación absolutamente secreta y no se le puede dar publicidad. Y tú —se dirigió el de la embajada a mí— ya eres libre de seguir

en la Orden o de regresar con tu padre a tu país.

Maina vigilaba de reojo mis reacciones y me dieron ganas de gritarle que él era mi verdadero padre, el que yo había elegido. Y mi padre parecía estar de acuerdo.

—Aquí eres feliz, se te nota —me dijo guiándome al jardín y buscando un poco de intimidad—. Maina es un hombre sabio, te ayudará mucho.

—Siento que estés arruinado —dije con la cabeza gacha porque no quería mirarlo a sus empequeñecidos ojos tras las gafas, cuya montura de pasta granate no recordaba.

El día iba avanzando sin dar tregua. Iba aclarando el jardín y el pelo plateado de mi padre, recuerdos y más recuerdos sin brillo.

—Cosa de negocios. Me metí en uno que salió mal.

—¿Tan mal como para perderlo todo?

—Bueno, creo que podré salvar algo, aunque no haya podido salvarte a ti. Afortunadamente, todo ha salido bien.

Me sentía intranquilo pensando que quizá a Maina le parecía que llevábamos mucho tiempo juntos.

—Tu caso no es el peor. ¿No te han contado nada el hombre de la embajada y el padre Andrés del pringado ese al que le hicieron creer que los piratas somalíes le habían robado un cargamento de armas y lo han arruinado? Eso sí que es para morir de asco.

Cada minuto que pasaba iba tomando conciencia de lo mayor que se había vuelto en tan poco tiempo, quizá por mi culpa. Tuvo que buscar un sitio donde sentarse. El sudor le corría por la frente.

—¿Quién te ha contado eso? —preguntó atragantándose tanto que me dio miedo de que fuese a fallarle el corazón.

Estaba en la mediana edad de los infartos por estrés, por beber y por el vacío existencial del padre Andrés.

—Se lo oí contar a ellos por casualidad —dije— cuando estaba retenido en la misión.

—Está bien. Ha llegado el momento de la verdad —añadió limpiándose las gafas con el pico de la camisa para volver a ponérselas.

Fue precisamente entonces cuando le sonó el móvil. Escuchó a su interlocutor durante unos segundos. Y le dijo con cara de cansado, sin ninguna

alegría, quizá por el viaje desde Madrid y por la tensión vivida: «Ya no tienes de qué preocuparte. Lo han liberado. En este momento está conmigo».

## ISABEL

*Mombasa, marzo*

—Si no fuese por ti —dijo Said cuando regresamos del poblado masái— me habría costado más trabajo descubrir la trama del negocio de armas y quiénes están involucrados.

—Tu parte está cumplida —dije—. Ahora me toca recuperar a Ezequiel. Tienes que ayudarme.

—Tendremos que ingeniárnoslas para hacerle salir de la casa de la Orden o para entrar nosotros. No debemos precipitarnos. Te llevaré al hotel. Iré a la oficina a escribir un informe y volveré a buscarte.

Ya sola en la habitación de Said, temí que no volviese a buscarme y que desapareciera de mi vida. Yo estaba de paso en este país fascinante y también en su vida. No sabía nada cierto de él, ni siquiera el nombre, incluso la ropa que llevaba me parecía excesivamente escogida y excesivamente nueva.

En el móvil sonó el número desconocido de siempre y estuve a punto de contestar; en cambio, decidí llamar al padre de Ezequiel. Aunque él no quisiera tener contacto conmigo, mi deber era informarle de que habían vuelto a trasladarlo, esta vez desde la misión a la casa de la Orden en Mombasa, y de que me daba a mí misma un plazo de dos días para sacarlo de allí, y que si no lo conseguía, regresaría a España.

Como siempre respondió Amanda con su eterna voz quejicosa, pero esta vez su marido se encontraba fuera del país y debería llamarle a otro número. «Todo es tan complicado —dijo sollozando—. Habla con él». Afortunadamente, Eduardo contestó a mi llamada enseguida y, sin dejar que le

diera las novedades, sin dejarme casi hablar, me dijo algo sorprendente y sentí mucho que Said no estuviera a mi lado para escucharlo: Ezequiel había sido liberado y estaba con él en la Orden en ese momento.

Le pedí que me pasara con Ezequiel. No tuve que suplicárselo, le pasó el móvil. Le pedí a Ezequiel que no dijera nada, que me dejara hablar a mí.

—Te habrán dicho que he desaparecido. Estoy bien. A Sheila se le fue la cabeza e intentó matarme. Cree que estoy muerta y que me habrán devorado los animales salvajes. Y esto sé que va a dolerte, pero Maina, el padre Andrés y el secretario de la embajada trafican con armas.

—¿También Maina?

—Aunque te cueste creerlo.

—Creo que alguien más —dijo Ezequiel—. Lo vi en un coche en Turkana, pero no lo distinguí.

—Yo también lo vi. Me pareció que llevaba gafas.

Sabía que el hecho de que yo también hubiese estado en Turkana le desconcertaría, pero no había tiempo de sorpresas ni explicaciones.

—Procura no decir nada de todo esto. Voy para allá —dije con la esperanza de que a su padre no se le ocurriera mencionarme.

La emoción me había emborrachado, me mareaba.

Necesitaba que en ese preciso momento crítico en que Ezequiel estaba con su padre también estuviera con Marta, que algo se removiese en su interior. Y a pesar de la urgencia, me entretuve más de la cuenta en arreglarme. Me puse la falda y la camiseta negras, las sandalias de cristales, y me cepillé el pelo hasta que saltaron chispas, me puse brillo en los labios y los pendientes de falsas perlitas. Me examiné en el espejo del gran armario de Said y salí corriendo a la calle en busca de un taxi o lo que fuera. El sol apretaba. Echaba de menos los tiempos en que había un Said en una moto escacharrada esperando. Lo mejor sería regresar dentro y pedir un taxi desde recepción. Lamentablemente, delante de mí había un grupo de turistas con grandes maletas y tardaron más de la cuenta en prestarme atención. También añoré los tiempos en que era una privilegiada en el hotel y todos eran conscientes de cualquier movimiento mío.

Cuando por fin atendieron mi petición, salí al sol arcilloso y al parsimonioso ajeteo de la calle. Aún no había podido disfrutar de la



verdadera vida de Mombasa. No había ido de compras a los mercados, ni había vivido en una casa normal ni había tenido que lidiar con el albañil o el fontanero, no sabía nada.

Iba hacia el taxi tan concentrada en estos pensamientos que no reparé en la persona que tenía enfrente.

—¡Ezequiel! —exclamé.

Nos quedamos pasmados uno frente al otro.

—He preferido venir yo. Mi padre me ha contado que te contrató para buscarme.

—¿Vienes solo?

Su aspecto daba asco. Necesitaba ducharse, ropa limpia, tomarse un buen desayuno, llorar, dormir y un psiquiatra. Lo invité a subir a la habitación de Said para asearse.

—Me siento mal —dijo apoyándose en mis hombros para entrar.

Cuando salió del baño, tenía los ojos rojos y le tendí una de mis adoradas camisas de Said y unos pantalones. Su ropa la tiré a la papelera y él no protestó. Tras desayunar, se me quedó mirando como si fuera la primera vez que me veía y me contó que su padre le había confesado tras hablar conmigo ser el cuarto hombre, el que siempre se quedaba dentro del *jeep* en Turkana. Maina, el padre Andrés y el secretario de la embajada lo timaron en un negocio. Le hicieron creer que les habían robado un cargamento de armas cuando en realidad fueron ellos quienes lo robaron. Se arruinó y, para recuperar algo de capital, aceptó la propuesta de Maina de fingir el secuestro de su propio hijo para cobrar el rescate del Gobierno.

—A ti te envió mi padre para contentar a mi madre y luego se arrepintió. Te lo tomaste demasiado en serio. Mi padre me lo ha contado todo para vengarse de Maina. Ha querido desenmascarlo ante mí, aunque él quede como el cerdo que siempre he pensado que era. Maina, por su parte, me ha dicho que esta era la lección que me faltaba por aprender para ascender de nivel.

—¿Y lo has creído? —pregunté angustiada.

Me imaginaba la escena. El padre arrastrando sus miserias ante su hijo, y

Maina avanzando hacia ellos con toda su potencia, su túnica, su profunda mirada, exclamando las palabras clave: «lección», «nivel», «ascender». Seguramente le pondría la mano en el hombro o la cabeza para apropiarse de su alma.

—No lo sé. Estoy confuso. Maina tenía todas sus esperanzas puestas en mí. Y mi padre, como siempre, lo ha fastidiado todo.

Podría tratar de convencer a Ezequiel de que estaba equivocado y que debía salir del pozo de mierda en el que se estaba ahogando, pero no era el momento ni yo era la persona adecuada para hacerlo. Sospechaba que Maina estaría haciendo las maletas, y antes de que se cerrara la casa a cal y canto, debía recoger mi pasaporte, el móvil y la mochila.

—Tumbate en el sofá y descansa. Necesitas relajarte para pensar con claridad. Si acaso entra un hombre, le dices que eres Ezequiel. Yo volveré enseguida.

El auténtico Said de las chanclas estaba en la puerta. Me alegró mucho verlo. Alguien del hotel habría avisado al falso Said de mi salida y él habría avisado a este. Casi no hizo falta que le dijera dónde íbamos: a Muyaka Road.

El portón de la casa de la Orden estaba extrañamente entreabierto. Los sirvientes personales de Maina cargaban muebles en una furgoneta y apenas me miraron. Pregunté por él y me dijeron que se había marchado de viaje. Subí corriendo a mi cuarto y cogí la mochila. El pasaporte estaba en un bolsillo y respiré profundamente aliviada, por el pasaporte, por Ezequiel, por Said y porque estaba medio conmocionada y medio contenta. Luego bajé a la cocina a buscar mi móvil. Vi sentados en torno a la mesa a Liban, Sheila y Louis. Casi pegaron un grito al verme. Sobre todo, Sheila. No dije nada. Cogí la llave de la lata de té, abrí la caja metálica, saqué mi móvil y guardé el de las llamadas desconocidas, no quería saber nada de más gente traumatizada. Mis antiguos compañeros seguían paralizados, ni siquiera se les ocurrió ir hacia la caja de los móviles. Me observaban con la boca abierta, como debieron de observar con la boca abierta cómo Maina los abandonaba. Me quedé en suspenso un minuto bastante largo contemplándolos: la hermosa cabellera de Lilian, las espantosas ojeras de Louis, la mirada de asesina de Sheila. Me acerqué a ella, me quité la sortija arrebatada por la fuerza a *Madam Selina* y se la entregué.

—Jamás volverás a ver a Maina —le dije—. No te quiere.

Salí y cerré el portón con fuerza encerrándolos en su jodido mundo.

Tenía ganas de correr, de bañarme, de hablar fuerte, a los cuatro vientos. Le dije al auténtico Said de las chanclas y la motocicleta escacharrada que regresábamos al hotel a toda pastilla.

Ezequiel roncaba tan apaciblemente que recordaba al motor de un juguete. Cogí la caja de tinte castaño para el pelo que me compró Said unos días antes y por fin me desprendí del «rubio Marta». Me coloqué mis pendientes largos y me pinté los labios y los ojos. Y por un instante dudé si habría podido hacer todo lo que hice siendo yo misma y no Marta, esa chica egoísta y lista a quien en el fondo admiraba un poco. Esperé tumbada en la cama hasta que Ezequiel se estiró, bostezó, se levantó, me vio y se sorprendió.

—Soy Isabel, tonto. Yo soy así.

Seguía sorprendido y sin comprender, pero ya comprendería más adelante si es que lo merecía.

—Maina se ha marchado y ha abandonado la casa y a todos vosotros.

Le enseñé la foto que le hice en Lamu a su camiseta con el oso panda. Ya no era el chico del oso panda ni tampoco acababa de ser este que tenía ante mí. Le faltaba estar solo, completamente solo sin necesidad de nadie. Después de eso quizá llegaría una Marta que se enamorara de él, pensé recordando aquel día en que, agachados en el suelo de la cocina de Muyaka Road, estuve a punto de besarlo simplemente para no sentirme sola.

—Mándasela a tu madre y dile que eres libre, le harás muy feliz. Y dile que les perdono el dinero que me deben, esto también le hará feliz. Prefiero que te lo den a ti. Podrías aprovechar para alquilar el taller de la cooperativa y empezar a hacer tu propia vida. Piénsalo. Mientras tanto, me bajo a la playa.

Me tumbé sobre la arena blanca y sobre los cangrejos transparentes. Los *beach boys* se me acercaban en oleadas y el sol me daba en la cara como una bendición. No sé cuánto tiempo me adormecí, hasta que una sombra alargada me tapó por completo y me hizo abrir los ojos. Era Said con una toalla al hombro. Me alegraba mucho verlo. Pensaba pedirle disculpas por haber hecho de él el centro de mis fantasías, de mi falta de amor, de mi necesidad de protección. Pensaba decirle que, en un lugar como este y con alguien como él,

era humano que a alguien como yo le desbordasen ilusiones tan tontas como hacer el amor con él.

Se sentó a mi lado y le cogí la mano para decírselo. Ahora que iba a sincerarme y liberarme, ahora que todo acababa, podía actuar con cierta naturalidad. Pensaba decirle que jamás se me había pasado por la cabeza irrumpir en su vida, en la pareja que tuviese, y que le pedía disculpas por haber sido demasiado emocional y que esperaba no haberle incomodado. Y que, a pesar de todo, me fascinaba y quería decírselo antes de regresar a mi insulsa vida.

Pero, como siempre, me leyó el pensamiento y pude ahorrarme la palabrería. Cuando me di cuenta, estaba besándome y luego, también sin darme cuenta, estaba abrazándome en el agua tragados por el sol del atardecer. Los *beach boys* y sus señoras iban desapareciendo de la playa, los vigilantes del hotel fingían que no nos veían, los clientes giraron sus hamacas dándonos la espalda, las gaviotas decidieron alejarse a picotear en otras olas y los últimos bañistas se marcharon y nos dejaron completamente solos en el mar. En algún momento levantamos la vista hacia un cielo que se abría como las aguas del mar Rojo, sonriéndonos. Y fue entonces cuando Said me dijo al oído: «Quiero que conozcas a mi verdadera familia, mi auténtica vida». Miré los profundos ojos de donde habían salido esas mágicas palabras y vi reflejados, como en un lago, mi gran amor por él, el de Ezequiel por Marta, el de mi hermano por su secta, el de Sheila, Lilian y Louis por Maina. E inmediatamente Said comprendió que para mí este era el final del viaje.



CLARA SÁNCHEZ: Nacida en Guadalajara 1955. Ganadora del Premio Alfaguara de Novela en el año 2000 y del Premio Nadal en 2010, con su novela *Lo que esconde tu nombre*. Es filóloga y profesora de Universidad, y además una especialista en cine, colaborando de forma esporádica con José Luis Garci en su programa sobre Cine en la Cadena 2 de TVE, los lunes.